

28

48-527

867-6

EL

xix

1679

Juguete de Ricardo

NOVELA

POR

JOSÉ ESCALAMBRE Y NEYRA



José Escalambre

CÓRDOBA

IMPRESA, LIBRERIA Y LITOGRAFIA DEL "DIARIO,"

San Fernando 31 y Letrados 16 y 18.

1888

Reg. n.º 5.389

Esta obra es propiedad del Autor,
quien tiene cumplidas las prescripciones
legales.

A DON RIGOBERTO ALBORS Y MONTLLOR

Queridísimo amigo: Si aceptas con benevolencia y obtiene de tu familia, esta mal trazada recopilación de algunos recuerdos añejos, igual aprecio al que nos ha merecido siempre la amistad invariable de nuestros padres, alcanzará la recompensa á que aspiro.

Tuyo de corazón,

JOSÉ ESCALAMBRE.

PRÓLOGO

UNA ESPANSIÓN AMISTOSA.

No soy crítico ni poseo la autoridad literaria ni el caudal de conocimientos indispensables para serlo; por esta razón las presentes líneas, lejos de ser un juicio, no constituyen mas que un rápido bosquejo de las consideraciones y sentimientos que en mi ha producido la lectura de la interesante novela, que con el título de *El juquete de Ricardo* empieza á publicar hoy en ésta capital don José Escalambre y Neyra.

No trato, pues, ni puedo ocuparme de la naturalidad de los caracteres, de la verdad de las situaciones, del humano cambio psicológico experimentado por cada uno de los personajes segun las múltiples y diversas circunstancias en que se encuentra colocado, de las brillantes descripciones, tan fáciles como oportunas, con que el autor borda su obra ni del pensamiento capital que le da vida, hijo de una profunda observación del modo de ser de nuestra sociedad bajo algunos de sus aspectos y de un estudio atizado de los hechos que realiza el corazón humano en las luchas de la vida, segun los sentimientos que le animan y las ideas que ya le fortalecen ó ya le debilitan.

Abandonando pues éste terreno vedado para mí y en

el que nunca me atrevería à entrar, paso à cumplir el propósito que al principio dejo apuntado.

Al leer la última página de muchas novelas, si el autor ha sabido tocar con maestría los resortes del corazón y avivar con inspiradas imágenes el vuelo de la fantasía, nos sentimos sobrecogidos, aprisionados por aquella serie de ideas y sentimientos que ha desfilado ante nuestra alma trasportándonos à un mundo lleno de encantos y atractivos; pero despues que la reflexión y el raciocinio van recobrando la fuerza debilitada un momento por la imaginación enardecida, las figuras palidecen, el brillante colorido de las situaciones se amortigua y en nuestra mente queda tan solo la huella de una impresión poética, mas lejana cada vez, que nada nos enseña, que à nada nos conduce y que terminan por ser una reminiscencia esteril de sueños que indiferente conserva la memoria.

La novela del señor Escalambre no pertenece à este género; las ideas que despierta, las impresiones que causa, los sentimientos que produce, las reflexiones que inspira y las enseñanzas que contiene no pueden palidecer ni olvidarse nunca, porque à cada momento y en todas circunstancias las vemos reproducidas, ya en nosotros mismos, ya en nuestros semejantes, sin necesidad de tener un espíritu asiduamente observador; tan naturales, tan verdaderos, tan esencialmente sociales son los caracteres y los cuadros que nos presenta el novelista!

Desde que leí *El Pajaro* de Michelet dejé de experimentar el placer que antes sentía tirando en el campo à ese inofensivo animalillo; y cuando mis hijos, escopeta en mano, lo persiguen con bullicioso entusiasmo celebro de todo corazón que el animal no espere, que sea *hembra* como ellos dicen cuando apuntan mal ó que el tiro se dificulte, y recordando al ilustre escritor francés, me duele siempre de la buena puntería.

Una impresión parecida ha producido en mi alma la lectura de *El juguete de Ricardo*: despues de haber saboreado las bellezas de ésta obra, es mayor la compasión que me inspira la harapienta criatura á quien explota la avaricia de sus padres ó deudos en vez de velar por sus tiernos años; juzgo mas punibles las frivolidades, discreteos y lázos que tiende la coquetería, no encuentro tan inofensiva la superficialidad de los jóvenes, que por su desahogada posición, pasan en la holganza los mejores años de su vida, hallo mas reprehensible la conducta de los padres que esto consienten creyendo dar asi una prueba equívoca de su paternal cariño y considero mas apremiante la necesidad de regenerar, no por medio de la mogigatería ni las exaltaciones de las ideas á ella contrarias, sino empleando una sabia educación cristiana, á esos desheredados de la fortuna que aumentan las penidades de la miseria ahogando su alma en el lodo de los vicios y en el pavoroso abismo de la brutalidad, compañera inseparable de la ignorancia.

Cuando falta el amor al trabajo, cuando se escucha mas la voz del egoismo que el lenguaje de los deberes que la sociedad y la familia imponen y de cuyo cumplimiento nacen las mas honradas satisfacciones de la vida, cuando una falta de fé y un desconocimiento absoluto del altísimo destino del hombre, forman el criterio á que han de amoldarse las acciones humanas, entonces el ser privilegiado, el que lleva en sí el soplo divino de la razón se convierte en la mas repugnante de las fieras, en el mas vil esclavo de los apetitos desenfrenados.

Por el contrario; cuando desde los primeros años de la juventud se ha adquirido el hábito de trabajar consiguiendo con el vencimiento de las perezas del cuerpo el imperio de la voluntad y la elevación moral inherente al dominio de sí mismo, se entra en la plenitud de la vi-

da dispuesto á sostener victoriosamente la lucha entre el espíritu y la materia, entre el deber y la pasión, mil veces mas tremenda y avasalladora que los conflictos de la miseria. Entonces la figura se engrandece, se sublima, y coronada la frente por el inmarcesible lauro del heroismo, se ofrece á nuestros ojos con todo el encanto, con toda la belleza del alma fuerte que corresponde á la alteza de su destino.

Esta es la doctrina que encierra la obra del señor Escalambre, esta la enseñanza que contiene y ésto lo que nos hace ver y sentir, empleando para ello los medios mas verídicos y sencillos.

Bajo el mismo techo miserable viven Dolores y Vicente con su hija Marieta; aquellos son los débiles que anulan su espíritu sucumbiendo á la soez tiranía de las pasiones, ésta el ser heróico que engrandece su alma en cada una de las terribles pruebas que sufre al atravesar por las diversas y extraordinarias circunstancias de su vida. ¡Qué destino tan distinto el de estos tres personajes! Del mismo punto de partida salen el despreciable presidiario, la moribunda abandonada á sus remordimientos en la sala de un hospital y la hija sublime de San Vicente de Paul.

Para llegar á estas situaciones tan diversas se ha caminado por una senda donde no hay nada violento ni acomodaticio, sino por el contrario, todo es real sin exageración, todo está ajustado á los sucesos naturales de la vida.

Mucho mas importantes que los dos personajes primeramente mencionados, son los otros que figuran en *El juguete de Ricardo*; pero tratar de ellos sería faltar á mi objeto é invadir materia superior á mis facultades.

Concluyo, pues, recomendando eficazmente la lectura de ésta obra á toda clase de personas; á las de cierta

altura moral porque encontrarán en ella abundantes bellezas, inagotable ternura de sentimiento y grande elevación de ideas; á los menos cultos porque hallarán á su alcance útiles enseñanzas y saludables ejemplos que seguir.

Mi enhorabuena al señor Escalambre, y ojalá que estas líneas le sirvan de estímulo para que no deje ociosa la pluma, que tanto sabe interesar con sus bellas narraciones, de tan elevadas tendencias y moralizadores pensamientos.

SALVADOR BARASONA Y CANDAN.

Córdoba 17 de Octubre 1888.

I

Es innegable que las cosas sencillas son las que mas conmueven los corazones....

A. Dumas.

Nuestra narración empieza en Alicante á mediados de Enero de 1844.

Despues de un hermoso dia de bonancible mar, despejado celaje y primaverales brisas, de esos que en los puertos meridionales se interponen en el rigor del invierno para estimular las alegrías del corazón, que regeneran la vida, sobrevino una noche fria y borrascosa con la cruel inclemencia que acompaña á las tempestades, cuando el cielo se propone revolver sus elementos con los de la tierra y del mar.

A la puesta de un sol turbio y rojizo, el cañonazo de la queda impuso á todos los buques anclados en el puerto la orden de recoger su gente á bordo, y de amainar sus pabellones y sus velas.

Ni una sola nube empañaba el horizonte á prima noche; y los vecinos de la ciudad, temerosos de que cerraran las puertas del muelle, lo abandonaban con apresuramiento, reuniéndose en el paseo de la Reina, adonde la apiñada concurrencia solia acudir en los dias festi-

vos para solazarse con los acordes de la música militar de la guarnición, cual único recreo gratuito que en aquella época se tenía para distraer las veladas tristes de una plaza fortificada.

Poco antes del toque de almas, algunas ráfagas violentas de un viento frío y húmedo, pronosticaron la influencia de un temporal recio, que en breve tiempo obligó á los asistentes al paseo de los álamos negros á interrumpir sus citas amorosas, precipitando las gentes su retirada ante el temor de que las nubes gruesas y compactas, que asomaban á lo lejos por la punta del cabo de Huertas, descargaran sus iras sobre ellas.

Los pitos de señal de los barcos, las voces enérgicas de sus capitanes y pilotos ordenando en diversos idiomas las maniobras de seguridad y de salvamento, se dejaban oír desde el interior de la ciudad, mezcladas en confusa algarabía con los graznidos de las agoreras gaviotas y con los chillidos de las austedizas aves nocturnas.

El viento levantisco, adquiriendo empuje huracanado, arreció á medida que avanzaba la noche, y aglomerando las densas y siniestras nubes sobre la población y terrazas del castillo de Santa Bárbara, anunciaban con su confusión precipitada las probabilidades de una lluvia tropical.

Con ímpetu asolador recorría silbando por las calles, y al formar enormes remolinos de espeso polvo, que cegaba á los transeuntes, se estrellaba contra los débiles reverberos del alumbrado público, cuyos cristales herían las arenillas del suelo, haciéndoles gemir en variados sonidos discordantes con los secos sacudimientos que forzaban las ramas desnudas de los pocos árboles que servían de adorno en el centro de la capital.

Por estas circunstancias, y despues de quedar instantáneamente desierto el paseo y solitarias sus calles

mas animadas, las vendedoras de golosinas, las garban-ceras y castañeras, especuladoras constantes de los bolsillos de la gente menuda, que ocupaban puesto permanente al aire libre en la plazoleta delantera á la citada alameda, se vieron obligadas á abandonar tambien sus sitios, y á retirarse con anticipación á sus hogares, renegando del desgraciado negocio que habian hecho en aquella noche.

Unicamente una infeliz niña de doce años, espendedora de habas cocidas con agua y sal, flacucha, descalza, harspianta y rebujada con un viejo y repugnante pañuelo de lana descolorido, hecho girones, se habia resguardado con su mercancía en el umbral de uno de los portales de las casas inmediatas, al amparo de la ancha repisa de madera de uno de sus balcones, cual si no tuviera otro asilo mas seguro.

Desde su inútil refugio, como lechuza, á la entrada de su guarida, espiaba recelosa el negro caríz del cielo y soportaba con resignación tímida la inclemencia del tiempo por momentos más violento y borrascoso.

Decaída poco á poco en languidez soñolienta procuraba calmar sus temores envolviendo la cabeza con su pañuelo para no oír desde aquel lugar el rujido de las olas del mar, más pavoroso cuando más encrespadas llegaban á estrellar su impotente soberbia contra las escolleras de las murallas, que servían de límite á su impetuosidad.

El miedo encogía su ánimo asustadizo cada vez que se repetían los sacudimientos de las ramas secas de la arboleda y mezclaban sus crujidos estridentes con el continuo mover de las puertas y balcones de las casas inmediatas, cual si todo hubiera de salir de su quicio.

Cuando la fugáz exhalación de algún relámpago, que rasgaba las nubes, esparcía el espanto entre las inquietas

aves marinas que arrostraban el temporal, la desdichada niña pregonaba maquinalmente su mercancía con voz temblorosa, aunque nadie pasara por su lado, como si implorase alguna clemencia al Cielo con el acento penetrante que imprimía á sus palabras.

— ¡A la *panesca!* ¡A la *panesca!* (1) gritaba con esfuerzo inútil, sin que la voz chillona de su garganta produjera ningún eco en el espacio, y sin que el deseo de verse favorecida por compradores le encontrara una sola vez satisfecho.

En tal estado de triste soledad, atemorizada, entumecida por el frío y debilitada por el hambre, seguía impasible en su puesto con los brazos y piernas cruzadas, acabando por dominarla el estupor y rendirla el sueño.

Poco antes de las once serían cuando nuestra pobre muchacha, entregada por completo á su profundo dormir, permanecía indiferente á todo lo que pasaba á su alrededor, llegando á no advertir que los concurrentes á los lóbregos cafetines inmediatos abandonaban ya sus recreos, y que los espectadores del vetusto teatro de la calle de Liorna se retiraban presurosos y arropados á sus hogares despues de concluida la función.

Entre las diversas personas que pasaron por delante de la niña venían dos marineros ébrios, deseosos sin duda de acreditar su brutal estado ó inspirados quizás en punibles hazañas, quienes al fijarse en el descuido con que aquella chiquilla miraba su mercancía la consideraron desde luego víctima adecuada á sus propósitos aviesos.

Escitados por la postura abandonada en que yacía dormida, tiró uno de ellos á gran distancia el farolillo que chisporroteaba á su lado, quedando hecho añicos por com-

(1) Palabra con que vulgarmente apellidaban en Alicante las habas morunas hervidas, para ponderar su finura y pastosidad.

pleto al rudo golpe que recibió contra el suelo, mientras el otro héroe destapó el retazo de manta que cubría las habas para conservarlas su calor, se llevó la caldereta y esparciendo su contenido en el arroyo, la arrojó por alto repetidas veces, abandonándola por fin abollada y maltrecha en medio de la plaza de la Constitución.

Tambaleando sus cuerpos continuaron su ruta después de realizar tal proeza innoble, y celebrando con risotadas el buen éxito de su broma, sin que un sereno ni una ronda de las que con frecuencia se formaban en aquel tiempo se apercibieran y hubiesen castigado la criminal osadía de aquellos desalmados.

El trueno espantoso de una exhalación sumergida en la bahía sin desastrosas consecuencias, las gruesas gotas de la lluvia que empezaba á caer y mojaron sus vestidos, los pasos apresurados de los grupos de la gente que se retiraba á sus hogares despertaron por fin á la dormida vendedora, quien bostezando se disponía á anunciar su mercancía con perezosa entonación para detener á los transeuntes.

Pero al encontrarse desprovista de su farolillo y caldera levantóse con rapidéz y asombro de su asiento, y quedándose petrificada en pié, sin saber á qué atribuir su desgracia ni que resolución adoptar, prorrumpió con ademán desesperado.

— ¡Faz divina, me han robado!

Su lamentación exhalada con angustioso acento y ferviente mirada, que dirigió á los cielos, ningún eco compasivo encontró entre las personas que impelidas por la crudeza de la noche pasaban con indiferencia apresuradamente por su lado.

Indecisa y desconsolada reclinó su cuerpo abatido contra la pared, y dando rienda suelta á un llanto copioso que revelaba la impresión aflictiva de su percance, esclama-

mó sin procurar resguardarse mejor de la lluvia que por momentos arreciaba.

— ¡Ay Dios mio! ¡Dios mio! ¿cómo vuelvo yo á mi casa?... ¿Qué será de mí ahora?...

Los ayes de su justo sentimiento repetidos con sus suspiros, consiguieron mover la curiosidad de un niño, de casi iguales años á ella, quien apesar de la crudeza de la noche iba lentamente por la misma acera delante de sus padres, protegido por ancho paraguas.

Seguíánle aquellos en igual forma respetando la debilidad que revelaba la señora en el andar lento y vacilante que llevaba, apoyada en el brazo de su esposo.

— ¿Qué te ha sucedido, niña? preguntó el muchacho con la estabilidad y confianza propia de esa edad envidiable en que todo nos interesa y conmueve, cuidando de cubrir caritativamente á la muchacha con su paraguas.

— ¡Que me han robado mi caldera y mi farol! contestó la interpelada reforzando con mayor ahinco el raudal de sus lágrimas.

— ¡Pobrecilla! ¿Cómo te ha sucedido esto?

— No lo sé; porque me habia dormido, y cuando desperté me he encontrado solamente con esta manta.

Mientras tales preguntas se contestaban con gran desconuelo, llegaron los padres de aquel niño, que se hicieron repetir con interés las frases anteriores.

— ¿Cómo te llamas, niña? preguntó la señora que llevaba su rostro oculto en gran cuello de pieles, y en cuya voz se notaba alguna aspereza ronca, cual si fuerte constipado resintiera su salud.

— Marieta (2) contestó la muchacha suspirando y resregándose los ojos humedecidos con el dorso de su mugrienta mano.

(1) En el dialecto valenciano diminutivo de María.

— ¿Qué apellidos tienes? volvió á preguntar la señora.

— No lo sé.

— ¿Pues qué, no tienes padres?

— Sí, señora, pero á mi no me dicen mas que Marieta.

— ¿Donde vives?

— En la cuesta del Molino de Viento, número 6.

— ¿Cómo es que andas á tal hora por las calles sola?

— Porque mi padre me castiga si vuelvo á casa antes de las doce sin vender el género.

— Pues ahora ya nada tienes que vender; vé y cuéntale el fracaso que te ha sucedido, dijo entonces el caballero que acompañaba á aquella señora y había permanecido silencioso escuchando el diálogo anterior.

— ¡Ay! señor, yo esta noche no vuelvo á mi casa, porque me mata mi padre; se apresuró á replicar Marieta, renovando los lamentos de sus temores, mientras retorcia desesperadamente sus brazos casi desnudos.

— Consuélate y no llores, hija mia, que nosotros te socorreremos, interrumpió la señora compadecida por la espresión afictiva que la niña daba á sus palabras.

— Síguenos á ver si encontramos tus objetos, se apresuró á repetir el caballero, indicando á su familia la necesidad de apresurar el paso en aquellos momentos críticos, tan perjudiciales para la salud.

Marieta, resguardada bajo el paraguas del hijo de aquellos señores, comenzó á caminar delante, sin que los consuelos prodigados enjugaran el llanto de su ansiedad dolorosa.

— No andes por aquí, Marieta, que han crugido unos vidrios, avisó el muchacho al pisar las primeras losas de la acera de la plaza de la Constitución.

— ¡Ay, que dolor! mi farol hecho pedazos, exclamó con triste sorpresa la desgraciada niña, tropezando al propio tiempo con su deteriorado armazón de lata.

—Mira si aquel bulto que brilla es tu caldera, repitió de nuevo el diligente niño, que caminaba estendiendo su mirada escrudriñadora hasta donde le permitia alcanzar la oscuridad de la noche.

Marieta corrió con celeridad hácia el sitio que se le indicaba, volviendo inmediatamente al lado de aquellos caritativos señores con la caldera vacía, abollada y rota por los golpes, que los malvados marineros le habían hecho recibir.

—Toma, para que compongas la caldera y compres mas habas, le dijo la señora alargándole en la mano un duro con una tarjeta: retírate ya á tu casa; y si algo te sucede, ven mañana á vernos, pues paramos en la fonda de la Cruz de Malta.

Marieta besó la mano de su dadivosa protectora, regándose con lágrimas de gratitud, y bendiciendo la generosidad de sus ofrecimientos con el acostumbrado *Dios se lo pague*, echó á correr á través de los lodazales que la lluvia formaba, perdiéndose de vista en las sombras de la oscuridad, mientras la familia limosnera se retiraba á su hospedaje por la calle de la Princesa, lamentando el esposo que la frialdad de la noche pudiera perjudicar mas la salud delicada de su bondadosa mujer.

II

Imitando á fantástica bruja escapada de un aquelarre, corria Marieta en aquella noche hácia su casa, cubierta la cabeza con su caldera, empapadas por la lluvia sus harapientos vestidos y con los piés desnudos, atravesando los barrizales de los arroyos, teniendo que vadear el antiguo foso descubierto de la calle de las Rejas y triscando por la áspera y peligrosa vertiente que servia de subida al retirado y miserable barrio en que vivía, del cual aún se conservan grandes vestigios á espaldas del suprimido convento de San Francisco.

Componíase aquel de un grupo de humildes casuchas de un solo piso, edificadas sobre la dura roca de un cerro, que los reformadores de las murallas de la ciudad internaron en su casco, cuyas viviendas únicamente recibían ventilación y luz por sus vetustas puertas de entrada y por algun ventanucho lateral no menos descuidado que el conjunto de sus fachadas, sobre cuyas azoteas descollaban en uno de sus extremos chimeneas enanas con cubiertas de caballete.

Formando cuadro completo con estos pobres tugurios, se alzaba en el centro de la cumbre, cual monumento fehaciente de la indigencia de sus vecinos, un gigan-

tesco molino de viento, tan airoso con su puntiaguda techumbre de paja y de cañizos y tan emperegilado con sus aspás, cordeles y velámenes, como las célebres maravillas manchegas descritas por Cervantes en su inmortal Quijote.

Las salientes canales de madera, que desaguaban las azoteas resbaladizas de aquellos edificios mezquinos, dejaban caer el agua de la lluvia á su paso sobre la caldera de la infortunada Marieta con ruidoso estrépito, capaz de amedrentar á cualquiera que por vez primera hubiese intentado acompañarla en su regreso.

Ni un solo farol alumbraba aquel barrio, porque en vez de ricos contribuyentes, de afanosos industriales y de políticos de influencia, moraban solamente desgraciadas familias de pobres, pero honrados jornaleros, ó de araganes viciados en su incorregible vida ociosa.

El instinto y la costumbre de buscar á tientas la puerta de su casa en altas horas de la noche, permitió llegar á ella sin nuevo percance á la fatigada niña, que habia conseguido tranquilizar su temor con el recuerdo de aquella familia providencial y además con el peso duro que, envuelto con la tarjeta, estrujaba en su mano para no perderlo.

Cogiendo una piedra de las que abundaban sueltas en aquellos parajes retirados, dió Marieta dos fuertes golpes en la ventana, para despertar á sus padres que se echaban á dormir temprano á pierna suelta, hasta escuchar todas las noches la señal convenida con su hija abandonada.

Un áspero "*ya voy*", pronunciado con ronca voz por su padre, le sirvió de aviso para arrojar la piedra al suelo y esperar tres pasos mas allá, á que despues de encendido un candil con pajueta de repugnante azúfre, se abriera la única puerta de entrada.

Todas las noches recibía el padre de Marieta á su hija en igual forma, sosteniendo el candil en una mano y con una vara de almendro en la otra para liquidar las cuentas de la venta, y castigar las negligencias á que atribuía los resultados exíguos de su comercio mezquino.

Si la desgraciada muchacha regresaba á su casa antes ó despues de media noche sin agotar su mercancía, ó si los compradores se negaban á favorecerla por parroquiana, el recibimiento que le esperaba no podía ser más inmerecido é inhumano, porque despues de zurrarla bestialmente se le obligaba á acostarse sin cenar.

La escaséz de venta nunca se atribuía por su padre á otra causa que á los juegos y descuidos de Marieta, que estaba obligada á entregar todas las noches en dinero de seis á ocho reales si había de dormir sosegada.

Las lágrimas consiguientes á la expectativa de estos imposibles productos, y los malos recibimientos que con frecuencia soportaba, capaces de conmover el corazón de cualquiera persona, aunque careciera de paternal ternura, ninguna compasión solían inspirar, sirviendo por el contrario de pretexto para enconar más la cólera de aquel hombre, que sofocaba duramente los lamentos de su hija con blasfemias y repugnantes castigos.

Raro era el dia en que al retirarse la infeliz niña podía alcanzar con sosiego algún mendrugo de pan moreno y algún residuo de pescado salado, para dormir más tranquila, despues de hinchar su vientre de agua salitrosa.

Aunque en aquella noche tenía forzosamente como todas que referir el fracaso ocurrido, ningún quebrantamiento de huesos esperaba, puesto que traía á su padre una moneda de plata, tan grande como ella jamás las había visto en su poder, y con la cual creía resarcir todos los perjuicios de su inesplicable desgracia.

Al entrar en la reducida estancia ahumada de su ca-

sa se detuvo contemplando el siniestro y avinagrado semblante de su padre con melancólica sonrisa, quien después de atrancar la puerta de la calle y de colgar el candil en una estaquilla de la pared, se dirigió hácia ella para el ajuste de cuentas.

—Ves como esta noche lo has vendido todo, fueron las primeras palabras que dirigió á su hija, sin importarle el estado lastimoso en que el temporal la había puesto y sin notar los desperfectos de la caldera, que la niña cuidaba de arrinconar en un ángulo de aquel aposento junto con la manta mojada.

—Como hace tan mala noche no he vendido más que seis cuartos, le contestó Marieta buscándolos en un bolsillo de crudo lienzo mahonés, que llevaba atado á su cintura por debajo de su falda remendada, preparándose para ampliar la satisfacción que debía forzosamente hacerle en forma breve.

—No he vendido más que seis cuartos porque el aire que se ha levantado ha volcado la caldera y ha roto el farol; pero mire V., padre, unos señores que han visto como sin poderlo evitar ha sucedido así, me han dado un duro para que se componga la caldera y se compre otro farol.

El padre de Marieta, que cuando fruncía el entrecejo solía dar una expresión siniestra á sus ojos estúpidos, miró á ésta enfurecido con aquella noticia, arrebató el dinero de las manos de su hija y levantando al propio tiempo la vara en alto, descargó con ella sobre su débil cuerpo dos fuertes garrotazos que al sonar bruscamente sobre los huesos dejaron marcadas sus cárdenas huellas.

— ¡Recristina! A mí no me vengas con cuentos; eso es que te has peleado con el hijo de la *Llampuga*, ó que te has dormido y la *Vilera* te ha jugado esta treta.

—No, señor; replicó la desgraciada Marieta llorando

dolorida desde el rincón en que se había refugiado, para evadir la repetición de su amarga recompensa: créame V. que los señores que me han dado el duro lo han visto.

Marieta se veía obligada á mentir descaradamente porque no pudo darse razón de la manera como había ocurrido aquel percance durante su sueño, cuyo rendimiento era una de las faltas que con mayor severidad castigaba su padre.

—¿Y quiénes son esos señores que dan duros en esta tierra?

—Yo no los conozco, padre, ni se donde viven, replicó aturdida Marieta ante el temor de que su sueño se descubriese.

—Pues, para que otra vez sepas que lo que llevas vale más dinero del que me traes, toma.

Y cogiéndola por la desaliñada trenza de sus cabellos le sacudió dos cogotazos, que le hicieron tropezar y caer en redondo al suelo.

—¡Ay!..... ¡Ay!..... ¡Faz divina. Ay!..... gritó la infeliz niña, retorciendo sus miembros y reforzando el llanto y sus clamores con la repetición de los golpes dolorosos y despiadados que se veía obligada á soportar.

—Toma y calla; para que aprendas á no dormirte ni descuides tus cosas.

—¡Ay! padre, si yo no me he dormido. Jí... jí... ¡Ay!..

—Toma: para que no me contradigas, ni te metas con nadie.

—¡Ay!... ¡Ay!... si yo no me he peleado con nadie. Jí... Jí... ¡Ay!... ¡Ay!...

Y sin reparar en la parte del cuerpo en que caian los sacudimientos, se sucedian estos despiadadamente con la vara, y á veces con un alpargate, hasta que el cruel ensañamiento de la cólera de su padre se daba por satisfecho.

—Vicente; acuéstala sin cenar y no le pegues, hombre, dijo la madre de Marieta, interrumpiendo el vapuleo, desde el interior de la alcoba en que permanecía acostada sobre un jergón de paja, cubierta con sus propios vestidos y con una raída manta de lana, sin salir como debiera á la defensa de su hija; pero *remachando el clavo*, como vulgarmente se dice, á estas inoportunas intervenciones.

—A desnudarse y á dormir. ¡Bicho ruin! Cuidado que oiga yo ni una mosca ya en la casa, porque de una patada te vuelco las tripas.

Después de esta orden enérgica, el rudo Vicente apagó el candil, y se dejó caer en el mismo jergón de su esposa, escondiendo debajo de la almohada el dinero que le había entregado su hija, mientras murmuraba groseras blasfemias.

La pobre Marieta, abandonada por completo en aquella oscuridad á los dolores de su cuerpo y á la tristeza de su corazón, no tuvo mas remedio que acostarse sin cenar, colocar á tientas en una silla sus ropas para que se secasen, y dejarse caer sobre otro jergón casi vacío, que ocupaba el lado opuesto de aquella estrecha alcoba, escondiendo la tarjeta, sin estimar su valía, debajo de la estera que usaba para resguardar de la humedad su lecho.

Cubierta hasta la cabeza con otra manta raída, inútil para el abrigo por su antiguo uso, sofocaba sus sollozos con los puños de la mano, mientras sus padres roncaban, y reprimía su congoja para evitarse que la escena se repitiera, como le había sucedido en otras ocasiones, sin obtener mejor consuelo de su madre.

Rendida por último y debilitada por el hambre y sus angustias, consiguió atraer á su cabeza, cerca de las dos de la madrugada, un sueño calenturiento y nada reparador por la violenta desazón que combatía su espíritu.

III

Después de las cuatro de la tarde del día siguiente al de las escenas anteriores, se encontraba la familia de D. Leandro de Espariza, compuesta de un matrimonio y de un niño, reunida en afable tertulia al rededor de la mesa que acababa de servirles para comer, en la amplia habitación que ocupaban en el piso principal de la fonda de *La Cruz de Malta*, cuyas vistas daban á la plaza del Mar.

Esta familia, distinguida en Orihuela por su fortuna y por su origen ilustre, residía habitualmente en aquella fértil ciudad; pero hacía algunos meses que la salud quebrantada de la jóven esposa, D.^a Virtudes de Sotogil, revelando los síntomas alarmantes de una afección pulmonar, le había obligado á trasladarse á Alicante, para combatir su dolencia y robustecer con régimen especial su naturaleza lastimada.

Infructuosos hasta entónces los remedios aplicados por la medicina, los consultores de su salud le habían aconsejado variación de aires, distracciones frecuentes, tranquilidad de ánimo y sobre todo la aspiración de aquellas brisas marinas.

Con este motivo, desde su instalación en la fonda, las

ocupaciones de estos forasteros se concretaban á cuidar preferentemente á D.^a Virtudes, alentándola á emprender con frecuencia alegres escursiones á la pintoresca huerta de la capital, á recorrer la bahía con ligero y entoldado bote en los dias de bonanza, y á disfrutar por la noche de los espèctáculos que podían sostener entónces los escasos establecimientos de asociaciones recreativas.

La temperatura primaveral que á ciertas horas del dia se disfruta en el invierno en Alicante, servía de estímulo á nuestra enferma, para aprovechar cotidianamente, al abrigo de un buen sol, el ejercicio de largos paseos en el muelle, donde encontraba sus preferentes distracciones con las faenas y maniobras de la gente de mar, la animación de los buques surtos en el puerto, y con las obras de prolongación que llevaban á efecto por aquella época los reclusos de aquel penal suprimido.

La melancolía que minaba su corazón le hacía preferible este sitio y estos esparcimientos á cualesquiera otros, porque armonizaba la bondad de su carácter con la lástima que le inspiraban las penalidades y fatigas, que en expiación de alucinaciones criminales sufrían con forzada aquiescencia aquellos obreros desgraciados.

Muchas veces, impulsada por su caridad, había influido esta señora para que los capataces de vara no castigasen la flojedad ó las faltas de aquellos infelices, á quienes socorría frecuentemente con el beneplácito del Jefe de la escolta.

Todos los necesitados; y aun los pilluelos de la playa, que acudían allí á ejercitar sus habilidades de natación en busca de alguna recompensa, consideraban respetuosamente á D.^a Virtudes, la estimaban y cono- cían bajo el pseudónimo del *Angel de la Farola*, porque descansaba algunas horas sentada al pié del fanal pro-

visorio que servía de aviso á los navegantes, antes de la construcción del faro del muelle, desde cuyo despejado sitio contemplaba, con esa melancolía que el verde azul del mar inspira, la inmensidad del horizontte, mientras su hijo Ricardo dedicábase con libertad y pueril entusiasmo á perseguir cangrejos entre los escombros de las orillas.

La conversación entablada durante la comida, había versado en aquella tarde acerca de la mágica impresión que en el ánimo de Ricardo produjeron las escenas patrióticas del drama titulado “La Conjuración de Venecia,” representado en la noche anterior en el desvenecijado teatro de la calle de Liorna.

La novedad del espectáculo y el interés de sus personajes, servía á D. Leandro para explicar á su esposa la importancia histórica del argumento, y satisfacer la impertinente curiosidad de su hijo, quien deseaba conocer los pormenores escénicos que momentáneamente se presentaron á su vista.

Del recuerdo de aquella acción recayó el pensamiento de todos en el encuentro que á la salida del teatro tuvieron con nuestra conocida Marieta, en hora tan intempestiva y en situación tan lamentable como hemos descrito.

—No puedo olvidar á aquella desgraciada muchacha, dijo D.^a Virtudes, imprimiendo con dulzura expresión compasiva á su semblante.

—Dignas de lástima son, en verdad, esas dedichadas, explicó D. Leandro, hijas de padres desnaturalizados, que consienten su vagancia por las calles en altas horas de la noche, pidiendo una limosna, ó bien gestionando la venta de baratijas y géneros de escasa importancia, para poder holgar ellos con mayor independencia.

—¿Será que los pobres carecen de salud y de fuerzas para trabajar por sí solos, y los infelices se vén precisados á apelar al auxilio de sus tiernos hijos? interrogó con interés D.^a Virtudes.

—No lo creas así. La abyecta y miserable posición social en que viven esas familias, destruye la ternura paternal que no fomenta una virtuosa educación; y algunos padres acaban por considerar á sus hijos como viles esclavos, que la naturaleza les concede para explotarlos.

—¡Hombre, no exajeres! que la pobreza es el más sólido refugio que tiene la virtud.

—Pero esto es en aquellos pobres que aman el trabajo, conocen sus beneficios y no olvidan sus deberes. No sucede así con los infames que, entregados á la vagancia ó dominados por la bebida, proceden como yo afirmo. Díganlo si nó las inconsideraciones con que se portan con sus pequeños, y los malos tratamientos á que los sujetan, cuando no atienden á sus disposiciones y no las obedecen completamente.

—¿Cómo han de ser padres aquellos á quiénes la debilidad de la infancia no conmueve ni el egoismo del amor les incita á idolatrar á sus hijos?

—Verdad es que algunos de esos infelices reconocen por padres, no á aquéllos á quiénes deben el sér, sino á los que les dan un mendrugo de pan, cuando en realidad son inhumanos caporales que los explotan sin compasión, como instrumentos para su lucro ó planes execrables.

—Increíble parece lo que me aseguras, Leandro, por que repugna pensar en tamaña vileza.

—Pues no exajero. De este modo sirven á los saltimbanquis y titiriteros esos dislocados niños, que en temprana edad arriesgan su vida con ejercicios peligrosos;

así tienen siempre los buhoneros dociles heraldos, que no se cansan de pregonar sus mercancías y les sirven para encubrir sus vilezas; y de esta única manera se forma también el personal que la inmoralidad recluta para fomentar todo género de vicios y sostener á sus truhanes directores.

—¿Y no se pone remedio á estos abusos, ni hay quien castigue tan infames especulaciones? se atrevió á interrogar con indignación D.^a Virtudes.

—Yo te diré; esta llaga social como otras muchas, cuando yo estudiaba únicamente se conocían arraigadas en las grandes capitales, á la sombra de barrios populosos que siempre han cobijado á los miserables y desheredados de distintas comarcas; pero su desarrollo desgraciadamente se extiende á otras poblaciones más sencillas, y aunque las autoridades castigan los sucesos de mayor escándalo, la influencia que las penas ejercen no aminora, antes por el contrario, aumenta el contingente de los criminales y de las mujeres corrompidas.

—Bien merecen severos castigos los que destruyen el gérmen de la honradéz en niños inocentes que no pueden preveer los alcances de un porvenir desgraciado.

—¡Ah! ya lo creo; y sin embargo los ejemplos que de continuo se deploran no sirven de escarmiento.

—¿Y crees tú, Leandro, que Marieta pueda encontrarse en uno de esos casos que lamentamos?

—Aunque no lo aseguraría, lo presumo. Por lo menos ya viste cuanto se acobardó ante el recuerdo del castigo que pudiera darle su padre; y ya presenciaste su actitud desesperada.

—¿Vivirá con sus padres legítimos?

—Puede que sí; pero ¿quién sabe?

—Leandro, tú que eres tan bueno, ¿porqué no vas esta noche al paseo, ya que yo no puedo salir, y te ente-

ras de lo que haya ocurrido á Marieta despues de nuestro encuentro? terminó con afabilidad D.^a Virtudes. No te enojés, pero quisiera volverla á ver.

Ricardo que había escuchado con atención el diálogo presente, mientras calmaba la inquietud de sus manos arrollando y desdoblado repetidas veces su servilleta, interrumpió la contestación que iba á dar su padre resolviendo con viveza.

—Yo iré tambien, y si sus padres la maltratan nos la llevamos á casa.

—Los dos iremos á buscarla esta noche á su puesto para complacer á mamá, contestó D. Leandro; pero ¿para qué quieres traértela á casa?

—Toma, para jugar con ella; ya sabe V. que siempre estoy solo y nunca tengo con quien jugar, contestó con natural sencillez Ricardo.

—¡Donosa ocurrencia! Tú no sabes que los muchos no deben jugar con las niñas; y no consideras que eres ya un hombre que más debe pensar en sus estudios que en los juegos? interrogó D. Leandro procurando despertar el interés formal de la razón en el ánimo de su hijo.

—¿No estudio yo todo lo que V. quiere? Además Luisito Peñalver es mayor que yo, y juega con sus hermanitas.

La ocurrente disculpa de Ricardo reveló á sus padres el estado de su natural inocencia, que en la primera edad de la vida cifra el colmo de su felicidad en la sencillez de las espansiones y de las confianzas mútuas, sin descubrir en ellas ningun cuidado ni ningun pesar de los que mas tarde enjendran el arrepentimiento.

Poco antes de anochecer, D. Leandro y Ricardo, despues de dejar bien abrigada en su lecho á D.^a Virtudes, quien con motivo del temporal del dia anterior se

sentía algo mas fatigada y molesta que de continuo, con la tos pertinaz que conmovía su pecho, se dirigieron al paseo de la Reina, casi solitario en los dias de trabajo, en busca del puesto que Marieta debia ocupar en las gradas de su entrada principal.

Apesar de las preguntas que con interés dirigieron á las demás vendedoras de fruslerías, solamente pudieron averiguar, que en aquella noche la niña no habia acudido á la venta de su mercancía como acostumbraba.

Sintiendo entónces D. Leandro no poder calmar por el momento la curiosidad de su familia, tuvo que suspender sus gestiones para el dia siguiente, retirándose desde luego á su domicilio, porque no podía dejar por más tiempo abandonada á su amante enferma.

IV

D. Leandro vióse obligado por reiteradas porfías de D.^a Virtudes á buscar al otro dia en compañía de su hijo el domicilio de Marieta, situado en terreno desconocido para entrambos.

Guiados por la buena fé de los mozos de los almacenes de comercio y por la recta alineación de las calles céntricas, pudieron llegar con facilidad á la plaza de San Francisco, que atravesaron, vadeando el abundante lodo calizo que habia formado la lluvia del dia anterior, y dejando á su derecha la Iglesia y cuartel de este nombre, subieron las pendientes y escabrosas callejuelas laterales que les circundan, para terminar en la cumbre del cerro conocido por la "Montañeta."

Los vecinos de aquel barrio abandonado, poco acostumbrados á las visitas de gente bien vestida, al sentir los pasos de D. Leandro y de Ricardo, asomaron sus desgreñadas cabezas á las ventanas y puertas de las casas, pretendiendo indagar con escudriñadoras miradas la novedad y los motivos de su excursión.

Una vez en la esplanada en que campea el molino de viento, y á la cual llegaron algo cansados nuestros investigadores, se vieron súbitamente rodeados por un gru-

po de pilluelos descamisados, de diferentes sexos y tierra edad, inocentes hasta en los deberes de su pudor natural, á quienes no les retraia la suciedad repugnante de sus cuerpos, ni les avergonzaba la desnudez casi absoluta de sus carnes, curtidas por el aire corriente de aquella altura y por los ardores del sol, que en aquel momento daba hermoso y trasparente colorido á la naturaleza para descubrir con más salvaje indiscreción la propiedad de sus formas.

Distraido D. Leandro ante el panorama magnífico que la ciudad ofrecía estendida ante sus ojos, admiró con sorpresa y abarcando de una mirada el laberinto que las azoteas de las casas presentan desde aquella altura con sus palomares, torrecillas de entrada, humeantes chimeneas, balaustres, pilares y balconajes de multiforme variedad y construcción, dominadas todas por la azulada y luciente cúpula de la Colejista, por sus parduzcos campanarios y por las magestuosas é históricas torres de la casa consistorial.

Mas allá, y por encima de este caprichoso conjunto de edificios modestos ó majestuosos, según el gusto y riqueza de sus propietarios, más ó menos escalonados por la amplitud de las calles que constituyen el centro importante de la población, asomaban los toques de ligeros mástiles con flamantes y vistosos gallardetes, los cuales, con su confuso hacinamiento y ligero balanceo, indicaban el lugar á que correspondía el muelle de su bahía.

Algo más léjos se percibía una ancha veta de mar verde azul, que con sus ondulaciones brillantes ó pálidas, según las horas del día y altura del sol, suele indicar la suavidad de las brisas ó el empuje de los vientos, terminando con aquella línea prodigiosa, sutil, casi imperceptible, que el dedo de Dios ha impreso en el horizonte para aproximar la tierra al cielo, y confundir nues-

tra pequenez y nuestra ignorancia con su grandeza, como se confunden las distancias del infinito.

A su izquierda, y resguardando á la ciudad de los secos aires del Norte, cual gigantesca esfinje coronada por grandiosa diadema, que contempla con orgullo su altanera majestad en las aguas del mar, yace amenazador, y con severa actitud, el histórico castillo de Santa Bárbara, dispuesto siempre á defender con lealtad las libertades pátrias, y á servir de heróico escollo á las ambiciones extranjeras.

A la derecha del sitio que ocupaba D. Leandro, los inmediatos muros de sillería que circuían la ciudad; una parte de la arboleda de álamos negros que marcaba la carretera de San Francisco; los áridos y salitrosos campos en que apenas han podido vejetar la sosa, las opuncias, la pita y la palmera, cuya presencia entristece y engaña, no dejando concebir que á espaldas de las fortalezas de Levante se estienda la fértil y encantadora vega en que radican las riquísimas huertas de la capital.

Absorto ante la variedad de los perfiles y de los colores diferentes de este cuadro, que recreaba su vista, hubiera continuado más tiempo de pié D. Leandro, apoyado en su bastón y aspirando el humo de un cigarro habano, si el eco no muy lejano de una voz femenil, que el viento llevaba á sus oídos, no le hubiese hecho prestar atención á una sencilla melodía que, expresando el temor de un corazón oprimido, interesaba con sus delicadas notas.

No le era posible comprender aquel cantar, que, sin expresar nada profundo, decía en dialecto valenciano:

A la vora de la mar
Me deixat les espardeñes
Mare no liu diga al pare
Que yo tornaré per elles.

Pero las modulaciones de la voz, la vibración suave de su acento y una triste cadencia, más importante que la letra, expresaba desde luego una de esas expansiones del corazón, que en cualquiera lenguaje, y en todos los idiomas, saben interesar y conmover profundamente.

Llamados por la influencia de aquella canción marina, que se repetía una y otra vez como desahogo continuado de un tímido pesar, dirigió sus pasos D. Leandro con su hijo, seguidos de la turba silenciosa de impertinentes chiquillos, hácia la callejuela de donde partía la voz de la cantadora desconocida.

En la esquina que daba á la esplanada paróse don Leandro, indeciso y sin atreverse á descender la peligrosa pendiente de aquella calleja, que la formaba un grupo escalonado de cásuchas de apariencia miserable y de ornato abandonado.

Junto al portal de una de las casas del centro, y á mano izquierda, aprovechando los benéficos rayos del sol, se encontraba sentada sobre el duro suelo la niña Marieta, con sus piernas cruzadas á la oriental, pies descalzos, cabellera suelta y desordenada sobre la espalda, que cubría su remendada camisa, repleta de esparto macerado la falda de sus enaguas azuladas, y con la mirada atenta al trabajo de sus manos.

A su alrededor, y quizás al cuidado de ellas, algunas prendas deterioradas de ropa recién lavada, esparcidas por el suelo para secarse, y afianzadas con toscas piedras, en cuyo color gris pálido se reflejaba el poco jabón y lijeras fuerzas que se habían empleado para su limpieza.

Dedicada á la ruda tarea de fabricar hilete de esparto, se ocupaba la niña, retorciéndolo con sus tiernecitas manos, encallecidas ya por el roce continuo de esta áspera materia, que, aunque la manejaba todo el día con

incansable acierto, nunca pasaba de producirle un mezuino jornal de dos á tres reales.

Con la repetición de sus canciones inccentes procuraba alentar el rápido impulso que necesita esta obra; y seguía completamente abstraída atendiendo al órden con que debía colocar las hebras que han de igualar su torcido y solidéz.

Una piedra, botada por uno de los chiquillos que siguieron á D. Leandro, fué rodando por la pendiente de la calleja, cuyos choques alarmaron á Marieta y le hicieron dirigir su mirada con zozobra hácia el lugar de donde partía la agresión.

En cuanto la niña descubrió en lo alto de su calle á D. Leandro y á Ricardo, levantóse con presteza arrojando el montón de esparto al suelo y desalada por aquella alegre sorpresa, que se reflejaba en su semblante, trepó á la altura ligera, cual corza montaráz que desprecia la escabrosidad del suelo que pisa.

Sospechando el objeto de aquella visita inesperada, hubiera abrazado con gratitud á aquellos señores si únicamente hubiese atendido á los impulsos de su vehemencia; pero, ruborizada por el abandono de su traje y de su peinado, paróse humildemente ante D. Leandro, cruzó los brazos sobre su pecho procurando ocultar el nacimiento de su garganta con sus enjutas manos, y mirando con reparo al suelo, apenas se atrevió á preguntar.

—¿Cómo han sabido Vds. llegar hasta aquí? ¿Es que me buscan Vds.?

—Sí, hija, le contestó cariñosamente D. Leandro.

Como nada hemos sabido de tí desde la noche de nuestro encuentro y no vas ya á vender habas al paseo, mi señora, que te estima, desea conocer lo que te haya ocurrido despues.

—¡Ay, cuán buena es esa señora! ¿Cómo le pagaré

el interés que por mí se toma? interrogó conmovida Marieta al verse halagada por la solicitud de aquellas personas caritativas á quienes apenas conocía.

— Vamos, dime, ¿porqué no fuiste anoche á ocupar tu puesto de venta en el paseo? repitió D. Leandro, esperando algunos instantes la contestación que rehuía dar Marieta.

No gustándole sin duda que sus palabras pudieran oirse por el grupo de curiosos boquiabiertos que la rodeaban, volvió su cabeza con ademan airado y les increpó diciendo.

—A ver si os vais de aquí, descamisados; parece que nunca hayais visto caballeros.

Los chiquillos que no solían respetar á Marieta cuando estaba sola, comprendieron que el bastón en que don Leandro se apoyaba podía servir para hacer más enérgica aquella órden y se desbandaron en diversas direcciones, retrocediendo los unos, saltando en grotescas piruetas los otros, y casi todos coreando desde lejos á su vecina el apodo que tanto la mortificaba.

—¡Heee!..... ¡la Patenera! ¡la Patenera!..... ¡Tumba á la morral de la Patenera!.....

—No salgo de noche todavía, porque no me han compuesto la caldera; pero creo que para mañana ya la traerá mi padre, contestó por fin Marieta, desoyendo la gritería insultante de sus vecinos.

—No te castigarían tus padres aquella noche, ¿es verdad?

— Sí, señor, me pegó mi padre y me acosté sin cenar.

Mire V. aún me duele la espalda; y descubriendo un poco su hombro, dejó ver en su piel, más blanca y lustrosa que la de sus brazos y cara, la mancha amoratada que deja impresa en la carne la vibración cruel de los zurriagos.

—¿Por qué te castigaron, es que no diste el dinero con que te socorrimos?

—Sí, señor, y otras dos *sisetas* (1) pero es que mi padre me dijo que la rotura de la caldera y las habas que llevaba, valían mucho más.

—Debió de haber comprendido tu padre que cuando se recibe una limosna que espontáneamente se dá, no puede exigirse el remedio absoluto de la necesidad.

Marieta permaneció callada á estas palabras, reflexionando sin duda qué bueno era el carácter de su padre para hacer semejantes consideraciones.

—¿Y por qué no has venido á la fonda con la targeta que te dimos? Mi señora desearía verte.

La niña se encojió primeramente de hombros, cual si sus propios deseos nada le permitieran contestar; pero alentándole una caricia que le prodigó D. Leandro, concluyó por añadir:

—Como estoy trabajando todo el dia, yo no bajo por allá más que á vender en mi puesto, porque aun el hilete lo entrega mi padre al fabricante.

—Ahora pediré permiso á tus padres para que te dejen ir esta tarde á la fonda.

—¡Ah! no, señor, no, que perdería el jornal y me harían trabajar esta noche á oscuras.

—Ea: no temas tanto, porque yo hablaré con tus padres y verás como todo se allana.

A la vez que D. Leandro terminaba su última frase, asomó á su puerta la madre de Marieta en traje tan ligero y desaliñado como su hija, cubierta la cabeza con un harapiento pañuelo pardo, negro en su primitivo color, y haciendo servir ambas manos de visera para preservar

(1) Moneda antigua de cobre equivalente en tamaño á la pieza de un cuarto que representaba el valor de doce maravedises vellón.

sus ojos enfermizos de los reflejos de la luz, gritó con ademán descompuesto:

— ¡Marieta! ¡Marietaaa! ¿Dónde estás, condenada? Ven aquí, que me requemas la sangre.

— Ya voy, madre, que me están hablando unos señores.

— Nada tienes que hablar con nadie, sinó cumplir con tu trabajo.

Después de este aviso, repetido con grosera exigencia, la madre de Marieta se ocultó en la casa como sabandija en su agujero, cuidando de no tropezar con el elevado umbral de su puerta, mientras la muchacha, recomendando á D. Leandro que no descubriera la falta de haberse dormido la noche última en su puesto, dirigía sus pasos y ayudaba á Ricardo á saltar cómodamente el desnivel escalonado de algunos riscos del cerro.

V

Así que Marieta y sus amigos llegaron á la casucha en que habitaba, adelantóse aquella á prevenir á su madre la visita distinguida que se les entraba por la puerta, dando á conocer á aquellos señores por la acción generosa que en la noche del temporal ejercieron con ella.

Al entrar D. Leandro en la estancia reducida, que servia á la vez de zaguán, comedor, cocina y sala, comprendió desde luego el estado mísero en que sus habitantes vivían.

Ennegrecida toda ella de antiguo por el humo de una pequeña cocina, cuyo raquíco banco y campanuda chimenea ocupaban uno de los ángulos de aquel cuadrado, apenas servia su oscuridad para disimular la superabundancia de mugre que la falta de aseo y la costumbre del abandono habían aglomerado sobre las paredes é introducido en las hendiduras de sus grietas.

De las bovedillas amarillentas del techo, bastante bajo en toda su construcción, pendía multitud de tejidos en forma de pabellones, cual encajes desordenadamente cruzados y fabricados á capricho de los asquerosos insectos que, al amparo de la negligencia de sus moradores, se habían establecido con seguridad y familiarizaban con ellos.

Su suelo interior, privado de pavimento, presentaba las mismas sinuosidades y escabrosidad que se destacaban en la calle.

Sobre una mesa de pino coja, figuraba clavado en la pared un desconcertado armario de madera, menoscabado por la carcoma de antigua polilla, y dos toscas sillas dislocadas con hundido asiento de esparto, constituían el repugnante menaje de la tal habitación.

Sentada en una de ellas, tras de la única hoja de la puerta de entrada, permanecía la madre de Marieta, sin guardar la consideración de levantarse cuando entró la visita, y ocupada en secar con la punta del pañuelo de su cabeza las gotas corrosivas de la oftalmorreia, que padecía, escaldando sus mejillas.

Esta mujer, conocida en el barrio por la tía Dolores, apenas contaría cuarenta años, pero demacrada por el enflaquecimiento de sus carnes y encanecida prematuramente á costa de duros tratamientos y de la miseria, representaba mas edad de la que en verdad contaba, á lo cual contribuían los surcos sombríos de su entrecejo, fiel espresión de un carácter tan mal humorado como sus inflamados ojos é hinchados pómulos; su cabello gris, áspero, dejaba asomar por entre los destrozos del pañuelo que cubria su cabeza, largos y enmarañados mechones que comprobaban el descuido repugnante de su peinado.

Los brazos desnudos y las enjutas manos tostadas por el sol y enguantadas con sobrepuestas capas de inmundicia, justificaban lo lejana que el agua estaba de aquel sitio, para mayor desidia de su persona.

D. Leandro, colocado de pié ante ella, después de saludarla, rehusó cortésmente aceptar la silla que Marieta le ofrecía, y se apresuró á decir:

—Yo soy quien anteanoche encontré á esta niña llorando el percance que V. conoce; y como mi señora se

compadece de toda desgracia, ha deseado me informe de su estado, que veo es bueno, y suplique á V. que le permita vaya á visitarla esta tarde.

—Yo sobre esto nada puedo resolver, porque mi hombre no está en casa, y no sé cómo tomará que la chica salga sola por ahí.

Estrañó D. Leandro la futilidad de semejante excusa, que se apresuró á contrariar, replicándole:

—Teme V. dejar ir á su hija de día á la fonda, y no considera V. los peligros que corre de noche sola.

—Ya lo creo; como que no tenemos otro recurso para vivir. El tiempo que esté con Vds. lo ha de perder de su jornal, y eso es lo que á ella le faltaba para *enjugarse*.

D. Leandro, que había tenido ocasión de observar poco antes la laboriosidad de Marieta, interpretó esta sinrazón como excusa improvisada para contrariar su propósito, y arguyó con más empeño:

—Si V. se conforma, nosotros mismos nos la llevaremos, y me comprometo á pagarle el jornal del día; ¿qué más puede V. desear?

La madre de Marieta, refunfuñando frases inconvenientes, continuó secando el flujo de sus párpados, y procuró ocultar entre sus manos el enojo de su semblante, obstinándose en no comprometer por de pronto su autorización.

Sin embargo, el ofrecimiento que hizo D. Leandro de pagarle el jornal, cambió su concepto negativo en confianza codiciosa.

—Veamos, ¿qué resuelve V., por fin?

—Que vaya ahora con V., contestó aquella mujer, acentuando con acritud sus palabras, sin levantar la cabeza como si accediese de mala gana; y dirigiéndose á Marieta la amonestó con expresión más irritada.

—Como tardes mucho te pondré las espaldas á remojo.

La niña, que había permanecido silenciosa y con tímido recogimiento ante su madre, sin permitirse expresar el vivo deseo que sentía por ir á la fonda, así que oyó la última frase, se ocultó en la alcoba inmediata para vestirse con precipitación la remendada ropa de indiana que le servía para salir de noche, alisó con sus propios dedos los cabellos, que sujetó con un retazo de cinta torcida, y formando sobre la barba un ligero nudo con las puntas del pañuelo, que le servía para velar su cabeza, se acercó á D. Leandro anunciándole:

—Ya estoy lista; cuando Vds. dispongan.

Ambos acompañantes, que ansiaban respirar otra atmósfera más pura que la reconcentrada en aquel súpico portal, se despidieron de la tía Dolores, y salieron á la calle, siguiéndoles Marieta con oculta alegría.

A los pocos pasos que anduvieron dejóse oír de nuevo, cual grito de indignación, la voz chillona de la tía Dolores, que llamaba á su hija.

—Anda, veas qué quiere tu madre; aquí te esperamos, ordenó D. Leandro, interrumpiendo su paso.

Con marcadas muestras de recelo volvió á entrar pausadamente Marieta en su casa, preguntando:

—¿Qué quiere V., madre?

La tía Dolores irguióse en pié, cual fantasma provocador, afianzó con rudeza el hombro de su hija para obligarla á que se le aproximase, y retorciendo su piel con doloroso pellizco, le advirtió.

—A ver cómo sabes sacar el dinero á estos señores, porque como no me traigas por lo menos el jornal de dos días, vás á probar el cáñamo (1) de tu padre.

(1) Alusión vulgar á los alpargates que de esta materia usa la gente pobre.

El agudo ¡ay! que la infeliz Marieta lanzó al sentir en su carne la presión de los dedos huesosos de la tía Dolores, hirió los oídos de Ricardo y de D. Leandro, quien le preguntó al reunirse poco después con ella:

— ¿Qué te ha sucedido?

— Nada, señor; contestó la niña reprimiendo su sentimiento y suspirando por su último dolor.

— ¿Qué te ha dicho tu madre ahora? Cuéntamelo, insistió con vehemencia D. Leandro, quien no podía sospechar resolución buena de aquel llamamiento.

— Nada es señor; que no me detenga en la calle.

Marieta disimuló de esta manera la imprudente advertencia de su madre, y justificó que su alma atemperada á toda clase de sufrimientos, sabía estimar el valor de su propia dignidad por natural inclinación, aún más que el sér que la enjendró en su seno.

D. Leandro no quiso repetir su pregunta; pero supo interpretar dignamente el respetuoso silencio de la muchacha.

VI

Cuando nuestros diligentes personajes llegaron á los pórticos de la fonda, que servían de ensanche al oscuro cafetín que ocupaba la planta baja de aquel antiguo caserón designado por "La Cruz de Malta," Ricardo se adelantó presurosamente á subir la escalera de su departamento con el afán de anunciar á su madre la llegada de Marieta.

—Mamá; ya estamos aquí, exclamó casi sin aliento. Marieta viene con nosotros..... Su madre la ha reñido..... Mira, estaba haciendo hilete.... La pobrecita tiene los hombros negros de tanto como le pegan en su casa.

Apenas había acabado Ricardo de comunicar á su madre, con este laconismo telegráfico, el conjunto de las impresiones adquiridas en su escursión, asomó en la sala D. Leandro seguido de la muchacha, que se detuvo en el dintel de la puerta no atreviéndose sin duda á pisar la alfombra con sus desnudos piés.-

—Entra sin reparo, hija mia, y siéntate. Ricardo acerca una silla á Marieta.

Así que esta disposición de D.^a Virtudes fué cumplida y que su esposo con su hijo en brazos se sentó á su lado, Marieta tímida y ruborosa, apesar de las cariñosas

frases de aquella señora, ocupó su silla con la cortedad natural á su edad y á las circunstancias que la rodeaban.

Reclinada sobre el borde del asiento, más bien que en otra posición más comedida, y apoyando sus manos en los vacíos laterales, cruzó libremente sus piernas, cual si de este modo pretendiera ocultar la desnudez de sus piés.

Con mirada candorosa contemplaba la palidez interesante de D.^a Virtudes, que contribuía á realzar en su rostro la expresión bondadosa de su carácter, reflejado con dulzura por naturaleza en la languidez de sus ojos, ligero arqueado de sus cejas, suave gracia de sus pupilas, flexibilidad de sus lábios y en el bruñido lustre de su cutis.

—Ya sabes que me ha interesado mucho el encuentro que tuvimos en la noche última, y como no venías, deseaba saber de tí, le dijo con amable confianza doña Virtudes. ¿Que tal tomaron tus padres la desgracia que te ocurrió antes de conocernos?

—Señora, muy mal, porque creyó mi padre que me había peleado con otros muchachos.

—Eso prueba que debes ser muy mala y que tus padres conocen tus travesuras. ¿No es así?

El sonrojo que, despues de estas palabras, asomó al rostro de Marieta, le hizo permanecer silenciosa y preocupada por el concepto que de ella formaban aquellos señores.

D.^a Virtudes comprendió que el juicio emitido coartaba la confianza que se proponía establecer con la muchacha, é intentó reanimarla, halagando sus buenas cualidades á la vez que sondeaba las causas de sus sufrimientos.

—Me han dicho que eres muy trabajadora ¿qué sabes hacer?

— Hilete de esparto y cestos claros, señora.

— ¿Sabes coser mucho?

— Nada, porque como mis padres nunca pueden pagar *la regla*, no les es posible enviarme á *la labor*.

— Por lo menos sabrás hacer medias.

— No, señora, porque en casa no se gastan.

— ¿No sabrás tampoco leer ni escribir?

— Tampoco. Si yo supiera hacer todas estas cosas podría ganarme mejor el pan y no iría como voy.

Los ojos de Marieta, adquiriendo viva expresión, descubrieron el estímulo que en su alma ardía por conocer las ocupaciones adecuadas á su sexo.

— Pues no me esplico cómo habiendo escuelas gratuitas no han cuidado tus padres de enviarte á ellas.

— Es que tampoco he tenido tiempo nunca. Hace cinco años que sostengo á mis padres con el producto de mi oficio, que me destroza las manos; y solo espero ser un poco mayor para dejarlo, colocándome de criada en una buena casa.

— ¿Pero es que tus padres no pueden trabajar? preguntó D. Leandro interviniendo en la conversación.

— Mi madre, ya la ha visto usted, enferma de los ojos, y mi padre *que está á lo que sale*, casi nunca gana nada, así es que con mi trabajo nos sostenemos.

— ¿No tienes otros hermanos? volvió á preguntar don Leandro.

— No señor, soy sola.

— Dime; ya que sostienes á tus padres ¿cómo es que piensan dejarte ir á servir? interrogó D.^a Virtudes, concretando sus indagaciones al interés peculiar de Marieta.

— Es que el oficio, dice mi padre, que no deja para nada y que cuando yo me ponga á servir verá él que es lo que se hace.

— ¿Qué jornal ganas?

—Unos días dos, otros tres reales, según la tarea que me dan, y según está el tiempo. Para esto, vean ustedes, me destrozo las manos y tengo que estar machacando y retorciendo el esparto desde que amanece hasta la noche.

—¿Y no se gana nada más en casa?

—Lo que mi madre recoge de limosna en la colegiata, lo que le dan los hermanos de los pobres y lo que vendo en mi puesto de habas por la noche.

—¿Pero es que tu padre no gana nada?

—Lo poco que gana dice que lo necesita para fumar.

—¿Hasta qué hora estás dedicada á la venta de habas?

—Hasta que apagan los reverberos.

—¿Y vendes gran cantidad todas las noches?

—Muy poco, señora, porque somos muchos á vender. Mi padre cree que yo no vendo mas porque me pongo á jugar con los muchachos y por esto me castiga casi todas las noches.

—Oye. ¿Tan poco estiman tus padres el afán con qué trabajas? ¿Tan mal te corresponden, hija mía?

Marieta agradeció á D.^a Virtudes esta última frase, á la cual correspondió con triste mirada y tierna emoción, revelando el sentimiento recóndito de su pecho, que la dejó coartada y sin franqueza para emitir su respectiva cocontestación.

—Acércate á mí, hija, quiero examinar las señales que Ricardo ha visto en tus hombros.

La muchacha, colorada como una amapola, obedeció á la atracción de la mano que le habia tomado D.^a Virtudes, quien reclinándola sobre sus rodillas, le desnudó el hombro y brazo izquierdo, resaltando en ellos las impresiones amoratadas y amarillentas de sus últimos castigos.

—¿Pero, hija, quién te pega tan cruelmente? Fijate, Leandro.

Marieta, con los ojos enternecidos por los recuerdos dolorosos que se agolparon á su imaginación, únicamente contestó con vergonzosa timidez:

—Mi padre.

—Pero, por qué, hija mia, ¿le desobedeces en algo?

—No, señora, es porque no vendo todo lo que él quiere, contestó con mayor aflicción Marieta, sollozando ya fuertemente y dejando correr sobre sus sofocadas mejillas las lágrimas que en vano habia intentado reprimir.

—¿Por qué te ha reñido hoy tu madre antes de verte?

A la muchacha sorprendió esta pregunta, no esperando que D.^a Virtudes estuviese perfectamente enterada de lo que á ella le ocurría, por lo cual esforzó el disimulo de su congoja, y se concretó á replicarle:

—No fué por nada; para que no jugase por la calle.

D.^a Virtudes recogió con su propio pañuelo algunas lágrimas sueltas que asomaron á los ojos de Marieta, y acariciándola con un abrazo se quedó en esta actitud por un momento pensativa, cual si reflexionara la despiadada dureza con que la miseria se encona en la desgracia.

D. Leandro y Ricardo, mudos testigos de aquella patética escena, participaban también de la emoción compasiva de D.^a Virtudes, quien preguntó á Marieta, siguiendo el rumbo variable de sus reflexiones:

—¿Qué has almorzado hoy?

—Pan con aceite, contestó la niña suspirando.

—Niño; llévate á Marieta para que la criada del comedor le sirva un panecillo, una tajada de carne y nueces. Haz que se lo coma adentro, y cuando yo os llame, entrad.

Después de prestar Ricardo atento cuidado á la anterior disposición de su madre, arrancó de su sitio á Marieta, que rehusaba seguirle, y animándola con cariñosos halagos salieron de la sala, seguidos de D.^a Virtudes, quien les acompañó hasta la misma puerta para dejarla asegurada con su pestillo.

VII

Luego que el matrimonio consiguió quedar solo en su cámara, D.^a Virtudes, con animada resolución, que desmentía el débil estado en que su traidora enfermedad enervaba sus fuerzas, colocó junto al sillón de forma antigua que ocupaba su esposo, un taburete de bajo asiento sin respaldo, y sentándose descuidadamente en él, se apoyó sobre sus rodillas con graciosa y coquetona postura, cual mujer amaestrada en las confianzas de la seducción.

Alternando su dulce sonrisa con miradas apasionadas, tan vehementes como la calentura pertináz de su dolencia le permitía imprimir á las ideas que ocultaba, se quedó por un momento estática, ansiando interpretar silenciosamente los pensamientos de su esposo, y filtrar en su alma, con la luz de sus ojos, el benigno deseo que dentro de su propio pecho sentía germinar.

Desde sus primeros preparativos comprendió don Leandro que su querida esposa pretendía solicitar de él alguna conformidad en un asunto de los que por su importancia requieren la ayuda del convencimiento ó los espontáneos arrebatos de la complacencia, y al fijarse en la agudeza interesante de su mirada, la rodeó por el

cuello con cariñoso abrazo, contempló con dolorosa ternura la palidéz y enflaquecimiento de su rostro, y acabó por preguntarle bondadosamente:

—¿Qué quieres?

D.^a Virtudes, temiendo arriesgar el éxito de su exigencia à una declaración precipitada, reclinó su cabeza sobre el pecho de su esposo con suavidad seductora, y sin variar la apasionada expresión de sus ojos, acentuando su entonación humilde y suplicante, balbuocéó:

—¿Que qué quiero?

—Si, dime lo que pretendes, porque nunca sabes disimular la impaciencia de tus deseos.

—Pues bien, Leandro mio, exijo de tí una prueba más de tu amor.

—¿Qué nueva prueba anhelas?

—Te parecerá exajerada, eso ya lo preveo yo. Quizás te arredre; pero cuando se ama como nosotros nos amamos, no hay más que una sola voluntad que enlaza los sentimientos. Tú me has enseñado, que, cuando Dios enjendra en el corazón mayor ternura de la que necesita nuestra felicidad propia, el exceso de esa afección debemos dedicarlo al bien ageno, para que las dichas de nuestro egoismo no perezcan con la vida y engrandezcan nuestro amor.

—¿Y no me has encontrado siempre propicio para secundar cualquier impulso de tu alma?

—Es verdad; pero nunca te he exigido ningun sacrificio como te lo impondría ahora, si me asegurases que para las exigencias de mi cariño no hay que esperar contradición en tus disposiciones.

—¿Para qué apelas á tanto rodeo? espícate ya con más claridad, y conoceré lo que pretendes.

—Deseo prohijar á Marieta, educarla; instruirla y contribuir á su bienestar futuro, arrancándola de la de-

plorable condición en que la tiene su familia, capaz de matarla en una de las épocas más críticas para su naturaleza.

—Tu noble pensar, Virtudes, te alucina ante la satisfacción de hacer bien y no prevees los obstáculos que tendrás que arrostrar en tu obra ni meditas las consecuencias que su importancia pueda originarnos.

—Leandro; Dios no ha querido recompensar nuestro amor con una hija cual hemos deseado con interés después de tener á Ricardo. Ya que de mis entrañas no ha salido Marieta ¿por qué al presentárnosla Dios tan desdichada no la hemos de cobijar en nuestro corazón procurando hacerla más feliz?

—Como tú deploro su desgraciada suerte; pero sus padres necesitan de su trabajo para sostenerse y éste ha de ser el primer obstáculo insuperable con que tropezarías, porque bien debes comprender que por poco que unos padres quieran á sus hijos no tan fácilmente se desprenden de ellos.

—Ya le has oído decir que dentro de poco tiempo piensan dedicarla al servicio doméstico y por fuerza han de separarse entonces de ella. ¿Qué inconveniente hay, pues, en proponerles ahora que deseamos tomarla de sirvienta y una vez en nuestro poder dedicarnos á su educación y considerarla como á Ricardo.

—Su adquisición, Virtudes, puede servir á sus padres de motivo para explotarnos continuamente y proporcionarnos un semillero de disgustos. Aunque así no fuese debes temerlos de las cualidades de su carácter, que aun no conocemos, de los resabios de su educación primitiva, que no puede estar más abandonada, de la índole de sus pasiones más tarde, y nuestra responsabilidad siempre inmensa nos reportaría sensibles remordimientos.

—No espero que su ingratitud pueda llegar á tal ex-

tremo, porque aun es tiempo de corregir las inclinaciones de su ánimo. ¿No observas en ella sentimiento, prudencia, soltura, inclinación y estímulo natural para aprender? ¿No la ves á su tierna edad esclavizada al trabajo? ¡Cómo no hemos de esperar con satisfacción la recompensa de que aproveche nuestra generosidad!

—Virtudes, es muy delicado el asunto que propones; y en el estado en que estás no conviene á tu salud aumentar los desvelos de nuevos cuidados domésticos que requieren una gran tranquilidad de espíritu.

—No lo creas así, Leandro. Marieta me servirá de distracción, su compañía de afición preferente para mi tranquilidad, y los goces que esta obra me han de proporcionar estoy convencida que contribuirán al alivio de mis males. ¿No lo ves como yo?

—No; no veo tus propósitos de color de rosa. No preveo en ellos más que molestias y pesares que te han de tener continuamente disgustada, quebrantando más tu salud, y por tu bien te ruego que no insistas sosteniendo esa exigencia caprichosa.

Al verse D.^a Virtudes contrariada de tal manera en su obra de misericordia, se entristeció visiblemente, y con ánimo abatido, después de exhalar de su pecho un violento suspiro, obligado por la vehemencia de su deseo, reclinando otra vez su sedosa cabeza sobre el pecho de su marido, permaneció en actitud expectante ínterin reprimía con forzoso disimulo las emociones de su sentimiento.

Al poco rato de permanecer ámbos esposos en silencio, D. Leandro procuró elevar con suave movimiento la frente de su mujer, en cuya ocasión observó que la aureola rojiza de sus ojos revelaba la impresión angustiosa que en su ánimo había producido su contrariedad; y proponiéndose reanimarla, le añadió con amable reconven-
ción.

—¿Pero mujer, por qué motivo te pones así?

Doña Virtudes recogió entonces con su pañuelo una lágrima, que sin afectación dejó escapar de sus ojos esta nueva pregunta, y se limitó á responder:

—Porque veo que no me amas como dices.

—De modo que para ser mi amor bien comprendido por tí, debe satisfacer todos tus caprichos, por perjudiciales que te sean.

—No es un antojo reprehensible lo que ahora te pido; es que mientras tenía á Marieta sobre mis rodillas he ofrecido á Dios desde lo íntimo de mi corazón prohijarla por caridad, para que acepte esta obra como influencia intercesora, concediéndome la salud que ansío para vivir muchos años á tu lado.

—¿Y ni aun has considerado que tu hijo puede recibir á mal tu proyecto?

—No lo creas; no ves que él mismo lo está deseando.

—Eso es hoy que nada reflexiona; pero en el día que sepa distinguir la diferencia de sus derechos, puede crearse un antagonismo entre ellos dos que nos proporcione enormes disgustos.

—O servirse de mútua ayuda y de consuelo cuando yo muera, interrumpió con resolución la amante esposa.

—No debes tocar ese extremo, porque ya conoces cuanto me angustia; pero ¿querrás decirme si tal fuera mi desgracia, qué iba á hacer yo con esta niña estraña?

—Conservarla cariñosamente á tu lado como el mejor recuerdo de mi amor.

A la vez que D.^a Virtudes pronunciaba esta última frase, levantóse de su asiento, y arrojándose en los brazos de su esposo, lo estrechó con efusión contra su seno, proponiéndose obtener con sus caricias lo que la reflexión no habia conseguido sazonar todavía.

Emocionado D. Leandro por el temor de contribuir con su negativa á cualquiera complicación en la salud de su virtuosa mujer, á quien idolatraba, no pudo resistir mucho tiempo á la influencia de sus demostraciones cariñosas, y abrazándola con igual ternura, exclamó con ferviente acento: •

—Pues ya que así es, yo tambien ofrezco á Dios este sacrificio por tu salud. ¡Que Marieta sea cuanto antes nuestra hija adoptiva!

Con gratitud espresiva, D.^a Virtudes besó la mano de su esposo, la cual retuvo entre las suyas, oprimiéndola cariñosamente contra su corazón, á cuyo demostrativo entusiasmo correspondió D. Leandro exhalando sentimental suspiro, que le consintió desahogar algun tanto la angustia que con insoportable opresión le abrumaba desde que empezó la enfermedad de su jóven compañera.

—No te aflijas por esto, Leandro, que voy á llamar á los chicos. Calla ¡ya verás como Dios acepta nuestra ofrenda y nos hace muy felices!

Inmediatamente que D.^a Virtudes terminó estas frases, que dejaron mas entristecido á D. Leandro, se desprendió de sus brazos, secó sus ojos apresuradamente y tomando á su pasola campana de una escribanía de bronce que habia sobre una mesa, se dirigió hácia la puerta, desde donde llamó á su hijo.

D. Leandro que la siguió con triste mirada, permaneció en su sillón taciturno, con sus brazos cruzados, indicando por los movimientos reflexivos de su cabeza la poca confianza que le inspiraba el alivio de la dolencia de su buena esposa.

VIII

Poco despues que D.^a Virtudes volvió á ocupar su asiento en el sofá, entraron en la sala Ricardo y Marieta enlazados por sus manos, acreditando en la alegría de sus semblantes, que la confianza de la edad habia enjendrado ya esa simpatía espontánea, que no repara en la diferencia de clases, que considera puras y nobles todas sus aspiraciones, y cuya desinteresada inclinación nos lleva á la envidia despues, por la sinceridad con que nace y se desarrolla sin preveer ningun peligro ni recelar de las veleidades del ánimo.

Ricardo, separándose de su compañera, se abalanzó hácia su madre, de quien recibió un expresivo beso en su mejilla, al tiempo mismo que aquel le preguntaba en voz baja al oido:

—Mamá: ¿se vá á quedar Marieta á jugar conmigo todo el día?

—No, hijo mio, que tiene que volver á su casa; pero si fuera de tu agrado, intentariamos que se quedara á vivir con nosotros.

—¡Ay! sí, mamá, sí, que se quede y que no haga mas hilete la pobrecita, contestó con vehemencia el niño, dirigiendo una compasiva mirada á Marieta, que penetró en su corazón con gratitud.

—Mucho es menester que la respetes y la quieras, niño, si es que sus padres la autorizaran á quedarse con nosotros, para que su conocimiento jamás reporte ningún disgusto á la mamá.

Con semejante recomendación, hecha á Ricardo con igual sigilo, intervino oportunamente D. Leandro en aquel diálogo, preparando el ánimo de su hijo.

—La querré tanto como Luisito quiere á sus hermanas, ó más aún; ya lo verás, contestó con alegre demostración Ricardito.

—Así debes pensar siempre, hijo de mi alma, le aconsejó D.^a Virtudes, porque todas las personas desgraciadas merecen ser en la tierra nues'ros predilectos hermanos.

Marieta, que permanecía en pié á respetuosa distancia de este grupo, presenciando quizás por vez primera en su vida un cuadro ejemplar de cariñosa educación, se quedó absorta; pero comprendiendo desde luego con aquellos cuchicheos que de ella se trataba.

Envidiando sin duda las caricias que Ricardo recibía de sus padres, se le hacía en aquel momento más dolorosa la acritud violenta con que los suyos la trataban, apesar de los sacrificios que en su temprana edad ponía en práctica para complacerles y coadyuvar á su sustento.

Sorprendida por la confianza que Ricardo con ello lograba, sentía recordar que por su parte jamás había disfrutado de tan grato consuelo, ni aun en las ocasiones más aflictivas de su vida.

Y estrañando las dulzuras que en aquel hogar presenciaba, llegó á suponer que esa dicha, fácil por naturaleza de brotar en cualquier corazón, únicamente correspondía á los séres privilegiados por la fortuna, nunca accesible en sus bondades á los pobres como ella, cuyo destino suponía diverso al de las demás criaturas.

Sintiéndose entónces impulsada por el estímulo de la ternura que despertaba su propia envidia, ansiaba desahogar en el regazo de aquella señora el sentimiento que á ella le afectaba, con la misma confianza y derecho con que Ricardo, contento y feliz, podía manifestar su satisfacción; pero los respetos de su condición extraña la retenían coartada, deplorando en su interior el abandono de su suerte.

Sin sospechar D.^a Virtudes la índole de impresiones que Marieta experimentaba en su imaginación, hizola aproximar á su lado, y obligándola á que se inclinara sobre sus rodillas, en igual actitud á la que acababa de abandonar Ricardo para sentarse junto á su padre, le preguntó con la misma cariñosa expresión que había usado con su hijo:

— ¿Quisieras quedarte viviendo con nosotros?

Esta frase sorprendió á Marieta por la conexión que aquella pregunta tenía con sus últimos pensamientos, cubrió su rostro con sus manos, y sin poder contener la fuerte agitación de su pecho, se deslizó involuntariamente de rodillas, llorando con gran desconsuelo.

D.^a Virtudes y D. Leandro comprendieron, desde luego, que aquellas lágrimas no expresaban solo la sorpresa natural de su ánimo, sino también el recuerdo triste de sus continuos sufrimientos, en forfía con los deseos anhelantes de cambiar de condición y con la gratitud que aquella proposición le inspiraba, por lo cual respetaron silenciosos algunos breves momentos la inconsolable aflicción de la muchacha.

— Veamos, niña, ¿por qué te afliges tanto? volvió á preguntar, poco después, con anhelo expresivo D.^a Virtudes.

— ¡Ay! señora, porque soy muy desgraciada, replicó Marieta repitiendo los sollozos, que en opresión violenta ahogaban su garganta.

— Tranquilízate, mujer, y espícanos tus penas.

— No puedo, señora. Me es imposible.

— Desecha tus reparos, y háblanos con la misma confianza que usamos nosotros, insistió D.^a Virtudes, ayudándola á levantarse para que ocupase su primitiva posición. ¿No ves que aquí te queremos mucho todos?

— Ya lo veo, señora, y esto me aflije más.

— Sepamos, ¿por qué?

— Porque nadie me ha querido jamás. Ahora conozco que mis padres nunca me han amado.

— Mujer, no digas eso, por que les ofendes.

— No quiero ofenderles, señora, pero á mí nunca me han dado un beso, ni me han acariciado como Vds. lo hacen con el señorito. Nada de lo que yo hago encuentran bien hecho, y despues de trabajar desde que sale el sol, dicen que nada hago y me castigan á toda hora. Si lloro, me pegan más, y aunque nunca replico nada, casi todas las noches me acuesto sin cenar, llorando porque no puedo reunir con mi venta el dinero que mi padre me exige..... Yo no quisiera ya vivir así.

La infeliz Marieta, despues de arriesgarse de aquel modo á desahogar sus penas en D.^a Virtudes, permaneció cabizbaja sombreando en su frente la melancólica expresión de sus ideas.

— Pues, apesar de eso, nunca digas que tus padres no te quieren; lo que sucede es que por sus achaques y necesidades no saben los pobres espresarte su cariño. Volvamos á nuestra primera pregunta: aun no me has contestado si te vendrías con nosotros.

— ¡Vaya, si quisiera yo! pero no sé si mis padres lo consentirán.

— Ya cuidaremos de eso: lo que nosotros queremos saber es si viniéndote no te arrepentirás mañana.

— No me arrepentiré, no, señora, y si Vds. me enseñan muchas cosas, verán qué bien les sirvo.

—Nosotros no te pegaremos nunca, pero es preciso que por tu parte te apliques muchísimo y no nos ocasiones ningún disgusto.

—Prometo obedecer á Vds. como me manden.

—Y como aprendas pronto á hacer medias, á coser, á leer y á escribir, y seas buena, verás que lindos zapatitos y que bonitos vestidos te compramos para que los luzcas siempre bien peinada.

La vanidad femenil que D.^a Virtudes acababa de despertar en el corazón de Marieta, con este ofrecimiento, enjugó momentáneamente sus lágrimas, y abriendo con asombro los ojos, que sostenía fijos en la pared, parecía que allí embelesada contemplaba ya la hermosura y variedad de sus trajes.

—¿Y tus padres crees que se opondrán á lo que mi señora pretende? preguntó D. Leandro deseando intervenir en la conversación.

—No lo sé, señor; pero el año pasado unos *franchutes* hablaron con mi padre para enseñarme á hacer *volatines*, diciendo que yo ganaría mucho dinero. Mi padre antes que aquellos hombres me vieran me amenazó para que yo nunca dijese que estaba conforme, por que esto él lo arreglaría despues y así podría sacarles más dinero. Si yo digo á Vds. delante de mis padres que no quiero irme con Vds., no me hagan caso é insistan mucho, porque yo sí que me quiero venir.

D.^a Virtudes y D. Leandro no pudieron menos de cruzar con inteligencia su sonrisa por la ingenuidad con que Marieta les prevenia para salir airosos en su proyecto.

—¿Y cómo es que no te fuiste entonces con aquellos titiriteros? continuó interrogando D. Leandro.

—Porque mis padres les pedían cincuenta duros para dejarme ir y ellos no quisieron dar más que veinticinco.

—¿Y no hubieras sentido abandonar tu casa à irte con unos hombres desconocidos, que Dios sabe lo que hubieran hecho de tí, para enseñarte á dar volteretas?

—Creo que nó, por que ellos llevaban otros muchachos y aseguraban á mi padre que estaban muy bien. En casa tambien me decían que corriendo mundo se aprendían muchas cosas y que así podría yo hacer fortuna.

—No es floja la suerte que podías esperar de saltar maromas. ¡Como no te estrellaras los sesos! En fin terminemos ya la visita, que se te hace tarde.

Vas á irte acompañada por una criada, para que no te detengas en ninguna parte, y dí á tus padres que vengán contigo mañana á medio dia, en cuya vista convendremos la manera de retenerte á nuestro lado.

Mientras la criada que fué llamada por D. Leandro se personó á continuación en la sala para acompañar á Marieta, D.^a Virtudes arregló en su cabeza el pañuelo que la cubría, la acarició repetidas veces y la despidió animándola con la esperanza de que pronto se iría á vivir con ellos.

Entonces recordó D. Leandro que había ofrecido á la tia Dolores pagar el jornal del dia, y puso una peseta en las manos de Marieta para que se la diera á su madre, despidiéndola con la misma afabilidad que lo habia hecho su esposa.

Al recoger Marieta con agradecimiento esta moneda, una triste idea cruzó por su mente, dudando si sería bastante aquella cantidad para satisfacer la ambición de sus padres, ó si á su llegada tendría que sufrir severo castigo por parecerles mezquina la retribución; pero cuidadosa de ocultar sus temores, salió de la sala pensativa, acompañada de la mujer que debia dejarla en su casa.

Ricardo permaneció quieto en su asiento todo el tiempo que duró la escena terminada, sin pestañear ni

perder ninguna de sus palabras ni detalles, y despues de haber salido Marieta de la habitación, corrió veloz en su busca, alcanzándola en la escalera.

La conversación que entablaron los dos niños, se dejaba oír desde el sitio en que permanecían sus padres, como confuso rumor de acalorada reyerta.

— ¿Oyes? ya armó Ricardo su primera bronca. Voy á ver qué pasa, dijo D. Leandro, abandonando precipitadamente su asiento.

Poco despues de dejar la estancia en que quedó impaciente su esposa, volvía D. Leandro conmovido, llevando con orgullo á su hijo en brazos.

— Vé, Virtudes, qué hacemos ahora con este chico.

Ricardo, pugnando por desasirse del lazo cariñoso con que le sujetaba fuertemente su padre, dirigió con picaresca sonrisa dulce mirada para calmar la inquietud de su madre.

— Qué es lo que ha hecho? preguntó con ansiedad la señora.

— ¡Adivínalo.

— ¿Alguna travesura diabólica?

— No. Dió á Marieta el medio duro que nos sacó anoche para juguetes, recomendándole que se compre un par de zapatos.

— Ven á mis brazos, hijo de mi vida, y no olvides que Dios jamás deja sin recompensa las generosas acciones de la infancia.

D.^a Virtudes desahogó en las rosadas mejillas de Ricardo la ternura de su corazón maternal, que rebosaba en aquel momento con entusiasta satisfacción y noble orgullo.

— Ahora te quedaste sin dinero y sin juguetes. Buena la has hecho, añadió D. Leandro, intentando mortificar á Ricardo para observar la sólida virtud de sus impresiones.

—No, papá, porque me he comprado una muñeca de carne, repuso el niño sin apreciar el alcance de sus palabras.

- D.^a Virtudes, temerosa de que se desvirtuara el mérito de la generosidad de su hijo, y se desvaneciera instantáneamente la grata satisfacción que dejan en el alma las huellas de una buena obra, se apresuró á amonestarle con cariño.

—No digas tal, hijo mío, porque Marieta no es ningún juguete. Tú debes decir que has comprado el consuelo de una desgraciada, para que Dios no te escatime su misericordia en las horas mas angustiosas de tu vida. ¿Ves cuán hermosa es la caridad? (1)

(1) El autor tiene la honra de haber aprendido esta escena de uno de sus hijos, cuando apenas contaba seis años de edad. Sirvale este recuerdo de perpétuo estímulo para conservar incólume la nobleza del corazón.

IX

Mientras Marieta, despues de haber confiado sus penas á aquellos señores, regresa loca de contento á su casa, balbuceando á solas palabras de gratitud, que brotan de su alma, anhelosa con la promesa de cambiar en breve su miserable y sufrida condición, conozcamos los antecedentes de sus padres, cual importa á la claridad de nuestra historia.

Pobres por disposición de la fortuna, habian descendido á las últimas gradas de la miseria y de la infelicidad, impelidos por las corrientes implacables del destino que encontraron fácil atracción en la inercia del carácter de ambos cónyuges para sostener con absoluta ignorancia de sus deberes una empeñada aversión al trabajo.

El tio Vicente, zapatero en su juventud, nada habia adelantado en tal arte, debido á la escasèz de sus luces intelectuales, flojedad de estímulo para perseverar en cualquiera propósito útil, y repugnancia absoluta al tirapiéy la lezna.

Aunque privado de elementos materiales, resolvió establecerse independientemente al contraer matrimonio, más bien para justificar su afición á la ociosidad, que para mejorar su suerte con los beneficios de un tra-

bajo libre, á cuyo efecto abrió portal de remendón en su propia casa, el cual abandonó á los pocos meses, pretestando su conveniencia por la mala ayuda de los tiempos.

Desde entónces formó parte de la reducida y despreciable sociedad de vagos que constantemente acampaba en la plaza del Mar, cual si fueran dueños del embaldosado que circundaba á las casas consistoriales, esperando desde aquel lugar que el trabajo les lloviera del cielo, cual sucedió con el maná del desierto.

Estos tipos, originales en los alardes de su miseria y en sus costumbres, conocidos con el calificativo de *pateros* por los innumerables remiendos y manchas de sus andrajosos vestidos, seguían desde época inmemorial, de sol á sol, igual sistema de vida libre al que adoptaron sus iniciadores, paseando de continuo por las aceras de la plaza en busca de alguna colilla de cigarro, con sus chaquetas araposas y mugrientas colgadas de sus hombros, ó sentados en los poyos de piedra que antiguamente existían ante la fachada principal, y después sobre las anchas losas del suelo para dormir sus borracheras, murmurar de la vigilancia de la policía, perseguir á los perros y molestar con frecuencia á los transeuntes.

Muy rara vez eran buscados para ayudar á descargar alguna pesada ó repugnante mercancía, ó para guiar las bestias delanteras de los grandes trasportes, y esperando siempre *á lo que saliere*, nunca les llegaba la hora de poder llevar un jornal íntegro á sus familias, porque tenían que sostener en primer término el crédito de las tabernas, por temor de encontrarse con sus puertas cerradas.

Sus ademanes groseros y bestiales, su lengua blasfema por estupidez, sus pensamientos soeces y sus acciones degradantes, les distinguían de toda gente jornalera, á quienes servían de ludibrio, á la vez que de opro-

bio, á la ciudad que les consentía vivaquear en punto tan céntrico.

Indiferentes á toda noción moral, permanecían embrutecidos bajo la acción de la intempèrie en todas las estaciones del año, alejados de sus pobres familias, despreciando y odiando á las clases acomodadas, y envidiosos de la holgura que disfrutaban las gentes laboriosas, sin cuidarse de imitar la sencillez de sus virtudes sociales.

Con semejante escuela, la inteligencia limitada de Vicente hubo de embrutecerse también, hasta el punto de considerar á su mujer á manera de mueble inútil, ó como carga pesada en la casa, desde que la enfermedad de los ojos la inutilizó para el trabajo, y á su hija única cual máquina productiva de conveniente explotación, sirviéndole ambas de blanco, contra el que estrellaba diariamente la explosión indigesta del alcohol, ó el disgusto de no haber bebido en aquel día.

Su barba, desaliñada por costumbre, sus lábios gruesos y amoratados, su nariz remangada y velluda, los ojos irritados y hundidos en sus cuencas plomizas, la frente angosta y aplastada, y el encrespado pelo corto en su cabeza, daban á su semblante un aspecto adusto y feroz, que repugnaba á la tía Dolores y atemorizaba á su pequeña Mariéta, siempre que la cólera le prestaba su enérgica espresión.

Cuando Vicente conoció á su mujer, era esta una de las infelices obreras que desde las partidas rurales de la huerta tienen que recorrer diariamente á pié descalzo y con sus zapatos al hombro de una á tres horas de carretera, ervueltas en nubes de polvo, ó sumergidas en lodoso barro para ganar, á costa de su salud, un mezquino jornal en la fábrica nacional de tabacos.

Dedicada desde niña á esta faena, había descuidado

la aplicación á las ocupaciones domésticas propias de su sexo, olvidando hasta los rudimentos de la costura y cocina.

Al variar de estado, confió poder descansar en el trabajo de su marido para no seguir esclavizada la vida de las cigarreras; pero la vagancia que en él desarrolló la compañía conyugal, destruyó sus esperanzas y se vió obligada á asistir á su antiguo taller de picadura para proporcionarse el pan indispensable á su sustento y al de su marido.

Una afición desmedida por comer cebolla cruda y pimientos picantes, unida á la aspiración continua del polvo del tabaco, le originaron despues de dar á luz á Marieta una irritación inflamatoria en los ojos, cuyos caracteres agudos degeneraron en oftalmorrea crónica, incurable por seguir abusando á su capricho de aquellos estimulantes.

Por la necesidad de amamantar á su hija, abandonada en el vecindario durante sus horas de asistencia al taller, como por el estado agravante de su vista, se vió precisada de nuevo á renunciar la plaza de obrera que desempeñaba; y desde entonces la miseria sumió á esta familia en sus abismos repugnantes, sin que por ello Vicente se estimulara á trabajar para conservar la existencia de Marieta ni aliviar la enfermedad de su esposa.

Algún tiempo, con este motivo, estuvieron socorridos con un pan que los hermanos de los pobres les daban semanalmente, como pretexto para corregir sus costumbres viciosas, las cuales se proponían moralizar suavizando el rigor de sus desgracias; pero de las amonestaciones de aquellos caritativos consejeros se burlaban hipócritamente despues de asegurar el alimento material. Añadido este exíguo recurso al resultado de las limosnas pecuniarias que la tía Dolores recogía los sábados y

los días festivos en la puerta principal de la Colegiata, á más de algunas casas caritativas que tenía por parroquianas, fueron remediando sus necesidades más apremiantes con la mayor penuria, hasta que en edad demasiado prematura consiguieron hacer trabajar á Marieta *de filetera*.

La belleza física de la tía Dolores, no muy despreciable en su juventud, participó de esa palidéz suave y delicada que el clima imprime á la generalidad de las jóvenes de la huerta, amortiguando los rasgos más expresivos de su fisonomía con dulzura interesante, que encubre el fuego vehemente de sus apasionados corazones.

Belleza que la encarnación y lactancia de su hija, los disgustos domésticos, los achaques y el hambre marchitaron á manera de flor ajada en temprano desarrollo y destruyeron para no volver á lucir más.

Sus cualidades morales, poco sólidas por falta de educación, degeneraron y perdieron la iniciativa de su natural influencia con los perversos ejemplos de su marido y con el descuido de su perezosa condición.

Incapáz é impotente para corregir los defectos y vicios del tío Vicente, concluyó por atemperarse á su degradante escuela á costa de frecuentes altercados y rudos garrotazos que la convirtieron en humilde esclava de su tiránica voluntad.

Con tratamientos tan bestiales, debilitada por la escaséz de alimentación y molestada por la dolencia contumáz de sus ojos, acabó por desarrollarse en su ánimo un aburrimiento de índole tal, que destruyendo todo sentimiento de cariño y de ternura, la hacía vivir arrinconada y sola en el oscuro portal de su casa con indiferencia casi irracional á los rigores de su destino.

De este matrimonio desdichado nació Marieta, débil y raquítica, con parecidas facciones á las de su madre y

dotada con mejores prendas morales que su padre, para compartir con ámbos las penalidades de su miserable condición.

A su inteligencia clara aunque mal dirigida, debís el estímulo de su aplicación constante al trabajo, el cual sentía limitar á la tosca elaboración de la tomiza, cuya ruda faena le impedía realizar los deseos plausibles que manifestaba porque la instruyeran en otras ocupaciones más adecuadas á su sexo.

Esclavizada en aquella penosa tarea, todos los días, desde el amanecer, dedicada hasta media noche á la venta de habas ó de garbanzos tostados, según la época lo exigía, mal alimentada, peor vestida, rendida con frecuencia por el sueño, doloridos sus miembros por la severidad de los castigos, y atemorizada siempre por el áspero carácter de su padre y la rígida indiferencia de su madre, la infeliz Marieta sentía latir en su corazón la presión angustiosa de esa vida que desgraciadamente arrastran algunos huérfanos en su abandono, para quienes no hay caricias ni consuelos, ni mas que lágrimas y amargas, y cuya languidez enfermiza, sinó la estingue, conduce irremisiblemente al que la sufre á la desesperación.

Las bondades inherentes á su tierna edad, corrían peligro de malearse y de perder la rectitud de sus mejores inclinaciones, á impulsos de la envidia con que veía la libertad que disfrutaban los otros muchachos del vecindario, mientras ella trabajaba; y con anhelo creciente, así ostitigada, pretendía salir de la tutela paternal que en rigor se le hacia odiosa.

En sus dos últimos años, intentaron ya sus padres, carentes de los afectos de la naturaleza é impasibles á todo sentimiento de dignidad, deshacerse de ella, para saciar la ambición de su egoismo villano y degradante,

puesto que únicamente la estimaban por el tanto de los beneficios positivos que su explotación pudiera reportarles.

Afortunadamente, el Angel de su Guarda salvó á Marieta de un cambio de esclavitud, y no llegó á servir de saltimbanqui por cuestión de precio, cual se solicitó por una compañía callejera de titiriteros, con grave riesgo para su moralidad y para su vida, ni de liviana encubridora para otras industrias de peor condición.

Si la cantidad en que sus padres estipularon los méritos de su hija la hubieran obtenido alguna vez, con fácil impremeditación la hubiesen abandonado á un porvenir mas desgraciado.

Ya últimamente la sostenían á su lado esperanzados con la promesa de que en breve entraría á servir en casa rica ó solicitarían su admisión en la fábrica de cigarrros, y atendiendo á los progresos de su miseria, no hubiera sido de estrañar que sus padres algun día por mas vil precio la entregaran á su deshonra y perdición.

De todo es capaz el hombre cuando la indolencia impera en su ánimo y los vicios le pervierten, porque en tal estado, llega á dejenerar en una irracional estupidéz, que acaba por destruir los efectos que mas realzan la inestimable dignidad de la conciencia.

A cualquiera destino fatal llega la niña inocente, cuando ofuscada por su propia ignorancia deplora la privación de las atenciones afectuosas que más ansía, y aburrida por la presión de sus padecimientos, se vé lanzada á seguir vías torcidas por los mismos que debieran servirle de norma, defensa y amor en la tierra: sus padres.

Pero ¡ay! no profundicemos la filosofía á que se prestan estas aberraciones, porque la naturaleza contribuye mucho á destruir en el corazón de los padres la unión íntima de aquellas hermosas cualidades, cuando la educación no las moraliza y Dios no las fructifica.

X

Cuando Marieta llegó á su casa acompañada de la criada, quien la dejó en su mismo portal, encontró á sus padres sentados al rededor de la mesa, que habian colocado en el centro de la estancia, sobre la cual, desnuda de manteles, tenian un hondo plato de vidriado barniz y oscuro barro, lleno de grandes pedazos de pimiento colorado, cebolla y tomate, revueltos con alcaparras y anegados en profuso caldo de aceite y vinagre tinto, á guisa de *ensalada costanera*.

Este único plato, accesible á toda fortuna, aún en el rigor del invierno, en aquel país, constituia la principal comida del día, frugal como todas, que para cubrir la incapacidad de la tía Dolores, no necesitaban de inteligentes preparaciones culinarias ni del cocimiento en la hornilla, por muchos años no encendida en la casa.

Sin dejar de llevar á sus bocas los pedazos de ensalada, que con pan y ayuda de los cinco dedos de su diestra sacaban del plato para engullirlos á medio mascar, recibieron á Marieta con torva mirada, ante cuya preveativa influencia se aproximó la niña con recelo á sus padres.

—¿Cómo has tardado tanto?

—¿Qué dinero te han dado esos señores?

Tales preguntas le dirigieron simultáneamente con seria espresión la tía Dolores y su marido, mientras cada cual, atendiendo á su comida, esperaba la contestación oportuna.

Marieta, conocedora de que el dinero era el calmante más eficaz para desvanecer la acritud de su padre, y sobre todo en aquel día que por lo visto no había bebido, se apresuró á poner sobre la mesa los catorce reales que recogió en casa de D. Leandro, permaneciendo de pié á su lado mientras procuraba contestar al propio tiempo á su madre:

—En ninguna parte me he detenido. Ya vé V. que me han acompañado hasta aquí: lo que hay es que viven esos señores muy léjos.

—¡Cuán miserables son todos los ricos; ni siquiera un duro le han dado á la chica! exclamó el tío Vicente al guardar con su habitual ingratitud el dinero entre los pliegues de la faja descolorida que circuía su cintura.

A esta exclamación asintió la tía Dolores con una mueca despreciativa, escitándole el abundante humor de sus ojos, de los cuales se desprendieron algunas gotas crasas, que se apresuró á secar con su pañuelo.

— Chiquilla, ¿esperas para comer á que acabemos? interrogó con hueca voz el tío Vicente, después de breve pausa.

Marieta comprendió con esta frase que su salida no le proporcionaría ya ninguna pesadumbre grave, y con ánimo sosegado se dirigió al armario, del cual sacó unos mendrugos de pan endurecido y una rota escudilla de ordinario barro de Alcora, que entregó á su padre para recibir la ración de su alimento.

El tío Vicente metió la escudilla á guisa de cucharón en el plato que servía al matrimonio, y repleta de aque-

lla mescolanza la devolvió á su hija, chorreando vinagre por todo el borde de su circunferencia.

La muchacha, con los mendrugos de pan en la falda y su taza de ensalada entre las manos, salió del zaguán, y sentándose en el mismo umbral de la puerta de la calle, se dedicó con igual apetito al de sus padres, á engullir con prontitud su fresca vianda, cual si nada hubiera comido en la fonda.

Luego que los cónyuges acabaron de comer, la tía Dolores se arrinconó en su sitio, detrás de la puerta, y el tío Vicente, sacando de su bolsillo una repugnante colilla de cigarro puro, recogida sin duda en alguna baldosa, se entretuvo desmenuzándola con las uñas de sus dedos para liar un pitillo con una de las hojas sueltas de papel que, estrujadas y súcias, guardaba en su fondo.

Con igual calma á la de un hombre rendido por el cansancio, y satisfecho de su repcso y comida, encendió su asqueroso cigarro con la yesca, que una chispa hizo arder á fuerza de los golpes repetidos con un enmohecido eslabón contra el pequeño pedernal que sujetaban las yemas de sus dedos.

Arrellanado permanecía en su silla con las piernas cruzadas y estendidas, y su cuerpo reclinado en la mesa, sobre cuyo borde apoyaba el codo izquierdo saboreando el nauseabundo aroma de su cigarro, cuando Marieta entró en el zaguán á beber una peca de agua, después de haber apurado el fondo de su escudilla.

—Deja cada cosa en su sitio, y sepamos luego para qué te han buscado esos señores, dijo el tío Vicente á Marieta, variando á la vez el sitio de su asiento, que aproximó á la pared.

La aludida cuidó de saciar su sed, puso alguna cantidad de agua en su escudilla, la fregó apresuradamente con sus dedos, repitió la operación con el plato grande

que les había servido á sus padres, y arrojando el agua súcia á la calle, guardó los *cacharos* en su armario con el poco pan que les había sobrado.

Luego que se hubo secado las manos con su propia falda, colocó la mesa en sitio respectivo, y sin necesidad de que nadie la estimulase, buscó el *hacecillo* de esparto y el lío de la tomiza que elaboraba, y sentándose en el suelo, continuó su interrumpida tarea, replicando entónces:

—Esos señores, padre, quieren que me vaya á servir con ellos.

—¡Concho! ¿y para eso tanto dengue y misterio? Pues bien se lo hubieran podido decir esta mañana á tu madre con claridad.

—Es que ha querido conocerme la señora.

—No te vió bien ya la otra noche; que hubiera venido hoy con su marido.

—Está enferma y se fatiga mucho.

—¿Y para qué te quieren?

—Para servirles.

—Toma, eso ya lo has dicho, pero cómo tú nada sabes hacer, no sé en qué vas á servirles..... como no sea para llevarles el *catrecillo* á la parroquia.

—Me ha dicho la señora que me enseñará á hacer muchas cosas, y que aprenderé á leer y á escribir.

—¿Y qué salario te van á dar?

—Nada me han ofrecido, porque quieren que mañana á mediodía vuelva con Vds. á la fonda.

—Otra que tal. Pues si creen que vamos á entregarte de cualquiera modo se llevan chasco. ¿Son forasteros?

—Creo que sí, porque viven en la fonda.

—Yo no consentiré que te vayas con nadie como no me aseguren medios para vivir despues. ¿Saben que tu

madre está enferma y que à mí no me sale ningún trabajo?

— Ya les he dicho que Vds. no pueden trabajar y que yo soy la que gano en casa.

— Y con este motivo les habrás manifestado también, que no podemos desprendernos de tí, porque nos moriríamos de hambre?

— Sí, señor, lo saben.

— ¡Y que yo nunca consentiría que te sacasen de aquí!

— Sí, señor.

— Pues si tienen empeño de que les sirvas, que vacien la bolsa. No vayan á pretender que te dejemos ir como se colocan las demás criadas.

Esta reflexión interesada del tío Vicente, nubló al instante la confianza de Marieta apesar de que no conocía los propósitos elevados de sus protectores, porque interpretaba cual obstáculo á su deseo el alcance de las pretensiones avarientas de su padre.

La tía Dolores que permaneció silenciosa durante la conversación anterior, al observar en su marido su interesado exámen, intervino interrumpiéndole.

— Vicente; la chica ya sabes que no tiene ropa para ir á ninguna parte.

— Eso no nos importa, que se la hagan los que se la quieran llevar, replicó con grosera indiferencia el tío Vicente al mismo tiempo que Marieta añadía con anhelo.

— La señora, que es muy buena, me ha ofrecido comprarme zapatos y muchos vestidos nuevos. Dice que á su lado nada necesitaré.

— Pero, ¿es que tú les has dicho ya que quieres irte con ellos? interrogó con severo aspecto el tío Vicente, impresionado por el temor de que la tierna reflexión de su hija, pudiera entorpecer el logro de su codicia.

—No, señor, yo les he dicho que no podía abandonar á Vds. se apresuró á replicar amedrentada Marieta, recelando de la ceñuda mirada que sostenía su padre.

—Es que cuidado que se te escape ninguna palabra mientras yo no te obligue, porque te hundo la cabeza en el pecho.

—No tenga V. cuidado, que nada diré.

—Y si mañana vamos á verles, ya sabes que has de rehuir quedarte con ellos, que yo bien sé lo que me he de hacer.

—Descuide V., padre, lo mismo que cuando me buscaron los *volatineros*.

Marieta se encontraba de antemano instruida en el papel que debía representar para ayudar á fingir mejor el sacrificio que con su separación pudiera exigirse al cariño de sus padres. Así cooperaba sin preveer las consecuencias de su complicidad á que aquéllos explotaran sobre seguro á sus protectores.

—Dime, Vicente, ¿si se la llevan fuera, cómo habrás de recoger lo que gane todos los meses? interrumpió la tía Dolores, advirtiendo las dificultades que debieran allanarse, para no perder tan de improviso los frutos del trabajo de su hija.

—¡Mira, qué cosas dices! eso lo vá á necesitar ella pronto para vestirse de mujer. Lo que yo procuraré es que el que quiera llevarse á la chica nos deje bastante dinero para que no la volvamos á necesitar más. De todos modos el día que se case, nos vá á dejar á la luna de Valencia, pues más vale que el donzainero cobre antes de que empiece la sonata.

—¿Cuánto crees que nos podrán dar?

—Por menos de cincuenta duros no la dejo ir. Yo les diré que necesito ciento, y allá veremos que tal respiran. No me sucederá ahora como con los *franchutes*,

que por pedirles cincuenta duros no ofrecieron dar mas de veinticinco, y ya viste como se perdió la ocasión.

—¡Cincuenta duros. María Santísima!!! exclamó con gran admiración la tía Dolores, cual si estimara en menos el valor real de su hija. Eso es un capital... No los darán... es muy chica.

—Pues se quedará en casa, porque mientras no me den por ella lo que valga un buen burro y unas aguaderas para traer agua de la Alcoraya, quieto me aguanto con lo poco que gana.

Marieta escuchaba con diverso interés los proyectos de venta que hacian sus desnaturalizados padres, quienes sin cuidarse del porvenir que pudiera esperar su hija en manos de una familia desconocida, con tanta facilidad se allanaban á desprenderse de ella para satisfacer esclusivamente la villana ambición de su egoísmo.

Ni por un momento se les ocurrió indagar los antecedentes ni las cualidades de las personas que pretendian llevársela, ni siquiera interponer las precauciones oportunas para no perderla de vista.

Para ellos no habia tampoco conveniencias que elegir, ni peligros que arriesgar en cualquiera separación aventurada; les bastaba recoger el premio de su acción infame para calmar cualquiera inquietud de su conciencia y gozar de los frutos de su cinismo.

Secos los sentimientos naturales de sus endurecidos corazones, únicamente prestaban preferente importancia al producto que obtendrían consintiendo su abandono, y á la aplicación mas holgada que les conviniera dar al precio que recibiesen, cual si se tratara de la venta de un bruto ó de un objeto mas ó menos despreciable.

Marieta, reflexiva é impresionada por su constante anhelo de cambiar de vida para poner término á sus sufrimientos y realizar las aspiraciones de instruirse en

otras cosas, no podía considerar en su tierna edad cuan anómala y censurable era la fácil conformidad de sus padres, que ninguna prueba de cariño le demostraban con su mezquinos cálculos.

La infeliz se alegraba mas bien que sentía las consideraciones estúpidas que se hacian en su presencia para dignificar sus padres las pretensiones de su especulación vergonzosa, porque á través de aquel punible desprendimiento, vislumbraba el horizonte risueño de su felicidad soñada.

Poco despues que el tio Vicente resolvió tan á la ligera la suerte de su hija única, se levantó de la silla terciando su chaqueta sobre los hombros, con su abandono acostumbrado, y salió de la casa en busca de otros camaradas de su misma ralea, con quienes pudiera derrochar alegremente el dinero que llevaba en la cintura, vaciando algunas copas del mas tinto, en las tabernas de su devoción predilecta.

Por la noche, ébrio cual nunca, sin pan ni recursos para la cena, regresó á su casa jurando á grandes voces que los ricos le habian de dar todos los tesoros del mundo por su hija, pretendiendo arrojar á la calle á su mujer por imbécil, y promoviendo un escándalo mayúsculo, que resonó con la crueldad de costumbre en las costillas de ambas. Las desdichadas víctimas abreviaron aquel desenlace fuesto, refugiándose precipitadamente en sus lechos para deplorar en silencio las amarguras de su infortunio.

XI

Luego que un espléndido sol vivificador, como luce en la primavera, esparció sus benéficos rayos sobre las calles de la capital, se abrió la vetusta puerta de la casa de Marieta, bastante mas tarde de lo que terian de costumbre sus moradores.

Al tío Vicente se le borraron con el sueño de la noche las coléricas impresiones de su última exaltación alcohólica, y en cuanto se levantó de la cama, salió de su casa, mas pacífico, á realizar la venta de la tomiza que su hija elaboró en el dia anterior, para poder dar de almorzar á su familia.

La tía Dolores y Marieta, magulladas y doloridas, no podian olvidar tan fácilmente la tarde anterior, por la importancia del asunto que se trató en sus primeras horas, y menos aún por los accidentes dolorosos con que para ellas terminó el dia.

Después de un mezquino almuerzo, reducido á un panecillo rociado con aceite y sal, Marieta emprendió su trabajo ordinario, disimulando su satisfacción con aparente indiferencia de ánimo, pero enardeciendo la fantasía con los recuerdos de las últimas escenas y el anhelo de no ver malogrados en aquella ocasión sus deseos.

Su infantil espíritu, repleto de ternura, pero virgen en sus espansiones, necesitaba que le prodigasen afables pruebas de cariño, amándola con inocente solicitud, cual ella comprendía el instinto de las simpatías naturales, reconociendo su aplicación, agradeciendo sus sacrificios, y remunerando, por lo menos con el sustento, el abrigo y el descanso necesarios á la esclavitud de su constante laboriosidad.

En doce años de vida no podía recordar ni una simple caricia, ni un mero consuelo, emanado, si no del cariño paternal, expresado al menos por la gratitud de sus servicios, mientras en cambio el desabrimiento y la melancolía debilitaban sus fuerzas, la aburrían de continuo, y sus lágrimas, cada día más ásperas y amargas por la indole de sus disgustos, le secaban el corazón.

Sin que por ello hubiera llegado á aborrecerles, no quería permanecer más tiempo al lado de sus padres, teniendo ya perdida la esperanza de encontrar en su familia otros afectos más expresivos, tratamientos menos severos y consideraciones más complacientes, conforme su tierno temperamento las necesitaba.

Y cuando la esperanza de un afecto nos abandona, notorio es que el aislamiento en que queda el corazón, le envuelve en confuso atolondramiento, que le precipita y le arrastra á los primeros impulsos nuevos, aunque extraños, que le fascinen, y á ellos se aspira asirse sin norte ni guía, cual náufraga barquilla que, luchando en borrascoso mar, avanza y retrocede á merced de la misteriosa voluntad de las olas, hasta que se estrella ó consigue alcanzar la costa salvadora.

Así oscilaba la tranquilidad que tenía perdida Marieta.

Contra su costumbre, el día Vicente permaneció en casa aquella mañana, después de almorzar, al lado de su

hija, recordándole sus antiguas instrucciones, para que, aparentando con sus padres un sentimental cariño, se negase rotundamente á abandonarles, sin que ellos lograsen asegurar antes la cantidad que se propusieran.

No se llegó á inspirar en sérias disculpas para deplorar la desgracia que le colocaba en el extremo caso de tener que desprenderse de su hija; nada de consejos para enaltecer y conservar la sagrada memoria filial, ni inculcar en aquel tierno corazón la prenda más estimable de la vida, la honradéz, siendo tan insensato, que ni aun supo prodigar los consuelos que en otras naturalezas no tan endurecidas, con menos estímulo, espontáneamente germinan.

Únicamente meditaba con regocijo acariciar ya en sus manos el capital que recojería por su hija, y divagando sobre sus imaginarias aplicaciones, se consideraba desde luego dichoso, porque en todas ellas esperaba asegurar, cual renta, un jornal de ocho reales.

Le faltaba sondear la constancia que pudieran tener sus propósitos de trabajo para que no resultaran después tan ilusorios é impracticables como siempre.

Cuantos recuentos se le ocurrían hacer de la cantidad que se proponía adquirir, en todos le resultaba un sobrante para convidar á los amigos y celebrar en las tabernas su inesperado cambio de fortuna, aunque las consecuencias quedaran después marcadas en las espaldas de su mujer.

La variación no era para menos, por más que la miseria continuaba amenazándole con sus rigores.

¡De *patenero* á aguador, de hombre despreciado, porque nada poseía, á propietario de un borrico y de una carga de agua!

Y aunque esta fortuna se obtuviera á costa del abandono de su hija única, ¿qué importaba para la despre-

ocupación miserable de su conciencia, cuando no la sentía importunada por ninguna voz recriminadora?

La despreocupación ha sido siempre un gran recurso para las almas viles, que consiguen aletargarse en las engañosas fluctuaciones de su propia indiferencia, despreciando todo lo que contraría su egoísmo desde la hora en que saben tergiversar la verdadera aplicación de sus acciones.

El interés propio aconsejaba al tío Vicente obtener otros medios para medrar á su gusto viviendo á sus anchas, para beber con más frecuencia y libertad y ahora la ocasión se los facilitaba especulando con su hija.

Si los extraños hubieran consultado con él igual caso, ninguna censura podía encontrar en conducta idéntica, porque ante todo consideraba cual deber primordial de la vida, saciar su egoísmo, supliendo con otros elementos los jornales de Marieta, mientras ella adquiría amplia libertad para correr el mundo en busca de una incierta suerte. ¡Ojalá pudiera desprenderse en los mismos términos de su mujer!

Sus reflexiones morales quedaban, pues, limitadas á esta lógica absurda: la de su conveniencia personal y la de su independencia omnímota.

El escozor de los remordimientos, las consecuencias de aquel aislamiento prematuro y el pesar de los peligros que pudieran ocurrírsele, no era posible preocupasen su ánimo brutal, puesto que la ofuscación de su mente guardaba proporción relativa á la índole de su temperamento, rudeza de su carácter é insensibilidad del corazón.

Sin comoverse siquiera la tía Dolores secundaba los propósitos de su marido y alentaba á su hija para que no se opusiera á buscarse la vida por sí sola, como otras muchachas lo hacían, apoyando la convicción de

sus razones en la triste excusa de que los padres pobres no pueden sostener á sus hijos más allá de los primeros años.

Si en el corazón de esta mujer insensata, embrutecida por la miseria tanto como por su arraigada indolencia, y atemperada al mal trato de su esposo, hubieran latido los impulsos que la naturaleza no niega á los irracionales, ó en su mente, mejor esclarecida por las ternuras de la maternidad, pudieran haberse reflejado los recelos que la compasión enjendra, ella por sí sola se hubiera opuesto enérgicamente al abandono del ser que la mujer nunca puede dejar de amar porque procede de sus propias entrañas.

Pero como en este matrimonio desde que se habían extinguido los entusiasmos de la juventud conque enardecieron la pasión que en otro tiempo les unió, todos sus actos resultaron anómalos y repulsivos, para su enmienda no conservaban ya en su pecho ni aun la ceniza de esa dulce simpatía que en la vejez reemplaza con su tibieza al fuego primitivo. La respetuosa amistad conyugal en que se convierte el más impetuoso amor.

Y cuando las dulzuras de esa suave amistad no se han conocido, ni se sienten, resulta displicente el cariño paternal que aparenta conservarse en el corazón, cuando en él no queda más que la esterilidad de una censurable ó punible indiferencia.

Desgraciadamente en las afecciones naturales sucede como en el curso de las pasiones humanas, que si subsisten ó conmueven solamente por el instinto, se extravían y se disuelven cuando les falta el soplo de Dios, el aliento de la razón y la regularidad de la conciencia.

Es decir la base y la norma de la educación.

XII

Con preocupaciones tan mezquinas pasó aquel matrimonio el tiempo que le faltaba para establecer su plan, hasta que los relojes de la ciudad anunciaron la hora de las doce, de antemano convenida para trasladarse con Marieta á la fonda, adonde llegaron algunos minutos despues.

Si en aquel establecimiento hubiera habido portero, ó profusión de camareros como la moda actual impone, de seguro que ante la miseria de sus vestidos y repugnantes fachas, aquella familia hubiera encontrado menos facilidad para subir á la habitación de D. Leandro; pero libre la entrada y espedita la escalera por falta de guardianes, Marieta se apresuró por sí sola á dirigir á sus padres al departamento que ocupaban aquellos señores.

Con la puerta abierta de par en par, se entretenia aquel en leer al lado de su esposa, mientras Ricardo jugueteaba aparte, experimentando con un retal de tela las marrullerías de un negro gato casero.

Al descubrir D.^a Virtudes en el dintel la humilde figura de Marieta, hízola entrar, pronunciando esta frase cariñosa:

— Adelante, hija mia, que ya te esperaba.

Don Leandro interrumpió su lectura al escuchar estas palabras, Ricardo abandonó su juego para acomodarse al lado de su madre, y Marieta se hizo seguir de sus padres, avanzando trémula y vacilante, con la ansiedad de su pecho reflejada en la turbación de su rostro y en la incertidumbre de sus miradas.

Parecía querer transmitir con sus ojos á aquellos señores las luchas que sostenía en su corazón, y expresar el anhelo que sentía por someterse á su tutela.

Algunas suaves lágrimas entrojecieron sus pupilas, descubriendo el raudal abundante de su ternura.

Su mente absorta en su ansiedad, se elevaba á Dios, y le pedía con recogimiento íntimo los auxilios de su providencia para mejorar su suerte desgraciada.

Sus padres, despues de dar los buenos dias con cordedad y ronca voz, permanecieron de pié á sus espaldas sin poder observar el semblante de su hija, y mirando con escrupulosa curiosidad á las personas desconocidas con quienes debian tratar sobre el porvenir de Marieta.

Comprendió D. Leandro al primer golpe de vista que en la rudeza de aquellos padres indolentes por condición natural, se reflejaba la villanía de sus costumbres, ó mejor, el embrutecimiento que incapacita para abrigar ningun impulso noble de los que aminoran las desdichas humanas.

Doña Virtudes interpretó con agudeza la inquietud y aflicción de Marieta, y resolvió en su interior acceder á los deseos que su crítica turbación expresaba aún á trueque de cualquiera sacrificio.

-- ¿Has manifestado á tus padres el interés que tenemos de aliviar tu suerte admitiéndote bajo nuestra protección? se apresuró á interrogar D.^a Virtudes con el propósito de confirmar las sospechas que deducía de la intranquilidad de la niña.

— Si señora, se concretó á decir Marieta, correspondiendo con igual expresión á la mirada penetrante de su interrogadora.

— Y ¿qué les parece á ustedes nuestro pensamiento? volvió á preguntar D.^a Virtudes, estendiendo sus investigaciones á los padres.

— Que lo que ustedes pretenden es imposible. Ya lo sabe la chica, contestó el tío Vicente, sacudiendo con distracción sobre su propio muslo la *barretina* colorada que sostenía en su diestra mano.

— ¿Tan imposibles de allanar son las causas que se oponen á los propósitos de mi señora, cuando pueden redundar en beneficio de ustedes y de Marieta? interrogó D. Leandro, disponiéndose á inquirir la intenciones del tío Vicente, quien apesar de haber acentuado bondadosamente su contestación, tan solo logró exagerar el astuto disimulo de su hipocresía.

— Mire V., señorito, las cosas claras. La chica solo tiene doce años, aunque la vé V. tan garrida, y no sabe hacer mas que hilete. Ella nunca ha servido á nadie y teme salir de nuestro lado. En casa está como una señora, y siempre hace lo que quiere. Trabaja cuando le dá la gana, y nadie se mete con ella.

— Nosotros la cuidaremos con igual solicitud y disfrutará de las mismas consideraciones, á la vez que le enseñaremos otros trabajos mas útiles y adecuados á su sexo.

— No lo dudo; pero, aunque nosotros pudiéramos desprendernos de ella, jamás conseguiríamos vencer su repugnancia. ¿No es verdad, Marieta?

La interpelada asintió con un repetido movimiento de cabeza, mientras que con la vivacidad de sus ojos desmentía la afirmación.

— Yo no creo que convenga á Vds. tenerla toda la vi-

da dedicada á esa mezquina industria, en la que debe ganarse poco, y segun oigo decir, la maceración del esparto ocasiona calenturas y enferma la vista.

— Eso es una verdad como un libro, pero ¿qué remedio podemos poner los pobres á nuestras desdichas?

— Ahora se le presenta á V. una buena oportunidad para que su hija varíe de condición, vaya mejor vestida, pueda desarrollar su naturaleza con alimentos más nutritivos y con el ejercicio de otros trabajos más variados, aprenda las labores de su sexo y se instruya en todo cuanto mi esposa pueda enseñarle para hacer de ella lo que se llama una mujer.

El tío Vicente, rascándose la cabeza cual si le escocieran estas ideas, y contrayendo sus lábios con forzado gesto, se concretó á decir:

— Demasiado comprendo que todo eso le convendría á la chica; pero cuando ella se obstina en no querer salir de nuestro lado, ¿qué le hemos de hacer?

— Alentarla para no malograr su porvenir. No creo que fuera á V. muy difícil convencerla.

— Si mi mujer estuviera buena para trabajar, yo les dejaría á Vds. la niña, porque sé que al lado de Vds. nada malo le había de suceder, pero ya vé V. qué carcamal tengo con esta, que no sirve para nada.

— Es que V. todavía puede trabajar, y con lo que V. ganara sostener las necesidades de ambos.

— Le diré á V., señorito; cuando uno viene al mundo sin estrella, siempre camina á oscuras, replicó el tío Vicente para escusar su pigracia. Yo, por más que hago, todos los días vuelvo desesperado á mi casa, porque no gano un real. Por eso tiene que trabajar la chica, que si no... ¡qué habia ella de trabajar!

— Pero V. ¿qué oficio ejerce?

— Yo estoy á lo que sale.

—Me parece que así no se tiene ningún oficio estable. ¿No lo ha tenido V. nunca?

—De jóven trabajé de zapatero, pero como las cosas están de cada día peor, los tiempos me obligaron á dejar aquella ocupación, porque ni aun pude poner tienda. ¿Cree V. que si yo hubiera tenido dinero iríamos como V. nos vé, y pasaríamos los trabajos que pasamos? ¡Ay! señorito, V. no sabe lo que es ser pobre. Todas las desgracias son para el que no tiene un cuarto.

—Si nosotros ayudáramos á Vds. y pudieran agenciarse trabajo, ¿nos confiarían Vds. la educación de Marieta para convertirla en una mujer de provecho? se le ocurrió preguntar á D.^a Virtudes, concretando su investigación al empeño de su proyecto.

El tío Vicente intentó esclarecer el significado de esta pregunta, dirigiendo escudriñadora mirada á su mujer, para quien pasó inadvertida, porque con los reflejos de la luz se veía precisada á velar su cara con el pañuelo oscuro de la cabeza. Apesar de esto, su marido insistió, codeándola al preguntarle:

—¿Tú qué dices á esto?

—Yo qué he de decir; haz lo que mejor te parezca, le replicó amoscada la tía Dolores, cual si le molestase aquella indicación, ó se tratara de cualquier asunto indiferente para ella.

—Pues sepa V., señorita, que como nosotros tuviéramos para vivir, nada más que medianamente, pensaríamos lo que se debiera hacer con esta chiquilla, que mañana se hace mocita y nos deja plantados si se le calientan los cascos con algún novio.

—Ya vé V. á cuántos peligros puede estar expuesta en su próxima edad, que Vds. quizás no pudieran evitarle.

—Eso mismo le digo yo á ésta muchas veces, cuan-

do hablamos de nuestra escasez de recursos, que de todos modos acabaría por dejarnos; pero la muchacha siempre se echa á llorar, porque no quiere salir de nuestro rescoldo.

—Es natural, y Vds. también lo sentirían mucho; pero siendo para su bien, todo se allanaría. ¿Con qué cantidad tendría V. suficiente para dedicarse á cualquiera trabajo seguro?

—Pues, con cien duros era yo capaz de buscarme la vida aquí y en cualquiera parte, replicó el tío Vicente, dirigiendo al techo la mirada indecisa de sus ojos desmesuradamente abiertos.

—¿En qué? interrogó D. Leandro, creyendo conveniente su averiguación.

—Toms, con dinero en cualquiera cosa.

—Hombre, no, precise V. en qué, por si llegáramos á entendernos. V. algo habrá pensado.

—Yo ¿qué he de pensar? cuando la chica no ha de querer quedarse con Vds. ¿No es verdad, Marieta, que tú no quieres dejarnos?

—No. No señor... lo que Vds. quieran, contestó szorada la niña en cuyo rostro se reflejaban más marcadas las huellas de su lucha interior, exhalando seguidamente un reprimido suspiro.

—No basta tener dinero para ganarse el pan: es menester trabajar para saberlo ganar, y si V. nos dijera á que podría dedicarse puede que no necesitara V. tanto, insistió D. Leandro, así que comprendió que la obstinación de Marieta, nada difícil había de ser para vencerse.

—Pues, podría comprar yo algunas cargas de fruta y revenderla en la plaza: podría comprar un borriquillo y vender agua de la Alcoraya, que la pagan bien, y otras muchas cosas se podrían hacer.

— Ya lo creo. Pero para nada de eso se necesita tanto dinero como V. se imagina, porque con mil reales bien se puede adquirir un borrico aparejado con su carga correspondiente para el agua, las verduras ó lo que V. quiera.

Cuando el tío Vicente oyó esta proposición no pudo ocultar su contento y se apresuró á decir.

— Fatigas pasaría, pero también me podría arreglar con esa cantidad, con tal de que Marieta quisiera servir á unos señores tan buenos.

— ¿Y se comprometería V. á trabajar y no malgastar el dinero?

— ¡Qué cosas dice V.! señorito, si eso es cuenta mía.

— Leandro, dále los cincuenta duros, que el corazón de Marieta es joya de más precio, dijo D.^a Virtudes interpretando las ansiedades de la muchacha. Dáselos y se podrán buscar la vida estos pobres.

D. Leandro sin replicar palabra se dirigió á la cómoda inmediata, abrió uno de sus cajones, contó cincuenta duros en monedas de plata, y haciendo acercar al tío Vicente le advirtió.

— Tome V. cincuenta duros y desde ahora queda á nuestro cuidado el porvenir de Marieta, siempre que esta protección no sirva á V. de socaliña para pretender explotarnos con frecuencia, porque nada más daremos en la vida. V. debe considerar que este dinero no es un precio alzado que pagamos por su hija, á quien no crea V. que le compramos, sino un adelanto á cuenta de lo que ella pudiera ganar en mi casa. Con esto y con la ropa que hemos de ir haciéndole, le tenemos ya adelantado á V. bastantes meses de su salario.

El tío Vicente redujo su contestación á un ligero movimiento afirmativo de cabeza, dedicándose seguidamente á contar con escrupulosidad el dinero que se le brindaba.

Entretanto D.^a Virtudes haciendo aproximar á Marieta, le interrogó con afable reserva para que no llegara á oídos de sus padres.

—Y ¿ahora estás dispuesta á quedarte con nosotros? ¿No te arrepentirás nunca?

Marieta, todavía coartada, replicó sin poder evitar que su padre lo oyese:

— Lo que Vds. convengan con mis padres, señora.

—Sí, quédate ya con estos señores, y procura buscarte la vida, porque bien sabes que tus padres nada pueden hacer por tí.

Con menguada indiferencia pronunció el tío Vicente estas palabras, mientras guardó entre los pliegues de su faja el dinero que acababa de recoger por su vil desprendimiento, y encarándose con su mujer, continuó:

—¿Tú tienes que replicar algo á esto, Dolores?

—Yo que le he de remediar, si somos pobres. Que vea lo que ella se hace, porque ya sabe que el mundo es así.

—Pues, entonces, nada tenemos que hacer aquí ya. Vámonos y que estos señores nos dejen mandado.

Y sin más precauciones sobre el porvenir que pudiera haber á Marieta, ni indagar siquiera el nombre de la familia á quien la entregaban, sin derramar una sola lágrima y sin dedicarle un cariñoso beso ni abrazo que justificara algún sentimiento digno de tan triste despedida, salieron de aquella habitación silenciosos é inalterables desdeñando los escrúpulos de la conciencia. La tía Dolores fué á esconderse en su hueronera y el tío Vicente camino de su taberna favorita, á celebrar con los amigos la consumación de su negocio.

Marieta, al escuchar las últimas frases de su madre, se volvió á ella, dispuesta á arrojarse en sus brazos y desahogar su corazón afligido; pero herida por la frial-

dad con que le vió obedecer la órden de su padre, permaneció como inerte estátua, enclavada en su sitio por la fuerza del dolor, con los brazos lánguidamente caidos, sus manos plegadas y sus ojos preñados de lágrimas, mirando á la puerta por donde desaparecían los autores de su vida, quizás para no volverlos á ver jamás.

Don Leandro, meditabundo ante aquella incomprendible escena, continuó de pié por algunos momentos con los brazos cruzados sobre su pecho, murmurando:

— ¡Qué monstruos aborta la naturaleza! si nó lo viera, yo no lo creería.

Doña Virtudes, con espresión dulce é interesante, enternecida á la vez que indignada, comprendía la agudeza del dolor que en aquellos momentos debía atormentar el tierno corazón de Marieta, y absorta en su inmovilidad, acechaba el momento oportuno para cobjarla en su seno repleto de tiernísimos consuelos.

Ricardo, quieto en su asiento, contribuía con riguroso silencio, impropio en su edad, á realzar la severidad de aquel cuadro.

Luego que Marieta perdió de vista á su familia, volviendo la cabeza, cruzó su desconsoladora mirada con la de D.^a Virtudes, ansiosa de mitigar la amargura de la soledad de su alma.

Un rayo de mútua inteligencia, común entre los seres sensibles, conmovió su afectuosa confianza, y confundió en una sola aspiración los tiernos deseos de ambas.

— Señora ¿es que ya no tengo padres? exclamó agobiada por su angustia la infeliz Marieta, soltando al propio tiempo, con violenta expansión, el copioso raudal de sus lágrimas.

— Ven, hija mia, á desahogar tu corazón en mi pecho. Desde ahora no me llames ya señora, porque yo soy tu madre. Tu madre, hija querida, que te abre sus brazos y ofrece á Dios no abandonarte jamás.

Marieta se arrojó en el seno de D.^a Virtudes, y estrechadas en cordial lazo, desahogaron ambas por largo rato los sentimientos de sus inocentes corazones.

La virtud sublime de la caridad llevó el consuelo al entristecido ánimo de Marieta, desvanecida de pesar y de ternura por la incomprensible impiedad de sus padres, confundiendo sus sollozos con los apasionados besos que le prodigaba aquella virtuosa señora.

—No. Nunca he tenido padres, volvió á exclamar Marieta en un acceso de dolor. ¿No vé V. cómo me han abandonado?

—No les ofendas, hija, porque confiarte á nuestra tutela no es abandonarte. Tranquilízate, que ya les volverás á ver.

—¡¡Ni aún me han dicho á Dios!!

—Verdad es; pero no les culpes, porque las mejores inclinaciones de la naturaleza se ahogan en la tristeza y en la desgracia.

XIII

Permítasele al autor, por vía de descanso, una lijera digresión, despues de terminar el capítulo que antecede, para facilitar las censuras de la crítica severa y desarrollar el fin moral á que debe aspirar toda novela.

Si algunos lectores consideran exagerados los caracteres del tio Vicente y de la tia Dolores, padres de la infortunada Marieta, dedíquense á investigar la influencia distinta que en las costumbres de las familias ejerce el mayor ó menor desarrollo de la educación, y por desgracia se encontrarán con frecuencia tipos al natural tan inconcebibles como ellos, y quizás aun mas odiosos, fruto de la absoluta ignorancia de sus deberes.

Cuando la miseria no es más que una condición inevitable para el hombre desgraciado, á quien poder sobrenatural condena á luchar con los rigores del infortunio, en la conciencia de ese hombre existe, y se conserva el gérmen de la santa resignación, que le infunde perseverancia y valor para soportar sus pruebas, prudencia para saber estimar su utilidad y un suave consuelo à través de mejores esperanzas, que, así como las penalidades, se comparten con los séres predilectos de la familia.

Pero cuando la miseria persigue al hombre por culpa de su propia indolencia, el encono de sus rigores resulta estéril con la ociosidad, y las pruebas, aunque no rayen en extremada dureza, le hunden en un punible estado de indiferencia, que busca su apoyo en los vicios y enjendra las pasiones más odiosas que fomenta el egoísmo.

En el primer estado la necesidad del trabajo reporta complacencia, no se rinden las fuerzas físicas ni morales del hombre, y su ánimo se engrandecé á medida que las recompensas y las satisfacciones moderadas de la vida suavizan la acritud de sus sudores. Sus pasiones no traspasan los límites de la templanza, y sus afecciones desinteresadas y sinceras dan realce y estimación á los sentimientos de la naturaleza, sin denigrar en ningún caso su racional dignidad propia.

La miseria, pues, no es motivo para que el hombre se envilezca, ni obstáculo para su felicidad. Le basta ajustar las inclinaciones íntimas de su corazón á las reglas del bien proceder.

Por el contrario, cuando en su vida moral el hombre se desentiende de sus deberes y se enerva por la mollicie y desorden de los vicios, un desabrimiento íntimo, gérmen de disgustos y de mayores desgracias, enjendra ese absoluto interés propio, que todo lo absorbe y todo lo aplica á su exclusiva utilidad y conveniencia.

De esta manera se comprende que haya insensatos como el tío Vicente y su mujer, en quienes se observan inertes las simpatías más sagradas, llegan á destruirse los sentimientos naturales, y se vén entregados á un estado más degradante aún que el de los seres irracionales.

Semejantes padres inhumanos no vén en sus hijos los pedazos inestimables de su corazón, que Dios les confía, obligándoles á sacrificarse por ellos, y debiéndoles

enseñar, dirigir y conservar para otro fin más alto que los que se alcanzan en la vida material.

Considéranlos exclusivamente como instrumentos mezquinos de una ambición desordenada, y los dedican con antelación á la época del desarrollo natural de sus fuerzas á un trabajo constante, algunas veces exajerado, que les impide robustecer su naturaleza física y progresar en la intelectual.

Esclavizados al egoismo que les alienta, procuran los tales padres, por medio del terror de los castigos, que sus hijos les sirvan para todos los usos que su especulación infame concibe, cualesquiera que sea el aspecto y fin moral que en ella se revelen.

Así pululan con entera libertad por los cafés y paseos de las ciudades modernas esos pequeños buhoneros nocturnos, aprendices en la vagancia, que se dedican á la venta de baratijas ó de cajas de cerillas, y esos otros infelices más dignos de compasión aún, que envueltos en mayor miseria tienen que vigilar, pordioseando, para llevar á sus padres las cantidades que de antemano les imponen, si no quieren recibir un duro castigo en vez del mendrugo de pan que á toda hora apetecen.

Por desgracia, casi nunca consiguen obtener por los medios racionales los recursos que deben diariamente reunir para remediar la miseria ó sostener la holgazanería de la familia, en cuyo frecuente caso no es de extrañar que, alentados por los mismos padres, ó seducidos por los perversos consejos de algún libertino, apelen á otros elementos más censurables, y sigan los derroteros del vicio y de la perdición, sin preveer en su tierna edad las consecuencias de los graves peligros que arrostran.

Su vida, ejemplo constante de privaciones y de sufrimientos, se les hace insoportable, y desprendiéndose del apoyo paternal en que solo impera la severidad y la

ingratitude, anhelan adquirir cualquiera tutela extraña, con la ilusoria esperanza de encontrar en ella las dulzuras que, cual indispensable consuelo, se necesitan tanto como la nutrición en las primeras épocas de su débil vida.

Muchos de estos tiernos niños, estimulados por sus propios pesares, á la vez que por la avaricia de sus padres, cambian de dominio, alucinados con promesas seductoras, y desgraciadamente van á parar á manos de crueles especuladores, que abusan de su triste condición y de su orfandad, para lucrar á costa de sus servicios ó habilidades, muchas veces perjudiciales á su salud, si es que con mayor desvergüenza no les destruyen su honra estimada.

Como en nuestro ánimo estuviera colocar á Marieta en una de esas situaciones comprometidas, que el naturalismo moderno ensalza y se complace en delinear con inmundos perfiles y colorear con repugnantes tintas, sobrados ejemplos vivos tendríamos en la sociedad actual para seguir sus huellas extraviadas y conducir con ella á nuestros lectores á cualquier foco de perdición, donde la moral nada gana y la desgracia no inspira compasión, sino el frio convencimiento de ver cuan lamentables son sus consecuencias.

El bondadoso carácter de nuestra protagonista, su clara imaginación, sana conciencia y sufrido ánimo, si forman contraste con el temperamento y las cualidades de sus padres, no son inverosímiles á esa edad en que la timidez infantil cohibe y refrena las malas inclinaciones, en que la esclavitud del trabajo realza sus propias virtudes y le alecciona con el sufrimiento sin empujarla á la desesperación.

Hubieran podido relajarse en breve las distinguidas dotes que le reconocemos permaneciendo al lado de sus

padres, ó teniendo la nueva desgracia de seguir un porvenir escabroso bajo el dominio de otra familia menos caritativa que la de D. Leandro; pero con las notorias virtudes de este matrimonio, ancho campo se nos facilita para probar, aunque á grandes rasgos, y con naturalidad racional, la influencia que la sana educación ejerce en el individuo, por baja y soez que sea su procedencia primitiva.

Olvidemos, pues, á los padres que con tanta ligereza se desprenden del único fruto de su amor, dejémosles satisfechos con su mezquina recompensa pecuniaria, que de poco les podrá servir continuando en su indolencia, y sigamos con interés á Marieta en las sendas de su nueva vida afortunada.

XIV

El toque marcial de generala, repetido con arrebatado por los ámbitos de la ciudad, el sonido imperioso de las campanas del municipio, las carreras y voces de los nacionales, que á medio vestir acudían á su llamamiento, y los confusos disparos de fusilería hechos en los primeros instantes contra el Cuartel de San Francisco, despertaron el 29 de Enero de aquel mismo año, con repentino sobresalto é inesperada sorpresa á los pacíficos moradores de Alicante.

La aurora todavía no había desplegado sus suaves colores en este día de infructuosa abnegación; y mientras los valientes se lanzaban á ciegas por las calles, envueltos en las sombras de densa oscuridad, sin conocer la causa que iban á defender ni el enemigo contra quien debían combatir, las mujeres y los hombres temerosos, apenas se atrevían á abrir los ventanillos de sus balcones para informarse de lo que sucedía fuera de sus casas.

Con ansia y mortal incertidumbre se deseaba la claridad del día; con entusiasmo fué saludada la tardía salida del sol por las músicas que entonaron el patriótico himno de Riego, cuyos acordes mezclados en arrebatadora confusión con los frenéticos vivas que la muchedum-

bre daba á su Reina y á la Libertad, estimularon á los baluartes y demás fortalezas para que desplegaran sus pabellones, cual si la plaza celebrara solemne fiestas.

Los almacenes de comercio no se atrevieron á abrir sus puertas, el muelle suspendió su tráfico, las gentes que no se sentían dispuestas para engrosar la creciente columna de militares, nacionales y paisanos, que instantáneamente se formó é invadía las principales calles y plazas de la población, se limitaban á salir para acallar su curiosidad, demostrar sus simpatías y retirarse de nuevo esperando en el hogar el resultado de aquel imprevisto suceso.

El entónces amenazador castillo de Santa Bárbara, estableció señales de inteligencia con la ciudad, para alentar también la confianza del pueblo que dormía siempre al amparo de sus cañones.

La sorpresa del suceso, en vez de amedrentar los espíritus, acabó por generalizar las demostraciones de simpatía y de entusiasmo en casi todas las clases sociales, que resolvieron de conformidad tomar una actitud imponente y amenazadora contra los que intentaran menoscabar los derechos sellados con la sangre de sus héroicos antepasados.

¿A qué obedecía aquel bélico movimiento? ¿por qué tan exagerado entusiasmo?

Las proclamas fijadas en las esquinas y centros públicos contenían enérgica protesta contra el gobierno central, porque se propuso aniquilar, decían, la importancia de las municipalidades de España, respetable poder, tras cuya independencia tantos sacrificios habían hecho los pueblos.

Los hijos de Alicante, en cuyo corazón late siempre el espíritu liberal, junto con sus pulsaciones, no pudieron mirar con indiferencia las medidas restrictivas, que des-

de el año anterior se venian aplicando por los hombres del poder, para sofocar las aspiraciones del pais, que ansiaba progresar en sus libertades pátrias.

Les bastó la valentía y la audacia del desgraciado coronel Bonó para enardecer sus ánimos y tomar la iniciativa de un movimiento popular, que se confiaba ver secundado por las demás provincias, y el cual solamente sirvió para acreditar el valor y la abnegación nunca desmentida de los alicantinos, que no temieron salir de sus muros, repetidas veces, á provocar al enemigo que se le acercaba para refrenar su independendencia.

Una imprevisión tras de otra, consecuencia del atolondramiento y falta de pericia con que obraban los sublevados, las continuas ansiedades de su aislamiento y el hambre prolongada que soportó el pueblo en un mes de sufrido bloqueo por mar y por tierra, no fueron bastante para dobligar la voluntad tenáz de aquellos que preferian morir con gloria antes que sostener su vida sin libertad.

Desde el primer día, los jefes del pronunciamiento convirtieron las calles y plazas de la ciudad en un campamento permanente de defensores, que afluian de los pueblos aun mas lejanos, con armas y sin ellas, dispuestos á sacrificarse por la causa que les alentaba.

Algunas medidas de rigor se adoptaban diariamente para sostener una disciplina severa en todos los habitantes: órdenes previsoras permitieron salir de la capital á las familias meticulosas que pudieran debilitar el enardecimiento del pueblo, procediéndose á desalojarla de mujeres, niños, ancianos y enfermos, que con lágrimas en los ojos y el pánico en su corazón, sentian abandonar sus intereses y sus deudos mas queridos.

Todo pronosticaba una lucha encarnizada, todo estaba preparado para un desenlace heróico, que asegurara para el porvenir la inmunidad de las autoridades populares.

La victoria del ejército sitiador no era entóuces tan fácil como lo sería hoy; habia de costar muchos sacrificios, mucha sangre para asaltar los muros, ante cuyos sillares, se habian estrellado en otras épocas poderosas huestes y naos extranjeras.

Si la defección de un subalterno, cuya conducta calificará la historia, que mandaba las fuerzas del castillo de Santa Bárbara no lo hubiera entregado á las considerables columnas sitiadoras, Dios sabe qué tiempo hubiera durado aquel estado escepcional, Dios solo conoce los horrores que en sus páginas se hubieran registrado y las funestas consecuencias que hubiera tenido que deplorar Alicante. ¡Quizás como Numancia y Sagunto no se conservaran de ella hoy mas que un nombre glorioso y un montón de ruinas!

Tal era la fé que alentaba á nuestros padres y á nuestros queridos hermanos en el ardor de sus contiendas.

Los timbres gloriosos de aquella empresa, digna de nobilísimo origen y de los mas loables sentimientos, quedaron estampados con inocente sangre en la arenas del Malecón de Alicante y en el corazón de los hijos de las víctimas que un gobierno, por demás dero, hizo fusilar para terminar radicalmente por medio del terror los heróicos esfuerzos de aquel pueblo, honrado hasta en las horas de mayor miseria y angustia.

¡Gloria, pues, para nuestros padres y hermanos: perdón para los que enlutaron esta página de su historia, y un recuerdo cristiano para aquellos que el pueblo honra en digno monumento cómo mártires de la libertad!

Impelida por estas circunstancias, que desde los primeros momentos amedrentaron á la familia de D. Leandro, porque la sorprendían en población extraña, y ocupaba uno de los puntos más céntricos y comprometidos de la ciudad sublevada, resolvió regresar á su país en busca de la tranquilidad, si no de la salud que necesitaba reparar D.^a Virtudes.

Por consejo del médico que la visitaba, apresuraron los preparativos de su viaje, y alquilando una molesta tartana de dos ruedas con limonera, de las que el país conserva como vehiculo familiar, abandonaron á primeros de Febrero la hospitalidad de Alicante, llevándose en su compañía la nueva hija que debían al amor de Dios.

Marieta, la desaliñada y andrajosa *filetera*, les acompañaba ébria de contento, porque bien aseada, y mejor peinada, disfrutaba ya por vez primera de vistosos zarcillos de coral, de medias caladas y zapatitos ajustados; elegante vestidillo de lana, pañoleta merina y blanca papalina adornada con randas manchegas, que se afianzaba en la cabeza por ancho lazo de cinta azul, cuyo nudo cubría la delgadéz de su garganta.

No iba ya como andrajosa *patenera*, sino como modesta niña del pueblo, que hace cursis sus adornos y no sabe realzar los encantos superficiales de la moda.

Su semblante, tostado por el sol, parecía ménos moreno y más pulida la piel por la limpieza á que se le acostumbraba; veíase hasta más despejado y bello con el orden que conservaba su lisa cabellera, recogida toda en gruesa trenza que remataba en la cintura con pequeños lazos de seda color de rosa.

Sus negros ojos, marcadamente lánguidos, no expresaban ya la angustia de un continuo pesar interno, sino la dulzura suave de su tranquilo bienestar, formando contraste por su falta de confianza con las vivaces y ju-

guetonas miradas de Ricardo, que se complacía en señalar el embarazo que la variedad de traje y la novedad de costumbres ocasionaban á su hermana adoptiva.

Con esa pretensión infantil que los niños sienten por corregir todo cuanto les extraña, aunque no lo entiendan, Ricardo se conceptuaba autorizado á censurar la cortedad de Marieta, sus faltas habituales, su ignorancia absoluta en las reglas de cortesía, complaciéndole ruborizarla con sus regaños, pero solicitando á continuación su concurso y parecer en los juegos y travesuras que inventaba.

Proceder de tal manera en los primeros años, propio es de aquellas sinceras amistades que no encuentran límite á sus confianzas, ni acritud en las imprudencias.

Sus padres cuidaban de reducir las atribuciones que el niño se permitía, coartándole la lijereza de su espontánea intervención en los asuntos de Marieta, atrevida é imprudente en alguna que otra ocasión, más bien por el afán de acreditar oportuna inteligencia en sus observaciones, que por iniciativa de la envidia roedora.

Sin embargo de no sentir Ricardo en su alma las zozobras de esta repugnante pasión, la veleidad de su carácter, el génio zumbón que le pronosticaba alegre juventud, y la superioridad de su condición doméstica, habían de molestar á Marieta y de entristecer algunos periodos de su vida.

Sin quebrantar nada las puras simpatías de la amistad, que nació por estímulo de la compasión, Marieta, predilecta amiga de Ricardo desde entónces, empezaba á ser, no solo la compañera de sus juegos, sino que le debía servir de disculpa y juguete en las travesuras de su futura vida.

XV

Después de dos días de pesado camino, pernoctando en su intermedio en la populosa villa de Elche, al abrigo de su oriental bosque de palmeras, para impedir á la enferma el cansancio de una sola jornada, llegó la familia de D. Leandro á Orihuela, ocupando por fin la hermosa casa habitación, que de su propiedad poseía en la espaciosa y prolongada calle de San Agustín, inmediata al buen palacio de los Condes de Tamames.

Así como para llegar á Elche atravesando los áridos campos de su término y el de los pueblos inmediatos, se encuentra el viajero admirablemente sorprendido ante el bosque de gigantescas palmas que la circundan y la ocultan á sus miradas hasta llegar á sus primeras paredes, como ocurría con la antigua Jericó, así Orihuela, abrazada á la falda de la montaña que la domina, cual odalisca voluptuosamente rendida, se recrea en el espejo de las aguas del Segura que la viste de reluciente faja plateada, antes y después de convertir en fértil Eden la espaciosa vega que desde los muros de Murcia se extiende rica en encantos y abundante en embriagadores aromas hasta por donde la despierta el sol, hasta la ribera marítima de Guardamar.

Su atmósfera embalsamada de continuo con el perfu-

me de los naranjos y limoneros pretende purificarse de los palúdicos miasmas que la maceración del lino y del cáñamo que alfombran sus huertas pudieran corromperla, y sirve de alegría al espíritu que se dilata dentro del pecho al contemplar su cielo límpido, casi siempre diáfano, estendido de monte á monte cual toldo de hermosa tienda azul.

Sus calles silenciosas, sus plazas despejadas, demasiado solitarias en casi la mayor parte del día, acreditan la predilección con que sus habitantes atienden á sus deberes, á los cuidados de la agricultura y á los goces del hogar.

Las casas, más sombrías que alegres, apesar de sus altas azoteas y abundante balconaje, participaban comunmente de la severidad de los edificios eclesiásticos, que tanto abundan en prueba de la fé y de la piedad cristiana que profesan sus moradores.

Alamedas melancólicas, paseos amenos y alegres bañados por caudalosas acequias de riego, en cuyas márgenes arraigan frescos plátanos, gigantescas palmeras, sombríos álamos, tristes sauces y otros árboles de perpétua frondosidad, forman variado cordón en sus afueras, y sirven de esparcimiento y de contraste al monótono silencio que impera en la ciudad.

Su huerta, extensa por todas las longitudes, menos por la del Norte en que escabrosas montañas, vivienda de rapaces águilas, la resguardan de los vendabales, es delicioso paraíso poblado de encantadoras barracas, donde los sencillos colonos ligeramente vestidos con zarañuelles, blanca camisa, encarnada faja, suelto chaleco y graciosa monterilla, se albergan con sus familias en unión de la mansa vaquilla y de la humilde *borriquia*; y despues de hacer fructificar tres veces al año su blando suelo comparten con ellas, cual prendas queridas, las fatigas y los productos de su sudor.

Su vejetación, comparable solo á la de los países vírgenes, produce espléndida abundancia de semillas, envidiable variedad de frutas, profusión de flores que, despues de embalsamar el ambiente de la confusa red de sendas que se cruzan y serpentean por todas partes, siguiendo el curso de sus cristalinas acequias, enriquece á los propietarios que tan maravillosamente saben conservar su hermosa lozanía.

En esta deliciosa vega, corrida alegremente por mí en los días de asueto, poseía su caudal D. Leandro; en esta populosa ciudad, contemplada desde las alturas del monte San Miguel en las horas que yo aburrido por la nostalgia del mar robaba á mi meditación y estudio, tenía aquella familia su habitual morada en casa de elegante fachada y cómodo interior.

Contra la costumbre de los demás vecinos durante la estancia de sus dueños en la población tenía la casa su grande puerta principal abierta de par en par, dando vista y ventilación á un espacioso zaguán empedrado con anchas losas, en uno de cuyos costados permanecía casi de continuo cubierto con recio guardapolvo de lona, el carruage familiar de aquellos señores en señal de su desahogada posición.

Detrás de ancha balaustrada de madera, en cuyo centro abria adecuado portón de entrada, se distinguia la escalera de jaspe encarnado, que comunicaba con los pisos superiores, ancha y cómoda, con elegante barandal de hierro y pasamano de pulimentado nogal, bien alumbrada de día por las altas luces de la claraboya que formaba en su centro, y algo oscura de noche por el débil reflejo de antiguo fanal con modestos mecheros de aceite.

Sus tres pisos se distribuian por igual en amplias y cómodas habitaciones, mas ó menos lujosamente amuebladas, segun el uso, aplicación y categoría de los que las disfrutaban.

El principal, dedicado á la vida común del matrimonio y de Ricardo, ostentaba mas lujo y elegancia que los demás departamentos.

Descollaban en ostentación las habitaciones que tenían sus vistas á la calle de San Agustín, cuyos balcones centrales, frecuentemente cerrados, pertenecían á la sala de ceremonia, dedicada á las visitas, en la cual, vistosa alfombra cubría su suelo, delicados tapetes sus veladores, y caprichosos almohadones su sofá, sillas y taburetes. Grandes espejos antiguos descansando sobre los tableros de mármol de las consolas doradas, y distintos retratos de familia, medianamente pintados al óleo, colgaban de sus muros, decorados con aterciopelado papel carmesí, uniforme con la seda adamascada de la sillería, cortinaje y pabellones de las puertas. De su pintado cielo rasopendían dos brillantes arañas de cristal, provistas de blancas bujías. Algunas porcelanas y relojes caprichosos colocados con estudiada simetría sobre las mesas y veladores, completaban la severidad y buen gusto de aquel estrado.

Dos puertas con cristales, cubiertos por tupidos visillos de seda, situadas frente á frente en los extremos opuestos de este saloncillo, comunicaban la una con el gabinete de labor y tocador de D.^a Virtudes, adornados con gusto parecido, pero con mayor sencillez en sus muebles, y la otra con el cuarto del estudiante Ricardo, revuelto y desordenado con frecuencia, apesar del esmero y de la vigilancia de sus servidores.

Así que en el día de su llegada descansaron breves momentos los antiguos moradores de aquella casa en sus habitaciones respectivas, y luego que D.^a Virtudes recomendó á su servidumbre que trataran y consideraran á Marieta como hija propia, se dedicó á instalarla en el segundo piso, encima de la habitación que correspondía á la que cerca de sus padres ocupaba Ricardito.

Una antigua criada, honrada con la confianza de la administración doméstica, puesto que cual ama, era depositaria de las llaves, quedó obligada desde aquel día á dormir en otra sala contigua á la de Marieta, como encargada de atender á su aseo y cuidado.

La demás servidumbre siguió ocupando sus respectivos cuartos del piso tercero.

En el bonito aposento de Marieta, que ventilaba hermoso balcón con cancela acristalada, y desde el cual se divisaba en toda su longitud la estensa calle de San Agustín, el elevado Seminario de San Miguel y hasta parte de sus fértiles huertas, hubo necesidad de hacer alguna variación en los muebles, porque D. Leandro la tenia destinada á depósito de sus arreos de campo y caza.

Doña Virtudes, con asiduidad impropia del cansancio y estado de su salud, dedicó preferente cuidado á ordenar y proveer las comodidades de su hija, adquiriendo los objetos mas adecuados á la fantasía de su cariño que á las necesidades de su corta edad.

Todo pareciale poco, todo indispensable para su utilidad y contento, por mas que Marieta no pudiera conocer aún el interés y aplicación de algunos enseres.

Así es, que no solo cuidó de los pormenores que entónces necesitara, sinó cual si se tratase mas bien del menaje de una doncella de mayor edad, procuró adquirir lo que mas adelante desear pudiera.

Allí hizo colocar, además de las sillas y la cómoda que debía guardar su ropa, bonito costurero surtido de carretes con sedas, hilos y cintas de variados colores, alfileres y agujas de distintos gruesos, corchetes y botones para diversas aplicaciones, tijeras y dedales para diferentes usos, cual si supiera desde luego coser y bordar.

Allí su mesa con recado de escribir, un silabario, gramática y piadosos libros de lectura, hasta el lujoso

devocionario de misa, como si se destinara á jóven instruida ó apasionada por su perfección.

Allí su lavabo de madera y bruñido espejo con los objetos adecuados á su aseo y coquetería, cual si hubiera de servir ya á jóven cuidadosa de los encantos de su belleza.

Sobre modesta cama de hierro, cubierta con blanca colcha, se colocó piadosa imágen de Nuestra Señora de Monserrat, para que á ella se encomendara, y bendito rosario de Jerusalém para que protegiera siempre la inocencia de su sueño.

Ningún objeto quedó olvidado para D.^a Virtudes; en todos los detalles quiso ella misma intervenir para que no se la reprochara por el más leve descuido, y con febril afán no dejó de pensar en las comodidades de Marieta, hasta que agotó los medios de procurárselas.

No le guiaban solo los impulsos de ardiente caridad en su desvelo, era también la ilusión tanto tiempo deseada inútilmente de tener hija propia, la que le estimulaba en aquellos cuidados, que, en vez de aburrir su triste ánimo, la llenaban de suave delicia y de dulces satisfacciones.

A D. Leandro le complacía también la distracción que su amante esposa encontraba en cada una de sus preocupaciones, y admirándose de aquel súbito y aparente bienestar, suponía que su ofrenda empezaba á ser grata á Dios para el alivio de su salud preciosa.

XVI

A la vez que D. Leandro organizó los estudios de Ricardo, que habían de cursarse indispensablemente en aquella población, porque el cariño de D.^a Virtudes no consentía que separaran á su hijo de su regazo, se dispuso también la instrucción de Marieta, confiándose al colegio de mejor nombradía, para que en él pudiera aprender las labores adecuadas á su sexo y los rudimentos de su ilustración.

Acostumbrada á un trabajo consecuente y activo, no recibió con desagrado ninguno de los nuevos, relativos á su educación, y recogiendo en su clara memoria las nociones preliminares de cada estudio, correspondió desde el primer momento con aplicación y fruto á los sacrificios que por sus adelantos se hacían.

No satisfecha con las horas de clase, dedicábase espontáneamente en su cuarto, ó al lado de su madre providencial, á repetir y perfeccionar las lecciones del día, para acreditar al siguiente cuán digna sabía hacerse de las caricias y estimación de todos, con sus brillantes resultados.

Corregida en sus modales con amable solicitud por D.^a Virtudes, modificó en breve su cortedad y antiguos resabios, consiguiendo por fin no revelar en nada los

principios abandonados de su inculta infancia; por cuyos medios llegó á desempeñar sin desdoro el papel que en el seno de aquella familia le correspondía, grangeándose las simpatías de las compañeras más distinguidas del colegio, que se disputaban su amistad y su confianza.

Opuesta á tomar parte en los juegos de Ricardo, temía sus diabluras y huía de sus bromas, casi siempre contrarias y pesadas para la formalidad y prudencia de su discreto pensar, que, sin embargo de hacerla sufrir mucho, no llegaron á lastimar el acendrado cariño fraternal con que se correspondían.

Marieta consideraba á Ricardo como un hermano, hermano idolatrado que deseaba fuera juicioso y progresara en sus estudios, cual ella le servía de ejemplo, mientras aquél, haciéndose sordo á sus estímulos prefería los inútiles pasatiempos de una cómoda holganza, se mofaba de sus prudentes reflexiones, despreciaba sus cariñosos consejos y la mortificaba con sus punzantes diatribas, burlas y chanzonetas.

A Ricardo, seguía Marieta sirviéndole de juguete predilecto como desde el primer día, por más que realmente la estimaba su buen corazón.

Acostumbrada á sufrir peores tratamientos, se habituó al poco tiempo á soportar las libertades de su hermano con disimulada resignación, por respeto á D: Leandro, y para evitar el más ligero apercibimiento por parte de D.^a Virtudes á quien bien pronto distinguió con entrañable cariño filial.

Cuantas veces era sorprendida por algún rincón, triste y llorosa, deplorando en silencio el enojo causado por nueva imprudencia de Ricardo, D.^a Virtudes que no siempre adivinaba el motivo de aquellos sentimientos, se apresuraba á consolarla, atribuyéndolos á la nostalgia

de su antigua vida y á los recuerdos de sus padres.

Casualmente la variedad de costumbres y la novedad de sus impresiones, fueron con el tiempo borrando los recuerdos del pasado, y al conservar vaga memoria de los autores de sus días, influyeron aquellos en el desarrollo de más íntimo afecto y gratitud para sus protectores.

La ausencia y el contacto de otros cañños a fines, consiguen debilitar y aún destruir también, las afecciones naturales cuando estriban solo en la vida material. Para Marieta, ya sus padres eran únicamente aquellos que se desvelaban por su educación, puesto que les debía la verdadera vida de su alma, la luz de su inteligencia y las delicadas ternuras de su corazón.

Por ellos conoció á Dios y supo amarle; por ellos descubrió cuan gratas son las ventajas del saber, y á sus cuidados debió la dulzura de un cariño inocente, que creciendo de día en día, nunca jamás pudo extinguirse.

Muy bien relacionada D.^a Virtudes con las principales familias de la localidad, se esmeró en que su hija anudara vínculos amistosos con aquellas jóvenes de igual edad, que no pudieran perjudicar el progreso de sus bondades, ni destruyeran la inocencia de sus virtudes.

Entre estas relaciones, Marieta adquirió el conocimiento de Leticia, joven de catorce años domiciliada al lado de su casa, cuya amistad obtuvo preferencia en el trato frecuente que la vecindad proporciona.

Era esta su amiga, esbelta joven de rubio cabello y sedosas cejas, que resaltaban en espaciosa frente sobre sus hermosos ojos azules, velados por copiosas pestañas que sabían ocultar á su capricho con la combinación de su viveza, el juego de sus volubles intenciones, ora imprimiendo á su reflejo apasionado ardimiento, ora debilitándolo con tímida modestia.

Los frescos colores de sus mejillas, un tanto pálidas, realizaban la aureola azulada de sus párpados.

En su fina y delgada nariz, notábase ligera y graciosa contracción, que favorecía la juvenil expresión de los demás encantos de su semblante.

Su boca, formada con delicados perfiles, sombreaba en sus extremos el puro carmín de los labios, cuando picaresca sonrisa los dilataba voluptuosamente para lucir la perfecta blancura de sus nacarados dientes. A su barba redondeada, la adornaba sensual hoyuelo, como envidiable complemento á la morbidéz de su incitante cuello que dejaba espacio conveniente á la perfección de sus hombros.

Los majestuosos contornos de su cuerpo, erguido en actitud arrogante, fluctuaban sobre flexible talle con graciosa soltura, y en su pecho se veían estremecer las señales inequívocas del desarrollo que influye en las sensaciones del corazón.

Tal era el continente exterior de Leticia, mas característico que sus inclinaciones, en aquella época que dejando de ser niña, empezaba á figurar en el periodo seductor de la juventud.

Acompañada con esta amiga salía Marieta á cumplir en los templos con sus devociones y á disfrutar de los paseos públicos, cuando no podía hacerlo D. Leandro ó cuando las alteraciones de su salud se lo impedían á doña Virtudes.

De tal manera esta amistad habia estrechado sus vínculos, que cuando por rara casualidad no podían visitarse recíprocamente, Marieta y Leticia aprovechaban algunos breves momentos, que robaban á sus quehaceres, para comunicarse por sus respectivos balcones las impresiones afectuosas de sus tiernas almas.

Marieta, franca y candorosa, se complacia confiando



los secretos mas inocentes de su corazón á Leticia, mientras esta, de carácter mas sagáz y previsor, la escuchaba con benevolencia, y le aconsejaba con rectitud, pero reservándose corresponder con la misma franqueza cuando así le acomodaba.

De poca mas edad Leticia que Marieta, habia aquella aprendido con fácil provecho las astucias que cual arma defensiva revelan prematuramente las condiciones de la mujer que se complace en avivar los inflamables entusiasmos de los hombres.

Mujer que, por cualquiera galantería adulatora, se encuentra á menudo expuesta á llorar algun desengaño irreparable ó á sufrir el general desprecio de los hombres sensatos.

Mujer, que al igual en la amistad como en el amor, prefiere el acompañamiento obsequioso que se le hace, á las propias delicias del afecto que se le espresa.

XVII

Tres años duraron los estudios que necesitó Marieta para adquirir una instrucción mediana, suficiente á obtener modesto y no censurable lugar en la sociedad de su época, en cuyo mismo periodo, su naturaleza raquítica, desarrolló la robustez envidiable de la adolescencia, desarrollando á la par de sus formas y contornos, las gracias seductoras que caracterizan á la mujer.

No seguía siendo la endeble niña de flaco cuerpo é incorrectos perfiles, que carecía de donaire y de presunción, porque en ese intervalo se había convertido en pudorosa jóven de fascinadores encantos y graciosos atractivos, los cuales revelaban la evolución interna que en el corazón experimentan los sentimientos y las pasiones, así que el desarrollo físico de sus fibras concierta y vigoriza su misteriosa transformación.

En su moreno semblante se reflejaba la sensible timidez, que únicamente el natural candor de la inocencia, puede imprimir sin hipocresía al fuego de unos ojos negros y á la voluptuosidad de unos lábios encendidos, cuando en el pecho se conserva virgen el gérmen de las ternuras amorosas.

Su lustroso cabello no fluctuaba ya á manera independiente en gruesa trenza sobre la espalda: para mor-

tificar la vanidad de su abundancia y de su hermosura, lo recogía en gracioso rodete, enlazado por luciente peineta de concha y formando sobre las sienas rizadas ondulaciones, que velaban la espaciosa curva de su frente, para perderse detrás de las conchas de sus transparentes orejas.

En sus mejillas, rosados centros descubrian el ardimiento juvenil de su pecho, ó las suaves conmociones del corazón, cuando sensible mirada ó galante alusión á su belleza los heria púdicamente.

La incierta vivacidad de sus ideas, modificada y regularizada por la reflexión, revelaba el aplomo con que el raciocinio empezaba á imprimir carácter de bondadosa formalidad y de prudencia á las aspiraciones y á los actos de su vida.

Mas inteligente y cuidadosa en la observancia de sus deberes, se encargó de desempeñar en lo sucesivo la administración doméstica, evitando así á D.^a Virtudes las preocupaciones consiguientes, que á esta se le hacian cada día mas insoportables y enojosas, á causa del débil estado de su salud.

Ricardo tambien habia abandonado sus pueriles juegos, y al encontrarse con la voz transformada y el bozo sombreándole ligero bigote, cambió sus inocentes juegos y sus infantiles travesuras por las pretensiones de la juventud, en que el hombre se encuentra de improviso alucinado ante un horizonte halagüeño, espléndido en seducciones, que por lo mucho que encantan, consiguen envolverle en la fascinación peligrosa de las ilusiones que concibe.

Su instrucción, lenta y descuidada, continuó con indiferente aplicación incierta senda, sin dedicarse á ningún estudio formal, del cual pudiera traslucirse la utilidad de su porvenir inmediato.

Las condiciones de su carácter viváz y algo despreocupado, no pudieron destruir nunca el gérmen de algunas buenas inclinaciones de su corazón, que seguía demostrando un ciego cariño á sus padres, y una respetuosa confianza fraternal para Marieta. Pero apesar del evidente cariño con que la distinguía, no dejaba de molestar la paciencia de su hermana, cuando con familiar confianza se permitía reprocharla, recordándole que era la muñeca de su infancia, y la amenzaba con que había de servirle de perpétuo juguete.

Jamás los padres interpretaron en sentido ofensivo esta antigua sentencia, broma común en Ricardo, que usaba cuando más cariñosa se le mostraba Marieta, porque les recordaba aquella noble acción que espontáneamente, y sin saber estimar el valor del bien que hacía, enjugó sus lágrimas en uno de los dias más tristes de su niñez.

Con tan buena armonía se hubiera considerado feliz esta familia respetable, si la salud de D.^a Virtudes, recorriendo paulatinamente los grados de su empeoramiento, no la entristeciera, en la misma época en que sus hijos colmaban de satisfacción las aspiraciones paternales, viéndoles crecer y llegar, llenos de robustéz, á la alegre juventud.

A medida que pasaban los dias, requería su enfermizo estado más asídua asistencia por la estenuación agravante, que, consumiéndose las fuerzas vitales, le impedía levantarse ya algún tiempo, y después hasta incorporarse en la cama, previéndose los temores de un desenlace siniestro no muy lejano.

Marieta, desde que aumentó la gravedad de D.^a Virtudes, dispuso trasladar uno de sus colchones á la misma alcoba de la enferma para no abandonarla un solo momento, y dedicada con preferencia á los deberes de su

cariño filial, permanecía afligida constantemente, desvelándose por satisfacer hasta el menor deseo y necesidad de su madre.

D. Leandro y Ricardo la acompañaban taciturnos en las horas que les permitían otras ocupaciones, no pudiendo consolarse de la enorme pena que les destrozaba el corazón, al contemplar el escuálido semblante de la paciente, en cuyos macilentos ojos y penosa respiración se traslucían los progresos de su gravedad.

Los días pasaban sin alteración favorable, con esa pesadéz y fastidio que solo al dolor corresponde prolongar, destruyendo las esperanzas que, sin abandonarnos por completo, abaten el ánimo más sufrido, cuando se teme que los esfuerzos de nuestra voluntad se estrellen contra el inevitable curso de la naturaleza.

Los médicos, más prácticos en las crisis y períodos estacionarios de la enfermedad, asistían con mayor frecuencia, más bien para prodigar sus consueños á la familia, y alentar el espíritu de la enferma, recetándole inofensivos medicamentos, que por atajar el mal, contra el cual consideraban ya impotentes los conocimientos de la ciencia.

Una mañana, después de despertar D.^a Virtudes de un pesado letargo, en que había permanecido inmóvil desde media noche, se encontró rodeada de su esposo é hijos, que procuraron animar con ficticia confianza sus semblantes, para evitarle que se apercibiese de la aflicción con que contemplaban el crítico abatimiento de su cuerpo.

— Vaya, mamá, qué noche más tranquila ha pasado V., le dijo cariñosamente Marieta, estampando un suave beso en su lívida frente. Yo no he querido despertarla á V. para nada; pero ahora voy á servirle un caldo.

— Sí, hija mía, prepáralo; y el papá te avisará cuan-

do lo necesite, contestó con desfallecida voz D.^a Virtudes. Acompaña á Marieta, Ricardo, porque el papá se queda aquí mientras.

Marieta y Ricardo obedecieron desde luego su voluntad, comprendiendo que podían servir de inoportunos testigos en aquel momento, que solicitaba estar á solas con su esposo.

Un frio espasmódico se apoderó de todos los miembros de D. Leandro, receloso del objeto que motivaran aquellas precauciones.

Silenciosamente ocupó desde luego la silla que junto á la cabecera acababa de dejar Marieta, procurando ocultarse á las miradas suspicaces de la enferma.

D.^a Virtudes levantó con dificultad su cabeza, para decirle con exigente empeño:

—Coloca esa silla mejor; que nos veamos. Quiero hablarte un momento sin fatigarme.

D. Leandro obedeció, colocándose en mejor disposición, complaciendo á su esposa, quien se apoderó convulsivamente de su mano, para retenerla entre las suyas calenturientas.

Con mirada angustiosa y con voz apagada, pero con ánimo resuelto, volvió á interrumpir la enferma aquel silencio, diciendo:

—Leandro mio, esto se acaba. Mira la hinchazón de mis manos, tampoco puedo mover los piés.

Su esposo, aparentando fijarse por vez primera en aquellos graves síntomas, se apresuró á replicarle:

—No veo motivo para que te alarmes de esa manera.

—¡Ay Leandro! mejor que tú conozco el próximo fin de mi vida, y por esto deseo estar á solas contigo.

Amarga sonrisa animó los lábios de D.^a Virtudes, que penetró dolorosamente en el oprimido corazón de su

apasionado esposo, no atreviéndose éste á desvanecer aquel triste pronóstico, porque las congojas de su garganta llegaban hasta embarazarle la lengua.

—Ya no hay remedio, y quiero antes asegurarte que por tí siento morir..... Desde el cielo pediré á Dios por tu resignación, prosiguió con aparente sosiego D.^a Virtudes. Quiero que nunca me olvides..... que mires siempre que el pobre Ricardo es el fruto de nuestro amor..... El mejor pedazo de mi corazón, os dejo en Marieta..... ¿No la abandonareis nunca?..... Asegúrame tú este consuelo.

—Virtudes no te preocupes de esa manera con ideas que aumenten tus sufrimientos. Parece que te propones ahora destruir mis esperanzas. Ya oíste ayer que te encontraron mejor los médicos. Piensa, pues, en que tu alivio no es aun tan desesperado.

—Ya conozco lo que los médicos quieren decirme; pero hoy no es ya el día de ayer. Déjame expresarte ahora mi última voluntad.....

Breve pausa necesitó aprovechar D.^a Virtudes, para proseguir su conversación con igual lentitud.

—Quisiera en este momento muchas cosas..... pero no te aflijas, porque entonces me impedirás ser franca..... ¿Es que nada quieres oír?.....

D.^a Virtudes interrumpió de nuevo la expresión de sus deseos al sorprender la aflictiva conmoción que, ahogando su pecho, se reflejaba en los turbios ojos de don Leandro, quien apesar de sus esfuerzos, no podía aparentar duradera serenidad.

—Dime todo cuanto pretendas, porque en todo te he de complacer, replicó éste esforzando su espíritu abatido, è intentando desasir con disimulo la mano que le conservaba oprimida la enferma.

—Quisiera testar hoy, para que todo quedara dis-

puesto á tu gusto..... Quisiera asegurar un recuerdo para Marieta..... ¿no ves la pobrecita cómo me ama?... Yo no sé yá las noches que por mi cuidado no se desnuda..... Quisiera cumplir con Dios, para obtener su misericordia..... y despues, Leandro de mi alma, quisiera abrazarte y bendecir á mis hijos.....

En cuanto D.^a Virtudes terminó esta última frase, que la dejó rendida, estendió sus brazos hácia su esposo, en los cuales se precipitó aquél penosamente acongojado.

Nada se dijeron en momento tan solemne, pero dos respetuosos besos, interrumpieron el silencio de la estancia; débil el uno, apasionado el otro, que expresaron la angustia del dolor oculto en ámbos corazones, y despues.....

D. Leandro no pudo permanecer más tiempo en aquella situación que le despedazaba el alma; levantóse precipitadamente, abrió la puerta de la sala, pidió con entonación enérgica el caldo á Marieta, y se ocultó en el salón de visitas para desahogar en copioso llanto el desconsuelo de su corazón.

Cuando Marieta entró sola de nuevo en la alcoba para servir á D.^a Virtudes el ligero caldo que se le había pedido, la encontró con los ojos también anegados en lágrimas; pero esforzando melancólica sonrisa en sus secos lábios, la preguntó:

—¿Qué me traes ahora?

Marieta disimuló la sorpresa de aquel sentimiento, contestando con fingida naturalidad.

—Un rico caldo que he preparado yo, mamá. Vamos á ver cómo lo toma V. todo.

Cuidadosamente estendió Marieta limpia servilleta sobre la cama, pasó con suavidad su brazo por debajo de la cabeza de D.^a Virtudes, en el cual la reclinó con

languidez, y le sirvió con filial esmero el contenido de la taza, á pequeños sorbos.

Al tiempo de limpiarle los labios, D.^a Virtudes re-
tuvo á Marieta un breve momento para encarecerle con
expresivo sigilo:

—Cuida desde hoy que nunca falten tus consuelos á
papá y á Ricardo. Quiéreles tanto como á mí.

XVIII

En aquel mismo día, cuando los facultativos cumplieron con su primera visita, llamaron aparte á don Leandro para comunicarle el desengaño de la ciencia, que carecía ya de medios para evitar el fin funesto de la enfermedad que venía por largo tiempo minando la vida de D.^a Virtudes, y recomendarle el deber de conciencia, que aconseja la necesidad de adoptar las últimas disposiciones sagradas.

Aunque prevenido de antemano por la misma enferma, D. Leandro recibió la confirmación de este golpe con el sentimiento que correspondía á su acendrada pasión y aflictiva desgracia.

Procuró serenar su ánimo con los tristes convencimientos de la resignación, y obligado por la necesidad de no separarse del lado de D.^a Virtudes, participó antes á sus hijos la nueva fatal con que le acababan de destruir sus efímeras esperanzas.

El desconsuelo con este motivo se hizo general en la casa, pero fué preciso á todos disimular las impresiones dolorosas que les abrumaban, y aparentar de nuevo tranquilo aspecto para no abandonar el dormitorio de D.^a Virtudes, cumpliendo respectivamente con su asistencia y disposiciones.

Por la noche, después de dictar su última voluntad al notario, constituyendo á D. Leandro curador de su hijo, y recomendando á ambos protección para Marieta, á quien legó un expresivo recuerdo de veinte mil reales, como dote para tomar estado, dispuso llamar á su vecino el capellán del convento de San Sebastián, con quien piadosamente cumplió los últimos deberes de la religión.

Confortada espiritualmente con las sublimes esperanzas que los auxilios divinos infunden á un corazón sencillo, que tranquilamente puede recordar en el extremo exámen de su conciencia más virtudes que remordimientos, y poco después de haber recibido los últimos sacramentos, se quedó D.^a Virtudes á solas con su familia, ansiando gozar de la compañía de aquellos seres queridos.

Hizo les sentar al rededor de su lecho, y con ávida mirada anhelaba más luz para contemplar la expresión de sus semblantes, y poder interpretar las impresiones que con fingida tranquilidad pudieran experimentar sus ánimos; más aire para dilatar los ardientes afectos que en aquella situación desesperada la angustiaban.

Los surcos de su frente, marcados con oscuridad por la débil luz de una lamparilla, que alumbraba el dormitorio, revelaban los presentimientos tristes que el dolor y el cariño sostenían en pugna con sus resignadas creencias.

Prolongado silencio guardaban todos, observando el estertor creciente del pecho de la enferma, que, cual ronco rumor de agua hirviendo, resonaba con pausa y repetida fluctuación.

Distintas veces pretendió hablar, y no pudo; su boca se abría solo á largos intérvalos para aspirar mayor cantidad de gases vitales, que se devolvían en roncosp

ros, cual demostración de su pena, sin purificar las vísceras del pecho.

Por fin cruzó su vacilante mirada con las de Ricardo y Marieta, manifestándoles el deseo de que se aproximaran más; unió sus manos en afectuoso lazo, besólas ardorosamente, y se limitó á decir con apagado eco:

—Ricardo; ama á Marieta.

Luego, divagando su vista por todo el oscuro recinto del dormitorio, buscaron sus lánguidos ojos la figura de su esposo, que en pié se ocultaba detrás de sus hijos, y al descubrirle, le recomendó el acendrado cariño que les tenía, murmurando con angustia:

—Leandro, bendice á nuestros hijos.

Calló nuevamente, é inclinando con fatiga su pesada cabeza hácia el lado opuesto, en que abatida por el dolor, permanecía en pié su familia, al sentir los besos que Marieta y Ricardo estampaban religiosamente sobre sus demacradas mejillas, se apresuró á decirles con voz casi exánime:

—Dejadme con Dios.

Todos se retiraron sollozando á sus asientos al sentir tan triste despedida.

Acto continuo cerró la enferma los ojos, y pesado letargo, como en la noche anterior, volvió á interponerse entre sus sentidos y su ánimo, permaneciendo inerte en dormida actitud hasta el amanecer del otro día.

Poco antes de la madrugada despertó de aquel soporífero sueño, para sostener la lucha suprema de la vida con la muerte.

Nada pudo tomar ya. La hinchazón de sus miembros se habia corrido, interesando todo su cuerpo; lívidas manchas resaltaban con la palidéz marmórea de sus carnes, manifestando su descomposición interna; el estertor de su respiración resonaba con mayor angustia y tardan-

za; la frialdad mortal, imprimía flojedad y dolorosa contracción á sus facciones; sus ojos vidriados y hundidos, perdieron su brillantéz, é inmóviles resistían los reflejos de la luz; su nariz afilada, sostenía la pasmosa expresión de su semblante, y por entre sus lábios descoloridos, cual sí se propusiera dar paso á una forzada sonrisa, dejó escapar los alientos postreros de su vida.

Don Leandro y sus hijos se abalaron transidos de dolor para abrazar aquel ser idolatrado, que al volar al cielo, no les dejaba en la tierra mas que un cadáver á quien llorar y un piadoso recuerdo de sus virtudes.

La familia de Leticia y otros amigos íntimos de la casa arrancaron á D. Leandro y á Ricardo de aquella lúgubre estancia, para que lloraran desahogadamente su desgracia en otro departamento y atendieran á sus amistosos consuelos.

A Marieta no fué posible convencerla. Quiiso demostrar el cariño y la gratitud de su alma, hasta que con sus propias manos cortó la hermosa cabellera de D.^a Virtudes.

Despues, á viva fuerza, pasó á confundir su desesperada aflicción con el inconsolable llanto de su padre y de su hermano.

XIX

Largo tiempo duró en la casa de D. Leandro el duelo riguroso por la muerte de la angelical D.^a Virtudes y no menos tiempo la lloraron los pobres necesitados de la comarca.

Bien pronto llegó á comprender Marieta el grande apoyo que para su porvenir le faltaba, la situación excepcional en que esta desgracia la dejó colocada en el seno de aquella familia protectora, y el abatimiento de ánimo que hacia mas árida la viudéz de D. Leandro y la orfandad de Ricardo, y estimulada con el ejemplo respetuoso y con los últimos consejos de su madre, se esmeró por reemplazarla con igual solicitud en sus desvelos, en las obras de caridad y en sus cariñosos consuelos.

Ninguna pretensión interesada la guiaba en hacer todo lo mas digno posible su comportamiento, que la de cumplir con los deberes de gratitud que debia á sus bienhechores, prodigándoles sus expansiones afectuosas, cual desde el lecho de la agonía le habia recomendado tan eficazmente su difunta madre.

Como recompensa merecida á sus desvelos, su padre y su hermano le demostraron en su nueva orfandad, ca-

riño más predilecto, depositando en ella su confianza absoluta para todos los asuntos que eran de la peculiar atención de la difunta, y considerando á la vez el menor de sus deseos, como disposición inescusable.

Supo adquirir Marieta con su clara inteligencia el buen tacto de no abusar de su autoridad con la servidumbre por tales atribuciones, de no desdorar con impuestas exigencias el respeto y el cariño que merecían D. Leandro y Ricardo, ni de engreirse por la estimación unánime con que la distinguían los amigos de la familia.

Su discreción llegó á ser bien juzgada por propios y extraños, sin que nadie se permitiera zaherirla por la humildad de su cuna.

Tal era la solidez con que habían arraigado en el ánimo de Marieta las lecciones de su educación reformada.

La voz común de la sociedad, que, no siempre sabe recompensar las cualidades excelentes de sus dignos individuos, la consideraba tal cual si fuese hija de doña Virtudes, contribuyendo á la general estimación el comportamiento asiduo de D. Leandro, que no se excusaba de apellidarla sin afectación su hija querida.

Su padre, exento de toda distracción peculiar á los hombres de su edad y representación social, se acostumbró á encontrar los más agradables consuelos en las expansiones sencillas del hogar, al lado de su hija, por cuya honra y complacencia era capaz de sacrificarse.

Para no abandonarla un solo momento, estableció confidenciales reuniones por las noches, á las que frecuentemente asistían los antiguos amigos de la casa, y en expansivo soláz ó en conversaciones instructivas ocupaban las horas de aburrimiento del estío y las largas veladas del invierno, pesadas en toda ciudad que carece de públicos esparcimientos.

En las primaveras se disponían agradables excursio-

nes á su magnífica caseta de campo, situada en el término inmediato de Beniel, donde Ricardo con algún amigo de su edad, y Marieta con Leticia, se recreaban en los placeres amenos á que la fertilidad de aquellos lugares invita, mientras D. Leandro aprovechaba sus estancias para examinar el estado floreciente de sus huertas colindantes, ó informarse de las satisfacciones y de las necesidades ó quejas de sus colonos.

Alguna vez se hacía acompañar en estas expediciones, casi siempre breves, por el padre Payá, guardián del convento de monjas de San Sebastián, persona respetable por sus notorias virtudes y querido condiscípulo de su infancia, con quien sostenía cachazudas partidas de agedréz, á la sombra de algún frondoso almezo, mientras la gente joven apelaba á otras distracciones más bulliciosas.

También este distinguido amigo animaba alguna que otra vez las tertulias de la ciudad, con su trato afable y franca confianza.

Seguía Ricardo sin elegir carrera, apesar de su racional edad, ni dedicarse á ningún trabajo útil, concluyendo por adoptar esa vida monótona, inconcebible en los mozaletes ricos de los pueblos, que consumen los mejores años de su juventud en una fastidiosa holganza, consentida por el cariño mal entendido de los padres, y los cuales se encuentran siempre predispuestos á todo género de devaneos, como asíduos paseantes de las calles y plazas públicas ó concurrentes á toda hora y en todo tiempo á las salas del casino, donde pierna sobre pierna y embriagados con frecuencia por la atmósfera del tabaco ó por los vapores del licor, fomentan los hábitos de su molicie.

El cariño acendrado de D^a Virtudes, opuesto siempre á que separaran á su hijo de su regazo, le sirvió de

base á estas costumbres despues de su muerte, y la amistad de su predilecto compañero Valerito, jóven tenorio de sonadas conquistas, le inició en los inútiles pasatiempos y en las alegres calaveradas de la gente de trueno de la ciudad.

No era muy del agrado de D. Leandro esta intimidad, pero la toleraba á su hijo, porque no llegó á reflexionar las consecuencias que pudieran reportarle ciertos lazos amistosos.

Con el pretexto de asistir una corta temporada á las funciones del teatro, llegó Ricardo á desligarse de la antigua asistencia á las tertulias de su casa, obtuvo el permiso de su padre para salir por las noches con sus amigos, y concluyó por abrogarse la libertad de trasnochar, en cuyas intempestivas horas acostumbraban sus camaradas estender la red de sus frívolas disoluciones.

Apenas permanecía en casa el tiempo indispensable para descansar y tomar sus alimentos, impaciente de abandonarla á seguida para lanzarse de nuevo entre los elementos de sus costumbres independientes.

Únicamente una sola disposición de su padre le contrataba dispuesto siempre y animado á obedecer, cual era la de acompañar á la familia en sus escursiones campestres, porque en ellas gozaba sin aburrimiento de otra variación distinta de recreos; pero sin duda se debia tal influencia benigna á la brevedad del tiempo que permanecía en el campo, y á la alegre sociedad de los amigos, porque con ellos compartía sus diversiones.

Cuando D. Leandro descubrió con perfecto conocimiento las sendas torcidas y la conducta peligrosa de su hijo, fué demasiado tarde ya para adoptar el remedio radical que debió con antelación haberle impuesto, sintiéndose lastimado por un pesar hasta entónces desconocido, como consecuencia de los disgustos graves que frecuentemente le ocasionaban las ligerezas de Ricardo.

La paz de esta familia sufrió con tal motivo algunas contrariedades, cuya importancia el cariño de Marieta procuraba desvirtuar, aconsejando á su hermano que variase de conducta.

Ricardo, en vez de ofenderse, agradecía en algunas ocasiones la intervencióu que Marieta demostraba en sus disgustos, y aunque poco dócil para la enmienda inmediata de sus faltas, sufría viéndola enojada por su culpa y le ofrecía atemperarse á sus prudentes reflexiones.

Pero tales propósitos duraban solamente el mismo tiempo que le afectaban los disgustos de su hermana, siéndole muy fácil olvidarlos en cuanto de nuevo se reunía con sus camaradas.

En alguna ocasión de aquellas en que se alteraba la felicidad doméstica, habia sorprendido aquel á Marieta, triste y llorosa, recogida en su cuarto, despues de amonestarle ó de presenciarse alguna reconvención de su padre, y entónces no era de estrañar que en el ánimo de Ricardo ejercieran influjo mas saludable los pesares de su hermana, porque todavía no se habian estinguido los dulces sentimientos de su corazón.

Entre las bondades delicadas de su ánimo, mal guiado, todavía conservaba el talisman secreto que conmueve y sirve para la regeneración de sus instintos indomables, porque ante Marieta nunca pudo olvidar á su difunta madre.

Cuando así sucedía, variaba de modo de pensar por breves días, y corregía su conducta, pero el aburrimiento consiguiente á su ociosidad continua, y las exigencias de sus amistades frívolas lanzaban al olvido sus mas sanos propósitos, volviendo una y otras veces á repetir sus independientes desórdenes.

Apesar de sus desobediencias frecuentes, los enfados

domésticos venian á terminar como las nubes amenazadoras del estío, que la intensidad de los rayos solares disuelve y evapora, descubriendo la diáfana serenidad del cielo.

El cariño paternal es en todo caso inestinguible, y en D. Leandro los recuerdos del amor de su esposa, servíanle de iris para las tormentas de sus enojos vehementes.

XX

En esta forma vivía la familia de D. Leandro, cuando en una hermosa tarde de primavera, salió aquel acompañando á Marieta para pasear por la antigua alameda de sauces, que, empezando en el sitio conocido por la puerta de Murcia, termina en los umbrales del abandonado convento de San Francisco.

El paraje, si bien delicioso por las huertas que al poniente riega el Segura, participa de una suave melancolía por el norte y levante, que embarga el espíritu al contemplar las escarpadas y elevadísimas montañas, de oscuro color, que, en forma de murallón fantástico, lo circundan muy de cerca.

No es de los paseos frecuentados por las elegantes damas de la población, que necesitan la concurrencia bulliciosa para lucir sus trajes y sus atractivos; pero es el sitio preferido por los pacíficos pensadores, los clérigos de la ciudad y los colegiales del monte, que ansian la llegada de los jueves para lanzar al aire con libertad la pelota de su juego, ó retozar al rededor del pilón de su modesta fuente.

A él acuden también las familias que, entristecidas por la pérdida de algún ser querido, huyen del alegre

bullicio de otros sitios, como si fueran buscando entre sus pasos las últimas huellas que pudieran dejar los que le acompañaron al lugar, en que para siempre descansan sus restos poco más allá.

Al atravesar la calle central de árboles, que dan sombra á la fuente, divisaron sentado en uno de sus apoyos al venerable padre José Payá, que en amigable conferencia con otros dos eclesiásticos, se encontraba con la cabeza descubierta y su descomunal sombrero de teja al lado, disfrutando de la apacible frescura de la tarde y saboreando el humo de un humilde cigarrillo de papel.

En cuanto este buen señor, de poca más edad que D. Leandro, sin aproximarse á sus predilectos amigos, se levantó de su asiento, despidiose cortésmente de los otros dos sacerdotes, arreglose el manteo recogiendo su vuelo debajo del brazo izquierdo y cubierta la cabeza les salió al encuentro.

Después de la detención necesaria para cruzar sus afectuosos saludos, continuaron su paseo por la misma calle de la alameda, formando los tres un solo grupo, cuyo centro se destinó respetuosamente al padre de almas.

La hermosa puesta del sol que matiza la permanente verdura de aquellas cercadas huertas, los tintes sombríos conque variadamente colorean sus rayos las vertientes del Raiguero de Bonanza y de los montes inmediatos, y el perfume del azahar que impregna el aire de saludable vida, fué el principio de la conversación entablada, conque alternativamente se comunicaron las agradables impresiones de aquella hermosa tarde.

Poco después, la circunstancia de preguntar el padre José por Ricardo, fué motivo suficiente para que Don Leandro se decidiera á desahogar el pesar que ocultaba en su pecho por la distraida conducta de su hijo.

Cuando Marieta comprendió el giro que iba á seguirse en aquella conversaci3n, con disimulo avanz3 al- gún paso colocándose á prudente delantera, como si fue- se para ella de mejor observaci3n despedir á larga dis- tancia con el bast3n de su sombrilla las chinitas que pudieran interrumpir su acompasado andar, que prestar atenci3n á los incidentes del diálogo entablado, sin dejar por esto de perder de él una sola frase.

—No sé ya de qué medios valerme para aconsejar á Ricardo que piense como hombre, y puesto que no ha querido seguir carrera, bien pudiera aprender á mane- jar mi caudal, que solo á él ha de aprovechar en el día de mañana, decía D. Leandro al mismo tiempo que cru- zándose de brazos interrumpía su paseo.

—No hay porque aburrirse, porque menos imposible veo inclinarle á administrar tu casa, que obligarle á em- pezar los estudios de una carrera; y todo es estar ocupa- do, contestó D. José deteniendo también sus pasos.

—Si el caso es que no hay quien le sujete de día en casa, y por la noche no hay medios de que salga del ca- sino.

—Esas son las consecuencias de la libertad con que los padres educáis á vuestros hijos. Creéis que os falta tiempo para hacer de un niño un hombre, y por vuestra libertad se hunden en el libertinaje.

—¿Qué dices? No puedo creer que Ricardo haya des- cendido á tal terreno, porque, según yo entiendo, la be- bida le repugna, y su única pasi3n es el billar, donde se eterniza jugando una mesa tras de otra, hasta que sus compañeros, tan desocupados como él, le obligan á par- ticipar de sus alegres cenas.

—Pues si aún no está completamente pervertido lo estará, como una radical disposici3n tuya no le corrija y le conduzca por otras sendas más conocidas.

—No puedo dar con un medio eficaz.

—Parece mentira, Leandro, que como padre no sepas discurrirlo ¿tendré que despejar yo tu sorpresa?

D. Leandro detuvo de nuevo sus pasos, y, absorta su mente en distintas ideas, permaneció pensativo y silencioso contemplando con fijeza la alta veleta de la cúpula de la iglesia inmediata, cuya saeta permanecía tan inmóvil como su reflexión.

- Prueba á practicar sin pérdida de horas un consejo que voy á darte, y veremos los resultados que te ofrezca, se atrevió á decir el padre Payá, abstrayendo á Don Leandro de su vaga meditación. Procura conservar tu autoridad paternal, empezando porque las cuentas de tus colonos se te rindan con su intervención. Dispon que él monte á caballo, y visite tus huertas en vez de seguir tú con esta costumbre, y así no le dejas con libertad absoluta en el pueblo. Cuando se sucedan las cosechas de seda, naranja y lino, vete á tus casas de Beniel y de Benferri solo con tus hijos, para que vijile y estudie las labores, y permanecéis allí, no un día ni dos, como lo vienen haciendo, sino toda la temporada de la recolección, y al encontrarse aislado, sin amigos que le distraigan, aprenderá á trabajar. Despues que sepa ayudarte en tus quehaceres, inclínalo á que se fije en un amor honesto, porque teniendo la costumbre de tratar una mujer de discreción virtuosa, que le quiera, lo tienes á salvo de otras peligrosas corrupciones. Tu podrás apreciar mejor que yo los milgros que en los hombres hace el amor.

El capellán, despues de pronunciar con pausa su prudente razonamiento, insinuó nueva detención en su paseo, para dar trégua á que D. Leandro reflexionára y se convenciese de su utilidad.

Marieta, con la curiosidad que en ella despertó la última parte del consejo, comenzó á dar vueltas distrai-

damente alrededor de los interlocutores, simulando perseguir con su juego las chinitas del suelo; pero procurando no desatender la contestación que debía dar Don Leandro.

—Yo para verle ocupado de pronto, estimaría más que eligiera una carrera, porque en sus vacaciones podría aprender la administración de mis negocios; pero desde luego, en la presente cosecha de seda, resuelvo llevármelo á Beniel, donde permaneceremos hasta que acaben las hilanderas. Cuidado que me has de acompañar tú en esta primera temporada, para que experimentemos ámbos el efecto de nuestros propósitos.

—Bien sabes, Leandro, que mis deberes me impiden abandonar por muchas horas el cargo que desempeño en el convento; pero te vas solo con tus hijos, y los días festivos, después de celebrar, montaré en tu jaco que tan buen andar tiene y en menos de una hora, estoy á vuestro lado.

—Creo que con la familia, Ricardo solo se ha de aburrir al tercer día, porque no tiene afición á la lectura, y en nuestra confianza no ha de encontrar atractivo para sus expansiones.

—A fé que en la temporada de ahogar el capullo, no estais tan solos en la huerta, y por las noches bien podeis improvisar algún baile redondo, ó algún juego con las hilanderas y los mozos de caldera, en que alegremente distraigais las veladas. No ignoras que todo puede conciliarse sin que resulte ofensivo á Dios.

—No sé de qué manera atenderá mi resolución, se concretó á replicar D. Leandro con acento reflexivo, cual si la duda le pronosticara negativo resultado.

—No titubees en adoptarla, porque sería perder más tiempo. Si nada urgente te puede detener aquí, mañana mismo pones en práctica tu estudio, y esta noche

le puedes manifestar tu resolución sin agriar el pensamiento. Marieta puede muy bien ayudarte á convencer á Ricardo. ¿No es verdad, hija, que de tus reflexiones hace gran caso?

Marieta, que acababa de colocarse al lado de D. José, sintió arder sus mejillas por ruborosa escitación, encontrándose obligada á tomar parte en aquel diálogo que se había prepuesto no interrumpir.

—No lo crea V., padre, desgraciadamente á todos nos escucha de igual manera: se permitió contestar la aludida, dirigiendo con modestia su mirada al suelo.

—Vamos, chiquilla, que bien veo yo que cuando tú algo le dices, él te atiende y se refrena algunos dias sin abusar de su independencia.

—¿Y eso que es, cuando otra vez vuelve á las andadas? replicó Marieta, evadiéndose con el juego de su sombrilla de dar mas cumplida satisfacción, para que no sorprendieran la súbita mudanza de su semblante.

En este momento el crepúsculo anunciaba las inmediatas sombras de la noche, y siguiendo los pasos de los pocos asistentes que concurrieron en aquella tarde al paseo, regresaron á la ciudad los últimos, atravesando las solitarias calles del barrio de Santiago, hasta que el padre Payá despidió á sus amigos en la puerta de su propia casa, despues de asegurarse de que en el dia inmediato se desenvolvería su plan.

Tranquilamente se dirigió despues á la capellanía de San Sebastian, satisfecho de haber podido dar un buen consejo á su mejor amigo.

XXI

Después que los diferentes campanarios de las parroquias anunciaron aquella misma noche con sus bronces la hora de las diez, D. Leandro se reunió con sus hijos para cenar, según acostumbraba.

En dicha hora ya Marieta, cumpliendo las disposiciones de su padre, había ordenado con la servidumbre los preparativos para salir de campo en el día siguiente, como aconsejó el padre José, para aprovechar la oportunidad de la recolección de la seda.

Vehemente D. Leandro en sus resoluciones, no sintió perder un solo momento para esta tan importante, evadiendo así los compromisos que Ricardo se propusiera adquirir si invitaba á alguno de los amigos desocupados con quienes tan encariñado solía disipar las horas mejores de su juventud.

Únicamente Marieta, instada por D. Leandro, se despidió desde el balcón de Leticia y de su madre, á quienes invitó á su nombre para que les acompañaran algún día festivo, para compartir con ellas las delicias de su temporada campestre.

Así que Ricardo acudió á su casa deseoso de cenar, estrañó ver la tartana separada de su rincón en el zaguán, descubierta de su guarda-polvo, aseadas sus pintadas ruedas y dispuesta como para un uso inmediato.

Ya esperaban en la mesa sosegadamente su llegada D. Leandro y Marieta, cuando aquel entró en el comedor á ocupar su asiento al lado de su padre y frente á su hermana.

El rostro de D. Leandro revelaba inalterable tranquilidad y completa indiferencia, mientras el de Marieta espresaba natural entusiasmo, ora fuese por la novedad alegre del día inmediato, ora estudiado gesto para desvanecer en Ricardo cualquiera mal efecto que le pudiera ocasionar la determinación repentina de su padre.

— ¿Cómo es, papá, que la tartana se encuentra preparada? preguntó Ricardo al propio tiempo que extendía su limpia servilleta sobre el pecho.

— Porque mañana temprano nos vamos á la caseta de Beniel, le contestó su padre desentendiéndose de la estrañeza que sombreaba el entrecejo de su hijo.

— ¿Y para este viaje los dos cofres que hay preparados en la galería y tanto envoltorio?

— No te estrañe, porque vamos á pasar toda la temporada del capullo en la huerta, y sabes que allí se carece de muchas cosas.

— ¿Y quienes iremos?

— Nosotros tres solos con dos criadas; el ama se quedará aquí.

— Entónces yo la acompañaré para guardar la casa. No quisiera ir por tan largo tiempo.

— Es imposible, porque te necesito allí para que me ayudes en mis trabajos.

— Pues tendré que avisar enseguida á Peñalver, á Valero ó á otro amigo para que me acompañe con la

escopeta, porque será cosa de aburrirse tantos días.

—No, hijo mio, nada de eso, porque como vamos á estar muy ocupados con la gente, no siempre podremos atender á tus amigos como se merecen.

—¿Y ni siquiera van los vecinos?

—La familia de Leticia y el padre José nos han ofrecido visitarnos algún domingo cuando puedan.

—¡Ah! pues entónces, acabado de cenar me acercaré al casino para despedirme de los amigos, y recomendarles que no falten los días de fiesta.

—No te obstines en ello, porque bien sabes que las faenas de la seda ni aun los domingos pueden interrumpirse; y ahora, en concluyendo de cenar, lo que debemos hacer es descansar todos para madrugar mucho.

La calma con que D. Leandro destruía la preocupación de su hijo, exaltó la impaciencia de Ricardo, quien se atrevió á réplicar:

—Parece increíble que hayan podido organizar ustedes semejante emigración. ¡Un mes solos en la huerta! ¡Ni aunque fuéramos anacoretas!

D. Leandro correspondió con severa mirada á su hijo; pero nada se permitió contestar á sus indiscreciones imprecidentes, mientras Marieta pretendía recomendar á Ricardo, con la expresión viváz de sus ojos, la prudencia que le convenía guardar con su padre. Sin duda le contrariaba en gran manera aquel viaje imprevisto.

La vacilación repetida de sus párpados, la seriedad de su aspecto y la meditación á que se prestaba su silencio, revelaban que en su cerebro fluctuaba algún propósito distinto, ó por lo menos podían considerarse aquellos síntomas como desagradable demostración de las impresiones que le ocasionaran las advertencias de su padre.

Cuando hubo concluido de cenar, con más apresuramiento que otros días, se levantó de la mesa el primero, y con aire resuelto tomó de nuevo su bastoncillo de junco, cubrióse enfadado la cabeza con el sombrero, y dirigiéndose hácia la puerta de la habitación, exclamó desde allí:

— Buenas noches. Vuelvo ahora, que voy un momento al casino.

Su padre, que no perdía de vista ninguno de sus movimientos, levantóse á su vez precipitadamente de la silla, y corrió tras de él seguido de Marieta, quienes le alcanzaron en la galería exterior.

— ¿Cómo es esto? He dicho que esta noche no se sale ya, y no puedo tolerar que tu desobediencia contrarie mis disposiciones, exclamó ofendido D. Leandro.

Ricardo detuvo sus pasos al escuchar esta reprensión, acentuada con tal energía, cual nunca acostumbraba á usar su padre, é indeciso sin saber qué resolver, permaneció parado por un breve momento, hasta que le distrajo la suplicante voz de su hermana.

— Ricardo, por Dios, obedece á papá, y no le ocasiones mayor disgusto, añadió á la vez Marieta, emocionada ante la actitud severa del padre y la preocupación del hijo, á quien se permitía retener del brazo.

Al encontrarse aquél contrariado de tal manera, exhaló un descompuesto bufido, expresión iracunda de la soberbia que le dominaba. No se atrevió á replicar á su padre, y empujando á Marieta para desprenderse de su sujeción, la arrojó violentamente contra el suelo, marcando su vil empuje un rasguño en la mano.

— ¿Qué tienes que ver tú conmigo, mojitata? prorrumpió Ricardo, exasperado en aquel instante en que el furor le cegaba.

— ¡Ay!... Es verdad... perdóname, exclamó Marieta

vertiendo lágrimas abundantes, mientras intentaba levantarse por sí misma con dificultad del suelo.

El sentimiento de su orfandad, lastimado por la dura frase de Ricardo, conmovió su corazón, y deploraba en el estado de abatimiento en que aquel grosero arranque la dejó, la ofensa nunca arrojada á su rostro con el humillante desprecio, el cual la hirió más aún que el dolor corporal del golpe sufrido.

En cuanto D. Leandro vió á su hija maltratada de manera tan violenta, su disgusto traspasó los límites de la moderación, que estuvo esforzándose por aparentar hasta entónces, é indignado apostrofó con dureza á Ricardo.

— ¡Ingrato! ¿qué has hecho? Acabas de ofender la memoria de tu santa madre... Si quieres salir, no será por esta puerta por donde lo hagas, sin que también atropelles á tu padre.

Ricardo fijóse á un mismo tiempo en el semblante enternecido de Marieta y en la resolución severa del autor de sus dias, cuya mirada altiva no se atrevió á provocar.

Las tiernas lágrimas que el dolor y el pesar ocasionaron á su hermana, el recuerdo evocado del sér querido que estaba en el cielo y la situación airada en que se colocó D. Leandro, trasformaron repentinamente los pensamientos del hijo indócil.

Cabizbajo y sin pronunciar palabra retrocedió de su empeño, murmuró algunas frases, de pesar más bien que iracundas, y acabó por retirarse á su aposento, confundido por el desenlace en que terminaba su audáz disposición.

Seguidamente dispuso D. Leandro cerrar la puerta principal de la casa, examinó la contusión de su hija, que no era de gravedad, veadóle la mano despues de apli-

carle un lienzo empapado en árnic, y acompañándola hasta la puerta de su cuarto, se despidió de ella cariñosamente para reflexionar á solas en su habitación la necesidad que había de sostener en lo sucesivo con voluntad enérgica las reformas á que debía amoldar la educación descuidada y mal consentida de su hijo.

XXII

Apacible y hermosa era la mañana elegida por Don Leandro para trasladar su familia á las posesiones que constituían una buena parte de su fortuna en el inmediato término de Beniol.

Desde antes de la salida del sol, la tartana, tirada por airosa mula castaña, enjaezada con sonoros y lucientes cascabeles, esperaba en la puerta de la casa, á que despues de recoger á sus señores el conductor la dirigiera.

Sobre los lomos de dos mansos borricos, aparejados con vistosas albardas de chillones colores, en cuyo dibujo se destacaban las negras letras del lema grotesco "Viva mi dueño," se habían cargado ya los dos cofres y demás bultos preparados para la expedición.

El tio Farruco, mulero de la casería, vestido con blancos zaragüelles y limpia camisa, envuelto en su manta de variadas listas, con su graciosa monterilla de terciopelo, ladeada sobre la frente, cuidaba de los equipajes y sostenía el ronzal de los pollinos.

El mastín de la huerta, de aleonado color amarillo, permanecía vijilante sobre el primer escalón de la casa, con su arisca cola levantada, sus cortas orejas preveni-

das y su largo hocico abultado husmeando el aire interior con impaciente anhelo para demostrar su alegría y fidelidad á los hijos de su amo en cuanto asomaran por la escalera.

Manifestaba, desde que llegó, con las oscilaciones de su áspero pelo, la inquietud que le azoraba prometiéndose por recompensa mayores caricias y pródiga ración de desperdicios.

Así que arriba, los señores y las criadas que debían acompañarles, tomaron un ligero chocolate, cerraron las puertas de sus habitaciones particulares, depositando sus llaves en poder de la sirvienta que se quedaba custodiando la casa y empezaron à descender al portal.

Marieta, apoyada en el brazo de D. Leandro, fué la primera que recibió en el zaguán las caricias de Terruño, el perro que con tanta impaciencia les esperaba, á cuyo ahinco correspondieron émbos con algunos mendrugos de pan.

Ricardo se había levantado aquella mañana con místico y descolorido semblante, cual si el desvelo le hubiera abstraído de su sueño y preocupado en secretas reflexiones, seguía ta citurno los pasos de su padre y de su hermana, como si debilidad enfermiza entorpeciera su andar.

No se acordó, según otras veces, de recojer también su mendrugo para Terruño; así es que cuando el cariñoso animal se avalanzó á él en busca de alguna caricia, le sacudió fuerte puntapié, demostrándole el mal talante que sentía.

El perro exhaló un débil ahullido de dolor; clavó su ardiente mirada en el que injustamente le ofendía, inclinó su cabeza en señal de sumisa resignación y meneando la cola con languidez, se salió á la calle.

Mientras D. Leandro examinaba la seguridad con

que estaban cargados los bultos en los borricos del tío Farruco, Marieta se dirigió á la tartana á ocupar con antelación su asiento, despues de prodigar su última caricia al desdeñado animal, que acababa de maltratar su hermano.

En cuanto Ricardo se apercibió de aquel intento, con galantería que muy rara vez usaba para con su hermana, se apresuró á abrirle la portezuela del carruaje, le recogió la sombrilla y bolsa de camino, y ofreciéndole su diestra, la ayudó á subir.

Grata satisfacción coloreó las mejillas de Marieta al aceptar con su mano lastimada el apoyo de Ricardo, á quien miró con cariñosa compasión, diciéndole:

— Mil gracias, querido hermano.

— ¿Me perdonas María? interrogó con acento compungido Ricardo, marcando tierna y suspirante modulación á sus palabras.

— Sí, contestó repentinamente Marieta, confusa y turbada al escuchar de aquellos lábios el respetuoso nombre de Maria con que la llamaba por vez primera en su vida, presentándosele arrepentido é implorando su perdón.

Nadie se apercibió de esta breve escena, nadie mas que Marieta le oyó exclamar conmovido:

— ¡Cuán buena eres! porque al propio tiempo cerraban las criadas con estrépito las dos hojas de la puerta principal de la casa, y la mula asombrada, hizo sonar con rápido sacudimiento los cascabeles de su cabezada.

Poco despues, D. Leandro ocupó su asiento frente á Marieta, Ricardo se colocó á su lado, no permitiendo soltar la sombrilla y el bolso de viaje, que colocó sobre sus rodillas, y las criadas se situaron entre los vacíos que dejaban dos cestas de provisiones.

Montado el conductor en el asiento lateral de la li-

monera, hizo sonar en el aire el chasquido de su largo látigo, y empezó á marchar pausadamente la tartana, seguida á pié por el tío Farruco y sus dos caballerías cargadas, á cuyo lado corría y saltaba loco de contento el desairado Terruño.

Breves momentos necesitaron para abandonar las calles de la población, en cuyo intervalo D. Leandro se concretó á recordar los olvidos en que hubieran podido incurrir sus preparativos precipitados.

La mañana aún conservaba alguna frescura de las espléndidas brisas que acompañan á la aurora, brindando los sutiles perfumes que en el campo se combinan prodigiosamente en agradable fusión para embalsamar el nacimiento del día.

La primavera desplegaba sus galas con indecibles encantos, impidiendo alguna nube viajera que el sol evaporara apresuradamente las nacaradas gotas de rocío que acariciaban las nuevas hojas de toda planta y de las flores.

Las sinuosidades del angosto camino que atravesaban, á cuyos ambos lados serpentean cristalinas aguas en cauces revestidos por una continuada alfombra de variado cespéd, dejaban ver pintorescos panoramas á nuestros viajeros, para distraerles de los bruscos vaivenes que el incómodo movimiento del carruaje les obligaba á secundar, debido al abandono de su arenoso suelo.

Formando una cerca divisoria á los límites de todo prédio, se veían en primer término puntiagudas pitas, ordenadas alamedas de frondosas moreras y punzantes rosales, confundidos con la zarza mora, para impedir los asaltos atrevidos de los muchachos vagabundos.

Sobre anchas tablas de fertil abono vejetan las sabrosas verduras que sostienen acreditada fama, en bien ordenada simetría, cual artísticos ramos abandonados

por el suelo de trecho en trecho para arraigar mejor y favorecer su desarrollo. Sus variados colores, forman esmaltada combinación con el esmeralda que á su alrededor lucen los flexibles sembrados de cáñamo y lino.

A través de frondosos bosques de naranjos corpulentos, sobre cuyas copas se elevan gigantescas palmas, se descubren con frecuencia las blancas paredes de fastuosa casa ó de humilde barraca, tan cercanas las unas á las otras, que parecen formar en conjunto una fantástica población rodeada de pensiles, cual moradas encantadoras, ficción de las imaginarias tradiciones orientales.

Al ruido del carruaje, las mariposas y los abejerros saltaban de una á otra planta, de esta flor á aquella flor, batiendo sus elegantes alas en aparente aturdimiento, cual si al libar sus escencias vértigo embriagador les dominara y enloqueciera.

Las tiernas avecillas, regeneradas por el amor, poetizaban con melodiosos trinos la magnificencia de aquél extenso vergel, revoloteando al rededor de los caminos en busca de los materiales adecuados para construir sus nidos, ó de la semilla que la providencia deja descuidada para alimentar á sus hijuelos.

Por las sendas que en opuestas direcciones se cruzan, veíanse caminar arrogantes zagales con el característico traje que usaba el tío Farruco, y graciosas campesinas con su saya corta floreada, corpiño negro ajustado con sobremangas de terciopelo y botones de plata, y su vistoso pañuelo de seda sujeto á la garganta, pero airoosamente abandonado á la espalda, cual frailuna capucha, para lucir los caracoles de su peinado, prendido con doradas agujetas, y altiva peineta artísticamente labrada.

En muchas ocasiones tenía que interrumpir su marcha la tartana de D. Leandro para dejar libre paso en

aquel angosto camino á las caballerías cargadas de forraje, á las tardías carretas de bueyes, que conducían ricos frutos á lejanos mercados, ó á los grupos de apuestos mozos repartidores de las aguas de riego, y á las alegres escardadoras que con afable cortesía daban sus buenos días á todo transeunte con quien solían encontrarse.

Molestado D. Leandro por las fatigas de la mula, que se atascaba á cada paso en los arenales, sostenía inteligente conversación con el tartanero, para precaver con oportunidad los repetidos tambaleos que el desnivel de los surcos del camino le imprimían.

Marieta, como embelesada en el paisaje que iba recorriendo, no separaba sus ojos vivaces de los lejanos horizontes que podía alcanzar su mirada, mientras en su imaginación se reflejaba el recuerdo del último disgusto de Ricardo, y la arrepentida actitud con que le salió al encuentro por la mañana.

Ya estaban para llegar al término de su viaje, y aún resonaba con sorpresa y agradecimiento en sus oídos el respetuoso nombre de María con que la nombró Ricardo; aún le conmovía la expresión dulce con que juzgó sus bondades.

Su hermano miraba también con distracción reflexiva indistintamente á uno y otro ventanillo, sin dejar adivinar si la melancolía de su frente era ocasionada por el poco gusto con que había aceptado aquella expedición, ó si ideas más elevadas conservaban con dignidad el remordimiento de su conciencia.

Los ladridos de Terruño y de otros perros que sin duda le esperaban junto al portalón de una huerta cercada por zócalo y pilares de mampostería, sobre los cuales estribaba artística celosía de cañizo, revestida con frondosas parietarias de variadas especies, dieron á conocer á todos el término feliz de su viaje.

Pasado el arco del portalón, la tartana entró en un ancho arrecife resguardado por bancos laterales de piedra, sombreado por elevados álamos, de cuyas copas descendían y se entrelazaban unas con otras extensas ramas formando una encantadora bóveda, que terminaba ante la plazoleta donde estaba construida la espaciosa casa de D. Leandro, y las barracas de su dependencia.

Cuando el carruaje paró ante la puerta principal de la casa, y las criadas se apearon con sus cestas, Ricardo se apresuró á desempeñar en la portezuela de la tartana la misma galante atención, para ayudar con comodidad la salida de su hermana, cuél lo hizo en la ciudad á la subida, entregándole á continuación su sombrilla y bolso.

Este nuevo rasgo de cortesía confundió á Marieta, quien impresionada subió la escalera de la casa, huyendo de que alguien pudiera notar en el estremecimiento de su pecho, y en el color arrebatado de sus mejillas, la turbación general de su ánimo.

No sabía á qué atribuir la mudanza caballerosa que para con ella usaba su hermano, ni porque á ella le preocupaba también el silencio reflexivo que aquel guardó durante el viaje.

XXIII

Era la caseta de campo de D. Leandro, una hermosa finca de muchas *tahullas* de tierra de regadío, como otras que poseía en aquel término, en la cual además de los frutos de su variada arboleda se recolectaba con abundancia el lino, el cáñamo, el mahíz y la *ñora*, pequeño pimiento de rojo color para moler.

Tambien se cultivaban corpulentas moreras, para alimentar con su hoja los delicados gusanos de la seda que allí mismo se enterraban en sus capullos, se ahogaban con agua hirviente y se hilbanaban sus hebras en pulidas madejas para venderlas despues en los mercados de Murcia y de Orihuela.

Una bien construida casa de recreo, servía de albergue á los señores durante su permanencia en el prédio, á cuyas espaldas florecía bonito jardín con cenador central, en el cual se cultivaban robustos rosales é inmensa variedad de flores en caprichosas macetas, que en vida constituyeron el preferido encanto de D.^a Virtudes.

A ambos lados de aquel edificio se levantaban seis rústicas barracas de diferentes capacidades, blanqueadas con cal y techadas con montera de yerba seca, sobre cuyos ángulos frontales se destacaban en todas ellas modestas cruces de madera, como amuleto para conjurar

las tempestades del cielo y las terribles inundaciones del río.

Dos de estas barracas servían de vivienda á las familias de los horteianos y las restantes estaban destinadas para establo, criadero de gusanos, cuadra y almacén.

En la parte alta de la casa, distribuida por el orden mismo de la que poseían en la ciudad, había cómodas habitaciones para dormir con pequeñas salas independientes, modestamente amuebladas, que así como el comedor, recibían luz y ventilación por los claros de rasgadas rejillas de red saliente, con alegres vistas á la vega.

La planta baja de este edificio, destinada á algibe, cocina y despensas, no tenía más cuartos habitables que los de las criadas.

D. Leandro ocupó su respectiva habitación, que lindaba con la de Ricardo, mientras en otro corredor existía el cuarto de Marieta al lado del que sirvió á D.^a Virtudes, y el cual por respeto á su memoria, continuaba desde su fallecimiento cerrado.

Marieta se dedicó desde su llegada á desenvolver el equipaje, ordenar distintos objetos, asear con las criadas los departamentos de su padre y de su hermano y preparar la comida de medio día.

A Ricardo después de descansar un breve momento á solas en su habitación, no se le volvió á ver en la casa hasta que poco después de las doce le llamaron para comer.

Había permanecido solitario, paseando por los andenes del jardín ó descansando alternativamente en uno de los bancos de piedra del cenador, entregado á profundas meditaciones que nadie se cuidó de investigar.

Al recibir el aviso de que la comida le esperaba, arrancó un hermoso clavel grana que á su lado pendía de una frondosa maceta, y aspirando su grato aroma, se

dirigió hácia el comedor, en que suponía pudieran estar impacientes su padre y su hermana.

Si alguien le hubiera observado en aquel instante, le hubiese oído murmurar el alcance último de los pensamientos que le preocupaban con esta sencilla frase.

— Para ella, ya que tan bondadosa es.

Marieta salía de su cuarto en el mismo momento en que Ricardo acertaba á pasar por su puerta, y con una ligera mirada que ámbos se dirigieron, la cual ninguno de los dos pudo sostener, se expresaron la sorpresa que les ocasionaba aquel encuentro imprevisto.

— Toma, María, y conserva en mi nombre este clavel mientras vivas, le dijo Ricardo á media voz, al propio tiempo que con su mano ofrecía la lozana flor, que poco antes servía de juguete acariciador á los céfiros.

Con trémula mano, y sin contestar nada, Marieta, cabizbaja, aceptó la sencilla ofrenda que le hacia Ricardo, con cuyo encendido color, se igualaron súbitamente sus púdicas mejillas.

A seguida, volviose á entrar en su cuarto con precipitación, y cerró la puerta, mientras su hermano continuó sus pasos por el corredor para ocupar su asiento en la mesa.

Sola allí Marieta, no pudo tenerse en pié, y la vacilación de sus piernas la dejó caer en la silla que encontró mas cercana, descuidando los brazos con languidez sobre su cuerpo, mientras contemplaba el fragante objeto que retenía temblorosamente entre sus manos.

Tropel de ideas se aglomeró á su mente en confusión indescriptible que apocaba su ánimo, á la vez que los fuertes latidos de su corazón la angustiaban y parecían querer asfixiarla, oprimiendo su garganta.

Sus párpados humedecidos con las alternativas de su emoción, desprendieron una lágrima ardiente, que rodando por las mejillas, se confundió en su seno.

Quiso respirar el penetrante aroma del clavel, y al acercarlo á sus lábios, apasionado suspiro que se escapó de su pecho, conmovió sus pétalos.

Entónces elevó sus conturbados ojos al cielo, recordó á D.^a Virtudes, y cual si la tuviera presente en el momento supremo en que unió su mano á la de su hermano, exclamó con afligido acento:

— Mamá de mi vida, ¿por qué Ricardo me mira hoy así?

Ninguna voz disipó sus dudas, y considerando que pudiera su padre estrañar su falta, procuró levantarse, pero aún no habia recuperado sus fuerzas.

Buscó con torpe distracción un alfiler en su vestido, y con él prendió el clavel en su pecho, sobre el mismo sitio en que con mayor violencia oscilaban las pulsaciones de su corazón, murmurando entre dientes las mismas palabras que Ricardo pronunció mientras se lo entregaba.

Sin meditar en lo que estaba haciendo, ella tambien se lo ofrecia en aquella forma delicada para toda la vida á su vírgen corazón.

Maquinalmente soltó el vendaje que le ligaba la mano contusa, arrojó lejos de sí el lienzo en que la llevaba envuelta, se fijó en la mancha cárdena que señalaba la rudeza del golpe, y mirándola atentamente, prorrumpió con infantil aliento:

—Ea; esto ya no es nada.

En este mismo momento se oia desde afuera la voz impaciente de la criada que advertía á Marieta del buen tiempo en que ya la estaban esperando los señores para comer.

Apresuradamente se levantó de la silla, se miró al espejo mientras en el tocador se lavaba las manos, pasó por sus ojos la fina batista que guardaba en su bolsillo,

aspiró con pasión la agradable esencia que el clavel despedía, y salió de su cuarto, disimulando gozosa las emociones de su corazón.

Cuando llegó á sentarse en el lugar que en la mesa le correspondía, ya habian comido la sopa D. Leandro y Ricardo, y estrañando sin duda aquel la tardanza de Marieta, ó sorprendiendo alguna mutación en su semblante, no pudo por menos de decirle:

— ¿Tambien á tí te pesa haber venido á la huerta?

—No, papá, yo en todas partes estoy muy contenta á vuestro lado. Me entretuve lavándome, se apresuró á contestar su hija entre sorprendida y ruborizada por la alusión.

Durante la comida, consiguió espresar en su conversacion una alegría y una tranquilidad que no sentía desde la víspera, obligó á Ricardo á que interrumpiese su meditabundo silencio y á que su padre olvidara las impresiones del disgusto de la noche anterior.

XXIV

Después de comer D. Leandro, se retiró á su aposento para descansar breve siesta, quedando recomendada á Ricardo entretanto la vigilancia de las faenas que los jornaleros desempeñaban en la huerta.

Marieta, así que terminó sus disposiciones domésticas, se retiró también á su habitación, porque necesitaba estar sola. Había tenido que disimular mucho durante la comida para reprimir su estraña emoción.

No se acostó entónces; pero sí abrió la reja de su cuarto para respirar con entera libertad la pureza del aire.

Colocó una butaca frente á ella, y desde aquel sitio contemplaba la belleza del paisaje que se extendía ante sus ojos; veía también á la gente que escardaba, los hombres que arrancaban el tierno follage de las moreras, y á los muchachos que lo trasladaban en grandes capazos sobre sus espaldas para renovar el fresco alimento de los bombices.

Desde allí observaba al mismo tiempo cómo Ricardo cumplía diligente las disposiciones de su padre; y aunque le veía andar de uno á otro grupo de trabajadores, parecía encontrarle entristecido, ó al ménos más preocupado que en la ciudad.

Si ella pudiera sondear los pensamientos que le entristecían, se hubiera acercado á consolarle, ó al ménos calmaría sus zozobras; pero ¿cómo intentarlo, cuando ignoraba la causa verdadera de aquella melancólica inquietud?

¿Iba á estar disgustado en la huerta por tan larga temporada?... ¡Ay!... ella debía buscarle y distraerle, para que con su cariño fraternal olvidara bien pronto el recuerdo de sus alegres amistades...

¿Qué inventaría para que con sus confianzas perdiera la costumbre de frecuentar la sociedad perniciosa del casino? Nada adecuado en el momento se le ocurría... ¡Era el carácter de su hermano tan independiente, que de seguro despreciaría el interés de su afecto! pero al ménos le aconsejaría que se ilustrara con algún estudio, ó que se instruyera en la administración de los negocios de su padre, como éste deseaba.

¿Y le haría caso? ¿Influirían sus consejos en el cambio que deseaba observar en Ricardo?...

¡Ay! Antes la escuchaba, y de algún modo corregía sus faltas, aunque le hacían sufrir inexplicables congojas; pero en la última noche la había maltratado y le había dicho que nada tenía que ver con él.

Razón le sobraba.

Una pobre huérfana, recogida por amor de Dios, ¿con qué autoridad se mezclaba en las cuestiones de la familia?...

¿Si ni aun era hermana suya, por qué se atrevió á sujetarle del brazo? Ella se tenía la culpa de lo ocurrido, y no Ricardo, que se ofendió justamente con su intervención.

Ya no debía hablarle con la confianza que hasta entonces se había permitido... Ya no podría intervenir en sus sérios asuntos, porque le volvería á disgustar, y e

cariño enjandrado por la caridad de su madre se trocaría en despreciable animosidad, ó en indiferente tolerancia.

¿Sería posible que así llegara á pensar Ricardo?

No, de ninguna manera.

Ricardo estaba apesorado, porque creía haberla arrojado al suelo, y es que ella, tropezando sin duda con su vestido, se cayó. Ricardo la había buscado para implorarle su perdón, y ella, poco atenta, le había contestado secamente con un *sí*, cuando el pobre necesitaría mayor expansión, más afectuosas demostraciones de sinceridad y olvido.

No podía caberle duda; Ricardo, apesar de esto, le había manifestado sentido arrepentimiento, y más vivo deseo que nunca por conservar su fraternal cariño. Ella era la que no sabía corresponder bien á sus sinceras expresiones, cuando, ni aun recogiendo de sus manos el clavel, le dió las gracias.

¡Qué torpeza! ¡Dios sabe lo que pensaría de su turbación!

Pero no. Ya debió de habérselo visto prendido en el pecho, soportando la excitación de su seno, como navicilla que, afianzada en su áncora, arrostra el embate de las olas, y no teme á su impetuosidad ni á su frágil balanceo. Ya debió de habérselo visto colocado en preferente lugar para contener las atrevidas pulsaciones de su corazón, que pugnaban por rechazarle, sin considerar que, cuando un objeto á él se aproxima, fuerza misteriosa lo atrae, lo absorbe, y allí ocupa, no el espacio que parece, sino todo el que su predilecta estimación puede dilatar.

Y ella estimaba tanto el clavel. ¡Vaya si lo estimaba!

Como que no era posible que el jardín cultivara otro

de más encendido color, de más rizados pétalos, de más embriagador perfume que aquel que confundía con su esencia el hálito de los suspiros de su alma.

Por eso lo contemplaba con ansiedad y miraba á lo lejos á Ricardo; por eso nada más se estasiaba en su aroma, no se cansaba de admirar su hermosura y le oprimía una y mil veces contra su pecho pidiendo al Dios de los cielos, tranquilidad para su ánimo y feliz recompensa para su cariñoso hermano.

Pero en cuanto se fijaba en el azul del cielo y su espíritu sin encontrar visible causa se conmovía, la respiración le secaba la garganta, su pecho se angustiaba, sus mejillas se encendían más y más, y de sus ojos ardientes se desprendían involuntariamente lágrimas que formaban gotas de rocío sobre el clavel, dejándola absorta en ideas confusas que antes no fluctuaron en su mente.

Jamás había temblado como ahora en presencia de su hermano. Jamás le ruborizaba su mirada como en aquel día, ni nunca sus atenciones respetuosas le habían dejado tan aturdida como se encontraba desde la mañana.

No sabía á qué atribuir la indole de estas impresiones nuevas, y con la inquietud de sus dudas se engolfaba en atrevidas fantasías que acaloraban más su razón y adormecían sus sienes.

Procuraba entónces apelar á la memoria de D.^a Virtudes, y de este respetable recuerdo únicamente se desprendía el amor ciego con que distinguió en vida á su hijo y la recomendación afectuosa de su postrer momento.

Era natural semejante confusión de ideas, porque la candidéz del corazón absorbe todas aquellas que le halagan y á fuerza de acariciarlas en su fantasía acaba por enardecer su entusiasmo, no siendo difícil colocar la imaginación en la pendiente del desvarío.

Quién sabe hasta cuando hubiera permanecido preocupada en este fárrago de reflexiones, si á la caída de la tarde su padre no la hubiese hecho llamar y reprendido por el aislamiento en que había permanecido desde la hora de la comida.

¡Es tan grata la soledad, tan necesaria para las almas impresionables! que sin el atractivo de su misteriosa influencia no es posible que adquieran sólida importancia las conmociones del corazón.

Por esto aunque obligada Marieta á dar un paseo con su padre y más tarde á disfrutar de la velada en la plazoleta que frente á la casa habia, para ella fueron por vez primera pesados los juegos de las mozuelas é insulsas las inocentes bromas de los zagales que las galanteaban.

D. Leandro procuraba estimular los alicientes de aquella tertulia para distraer á sus hijos, pero estos sentados el uno junto al otro en el dintel de la puerta de la casa parecían preocupados en asuntos más lejanos.

Ricardo dirigía alguna que otra frase de interés indiferente á su hermana, quien despues de contestarla con sencillez y temor volvía á quedar sumida en sus pertinaces reflexiones.

La pulsación de una guitarra, sordamente tañida por uno de los campesinos, que se situó en la puerta de su barraca, entusiasmó á la gente joven para el baile, y entonces D. Leandro, estimulando á sus hijos, dijo á Ricardo:

Vamos, hombre, ¿porqué no bailas un poco con tu hermana?

El aludido, no se hizo de rogar más, levantóse de su silla, y ofreciendo su brazo á Marieta, que aceptó temblorosa, se dirigieron ámbos al centro de la plazoleta formando pareja en la rueda general.

Algún poco separados de los bailadores, Ricardo preguntó al oído de su hermana.

—¿Porqué estás tan pensativa esta noche, Maria?

Aturdida, cual si le hubieran adivinado los pensamientos que importunaban su imaginación, palideció el color de su semblante, y se quedó instantáneamente confusa, sin saber qué replicar, pero la mirada insistente de Ricardo, le obligó á decir conmovida:

—No estoy preocupada, será el cansancio del dia lo que me tiene algo mareada.

—¿Es que aún no me has perdonado y vas á bailar á disgusto conmigo?

—No pienses así, Ricardo, porque no conoces el daño que me haces.

En aquel momento se vieron precisados á guardar silencio para aprovechar la nota del compás, que puso en movimiento á todas las parejas que con impaciencia esperaban aquella señal para entregarse con soltura al vértigo de la danza.

La mano de Marieta temblaba entre los dedos de Ricardo, el brazo que ceñía su cintura le pesaba, cual si inerte parálistis lo entorpeciera, y parecía que comunicaba á su cuerpo un ardimiento febril que repentinamente escitó la lenta marcha del corazón.

Esta víscera latía con mayor vehemencia, cual si intentara saltársele del pecho, y su mirada divagaba sin poder fijarse en ningun objeto, viéndolos vacilar todos en fantástica persecución á su alrededor.

Estaba trastornada y no acertaba á dirigir un paso sin que entorpeciera los movimientos que la cadencia del compás requería.

Ricardo que la contemplaba con viveza y ternura, pero con intencional descuido, jamás espresado por sus ojos, comprendió que algo grave ocurría á su hermana,

y preocupado, le espresó su cariñoso interés con estas palabras que acabaron por perturbarle:

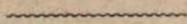
—¿Te sientes mal, Maria mia?

— Suéltame, Ricardo, que nada veo, le contestó con débil espresión.

La luz de la luna se reflejó en la palidéz de su rostro; á su frente acudió copioso sudor, y su hermano tuvo que acompañarla á su asiento para que descansara.

Algo mas sosegada al cabo de un rato, mediante unos sorbos de agua azucarada que le sirvió su padre, manifestó deseos de retirarse á su aposento, pretestando necesidad de acostarse para desvanecer los efectos de aquel mareo.

¡Es para las doncellas tan perjudicial el vértigo de algunos bailes, que D. Leandro no consintió que las demás parejas repitieran el número que instantáneamente fatigó á su hija!



XXV

Sola en su cuarto, consiguió Marieta que la dejara su familia; pero no por esto pudo desechar de su imaginación los pensamientos que le sujerian las emociones repetidas de aquel día. Se sucedieron estas con tal precipitación y con caracteres tan vehementes que no era posible soportarlas con serenidad.

¿Qué habia de nuevo en Ricardo, el hermano de su infancia, á quien de antiguo consideraba familiarmente, para que ahora se impusiera con la suavidad de su voz, con la dulzura de su mirada y hasta con su sola presencia, mas que cuando la reconvenía?

¿Por qué ella, que le habia consentido siempre sus bromas, que le habia acompañado en sus juegos, que acostumbraba verle sin emocionarse, lo mismo risueño que triste y airado, se sentía intranquila ante una influencia nueva, emanada del arrepentimiento de su grosera falta y de las propias atenciones que para su justificación tenia con ella?

Secretos son estos del corazón, que en momentos determinados las doncellas virtuosamente educadas no saben esplicarse, cuando las pasiones por vez primera despiertan de su virginal letargo; y Marieta, para darse cuenta de sus nuevas sensaciones, apeló al silencio de la

soledad, se apresuró á desnudarse, y reposando la cabeza sobre la almohada, se propuso desvanecer la torpeza de su confusión.

Quería no dormirse seguidamente, y sin preveer cuán fácil le sería este propósito, conservaba en su mano con entusiasmo, aun en el lecho, el clavel de Ricardo, para que con su penetrante aroma le ayudara á despejar las ideas que á tan rara obstinación la sujetaban.

Vano intento: la esencia del clavel le embriagaba, pero no desvanecía el desconcierto de su imaginación, y al aplicarlo á sus lábios, besos inocentes que se escapaban de su boca marchitaban la lozanía de sus pétalos, mientras en sus recuerdos descubría á Ricardo recomendándole sigilosamente que lo conservara por toda la vida, resonando aún en sus oídos el eco pertináz de la tierna frase con que á última hora le llamó "María mía."

¿Por qué hasta entónces no se había atrevido á llamarla así?... ¿Por qué ahora tanto le interesaba su salud?... ¿No era más respetuoso el nombre de Maria que el de Marieta?... ¿Y por qué de este respeto usaba cuando se encontraban á solas, y no ante quien pudiera escucharlos?...

Nada de esto podía esplicarse, así como tampoco se daba razón de los temores de su alma, del aturdimiento de aquel dia, de la dificultad que encontraba para sus contestaciones, y ni aun de la torpeza que notaba en sus ideas.

Con el vuelo rápido de su imaginación, recorrió infinitas veces todas las escenas ocurridas desde el paseo en la ciudad con el padre José, hasta el momento último en que había podido retirarse á descansar, y aturdida y fatigada pudo atraer por fin el sueño que necesitaba, prometiéndose desde el dia siguiente adoptar otra resolución más eficaz para poder resistir las miradas de Ri-

cardo con igual indiferencia que antes, y contestarle prudentemente con la misma confianza que tenía por costumbre.

Pero apesar de tal consentimiento, en su sueño bastante intranquilo le acompañó la presencia imaginaria de Ricardo, más jovial, más bondadoso, más aplicado, y en los momentos supremos de su ilusión, más arrogante y más hermoso que nunca.

Las observaciones anteriores de Marieta jamás habían llegado á este estado. Despierta, sufría por culpa de las deferencias de su hermano una perturbación extraña é incomprensible; y cuando de ella pretendió desprenderse, en su sueño encontró ya, con candorosa ilusión, los anhelos inocentes de su primer amor.

XXVI

Más temprano que tenían de costumbre en la ciudad, se levantaron los moradores de la casa para dar un paseo por las huertas inmediatas hasta el cáuce del río, y al hacerlo, Marieta se encontró con el clavel marchito y ajado sobre su almohada.

Recogiólo después de vestirse, recordando los desvaríos de su imaginación calenturienta, y guardándolo bajo una lijera cubierta de papel, lo escondió en su seno. Así lo conservaría mejor toda su vida, como le había recomendado Ricardo.

No se turbó ya al recibir los buenos días de su hermano, ni le impresionó tanto su presencia. Hablaron aquella mañana ante su padre con la confianza de costumbre; y solo cuando alguna mirada entre los dos se cruzaba, temiendo cada cual que con ella se sorprendiese el secreto de sus pensamientos, procuraban con pudoroso desvío alejarla de los indiscretos ojos que intentasen perturbar su dulce sosiego.

Nada, pues, interesa mencionar sobre la hora del almuerzo, porque la prolongación del paseo les hizo tomar presurosamente el chocolate, para dedicarse cada cual á las obligaciones que pesaban sobre su cuidado.

Ricardo fuè encargado de vigilar la barraca donde

los bombices lentamente hilaban su finísima hebra de seda, reservándose D. Leandro dirigir las faenas de los jornaleros, y Marieta se dedicó á desempeñar los por menores domésticos.

Cuando de nuevo volvieron á reunirse para comer, D. Leandro, que suspiraba por su hora de siesta, y sabía que sus hijos no la dormían, recordó la soledad en que Marieta pasó la tarde anterior, y le aconsejó que procurara distraerse por el jardín, puesto que Ricardo debía volver á ocupar el destino que se le había confiado en la barraca hasta que los jornaleros concluyeran de esparcir la hoja sobre los cañizos.

En efecto la obediente Marieta, aunque otra cosa hubiera deseado, satisfizo el deseo de su padre, porque en nada le gustaba contrariarle, y recogiendo el bolso en que guardaba los punzones, agujas y el algodón con que tegía primorosa cubierta de elegante almohadilla tocador, se dirigió sola al jardín, eligiendo la sombra de una frondosa magnolia, á cuyo pié se sentó en el suelo, dando amplia libertad al rumbo de las ideas, que con tanta ternura le impresionaban.

Se encontraba en aquel momento con el ánimo más tranquilo, porque había podido permanecer serena ante Ricardo, más contenta porque le había visto cumplir gustoso las órdenes de su padre, y en su conversación notó la natural confianza antigua, no volviéndola á llamar María en todo el día.

Sin embargo, le parecía á ella que el timbre de su voz revelaba más ternura, su semblante más inquietud y que en su mirada viváz, había más timidez y fascinación.

La expresión de sus ojos era lo que menos se atrevía á sostener, porque se sentía desde luego dominada al influjo de una atracción irresistible que reconcentrando

sus fuerzas en el pecho le excitaban las pulsaciones del corazón y la conturbaban.

Dispuesta estaba ya á privarse de mirarle en lo sucesivo con libre confianza, para que cualquiera indiscreción no le comprometiese ante su padre y descubriera el secreto de sus emociones íntimas, que no quería revelar ni aún á su propio hermano.

¡Es tan dulce el misterio en que un corazón virgen encubre sus primeros impulsos, sus cándidas ilusiones, que solo envueltas con su velo pueden conservar sin empañarlos los encantos puros que le deleitan!

Absorta en sus meditaciones profundas permanecía ya algunos instantes, cuando Ricardo que se habia acercado silenciosamente hasta colocarse de puntillas sin ser notado, detrás del corpulento tronco de la magnolia en que apoyaba Marieta su espalda no la hubiese alarmado tocándole ligeramente el hombro con un libro que conservaba abierto en su mano.

— ¡Ay.....! que niño eres, Ricardo, exclamó Marieta, sobresaltada por aquella inesperada y grata sorpresa.

— ¿Te asustaste Maria? le preguntó su hermano con afable sonrisa.

— Sí, ¿pero porqué has abandonado tu deber?

— Ya no hay que distribuir más hoja en los cañizos y el tío Farruco ha dispuesto cerrar la puerta de la barraca. Ahora, si lo consientes, me estaré leyendo muy juicioso á tu lado.

Sin esperar la autorización de Marieta, Ricardo se acomodó sobre el césped, que alfombraba el suelo, reclinando su cuerpo en el codo derecho para manejar con soltura las hojas del libro y poder contemplar á la vez el rostro inspirador de su hermana.

— ¿Quieres que hablemos, ó que lea?

— Como tú gustes, Ricardo, contestó sencillamente

Marieta, sin atreverse á distraer los ojos de su labor entretenida.

—Pues escucha que leyenda tan preciosa.

Ricardo empezó su lectura así:

“Fitania estaba enojada porque el Duque en un momento de obcecación, la había mirado con indiferencia ante los servidres de su granja, y como en su pecho ardía fuerte pasión por aquella hermosa aldeana, para consolarla de su desdén, le pidió una cita al pié del frondoso abeto que servía de dosel á la cruz del pueblo, enviándole una fragante rosa para que aquél aroma le inspirase amor con el perdón de su falta.”

—Como yo, María, puse ayer en tus manos un clavel, añadió con vehemencia Ricardo, dirigiendo expresiva mirada á su hermana.

Esta que prestaba ya más atención á la lectura que á los puntos de su aguja, ruborizóse ante aquella inesperada interrupción diciéndole.

—Vamos; lee con formalidad si quieres que te oiga.

Ricardo continuó leyendo con pausada entonación.

“Cuando el Duque llegó, ya Fitania esperaba con impaciencia; pero más risueña ostentando en el pecho la linda rosa que había desvanecido su justo enojo.”

—Como tú, María, acertaste á hacer ayer con mi clavel, volvió á interrumpir Ricardo, clavando sus tiernos ojos en los de Marieta, que no se atrevió á manifestar disgusto, ni á resistir el enardecimiento de su luz.

“Cuando el Duque se acercó á ella, prosiguió el lector, pidióle humilde perdón; y Fitania, que no conocía maldad en su alma, inmediatamente se lo otorgó con cariñosa mirada, que inundó de indecible alegría su corazón. Entónces el Duque, entusiasmado ante una lágrima que vió surcar por las mejillas de la doncella, cuidó de consolarla, preguntándole: ¿Conservarás mien-

“tras vivas esta rosa como emblema de mi constante amor? Fitania que estaba fascinada en presencia del Duque, al oír aquella pregunta, constestó ruborosamente conmovida “*si.*”

Marieta, con las mejillas inflamadas y su vista clavada en el libro, movió afirmativamente su cabeza.

El lector, aprovechando la interesante atención con que se le escuchaba, prosiguió:

“El Duque que deseaba dar á Fitania todas las seguridades de su sincera pasión, le preguntó si le amaba, “y la niña, que enmudecida por su emoción no se atrevió á hablar, moviendo su cabeza dijo que *si.*”

Marieta, que repetía entre sus lábios murmuradores las mismas palabras que oía á Ricardo, dejó escapar un anheloso suspiro de su pecho, que la suave brisa esparció en el espacio, cual si hubiera dicho *si.*

“¿Juras ser mia siempre, interrogó el Duque estrechando entre las suyas las manos de Fitania?”

Marieta, que no se daba cuenta de su perturbación, dejó escapar de sus manos las agujas de su trabajo y consintió que Ricardo del mismo modo le estrechara la suya, mientras embelesado en sus observaciones, suspendía la lectura para contemplar el candor que se reflejaba en los modestos ojos de su hermana.

—¿Juras amarme siempre, Maria? repitió Ricardo arrojando á su lado el libro, sin dar á conocer á su hermana la contestación de Fitania.

Marieta elevó su vista á los cielos, cual si de allí esperara la inspiración que debía dar á su respuesta, y comprimiendo la congoja que se agolpaba á su garganta, contestó tímidamente, *si.*

Ricardo enmudecido, continuó á su lado, extasiándose con ternura en la ruborosa evolución que aquel *si* ejercía en el corazón y en la faz de su inocente hermana.

Nada supieron decirse por de pronto, continuando algunos minutos inmóviles, mirándose con respetuosa consideración, y moviendo los labios con febril entusiasmo, cual si quisieran pronunciar palabras que las sonrisas apasionadas de su alegría, no les dejaba pronunciar.

Marieta reflexionó poco después la ligereza con que acababa de obrar, revelando el secreto amor de su alma, que se había propuesto ocultar, y le dijo á Ricardo:

— ¡Dios quiera que no me haga desgraciada tu amor!

— ¿Por qué temes?

— Porque te parece todo trivial juguete, y presiento que nunca sabrás estimar el sacrificio que hoy hace mi corazón.

— Yo juro corresponder á él de igual manera.

Conciliado tan afectuoso pacto con nuevas protestas de fidelidad y con cariñosos consuelos, que desvanecieron la incertidumbre de Marieta, ambos se separaron temiendo ser sorprendidos por su padre, quien bajó al jardín poco después que Ricardo se ausentó para vigilar á los jornaleros, que mas allá seguían ocupados en su ru-do trabajo.

De nada se apercibió D. Leandro; únicamente al fijarse en el encendido color que matizaba las mejillas de su hija, la amonestó con esta frase:

— ¿Pudiendo pasar mas fresca la siesta en el cenador, por qué has estado al sol?

Marieta se escusó con que había paseado por los andenes.

Así corrió el velo á la escena en que acababa de comprometer por vez primera la independencia de su corazón.

XXVII

Los dichosos hermanos convinieron desde aquel día en ocultar su pasión á todo el mundo, particularmente por respeto ante su padre; y mientras permanecieron en la caseta, la sombra de la magnolia fué el sitio donde diariamente se veían á la hora de siesta para confiarse sus inocentes expansiones.

Apesar de la reserva que establecieron, en aquel paraje nunca se encontraron solos, porque se situaban á la vista de los braceros de la huerta, pero á proporcionada distancia para que sus palabras no pudieran llegar á oídos de aquella gente; y como de continuo se servían de un libro para sostener su conversación, simulando su lectura, nadie llegó á sospechar de que fuera distinto el objeto de sus entrevistas frecuentes.

Marieta, modesta y pudorosa, no solo por las correcciones de su educación, sino por su peculiar temperamento, llegó á amar con tan pura intención á Ricardo, que todo su afán consistía en que su hermano olvidase la reprochable conducta que siguió anteriormente, y se ocupara en los deberes sociales que la fortuna y el buen nombre de su padre le imponían.

De él consiguió por de pronto que no sufriera hastio en la ordenada vida que llevaba aquella temporada en

el campo; y que además de los inocentes atractivos á que su libertad invita, encontrase entretenimiento y placer en el desempeño de sus obligaciones.

A su solicitud se debía la satisfacción con que Don Leandro daba cuenta al padre José, en las visitas de los domingos, de la variación que observaba en su hijo y del interés é inteligencia que le veía desplegar en cuantos asuntos se le confiaban, si bien no podía desechar su remoto disgusto de no encontrarle inclinado á ninguna carrera, porque como él aseguraba á la administración de sus haciendas, creía deber dedicarle más adelante.

Ningún amigo de los que preferían su estimación le visitó mientras residió en el campo, consiguiendo habituarse á la sociedad y trato del padre Payá y de la familia de Leticia, que no todos los domingos asistían.

La amiga íntima de Marieta, vana y pretenciosa como toda doncella engreida, que atribuye al influjo de sus atractivos la solicitud, amistad y confianza que los hombres le prodigan, nada pudo sospechar de la inteligencia reservada que sostuviese Ricardo con su hermana, porque, si bien observaba en él otras atenciones más delicadas, como todas ellas las dispensaba por igual á ambas en sus paseos y en sus confidencias, llegó á suponer que aquel amigo pretendía con tales demostraciones los afectos de su corazón.

Aunque de sagáz instinto, ni aun llegó á imaginar que Ricardo amara á Marieta, porque, apesar de su hermosura é inmejorables cualidades, á nadie podía ocultar que era la hija abandonada por unos miserables pordioseros, ni podía creer que D. Leandro consintiera semejante elección, porque desde luego á los ojos del mundo recaería en gran desprestigio la hidalguía acrisolada y el esplendor antiguo de los apellidos Espariza y Sotogil.

Tampoco se le había conocido á Ricardo otra inclinación amorosa.

Así pensaba la envanecida Leticia, deduciendo de sus consideraciones que sus propios encantos eran los que á aquel conmovían, los mismos que á ella interesaba hacer valer, mostrándose más galante y seductora; pero algo más precavida y taimada para que su afectación fingida no contrastase con su proverbial seriedad y altivez.

Con tal envanecimiento se permitía prodigar mayor afabilidad á Ricardo, expresar más simpatías á Marieta, y demostrar más amplia confianza con D. Leandro, extendiendo con premeditación sus redes en toda la familia, con objeto de que si le llegaba un momento favorable pudieran todos apoyar sus pretensiones.

Mientras tanto Ricardo, galante con toda mujer por su jovial inclinación, como apenas la veía cada ocho ó más dias, si bien pasaba horas deliciosas los domingos con Marieta y Leticia, despues quedaba exclusivamente preocupado con el cumplimiento de sus obligaciones y con la preferencia que reservaba para su querida hermana.

Marieta, que á su candidéz natural debió no estar instruida en asechanzas de amor, consentía que Ricardo correspondiera á la galantería refinada de Leticia, á quién agradecía las expansiones repetidas de amistad cariñosa conque solía favorecerla, porque supuso leal y sincera la conducta de su vecina.

Durante los dos meses que permanecieron en el campo, nadie pudo traslucir la existencia de aquel amor, que siguió arraigando sólidamente en el sencillo corazón de Marieta y que tan dócil y contento tenía á Ricardo.

Ni aún D. Leandro llegó á maliciar de la frecuencia con que juntos paseaban ó regaban cotidianamente las

macetas del jardín, que pertenecieron á D.^a Virtudes, porque en el esmero de aquellos cuidados, interpretaba el respeto que merecían á ámbos los recuerdos de su inolvidable esposa.

En las demás horas no había motivos para que comprometiesen su reserva, en atención á que cada cual se dedicaba por separado á cumplimentar sus respectivas obligaciones.

Así pasaron libremente la temporada que residieron en la caseta, haciéndosele á Ricardo, placentera como ninguna otra, al lado de su padre y de su hermana, hasta que las fiebres que anualmente se estacionan en la vega, les obligaron á refugiarse en la ciudad, no tan espuesta al contagio de aquella temible dolencia.

XXVIII

Una vez instalados á su regreso en la casa de la calle de San Agustín, tuvieron Ricardo y Marieta que adoptar precauciones, todavía más previsoras que en el campo, para no comprometer su confianza con cualquiera sorpresa de su padre, ó exponerse á las indiscreciones de la servidumbre.

Desde que Ricardo, considerándose hombre, adquirió la vida independiente, que tuvo á bien adoptar poco despues de la muerte de D.^a Virtudes, los hermanos apenas se veían más que en las horas de comedor, ó cuando D. Leandro los reunía alguna vez en su habitación para solzarse en su compañía.

Escusado era intentar antes la asistencia de Ricardo á las reuniones nocturnas de la familia, porque su distracción predilecta la cifraba en los billares del Casino, ó la obtenía en las bromas y alegres francachelas que los amigos preparaban despues.

Esta inveterada costumbre, gérmet de los únicos disgustos que se succdían en casa de D. Leandro, fué necesario se precaviese para que no volviera á su antiguo arraigo, y Marieta pudo impedirlo con facilidad, mientras los calores de la estación consintieron disfrutar en el ameno paseo del Chorro de las frescas brisas que la

frondosa arboleda y las aguas que la circundan esparcen desde las horas en que el sol recoge sus rayos.

Aquel sitio solía elegirse todas las noches, para punto de reunión, por las familias de Espariza, de Leticia y de otros vecinos distinguidos, donde al aire libre gozaban de amena tertulia, siempre que la música de la ciudad no les llevaba á la plaza nueva ó á otro sitio menos pintoresco, pero más concurrido por el vecindario.

Se había acostumbrado Leticia á visitar á Marieta en la hora de siesta, y con tal motivo, cual si fuesen dos hermanas inseparables, pasaban las tardes reunidas, trabajando en cualquiera caprichoso adorno de los que constituían la educación esmerada de las señoritas de aquel tiempo, hasta que los padres las acompañaban á los paseos públicos.

Apesar de la intimidad con que se trataban de antiguo, siempre más franca y espontánea por parte de Marieta, nunca creyó ésta conveniente confiar á su amiga el compromiso que había contraído con Ricardo, ni los medios de que ámbos se valían para sostener su inteligencia.

Consistían los de sus relaciones comunicativas en alguna palabra furtiva que por casualidad podían dirigirse, las más de las veces, interrumpida por el temor natural de verse sorprendidos, en alguna expresión inocente que se conservaba como recuerdo inapreciable, y en una correspondencia epistolar bastante animada, que á las altas horas de la noche, con sigilo, sostenían para cambiar las cartas al darselos buenos días del despertar inmediato.

El mayor misterio, pues, velaba las intenciones de los dos jóvenes, quienes apesar de la familiaridad que en los demás actos domésticos podían permitirse, jamás olvidaron las consideraciones que la dignidad de su pasión

les obligaba á sostener, puesto que ni aún sus miradas expresivas provocaron en los estraños interpretación dudosa.

Por esto mismo Leticia, sin desconfiar de Ricardo, estrañaba la vida morigerada que habia adoptado en la ciudad, y le complacía verle alegre en sus paseos y demás entrevistas familiares; pero como siempre se encontraba acompañada de Marieta, prodigando sus finezas por igual á ambas, su incertidumbre, cada vez mas marcada, se demostraba de día en día, y acabó por atribuir á sus méritos propios, lo que bien pudiera llamarse distinción constante, y no al interés que modestamente ocultaba su amiga.

Sin embargo, apesar de tanta observación como venia haciendo Leticia, no consiguió, cual deseaba, descubrir en las galanterías de Ricardo ninguna alusión directa que le favoreciese esclusivamente y resolviera de una vez las terribles dudas en que por el silencio continuado de aquel, sostenía sus esperanzas ilusorias.

Supuso que la indecisión tardía de Ricardo en franquearle su corazón, más bien consistía en esa timidez previsora que nace de los impulsos, anhelos y desconfianzas del primer amor, cuando luchan con sus propios misterios.

Como toda mujer veleidosa en quien la vanidad se sobrepone á cualquiera otra pasión, consideró oportuno, apelando á cuantos recursos imaginables surgir pudieran de la inclinación que se desarrollaba en su pecho por Ricardo, empezando por esmerarse en sus adornos y estudiar sus actitudes, preparando asechanzas seductoras con sus ojos que disimulasen la atención y atractivo de sus palabras, cuyo sentido ambiguo, cuidaba de tergiversar, cuando dedicada á tales propósitos, se veía próxima á ser sorprendida en cualquier disimulo.

Ningun efecto hacian en el corazón de Ricardo las incitaciones reiteradas con que Leticia le abrumaba, y aunque observadas desde su principio, solo como expansión de su familiaridad y refinada cortesía, se atrevió á calificarlas.

Ignoraba Ricardo, por no haberle apasionado nunca otra mujer mas que Marieta, los peligros á que los afectos de una pasión se exponen cuando la rivalidad de una coqueta los acecha, los relaja y se obstina por amoldarlos á sus propios estímulos.

Indirectamente se permitía, al dirigir á Leticia sus frases galantes, darles de modo discreto un sentido que las hiciese aceptables á Marieta, como á esta misma, encaminadas y encubiertas con doble sentido en su provecho.

Si alguna experiencia de mundo hubiera tenido, no hubiese dado lugar Ricardo á que en el pecho de Leticia inflamara por su culpa ninguna pasión estéril y se hubiera evitado los remordimientos á que poco despues expuso su inesperto corazón.

XXIX

Mas que aburrida hacia algun tiempo se encontraba Leticia soportando el silencio de Ricardo, que contrastaba con sus obsequiosas demostraciones, y apoyaban la simulada indiferencia que Marieta aparentaba para no descubrir el secreto misterioso de sus ternuras, cuando ostigada por su impaciente curiosidad se propuso aquella investigar con alusiones mas directas si en verdad mediaba inteligencia oculta entre ambos amigos.

Ya les había sorprendido con alguna de esas miradas que nada intentan expresar los ojos, pero que inadvertidamente delatan los secretos más recónditos que al alma interesa ocultar, y desde entónces Leticia acechaba cualquiera expresión de Marieta, recelosa de todo, hasta de la franqueza que sostenía en sus confidencias.

Limitábanse estas á asuntos de escasa importancia, que nunca se relacionaban con la trasformación interesada que ambas jóvenes sentían por Ricardo, siendo más disimulables los impulsos del amor de Marieta por el lazo fraternal que con él le ligaba.

Leticia, apesar de su sagacidad, consideraba á su amiga en el número de esas jóvenes candorosas que conservan á través de sus años infantil corazón, y nada saben guardar en su pecho, porque son incapaces de pen-

sar con malicia ni temor alguno, y ni aun recelan de las personas á quienes confían sus reservas.

Pero atendiendo á su propio modo de pensar, tampoco debió ignorar Leticia que los afectos del alma, cuando arraigan con sinceridad, más cuidadosamente velan sus expansiones y necesitan de púdico misterio para efectuar su desarrollo.

Con tal motivo, sus dudas aumentaron, llegando á desconfiar de la sencillez con que la trataba su amiga, y de las obstinadas reticencias de Ricardo; pero no atreviéndose á comprometer el éxito de las observaciones que pudiera seguir facilitándole aquel, se propuso envolver con astuta cautela á Marieta en una de esas asechanzas que la curiosidad de la mujer sabe conciliar, excitando el encono de los celos.

Si de su intento no llegaba á obtener el resultado que se prometía, predispuesta se encontraba Leticia á recoger en beneficio propio el fruto de su estudio, aunque únicamente fuese para molestar á su amiga. Tales eran los villanos estímulos de sus ideas.

Acababa una tarde de dejarlas solas Ricardo en el cuarto de costura de Marieta, después de haber disfrutado animada conversación y joviales bromas con su hermana y Leticia, cuando ésta creyó encontrar ocasión oportuna para explorar el ánimo de su amiga.

Permanecía Marieta cabizbaja, con la mirada fija en la tela que bordaba, ocultando así mejor la sonrisa simulada que asomaba á sus lábios, como si acariciase con placer en su mente las últimas palabras de Ricardo, cuando Leticia, que la observaba, se atrevió á decirle, afectando en su sonrisa inocente intención:

¡Cómo te complacen las bromas de Ricardo!

Sorprendida Marieta por aquella indiscreta alusión, y sintiendo en sus mejillas el ardimiento que el rubor le

ocasionaba, no se atrevió á mirar de frente á su amiga, pero por salir de su confusión, sin levantar la cabeza le contestó:

—No sé qué de particular pueda haber en ello.

—¿No vés á traves de su buen humor cómo procura demostrarte su afecto?

—¡Qué cosas te se ocurren, Leticia! no faltaba más que nuestro cariño fraternal tuviera que encubrirse con el misterio.

—¡Cuán cándida me haces, Marieta, con tu fraternal cariño!

—¿Por qué?

—Porque el afecto entre hermanos no aturde ni sonroja.

—Pero por su propia naturalidad no tiene por qué ocultarse.

—Cierto, cuando los lazos de la sangre lo ligan; pero no cuando de la gratitud provienen sus vínculos.

—¡Cuidado que estás esta tarde intolerable con tus sátiras! ¿No te has chanceado bastante con Ricardo, que aún piensas seguir consigo tu buen humor?

Sin separar Leticia su vista de Marieta, comprendió que, si bien ésta disimulaba con tales evasivas la verdadera emoción que le ocasionaban sus alusiones, su inquietud se reflejaba en sus propias palabras y en la viva alteración del color de su cara.

Aprovechando este estado de conturbación, se atrevió á insistir con audáz requerimiento.

—¿Pero es que no te gusta Ricardo?

Marieta levantó eutónces con altivéz su cabeza, y frunciendo el entrecejo, cual si aquella pregunta envolviere acerada ofensa, interrogó á su vez:

¿A qué obedece esta pregunta? ¿Acaso comete alguna imprudencia Ricardo?

— No te alteres, amiga mía, que nada ofensivo he dicho, contestó con calma Leticia. ¿No ves cuan afable está tu hermano con nosotras desde que este verano regresó de la huerta? ¿No observas como alegre acude á nuestro lado, procurando hablarnos siempre de las impresiones más gratas á nuestros corazones? y ¡con qué sagacidad escudriña nuestros pensamientos! ¿No te agrada ver cómo nos considera? ¿No te complace oírle?

— Si que me agrada su conversación, pero esto nada de particular tiene, replicó algo más confiada Marieta al ver que Leticia envolvía á ámbas en las alusiones de Ricardo.

— ¿Y no te interesan sus palabras?

— No hay motivo para tanto, las oigo solo con agrado.

— ¿Ni interpretas otro interés que el de la amistad en las largas visitas que nos hace?

— No seas loca ¿ha de estar siempre retirado en su cuarto?

— ¿Ni te han conmovido jamás sus miradas?

— Vamos; muda de conversación, Leticia, porque no sé que te propones con tus pesquisas.

Deseaba Marieta terminar de una vez la conversación impertinente de su amiga, que ya se le hacía enojosa por la insistencia con que curioseaba y por el rumbo atrevido que tomaban sus preguntas; pero Leticia que no desatendía á ninguna de las emociones que sus palabras ocasionaban en aquel turbado ánimo aparentando cándida intención, siguió diciendo.

— No me proponía otra cosa que confiarte mis impresiones; pero como veo que el asunto te molesta, me las callaré según desees.

— Nunca he visto que Ricardo diera motivo para que á tí ni á mí nos impresionen sus palabras afirmó con resolución Marieta.

— Como tú no ves en él más que un herrano, no me extraña la indiferencia con que le escuchas, pero á mi no me puede suceder lo mismo y hace tiempo que descubro en él un interés..... una inclinación que no te confiaría si no conociera tu prudencia.

Leticia, fingió sentirse ruborizada al pronunciar esta última frase, è inclinó su cabeza sobre el pecho cerrando maliciosamente su boca, guardó silencio, como para esperar á que se le importunara con la pregunta que deseaba oír.

Marieta miró con mayor curiosidad á su amiga, y no descubriendo en su silencio el lazo verdadero que se le tendía, sorprendida por aquellas frases que al sonar en sus oídos le agujoneaban el corazón, se apresuró á preguntarle con alguna seriedad.

—¿Qué interés y qué inclinación observas en Ricardo?

—No me hagas caso, Marieta, soy tan impresionable, que todo me halaga, y luego mis alucinaciones se desvanecen como el humo.

Al dar esta contestación, acompañó Leticia despreciativa sonrisa, manifestando con el movimiento negativo de su cabeza el deseo de distraer sus ideas.

—No te comprendo, Leticia, y ahora veo cuan mal correspondes á mi confianza.

—¿Quieres que con más franqueza te diga lo que siento?

—Sí, habla.

—¿No descubrirás mi presunción?

—A nadie.

—¿Ni á Ricardo?

—¿Qué quiere decir á nadie?

Luego que ámbas amigas prepararon su curiosidad con tales promesas, Leticia, aproximó la silla en que es-

taba sentada, más cerca de Marieta, quien para prestar toda su atención suspendió el bordado, al ver que su compañera dejaba en el suelo la almohadilla de la costura y se cruzaba de brazos.

—Pues bien, escucha, pero no me califiques de presumida. Veo que Ricardo permanece en casa todo el tiempo que estamos aquí nosotras, que hace tiempo nos busca y sigue por todas partes. Observo que pondera nuestras cualidades personales, y si no las adula, nos las ensalza. Que sus palabras envuelven apasionada ternura: que sus miradas revelan unas veces dulce expresión, otras interesante ardimiento y siempre reservada timidez como si en su corazón sintiera por alguna de nosotras esa atractiva indicación que termina en amor. No te asombre mi confianza; pero yo muchas veces temo sostener sus miradas, porque sería capáz de comprometerme. Considero que por tí no se portaría con tal timidez, porque os tratais como hermanos; pero ya ves tú en qué crítico lance me colocaría delante de tí si por mí hiciera tales demostraciones.

Leticia clavó su mirada investigadora en su cándida amiga, quien al escuchar las palabras últimas, manifestó su enojo con un respingo arisco que conmovió todo su cuerpo, cual si venenoso aspid la hubiera tocado.

Era la hiel de los celos que acababa de filtrar en su corazón sensible.

Su rostro palideció, sus ojos súbitamente irritados, espresaron la indignación que en aquel momento le atormentaba, y abandonando por completo su trabajo, se puso en pié exclamando:

— O estas loca, ó no piensas lo que dices.

— Pero ¿por qué te pones así?

— Porque calumnias á Ricardo y comprometes tu decoro.

— ¿Le amas acaso?

— No.

— Pues entónces ¿por qué te estraña que pueda agradarle yo.

— Porque es imposible que Ricardo piense cual supones.

— ¿Y si verdad fuera que en mí pensara ¿qué dirías?

— Que sueñas en absurdos que no te favorecen.

— Mira, aquí se acerca, si entra, fácil es salir de dudas.

— No se como.

— Ahora lo veras.

— Calla, atrevida, dijo Marieta casi convulsa, volviendo à ocupar su asiento, y para disimular su disgusto, tomó maquinalmente el telar en que bordaba, mientras Leticia con sonriente espresión, arriesgose á preguntar á Ricardo cuando asomó en la puerta de la sala:

— Resuelve, Ricardo una porfía que tenemos, ¿es verdad lo que aseguro ó no?

— Sepamos antes de que se trata, contestó el interrogado con natural sorpresa.

— Toma, entónces no tiene gracia, y ya ves que si aciertas he de recompensarte.

— ¿Con qué?

— Luego lo sabrás.

Ricardo se quedó pensativo por un momento, mirando indistintamente con curiosidad á una y otra jóven, cual si pretendiera adivinar en alguna señal el acertijo que se le proponía; pero indeciso ante la indiferente actitud de Marieta, que contrastaba con la incitante zalamería de Leticia, despues de momentánea vacilación, concluyó por decir:

— Tú llevas razón.

No meditó sus palabras, ni eran las que lógicamente debió deducir de sus observaciones, pero un espresivo gesto de Leticia, le inspiró aquella resolución.

—¿Lo oyes, Marieta? exclamó Leticia con satisfecha vanidad.

La interrogada, que no desatendía ningun detalle de aquella escena, siguió enmudecida, simulando mas profunda distracción para no comprometerse á contestar.

—¿Puedo saber ahora de qué se trata?

Si; prosiguió Leticia con desenfado. Sosteniamos que yo no me habia apercebido de que un íntimo amigo de ambas piensa en mí, aunque nada se ha atrevido á decirme todavía.

—Ya sospechas tú eso hace tiempo.

—Desde que me dejò libre el empalagoso de mi primo Peñalver.

—Es cierto.

—Y que por respetos de familia seguimos uno y otro esperando.

—Verdad es tambien.

—¿Ves? Ya te has ganado la recompensa. Toma.

Ufana Leticia, desprendiose de una flor que adornaba su pecho, aspiró su perfume con zalamero agasajo, y por su propia mano la colocó en el ojal superior dela levita de Ricardo, añadiendo con risueño énfasis:

—Ahora te vas á lucirla al casino ¡Cuidado con darla á nadie!

—Descuida, que esta noche la has de ver en paseo, afirmó Ricardo, sin sospechar el daño que sus palabras y la pesada broma de Leticia ocasionaban en el corazón de Marieta, quien consintió dejar salir á su hermano de la sala sin hablarle palabra, ni aun atreverse á mirarle.

Con igual prevención, pero con desdeñoso desprecio,

despidió secamente á la intrigante amiga, que con tanta dureza se había burlado de su reserva.

Desde aquel momento la amistad de ambas jóvenes sirvió solo para cubrir las apariencias sociales, y evitar que sus familias se apercibiesen de la causa de aquella inesperada frialdad.

XXX

Malos ratos pasó Marieta en las restantes horas de aquella tarde, excitando su pesadumbre la presencia de la flor que sin premeditación lucía por la noche Ricardo en paseo.

Al tiempo de recojerse, aún la conservaba prendida como su traviesa amiga la había colocado en el ojal, y esta deferencia, á que nunca debió acceder su hermano, la desazonaba, cual si justificase su complicidad en el anterior suceso.

Si los respetos de su educación, bastante sólida, no se opusieran á demostraciones escandalosas, de buena gana se la hubiera arrancado en público para pisotearla, vengándose de las miradas incitantes y animado diálogo con que su indiscreta compañera distrajo á Ricardo, mientras sufridamente soportaba Marieta los efectos de su natural rivalidad.

Gran tormento fué para Marieta tener que salir en aquel día, permanecer en paseo al lado de Leticia dominada por melancolía pertináz, sin interesarse en nada de lo que se le decía, más que para contestar con inevitables frases ó con indiferentes monosílabos, que demostraban el fastidio en que se aburría.

No pudo en aquella noche hablar á solas con Ricardo, y ansiaba retirarse á su habitación para comunicarle por escrito la intriga de Leticia y las desconfianzas que con su lijera conducta la inspiraban.

Así lo hizo, pero no acertó en su forma.

Si antes se hubiera esplicado con él verbalmente, todas sus sospechas se hubieran desvanecido, puesto que la conducta de Ricardo carecía de fundamento para promoverle ningún disgusto grave, ni aun tan alarmantes celos.

Pero las consecuencias que Marieta adujo en su reconvención sirvieron para agravar más sus impresiones, y quiso Dios que se desarrollaran así para que los sucesos venideros desconcertaran la inteligencia mútua que con tanta discreción ocultaban.

En vez de concretarse á referir los incidentes verdaderos de la escena que la aquejó, aminorando la importancia que supo dar Leticia á su frívola curiosidad, y en vez de procurar desvirtuar la gravedad del hecho que por cierto ninguna tenía, obcecada Marieta por su misma pasión, cometió la torpeza de escribirle, afirmando con colores exajerados que su amiga le había confiado el amor intenso que por Ricardo sentía, y la seguridad en que confiaba verse por él solicitada.

Con tal confesión, Ricardo se fué envaneciendo, deseoso de explorar las pretensiones de Leticia, y se dedicó á coquetearla con más empeño, sin preservarse de los funestos atractivos de aquella mujer audáz.

Como era de esperar, fascinado por sus confianzas, llegó á colocarse en una situación embarazosa para su comportamiento sucesivo, prometiendo á su hermana seguir amándola con fidelidad invariable, mientras le aseguraba apelar á aquel sistema inconveniente, con objeto de tener ocasión más propicia de entenderse con ella y desvanecer las pretensiones de su rival vecina. 25

No nos esplicamos, por qué Ricardo y Marieta insistían con tanto empeño en ocultar el inocente afecto que misteriosamente sostenían, cuando por lo puro y decoroso ninguna censura merecería de nadie.

Desde luego se comprende que en los primeros días el candor natural de una ternura nueva que se extraña, al sentir su agitación, les obligara á disimular sus simpatías por lo mismo que alienta y no se concibe el arraigo que adquiere para dominar el corazón; pero cuando ya sucedía como en ellos que la seguridad recíproca suele infundir completa confianza, no pueden atribuirse sus temores más que á la situación crítica que Marieta ocupaba en el seno de aquella familia.

Quizás el respeto que les merecía D. Leandro, las dudas que Marieta sospechase de perder la protección de sus bienhechores, el recelo de que se opusieran á un enlace desproporcionado para las exigencias críticas de la sociedad vanidosa, les indujeron á exagerar sus incertidumbres, procurando siempre aparentar ante todo el mundo, una indiferencia que les resultó tan perjudicial como beneficiosa para las intrigas de Leticia.

Desde aquel día no volvió aquella á recordar nada á Marieta, si bien no se ocultó de expresar á Ricardo mayor interés en todas las ocasiones en que le hablaba con más intencional ternura, escitando las fibras de sus sentimientos, adulándole en sus propios gustos, censurables en su mayor parte para la juiciosa Marieta, obligándole á ser deferente con ella para mortificar á su hermana, para lo cual filtraba en su pecho ese pernicioso influjo que solo la sagacidad de la coqueta sabe enardecer ó mitigar á su capricho, imponiendo más tarde ó más temprano su voluntad al hombre á quien se propone envolver en sus redes fascinadoras.

Cual procedía entonces con Ricardo había acostum-

brado tratar antes con otros incautos jóvenes, quienes en su vuelo primerizo, atolondrados por sus seductoras gracias y por su desenvoltura, cándidamente se habían dejado atraer por sus asechanzas, confiados en la ficticia sencillez de una muger que se complacía en esperanzarles para desengañarles mejor con más ruidoso desprecio.

Así adquirió prematura celebridad de caprichosa é inconstante la bella Leticia.

Sufría con estos antecedentes Marieta las consecuencias de las expansiones locas de su compañera, porque no podía rehuir en absoluto del trato de su vecina por respeto á ambas familias, y aunque Ricardo la tranquilizaba en sus diarios escritos, asegurándole su preferencia inquebrantable, ella observaba de cada día más exigentes los caprichos de Leticia, con los cuales se proponía dominar á su hermano.

Al mismo tiempo el inesperto Ricardo, considerándose de carácter firme, capaz para contrarrestar y burlarse de las pretensiones de Leticia, aceptaba con más agrado sus alegres bromas, correspondía con mayor libertad á sus miradas y á sus conversaciones aduladoras, enfriándose las alusiones que antes dedicaba á Marieta, ante quien insensiblemente se colocaba en una situación difícil cuando pretendía complacer á ambas.

A los consejos de Leticia, con los cuales sostenía la absurda opinión de que el hombre soltero debía disfrutar de gran independencia y de todos los goces de la vida para llegar á ser despues modelo ejemplar de amante esposo, se debió que Ricardo volviera á engolfarse en sus aficiones antiguas, hastiándole el sosiego doméstico, pareciéndole rudas las ocupaciones del campo é impropias de su cuidado, y pervirtiéndose con las perniciosas compañías del casino, que seguían dedicadas á toda hora al derroche de francachelas y reprehensibles travesuras.

Volvió á ensanchar en aquel centro de disipación sus conocimientos, con ignorantes camaradas que consideraban el amor solamente necesario para la sensual complacencia del hombre, nunca como sentimiento vivificador del corazón que ansía elevar sus aspiraciones á altos fines, y á la mujer amada cual vil instrumento de placeres pasatiempos incapaces todas de merecer otra calificación más digna de los hombres.

Con tales enseñanzas, inútil es demostrar el cambio que en el corazón de Ricardo experimentarían los estímulos sencillos de su primer amor.

Los olvidados disgustos de familia se reprodujeron con este nuevo régimen de vida; D. Leandro perdió su sosiego y la bondadosa Marieta tuvo que intervenir, sufriendo cual nunca, las consecuencias del desconcierto debide á la intimidad de su vecina, única amiga conocida que se atrevía á disculpar y defender la reprensiva conducta de Ricardo.

XXXI

Algunos meses despues, se celebraba en casa de Don Leandro el día del Santo de Marieta, y con tan fausto motivo, como padre cariñoso, dispuso, segun antigua costumbre en todas las solemnidades de familia, reunir en su mesa à los amigos de su mayor confianza para obsequiarles con espléndida comida.

Solia aprovechar D. Leandro estos días señalados para recompensar con algun obsequio, que fuera de su agrado, los asíduos cuidados que recibia de Marieta, y al felicitarla por la mañana, cambiando respetuoso beso, puso en sus manos artístico aderezo de topacios y perlas, para que desde luego lo luciera en aquella ocasión.

Ricardo tambien le dedicó, con asentimiento de su padre, bonita sortija de pequeñas turquesas, engarzadas en sólido aro de bruñido oro.

No necesitaba de tan superficiales adornos para hacer resaltar su hermosura, pero contribuian con su sencilla bata de lanilla oscura, festoneada con anchos terciopelos, á realzar los hechizos naturales desu cuerpo.

Por costumbre, se esmeraba siempre en su vestir, cuando atendiendo á estas y á otras análogas circunstancias se veia precisada, como única mujer de aquella

familia, á hacer los honores de señora de casa á las visitas que recibía; y con tal motivo escuchaba los plácemes de sus íntimas compañeras, y tenía que tolerar con ruborosas disculpas las alusiones galantes de los amigos de D. Leandro y de Ricardo, que ponderaban la seducción incomparable de sus atractivos.

Cuando la celosa Leticia presenciaba algunos de estos elogios, cada alusión que á Marieta se dirigía, le servía de venenoso fluido, que la envidia derramaba en su corazón, y se le convertía en estimulador ensañamiento para murmurar sobre la adulación general de los hombres, sin premeditar que á través de sus inoportunas censuras se vislumbraba el despecho de otras frívolas apreciaciones.

Desde las horas del medio día habian acudido á casa de D. Leandro los comensales que anticipadamente fueron invitados, entre quienes no faltaron el distinguido padre José, la familia toda de Leticia y otras compañeras predilectas de Marieta, así como el inseparable amigo de Ricardo, que conocemos ya de antiguo con el apellido Valerito.

Recibidos desde su llegada en el salón de visitas, se encontraban los contertulios divididos en dos grupos á alguna distancia separados; en el primero, ocupando el sofá central, se hallaba sentado D. Leandro con las personas de mayor edad, mientras las señoritas, rodeando á Marieta, ocupaban lugar aparte en uno de los balcones inmediatos, donde sostenian animada conversacion con Ricardo y sus jóvenes amigos.

Ponderábase la belleza y valorábanse los elegantes zarcillos que lucía Marieta, y las compañeras mas curiosas no se satisfacian con mirarlos ni con ensalzar su gusto, sino que con libertad confidencial se apoderaban repetidas veces de su mano para contemplar minuciosa-

mente los detalles del brazalete que ceñía su muñeca, haciéndolo observar á las que menos fijaban su atención en las lindas labores que sobre su sencillo aro de oro se destacaban.

En una de estas ocasiones, llegó á descubrir Leticia la sortija nueva que adornaba la mano de Marieta, y tomándola entre las suyas para examinar la joya, se decidió á preguntarle:

—Oye, esta sortija no te la he visto nunca ¿te la han regalado hoy tambien?

—Sí; contestó con indiferencia Marieta, que atendía en aquel momento á las observaciones que otra jóven le hacia, mientras cuidaba de afianzarle en el pecho el alfiler que llevaba mal prendido.

—¿Quién te la ha regalado?

—Mi hermano Ricardo.

—¡Original obsequio te ha hecho, hija! Estas piedras no las usan más que las mujeres celosas, añadió Leticia, soltando su mano con despreciativa sonrisa.

Mortificada Marieta con aquel incidente indiscreto, reflexionó que nada debía replicar á su maliciosa amiga, pues no despreciaba ocasión para hacerla sufrir el encono de su malévolo carácter; y para evadirse de que intentara repetir cualquiera otra imprudencia, separándose del corro de sus amigas, salió del salón advirtiéndoles:

—Dejadme dar una vuelta por el comedor, para prevenir lo que falte.

Ninguno de los circunstantes se opuso á sus deseos, ni concedió la menor importancia á las palabras de Leticia, que cual lijera broma pasaron inadvertidas para los que llegaron á oirlas, continuando la conversación general sobre otros diferentes asuntos extraños á aquél suceso.

Poco después volvió á presentarse Marieta en el salón, algo más despreocupada ya de la molesta impresión que le habían causado las frases satíricas de Leticia, y dirigiéndose hácia su padre, avisó con expresiva satisfacción:

— La comida espera para cuando Vds. gusten.

Semejante invitación, atendida desde luego por Don Leandro, puso en movimiento á todos los convidados, que alegres y presurosos pasaron al comedor, guiados por Marieta, quien aceptó con agrado en aquel acto el galante brazo de su padre.

Cedióse la presidencia de la mesa al padre José, á cuyo lado se hizo sentar á Marieta, colocándose D. Leandro á su diestra cual deferente distinción.

Los demás convidados fueron situándose en los asientos respectivos que Ricardo y los criados les designaban, sin guardar escrupuloso orden de preferencias.

Respetuoso silencio impuso de repente la voz grave del padre José, quien, permaneciendo en pié, recitó el *Benedicite*, antes de que los comensales desplegaran sus servilletas y los criados sirvieran los platos de la sopa.

Sobre larga mesa cubierta por lujoso mantel de blanco lino adamascado, rizado con primorosos y diminutos pliegues por las hábiles monjas de Santa Lucía, guardaban simétrico orden los centros de plata repletos de esquisitos dulces secos, los fruteros con variados postres, las lacradas botellas de renombrados vinos de la provincia, y los búcaros con los lindos ramos de flores que los caseros de las huertas de D. Leandro dedicaron muy temprano á su señorita.

Rica vagilla de porcelana inglesa, ribetada con sencillos filetes de suave color azul y las copas y vasos de blanco cristal de Bohemia, formaban con los cubiertos de plata el servicio necesario de aquella mesa.

La sencillez elegante con que el servicio estaba ordenado, mereció celebrarse por todos los comensales, quienes aplaudieron desde su entrada en el comedor la dirección de Marieta y su acierto en los manjares, que con variada abundancia y sazonado gusto se servían sin interrupción.

Justamente satisfecha se encontraba Marieta, no excitada por la presunción común en la mujer á quien engríen las lisonjas aduladoras, sino contenta por contribuir acertadamente á la alegría de su familia y á la expansión de los amigos que la favorecían con su asistencia.

El padre José y D. Leandro se cuidaron más de servirle que de renovar sus propios platos, siendo á la vez las demás señoras solícitamente atendidas por Ricardo y sus amigos, entre cuya reunión familiar el buen humor y las expansiones de confianza se generalizaron, á medida que se renovaban los manjares.

Ya casi al final de la comida, en que la conversaci6n de alg6n comensal interesaba á los dem6s invitados, anunci6 Valerito la sorpresa que en el d6a anterior recibió su familia con la gracia que el Gobierno hab6a concedido á su hermano menor, otorgándole la charretera de oficial, con pase al regimiento provincial de Valencia.

Esta distinción, fácil de adquirir en aquella época, era comunmente solicitada por los jóvenes que no querían someterse á la disciplina de los colegios militares y demostraban poca afición á los estudios, ó soñaban con una independencia que desde luego no existía en las severas ordenanzas de la milicia.

Todos los presentes felicitaron á Valero y le acosaron á preguntas, cual si se tratara de un extraordinario suceso, que no fuese accesible á la influencia de cualquiera otra familia.

Verdad es que el primer uniforme militar engrie de vanagloria la fatuidad de algunas personas y acalla la presunción de ciertos jóvenes, cuando menos comprenden el valor y los deberes á que les somete la honrosa espada que á su cintura ciñen.

La tal novedad comentada y aprobada por los circunstantes estimuló á los jóvenes presentes y á las señoritas que mejor relacionadas se consideraban con la familia de Valerito, solicitando algunas ver á su hermano con su marcial traje antes de salir para su destino.

Leticia, algo separada del sitio que Ricardo ocupaba en la mesa, observó el interés con que aquel felicitaba á Valerito y las ilusiones que ámbos se forjaban con el porvenir del agraciado, y dirigiéndose á D. Leandro le preguntó intencionalmente.

—¿Oye V., D. Leandro, qué brillante suerte se le espera á Tomasito?

Así se llamaba el nuevo oficial hermano de Valero.

—Es verdad, contestó D. Leandro. Sus padres deben estar hoy sumamente satisfechos, porque sin dificultad han conseguido una breve carrera, partido que yo nunca obtendré de mi hijo.

Al oír Ricardo la contestación que su padre dió á Leticia, disculpó su notoria desaplicación, añadiendo:

—Demasiado sabes, papá, que mi madre querida nunca quiso separarme de su lado y que desde niño siempre tuve inclinación á la milicia, aunque jamás me ha gustado estar encerrado en un colegio. Como Tomás, cualquiera puede seguir carrera.

—Cualquiera que estime su nombre menos tú, le contestó con seriedad D. Leandro.

—Si no fuera, papá, por dejarte solo, ahora mismo te probaría si sé mirar por el lustre de nuestro apellido, exclamó con altivez Ricardo.

—Vamos, calla, y no digas majaderías, repitió Don Leandro, queriendo evitar que el asunto terminara en insidiosa contienda.

—¿Qué harías? preguntó Leticia interviniendo en el asunto para investigar las aspiraciones de Ricardo que tan directamente desatendió su padre.

—¿Qué haría yo si me otorgaran una charretera de gracia? Pues nada..... tanto como pueda hacer Tomás perteneciendo al mismo ejército.

Marieta que escuchaba en silencio el anterior diólogo se sorprendió ante semejante declaración de Ricardo, nunca salida de sus labios, y sin poder disimular el mal efecto de aquella imprevista contestación, le interrumpió acalorada.

—No pienses en semejante desatino hoy, si no quieres disgustarnos.

—¿Porqué os he de disgustar? ¿No sirvo de pesadilla á papá que yo no tenga carrera? le replicó con ceñudo gesto su hermano.

—Y para conseguirla tan brillante aun tienes buena edad, interrumpió Leticia, comprendiendo que podía aumentar la desazón que Marieta pasaba con su insistencia.

—Ya lo creo, como que dentro de un mes podría ser subteniente.

—Y con las influencias de papá, tu porvenir brillantísimo.

—Como que dentro de tres años, podría ascender á capitán.

—¡Cuantos corazones cautivarías con tu arrogante uniforme!

—Que me autorizára mi padre, y conoceriais entonces si miro ó nó por mis apellidos.

Una mirada escudriñadora de Leticia, dirigida en

aquel momento crítico á D. Leandro, le comprometió á preguntarles.

—¿Qué decís? estaba atendiendo al padre José y nada os he oído.

Desvarios de Ricardo que deben despreciarse, se apresuró á contestar, nuevamente impresionada, Marieta, doliéndole el interés que demostraba su padre.

—No desvario, replicó poco menos que amostazado su hermano. Decía, papá, muy formalmente, que si para mí solicitáras una charretera, sería desde luego militar.

—Si de mis palabras dudas, apelo á la formalidad de todos los presentes.

Entusiasmado D. Leandro ante aquella inesperada resolución de su hijo, se levantó de su silla, y queriendo confirmar con demostración afable su asentimiento, tomó una copa de añejo *fondillón*, acercose á Ricardo y le abrazó, exclamando en alta voz:

—Si de veras estás dispuesto á aumentar los timbres gloriosos de los difuntos Esparizas, desde mañana gestiono con nuestros diputados la gracia que solicitas.

Lo juro por la memoria mi madre.

Mientras Ricardo correspondía con tan solemne juramento al entusiasta abrazo de su padre, todos los convidados, libando sus copas, repitieron el brindis que la bulliciosa Leticia inició exclamando:

—¡Brindo por el arrogante oficial D. Ricardo de Espariza!

Unicamente Marieta dejó de levantarse de su asiento, como lo hicieron los demás asistentes para chocar las copas, y dirigiendo sus manos suplicantes hácia D. Leandro, con triste emoción y voz casiapagada por el bullicio del brindis, replicó:

—Por Dios, papá, considere usted que Ricardo nunca medita lo que dice.

— No te agobies, hija mia, prorrumpió D. Leandro ébrio de contento, porque Ricardo acaba de satisfacer el anhelo constante de mi vida.

—¿Y consentirá usted apartarse de él quizá para siempre?

— Con tus cariñosos consuelos, mitigaré los pesares de su ausencia.

Don Leandro terminó su sentencia apurando otra copa de vino.

Marieta se cubrió el rostro con su pañuelo para ocultar las lágrimas que afluyeron á sus ojos, mientras la audáz Leticia, risueña con su victoria, acercóse al asiento de Ricardo, y estrechando su mano, le felicitó con vivísima cordialidad y adulares pronósticos.

XXXII

Terminando la comida de aquel día con tan desabrido postre para la impresionable Marieta, los convidados pasaron de nuevo al salón, dividiéndose en pequeños grupos, los cuales recorría alegremente Ricardo acompañado de Valerito y de Leticia para recibir los plácemes de todos sus amigos.

Quien enaltecía el ánimo de Ricardo, que jamás acreditó ser cobarde, pronosticándole rápidos ascensos en un porvenir inmediato; quién le recordaba las emociones y fatigas de la vida militar, cuya realidad se cuidaba de desvanecer con arrogante desprecio, y todos unánimes sentían privarse en breve tiempo de su presencia y jovial amistad.

El padre José y D. Leandro, fumando aislados en el gabinete inmediato, discutieron largamente la conveniencia de tal disposición para impedir que su hijo continuase por mas tiempo la despreocupada vida de holganza acomodado.

Concluyeron ambos por aprobarla para obligarle á comprender la necesidad de cumplir con algunos deberes sociales que le acostumbraran á sostenerse con los únicos recursos que por sí mismo supiera ganarse.

Mientras todo esto sucedía, nadie notó la ausencia de

Marieta, la cual, emocionada tristemente por el desenlace inesperado que tuvo la comida del día de su Santo, se retiró á su habitación para llorar mejor aislada la amargura de sus impresiones.

Angustiadísima en la soledad de su cuarto, no sabia á quien encomendarse ni á quien evocar para obtener el consuelo que su repentina tribulación necesitaba, y en confusa ansiedad hizo acudir á su memoria las imágenes de los santos que mas veneraba, apelando hasta el recuerdo de D.^a Virtudes. No sabia de qué persona valerse en la ciudad para convencer á Ricardo de los peligros que podría arrostrar en su nueva profesión, y le hiciera comprender la desunión que desgraciadamente sobrevendría á aquella familia, el desaliento que se apoderaría de su padre, y la terrible orfandad que amenazaba á su apasionado corazón.

Si se fijaba en los pormenores de lo sucedido, creía descubrir en Ricardo una funesta impremeditación, que al lanzarle tan de repente en un porvenir tan arriesgado, le obligaba á descuidar los intereses de su padre, á abandonar su casa, y cambiando de conocimientos y de aficiones, temía que concluyese por hacerle olvidar todo.

Su padre, tan satisfecho en aquellos momentos, no había reflexionado el vacío que la partida de Ricardo tenía forzosamente que dejar en su alma, y si carecía de abnegación para resignarse á un aislamiento perpétuo, recelaba Marieta que intentase variar de estado, y entónces ella, pobre huérfana, recogida por la caridad de una santa, educada y mimada por un cariño intenso, ya imposible de sofocar, tendría que sufrir las consecuencias de un nuevo yugo, jamás tan cariñoso ni tan paternal como el que perdió con su protectora D.^a Virtudes, ó en último término abandonar á su vez aquel querido hogar.

Si apasionadamente lloraba, le dolía ver con cuánta indiferencia Ricardo, obcecado por los estímulos de una vanidosa presunción, se dejaba arrastrar á una vida de incierta suerte, en la cual menos fácilmente podría elevarse á las altas esferas de la fortuna, que agotar en un hospital los dolores de una herida traidora, ó morir sin ningún consuelo en los campos de batalla.

¿Cómo amándola no había previsto su hermano los disgustos que le ocasionaría semejante resolución? ¿Cómo no le había consultado antes, ni á su mente afluyeron las consecuencias tristes de una pronta partida?

Desgraciadamente Ricardo carecía de corazón y de cabeza; de corazón, porque no sabía anteponer los afectos de su alma á los impulsos de su egoismo; de cabeza, porque no reflexionaba ninguno de los actos de su vida, y los realizaba sin prever las consecuencias.

De otro modo no podía esplicarse el atolondramiento con que resolvía sus más importantes asuntos.

Y como su imaginación, preocupada en tales temores, nada halagüeño encontraba en la carrera militar para su querido hermano, aquella disposición repentina debía calificarla de loco desvarío, aconsejado por sus irreflexivos amigos, que coadyuvaron á las pérfidas indicaciones de su malvada vecina Leticia, en quien notaba, si no un deseo de arrebatarse su amor, un afán incalificable por destrozar su corazón con insoportables disgustos.

Como solícita hermana desde la infancia, se había desvelado ella por aquel hermano, que ahora pretendían arrebatarse de su lado, habíale bien aconsejado en todas las ocasiones en que tuvieron que reprenderle sus padres, había ocultado la gravedad de muchas de sus faltas, las había llorado siempre, y no le sería posible soportar su separación funesta, porque concluiría extinguiendo su vida.

No; no toleraría que abandonara así á la familia, porque le amaba, y un amor tan plausible como el que en su pecho ocultaba, satisfaciéndose con la presencia de Ricardo, con sus indirectas alusiones sencillas, y con su correspondencia diaria, nunca podría avenirse á dejar de verle, á expresarle con sus ojos sus congojas y sus dichas, ni á dejar de cambiarse con la mano el prudente papel que trasmitía las ternuras apasionadas de su corazón.

Y para esto era menester que ella hablase seguidamente con su hermano, que se apresurara por convencer á su padre, y que los amigos sensatos que le estimaban ejerciesen su influencia poderosa hasta desbaratar los propósitos de Ricardo, y calmar el entusiasmo de Don Leandro.

Cuando más la confundían sus reflexiones, más se exasperaban los sentimientos de su alma, y con mayor debilidad agotaba las fuerzas que debía necesitar para contrarrestar las aspiraciones de Ricardo y de su padre.

En este estado excepcional se encontraba profundamente impresionada y sin acción para resolver ninguna de las intenciones que meditaba, cuando el padre José que notó su falta en el salón y departamentos inmediatos, decidióse á buscarla en el retiro que sospechó hubiera elegido.

La señal de dos golpes que el Reverendo repitió con los nudillos de sus dedos sobre la puerta, hicieron contestar á Marieta con viveza, mientras se enjugaba precipitadamente las lágrimas que escaldaban sus hermosos ojos.

— ¡Adelante! gritó manifestando la sorpresa de que la distrajeran en sus reflexiones.

Con tal orden, el padre José pepetró en el aposento de Marieta, y volviendo á encajar la puerta cuidadosa-

mente cual estaba, se sentó á su lado sin aguardar á que se le hiciese ninguna invitación.

—¿Porqué estás aquí tan recogida llorando? ¿que te pasa? No me consideres ahora, si quieres, como el médico de tu alma, pero como tu mejor amigo ¿porqué no me has de confiar tu pesar?

—¡Ay! padre José, en esta casa somos todos más desgraciados de lo que V. cree, contestó muy afligida Marieta.

—¿Porqué te expresas así? preguntó con dulzura el padre José.

—¿No vé V. cuán poco juicio demuestra Ricardo en todas sus cosas?

—¿Te disgusta verle por vez primera en su vida decidirse por algo sério?

—¡Y tan sería, padre mio, como es su última determinación!

Cada frase que salía de los lábios de Marieta expresaba con más ahinco la amargura que la abatía.

—Debieras estar contenta como él lo está entre sus amigos, como naturalmente lo está su padre y como lo estamos todos. No me esplico pues el disgusto que revelas.

—¡Qué quiere V. padre! mientras Vds. sprueban que Ricardo haya elegido la carrera militar, á mí me acobarda su impremeditación, y es preciso que á todo trance evite V. que su propósito se lleve á cabo.

—Expresa tu ansiedad y comprenderé su objeto.

—¿Será posible que V. con su experiencia no prevea la suerte que á todos pueda sobrevenirnos?

Hija mia, acaba por explicarte y no me alarman tus temores.

—Pero, no conoce V. cuán impresionable es el carácter de Ricardo? ¿No le vé V. audáz en unas ocasio-

nes, arrepentido al instante y voluble siempre? ¿De quién ha partido hoy tan arriesgada resolución? De los temerarios consejos de sus amigos, de la alevosía de una taimada mujer que hace tiempo se propone malquistar nuestro fraternal cariño y de sus ligeras impremeditaciones. Jamás le he visto inclinado á la milicia, y estoy convencida que mañana, á más tardar, se arrepienta de lo que en la mesa ha hablado hoy. Es preciso, si, es preciso que esto se impida, porque su naturaleza no ha de poder resistir las fatigas del servicio, sus costumbres no se han de atemperar á la rigidez de la ordenanza, y su salud ha de quebrantarse desde luego.

—Vamos, cálmate y reflexiona, que con otra vida más activa robustecerá su salud, aprenderá á obedecer, á cumplir deberes y al propio tiempo conseguirá ser útil á su patria y á su suerte.

—¡Su suerte!..... Desgraciada será desde el momento en que se separe de nosotros, desastrosa para sus intereses que nunca sabrá manejar, y quizás espuesto á perecer en los campos ó en las calles sin más auxilio que el del Cielo ¡Oh! padre José ¡qué ideas tan lúgubres me sugiere su porvenir!

—Tu imaginación vuela á través de las densas nieblas de una gran ofuscación y todo te resulta sombrío. Cuando su propio padre acaba de confiarme la satisfacción que ha recibido en este dia vas á disgustarle con tus preocupaciones?

—Mejor convendría á papá conocer mi previsión á tiempo, que no encontrarse despues víctima de sus remordimientos, privado del cariño de su hijo, cuya ausencia no ha de poder soportar. ¿Cree V. posible que yo siga viviendo aquí sola con D. Leandro, sin que la murmuración pública lastime nuestra honra; y si aburrido en su soledad elige otra esposa, con qué interés sostendrá

mi protección? No es capáz Ricardo de pensar en ninguno de estos inconvenientes, pero nuestro padre, bien pudiera precaverlos.

—A los padres nunca les falta ánimo para sacrificarse por los hijos, y todas tus cavilosasidades deben desestimarse, porque van mas allá de donde tu pretendes descubrir.

—¿Qué me quiere usted decir con esto, padre?

—Que tus razones únicamente se inspiran en impulsos egoistas.

—¡En mi egoismo! ¿Acaso los cuidados que me inquietan no son porque debo velar por mi padre y por mi hermano?

Es verdad. Tales deben ser los primeros deberes de tu gratitud para con esta familia; pero no es ello lo que mas oprime tu sentimiento.

—Menos os comprendo ahora, padre.

—Vamos, ya que me encubres los secretos de tu corazón, en calidad de leal amigo y consejero de tu alma, yo te demostraré que la esperiencia de mis años los sabe acertar. ¿Has dicho antes que una mujer astuta, á quien no has nombrado, pero que supongo sea la traviesa Leticia, intenta malquistar con sus consejos el cariño fraternal que sientes por Ricardo?

—Si señor, como que no repara en obstáculos.

—Y nada le preocupará el afecto filial que manifiestas á D. Leandro?

—Así sucede.

—¿Qué intención, pues, ves en ello?

—No la adivino.

—Pues, hija, los afectos íntimos de familia á ninguna mujer preocupan, á menos que otras ambiciones del corazón no se interpongan entre ellos, y yo me sospecho que el antagonismo que debilita tu antigua amistad con

Leticia proviene de que ambas estais celosas porque las dos amais á Ricardo.

Calló el padre José sosteniendo sutil sonrisa, mientras observaba en Marieta el efecto de sus francas palabras.

Su interlocutora que proseguía desde su principio con espontánea animación el anterior diálogo, al escuchar la última frase, enmudeció tambien, no atreviéndose á desmentir al padre José, ni á revelar la emoción verdadera que en secreto agitaba su pecho.

Ruborizada y confusa por el aprieto en que la habia colocado el padre, recogió su mirada con dulce languidez, y dejando caer suavemente la cabeza sobre su propio seno, permaneció silenciosa sin poder resistir las escudriñadoras miradas del director de su conciencia, quien despues de breve observación, insistió preguntando:

— Parece que te sonrojan mis sospechas ¿por qué enmudeces tan repentinamente? ¿amas de veras á Ricardo?

La interrogada, luchando con su incertidumbre, reflexionó un momento mas, y se decidió á interrumpir su silencio con pueril desconfianza.

— A nadie descubro los secretos íntimos de mi corazón mas que al padre de mi alma: si con igual sigilo me escucha usted, hablaré con franqueza.

— Demasiado conoces que mi prudencia no debe tener límite, y además...

— Pues bien, padre, interrumpió con resolución Marieta, amo á Ricardo y únicamente á usted declaro que le amo con toda mi alma. Por Dios, que no se entere papá, porque sin su amor no podría yo vivir, y si de él llegan á separarme no sé que fin tendrá mi vida.

— Reprensible es llevar á ese término tu apasionada locura ¿y él te corresponde?

—El asegura que me ama, y lo creo así por: más que le haya tolerado muchas indiscreciones, que para disimular nuestro amor he presenciado con Leticia, porque así me lo exige él. Pero Leticia es demasiado atrevida, sagáz y pérfida. Ella ha intentado inútilmente indagar si nos amábamos, y por no conseguirlo, me atormenta con sus indiscretas confianzas; ella abusa con bromas inconvenientes que no debiéramos consentirle, se permite halagarle en sus veleidades, le alienta en sus travesuras, y le disculpa y defiende en sus faltas. Todo esto, padre José, hace Leticia, para emponzoñar mi corazón, pervertiendo á Ricardo, y cuando no puede más, su venganza, se ceba en mi día hasta arrebatarlo del seno de su familia. Ya no debe tolerarse tanto.

— Tranquilízate, y ante todo considera el lugar que en esta casa ocupas. Tu padre ignora vuestra pasión, y yo respeto la reserva que guardais, siempre que no olvidéis la pureza de vuestra conciencia; pero ¿has meditado que cualquiera oposición que hagas á sus deseos pudiera redundar en tu perjuicio, ó que al menos ha de ocasionar grave disgusto en su ánimo? Ese mismo amor que te alucina ha engendrado ya desconfianzas en tu pecho y recelas de la veleidad de Ricardo y de las intenciones de Leticia; ¿cómo te expones á que Ricardo mismo, contrariado hoy, ridiculice tus quejas y secunde los propósitos de tu rival? Desde luego debes obrar con más cautela y demostrar mayor conformidad, si no quieres comprometer tu posición ni arriesgar los mejores impulsos de tu amor.

—¿Qué me aconseja V. que haga en este crítico estado? preguntó Marieta pasando su diestra mano por la frente, cual si á raíz de sus cabellos existieran los obstáculos de su confusión.

—Ser muy prudente. Dejas venir los sucesos como

Dios los prepara. Si Ricardo no desmaya en su empeño, déjale correr su suerte, porque si ha de arrepentirse, con fácil influencia volvería de nuevo á esta casa. No dejes de amarle, pero procede con sensatez en tus expansiones, sin comprometer tu candor, ni confiar demasiado en sus promesas. Vigila todos sus actos, ya que tan voluble lo consideras, y si de veras te ama, no viéndote, te lo probará mejor; si no te ama, con su ausencia suavizarás la amargura de tu desengaño. Sigue cuidando con tus dignos consuelos á D. Leandro, que ha de sentir en verdad la separación de su hijo, y procura que en tu alma no encuentre yo nunca rencor para la desgraciada Leticia.

—Pero, Dios mio, ¿cómo he de consentir que Ricardo se exponga á ningún peligro?

—No olvides el sacrificio que impongo á tu corazón, para que sea mayor la recompensa divina, y si confías en mi amistad, sufre con resignación, ama si debes amar, olvida si tu decoro lo exige, ó espera con discreción, que el tiempo cuidará de lo demás. Ahora pasemos al salón, donde deben extrañar tu ausencia las amigas. Disimula como nunca.

El padre José, levantándose de su asiento, obligó á que le siguiera Marieta, después de confortar algo su abatido espíritu con el consejo cariñoso de su discreción, demostrándole que sabía desvelarse por la familia de su antiguo compañero, é imponerse á la voluntad de su protegida.

XXXIII

Cuando el padre José y Marieta acudieron á la tertulia, Leticia, sentada al piano, porfiaba por que sus teclas, torpemente manejadas en el primer ensayo de un wals, expresasen su alegre melodía, mientras algunas de sus compañeras, con la misma habilidad escasa, le bailaban en un extremo del salón.

A su lado, Ricardo, manejando el brazo con viveza, marcaba el compás, á la vez que Valerito, muy atento, cuidaba de volver oportunamente las hojas del cuaderno musical que, sobre el atril, servía á Leticia.

Ninguno de los tres filarmónicos jóvenes se pudo fijar en la entrada de los nuevos personajes.

Algunos contertulios, quizás aburridos con la algarabía del desafinado piano, estaban asomados al balcón, mientras D. Leandro, con las respetables mamás, con más prudente tolerancia, permanecían ocupando el sofá preferente del salón.

A este grupo, que bien pudiéramos calificar de personas graves, se acercó el padre guardián, seguido de Marieta, quien procuró reprimir el mal efecto que para completar su sufrimiento le causó ver á su hermano dirigiendo con aplicación las discordantes notas que ruidosamente hacía sonar Leticia.

D. Leandro, acariciando á su hija, la hizo sentar á su lado, y dejó que su amigo el capellán ocupase una de las sillas vacías que habían abandonado otros invitados detrás de una butaca.

—¿Qué te has hecho hasta ahora? le preguntó Don Leandro, fijándose en la expresión de tristeza, que apesar de sus esfuerzos por disimularla, se reflejaba en sus sensibles facciones.

—Estuve arriba, contestó Marieta, sintiendo que de ella quisieran ocuparse en aquel momento.

—¿Porqué has llorado? Te se conoce, repitióle con curiosidad su padre.

—Nó; por nada, papá. Es que me acobardan los peligros que ha de arrostrar Ricardo en su carrera.

—Mujer, ríete de eso. En tiempo de paz, pocos azares arrostran, y si guerra hubiese, cuando menos se espere le veremos regresar lleno de gloria. Eso desean los militares para ascender, eso, repitió con despreocupación su padre, considerando como pueril lagrimeo el sentimiento justo de su hija.

El padre José, para quién no pasó inadvertido este corto diálogo, ofreciendo un cigarrillo de papel á Don Leandro, procuró abstraer su atención con otra conversación distinta, para que no insistiera con nuevas preguntas, en el asunto que preocupaba tanto á Marieta.

Al cabo de cierto rato, el distraido grupo del piano, se disolvió, dejando de atormentar los oídos de los sufridos oyentes; y sentándose en el taburete otra jóven más entendida que Leticia, renació la animación en el salón con los mágicos acordes de una rápida polka, á la que para bailarla acudieron los retraídos jóvenes que miraban á la calle desde el balcón.

Leticia, apoyándose en el brazo de Valerito, formó una de las primeras parejas que se prepararon para figurar en el baile.

Ricardo iba á sentarse en una silla que junto al piano había desocupada, cuando reparando en Marieta, se acercó á ella, y apoderándose de su mano con desenfado, la arrancó de su sitio valiéndose de estas palabras:

— Anda á bailar, que ahí te pareces á una tortuga pegada á su concha.

La prontitud con que su hermana asintió á tal invitación, reveló al padre José, que Marieta deseaba hablar á Ricardo, y á fin de recomendarle gran prudencia, les advirtió:

— Juicio, niños, que os vijilamos desde aquí.

Ricardo, al oír tal advertencia, adquirió erguido aire de jocosocomediante, ofreció el brazo á su hermana, y remedando gravedad de cumplido galán, con su cuerpo ladeado, cual si temiera tocarle el vestido, la acompañó al extremo opuesto del salón, donde se podía bailar en aquel momento con más desahogo.

Una vez allí, hízole ceremoniosa y ridícula cortesía, esperando seguidamente, con más naturalidad á su lado, que los oportunos compases de la música le permitieran danzar.

Más que por interesarle el baile, parecía apelar también á aquel pretexto para conferenciar á solas con su hermana.

— ¿Qué te sucede para que estés hoy tan séria?

— Parece increíble que despues del disgusto que me has dado en la mesa, continúes tan risueño. Voy convenciéndome de que no me amas.

— ¿Que no te quiero, pimpollo? ¿y te atreves á decir esto á un oficial?

— No estoy para oír necedades, y te repito que si me tuvieses algún cariño, no hubieras consentido lo que ha sucedido hoy. Creí que nunca serías capaz de abandonarnos á tu padre y á mí.

—¿De modo que despues de haber solemnizado tu dia realizando las ilusiones de papá, aún me reconvienes? Pues bueno está esto.

—Aún no procedo como te mereces, porque no maduras tus pensamientos y si Leticia no te hubiera estimulado, en lo que menos pensabas tú era en tal carrera.

—También esas tenemos, ¿qué tiene que ver Leticia con mi destino? ¿Siempre has de estar celosa?

—¿Como no estarlo, si te afanas por darle gusto y te desvives por ella?

—Ea, no me incomodes y alégrate, que en breve ceñiré espada.

—A costa de la tranquilidad de papá y de mi vida.

—No sermonees, chiquilla, y vamos á bailar.

Seguidamente adoptaron la figura que correspondía para entrar con aire oportuno en el compás de la polka que al son del piano se animaba.

A pesar de los impetuosos movimientos que sostenían bailando, la imaginación de Marieta, fija en su disgusto, aprovechaba aquellos breves instantes para desahogar en Ricardo su sentimiento.

— Veas de qué manera eludes tu compromiso, le dijo á aquel, para que no te separes de mí.

— Confía, que jamás he de abandonarte.

— ¿De veras?

— No lo dudes.

— ¿Desistes de tu quimera?

— Eso es imposible, pero te llevaré allá á donde vaya en el corazón.

— ¿Te complace atormentarme?

— Y serás en mis peligros el ángel de mi guarda.

— Por Dios, Ricardo, vas á ser muy desgraciado.

— No destruyas mis propósitos, porque me alienta una gran ilusión.

—¿Cuál?

—La de casarnos cuando sea capitán.

—Estás loco ó te burlas de lo que sufre mi desgraciado espíritu.

Una sonora carcajada que provocó Valero en Ricardo y otros amigos, cayéndose en aquel momento al suelo al desprenderse de él Leticia, interrumpió de repente la polka, resultando como la única contestación que mereció la última queja de Marieta.

La implacable fatalidad parecía mofarse de sus congojas.

Apesadumbrada Marieta por la impresión acerba que en su pecho ejercieron las ineludibles contestaciones de Ricardo, soltando su brazo, se asomó á uno de los balcones del salón que estaba abierto, donde inmediatamente la acompañaron otras amigas para distraerse juntas con la gente que por la calle transitaba.

Al anoecer terminó la reunión, y los convidados abandonaron la casa de D. Leandro, no olvidándose ninguno á la despedida de felicitarle y agasajar á Marieta por la importante resolución que Ricardo había adoptado en aquel solemne día.

Las palabras con que aquellos officiosos consejeros le alentaban por vez última, servian á Marieta de punzantes espinas que penetraban en lo mas recóndito de su atribulado corazón.

La enhorabuena que Leticia, sonriendo con marcada insolencia, dió á su vecina desde el último rellano de la escalera, fué para ella el mayor sarcasmo que su ensañamiento pudo inventar, dejándola exasperada con la contradicción natural de su indignación y de su prudencia.

—Procura que Ricardo no se arrepienta y nos iremos las dos de cantineras en su regimiento.

Si el padre José con su dominadora mirada no hubiese intervenido tan oportunamente, apaciguando la impetuosa impresión que esta sátira ejerció en los oídos de Marieta, alguna áspera contestación hubiese provocado quizás el primer escándalo entre las dos rivales.

—Acompáñame, muchacha, como acostumbras, le ordenó su confesor, despues de estrechar la mano de Ricardo y de D. Leandro, que se internaron desde luego en sus habitaciones.

Una vez solos en la escalera, volviéndose el padre de almas à su predilecta ahijada, le dijo:

—Nada de lo que hemos hablado olvides. Para probar el cariño que tienes à Ricardo, sufre sus contrariedades con resignación, y no te desesperen los designios de Dios, porque te harías culpable con la gratitud que le debes por la caridad de esta familia. No ignoras que perdonando en la tierra à los que mal nos quieren obtenemos con mas seguridad la protección del cielo. Ama, pues, más à Leticia.

Marieta permaneció sumisa ínterin escuchaba con atención los piadosos consejos del padre José, à quien besó respetuosamente la mano, y se retiró à su aposento sin querer cenar en aquella noche, despues de despedirse temprano de la familia.

XXXIV

Necesitaba Marieta estar sola después de las impresiones que la perturbaron en aquel día, porque cuanto más agudos resultan los disgustos que pesan sobre un corazón contrariado, más molestan y estorban los consue- los extraños, que pudieran alejarle de las ideas que le mortifican.

Se busca comunmente en el silencio de la soledad algún alivio para mitigar las fatigas abrumadoras del ánimo, y las más de las veces se le viene á colocar en un estado de aturdimiento, en el cual parece que se satisfi- ce revolviendo con ahinco las causas que motivaron el pesar, exajerando su importancia y contemplando la ari- déz de sus propias amarguras.

Cual si le fuese indispensable para conseguir su tran- quilidad tener que apurar las heces del sufrimiento, ó cual si se encontrara placer en prolongar su persistente mortificación, así permanece el espíritu abatido en los apuros en que se engolfa, hasta que rendido decae en una estéril postración.

Y en este estado, tan impresionable por exceso de la tenacidad con que se alienta el sentimiento, á medida que la reflexión investiga ó confunde las emociones que nos aletargan, las fuerzas del ánimo, debilitando su viri-

lidad, se extinguen, ó si se revuelven las ideas que le sugiere su inercia, resulta en ellas cierta lucha obstinada, que suele terminar con una resignación más ó menos virtuosa, ó con los turbulentos desvaríos de la desesperación.

Sin profundizar Marieta las cualidades de su carácter, para calmar la inquietud que se había apoderado de su pecho, y desvanecer las dudas y los celos que le atorrigaban, deseosa de proporcionar algún descanso á su cabeza, apesar de la temprana hora en que se retiró á su cuarto, seguidamente desnudóse y se acostó.

Aunque pretendió dormirse para olvidarlo todo, no pudo conseguirlo al principio.

En la imposibilidad de desechar de su imaginación los sucesos del día, se cuidó de combinarlos con los antecedentes que les precedieron en otros, y después de sostener porfiadas disuasiones, concluyó por convencerse de que la responsabilidad de la impremeditación con que había obrado Ricardo, se debía en gran parte á la perniciosa insistencia de Leticia, quien debía amarle, ó se obstinaba por extinguir el cariño con que á ella le prefería.

Con tal convencimiento, se propuso encontrar algún medio eficaz para convencer á Ricardo de cuán inconveniente le era la elección de aquella carrera, que, empezando por separarle de la familia, le había de lanzar en graves peligros de éxito aventurado para conquistar efímera gloria.

Culpaba en primer término á Ricardo, por la lijereza con que obraba aun en sus sérios asuntos, quien procedía siempre cual niño voluble que ansía los objetos, seguidamente se cansa de ellos, los destroza, y aburrido inventa alguna travesura; pero apesar de este carácter irreflexivo no podía esplicarse cómo se consideraba con

tan resuelto ánimo para abandonar su casa, desprendiéndose de los dos seres queridos que sin consuelo debían llorar después su ausencia.

Al presuncido deseo de vestir uniforme, atribuyó la decisión de la arbitraria fantasía de su hermano.

Recordaba todas las confianzas que le observó con Leticia, la conversación que con él había sostenido aquella tarde, la indiferencia con que escuchó sus quejas en el baile, las alusiones de su mordáz vecina, el empeño con que la acompañó en el piano, sus repetidas bromas, cual si nada importante hubiera sucedido, y se le resistía imaginar que Ricardo pudiese amar á su rival, ó que las promesas de su fidelidad le fuera tan fácil olvidarlas con la ausencia.

Le repugnaba ver en Leticia una osada coqueta de tan maligna índole, que pretendiese robarle un amor que ella no había excitado, y le hastiaba ya su amistad, por que sin justa causa se complacía en atormentarla por la única circunstancia de haberse negado á ser en su día lealmente expansiva con ella.

Para justificar su manera de pensar, suponía con razón, que hay secretos en el alma tan respetables, que no pueden confiarse á los mejores amigos, sin perder su esencia misteriosa.

Extrañaba desde luego el entusiasmo con que Don Leandro apoyaba sin premeditación el loco intento de Ricardo, cuando despues de la pérdida de D.^a Virtudes no le quedaba otro goce que el afecto y la compañía de sus hijos.

Le acobardaba tener que verle solo, sin más cuidado que el suyo, expuesto á cualquiera enfermedad grave, sin otro cariño que el de su gratitud, ó que extraña mujer con justos derechos le obligara á desampararla porque entonces ni aun el fraternal influjo de Ricardo la protegería.

Deseaba encontrar consuelo en las sanas palabras del padre José para alentarse con su propia prudencia y resignación modificando sus impresiones, pero la inquietud nerviosa que la excitaba, crecía y no lograba tranquilizar entónces su impaciente corazón; no podía ni aún suavizar la tirantéz de su cerebro que fluctuaba en la cabeza como endurecida masa en desecho líquido sumergida.

Eran los síntomas de una debilidad extremada, con que el continuo cavilar la amodorró, circuyendo su cabeza calenturiento cerco que oprimía sus sienes y le obligaba à cerrar los párpados con pesadéz impertinente, tan impertinente como las vagas sombras que para su descanso se obstinaba inútilmente en desvanecer.

En este estado y en las altas horas de la noche, consiguió aburrida y fatigada conciliar el sueño, no para descansar tranquila cual necesitaba, sino para aumentar su inquietud y atemorizar su corazón con las lúgubres imágenes que en perpleja vaguedad se aglomeraron en su cabeza.

Poco despues de dormirse en esta actitud violenta soñaba.

Soñaba que seducida por irresistible fantasma, subió á la cumbre de encrespado monte, desde cuya cima descubriría monstruosos nubarrones que sin reflejarlos ningún sol, esparcían tétrica luz rojiza, cual si otro fuego más intenso los inflamara.

En la cuenca de un árido y escabroso valle de inmensa longitud, que á raíz del monte se extendía, creyó descubrir alguno que otro árbol seco desnudo de follaje, cuyas ramas tronchadas yacían diseminadas por el suelo, para servir de estorbo, cual si violento huracán las hubiese desgajado y esparcido.

A uno y otro lado de la posición en que finjía encon-

t rarse imaginó ver dos inmensos montones de enormes ruinas, envueltas en espesas columnas de ceniciento humo, como si constituyeran devastadas poblaciones devoradas por el fuego, con implacable saña.

Impetuoso viento movía el humo que las rodeaba y despedía lejos de sí, muy lejos, objetos deformes que al chocar sobre el suelo se animaban é impelidos por una fuerza misteriosa se agrupaban en un mismo lugar formando compactas masas de agitados séres.

Desde aquella lejana altura no todo lo distinguía perfectamente, pero creía percibir el rumor confuso de sus movimientos y el clamor de una algarabía ininteligible, cual si la embriaguéz de terrible venganza impacientara y enronqueciera á millares de hombres.

Soñaba que aquellos séres, formados por el humo y las cenizas de unos pueblos devastados, eran efectivamente hombres valerosos, que con distintas armas se aprestaban á pelear, cual si se tratase de ejércitos bien organizados.

En ellos distinguía los vistosos uniformes de los soldados, llegaba á ver relucir sus puntiagudas armas, oía alarmantes toques de trompetas y tambores, interrumpidos de continuo por poderosas voces de mando, que resonando por todo el valle imponían lúgubre silencio y les hacían marchar forzosamente ó detenerse y prepararse para la lucha.

Y ambas masas de gente, porque ya así las calificaba en su delirio, las veía marchar frente á frente, cual si intentaran chocar la una con la otra para atropellarse y destruirse al primer empuje.

Soñaba que temía llegara el momento fatal de encontrarse en un mismo punto, y animada por un impulso sobrehumano, por sí sola, se arriesgó á bajar la vertiente que conducía á la rojiza llanura para impedir una

catástrofe, y si nó podía conseguirlo, salvar por lo menos al mas infeliz, al mas débil de aquellos hombres que, careciendo de entusiasmo guerrero, forzosamente pudiera sucumbir en la primera pelea.

Sola y anhelosa, corría por la llanura con los piés descalzos abrasados por su ardiente suelo, mientras el resto de su cuerpo, cubierto con tupido manto, no podía abandonar el frio que le entorpecía sus miembros helados.

Así creía volar por la fantástica arena, animada y fuerte unas veces, sedienta y rendida otras, sufrida y ansiosa siempre, alentándose en su noble empeño, pero desmayando al tropezar con los troncos secos que le obstruían la carrera.

¡Ay! en su ansiedad, veía que todos sus esfuerzos resultaban inútiles, porque ya los ejércitos se encontraban, se aprestaban al combate, luchaban, y despues de sembrar el campo de mutilados miembros, retrocedían para volver á encarnizarse de nuevo en su infernal esterminio.

Y la exaltada imaginación de Marieta pugnaba por seguirles; y les seguía sin amedrentarla el fragor del combate, el estrépito de los truenos, ni el repugnante esparcimiento de cadáveres ensangrentados.

Continuó su ansiedad en aumento, secándosele las fauces, ahogándose en su cansada respiración, desfallecida, atolondrada ó loca por el temor que le infundían las descargas de fuego, los iracundos clamores de los combatientes y los quejidos lastimeros de los que con vida aún esperaban una suerte horrible en aquel campo de desolación.

Se obstinaba por seguir hasta el fin de aquella larga, ilusoria jornada, persiguiendo el ideal que le alentaba, cuando repentinamente se encontró detenida por mano

vigorosa, que desde el suelo le sujetó él manto y la dejó como enclavada, sin mas aliento ni resolución.

Forcejó entónces por desasirse y aún queria proseguir mas su vertiginosa carrera, aunque abandonara su vestido sin descuidar momento; pero sus fuerzas las habia agotado ya con tanta lucha y de tal suerte, que permaneció embobada.

Volvió su rostro pasmada hácia el objeto que la detenía, y sus ardientes ojos tropezaron con el cadáver ensangrentado de un jóven oficial, cuyo lívido rostro, con espresión desesperada, la horrorizó.

Un ¡ay! doloroso que realmente resonó en sus oídos, escapado de su fatigado pecho en aquel momento de terrible angustia la despertó, encontrándose sobrecogida, fria, temblorosa y anegada en copioso sudor, que habia empapado las ropas de su cuerpo.

Las imàgenes terribles de su visión le ocasionaron tan molesta inquietud, que no le consintieron descansar en el resto de aquella noche, conformándose con tener que esperar la llegada del día, envuelta en densa oscuridad, para olvidar sus lúgubres pensamientos.

XXXV

Pálida y ojerosa, despues del desvelo y de los desvarios de la noche anterior, levantóse Marieta por la mañana temprano para escribir á Ricardo sus tristes impresiones é intentar disuadirle de su resolución arriesgada, creyendo que por medio de sus escritos le persuadiría mejor que con sus palabras.

Vana suposición, porque despues de leer Ricardo aquella carta, en que mas apasionada que nunca razonaba sus temores como mujer lastimada en sus esperanzas, se atrevió á recomendar á su padre que no olvidase influir con los diputados del distrito, para que cuanto antes alcanzara la real gracia que solicitaba, porque segun aseguró en la hora del almuerzo, habia soñado la noche anterior, con suerte tan propicia, que en poco tiempo confiaba ganar los inmediatos ascensos.

Usando jocosas alusiones, que aumentaron los recelos de Marieta, demostraba Ricardo complacerse en hacerla sufrir, desestimando sus quejas, ó por lo ménos desatendiendo sus razones.

Poderosas y bien fundadas fueron también las que expuso á D. Leandro para que modificase su aprobación, pero como resultasen estériles sus súplicas, é inúti-

les otras gestiones nuevamente intentadas, tuvo que avenirse por último á la prudencia y resignación que le había recomendado al padre José para suavizar su conformidad.

En aquel mismo día D. Leandro escribió á los diputados que en Cortes representaban su distrito, y las expresivas contestaciones que recibió poco después, hicieronle considerar resuelto el éxito de su pretensión para breve término, con cuyas promesas favorables empezaron los preparativos y se activaron las diligencias que se seguirían para ingresar en el ejército bajo la forma manifestada.

Cada noticia que de Madrid se recibía, cada conversación que en la casa se sacaba ó disposición en que Marieta debía intervenir, le servía de secreto tormento para mortificar su espíritu, pudiendo á duras penas disimular sus disgustos con prudencia.

Ya casi por sistema continuaba exajerando los peligros que eran de esperar en el porvenir de Ricardo, conforme su inexperiencia é ilusos presentimientos se lo hacían comprender, y como en toda su vida se le había ocurrido ocuparse de la suerte de los militares, no era posible convencerla de que para ellos hubiese épocas de servicio normal, sin exposición de ningún riesgo, con tal de que se sujetasen al cumplimiento de la ordenanza.

Verdad es que en la ciudad apenas veía otra tropa que la que pasaba de tránsito para sus destinos.

Por esta causa seguía impresionada con la desastrosa visión que soñó en la noche primera, después que Ricardo hubo solicitado su charretera, y no era posible que las razones de toda amiga imparcial la disuadiesen de su exajerado error.

Contribuían á ello los alientos que Leticia infundía en el ánimo de Ricardo, las adulaciones que atrevida-

mente le dirigía respecto á la gallardía con que había de vestir su uniforme, causa, según sus fútiles apreciaciones, de que las mujeres de corazón y de sangre ilustre le prefirieran y le supieran amar como él se merecía.

Tan directas se fueron haciendo en tal sentido las insinuaciones de su rival, tan expresivas y audaces sus lisonjas, que ya Marieta no pudo creer que intentara solo mortificar su espíritu, sino que para saciar su venganza veía á Leticia predispuesta á conseguir de Ricardo que correspondiera á sus galanteos.

Dominante en sus entrevistas sucesivas, como nunca lo había demostrado, fué imponiendo sus deseos contra los deseos de Marieta, y desgraciadamente se observaba que Ricardo, aflojando ante las exigencias de la seducción, y caprichoso en otras ocasiones con irreflexiva volubilidad, se atemperaba siempre á complacer á su vecina mejor que á su hermana.

Y aunque luego se excusaba con tener que diferenciar las atenciones que correspondían por urbanidad á las señoritas extrañas de la casa, la verdad es que su proceder nada disculpable era, y que los celos, con justa indignación, arraigaron y se desarrollaron en el pecho de Marieta, no ya para exacerbar su carácter, porque las circunstancias de su gratitud se lo impedían, pero sí para sumir su ánimo en persistente y roedora melancolía.

A este estado llegó Marieta con sus reflexiones, teniendo por necesidad que atemperarse á todo, lo mismo á la satisfacción de D. Leandro y á la conducta de Ricardo, que á la trama con que Leticia conspiraba contra el sosiego de su corazón.

Mientras tanto, ambos hermanos continuaron sosteniendo su correspondencia escrita, por una parte para reproducir las quejas del día; por otra para desvanecer

sus fundamentos con respetuosas seguridades y constantes protestas.

Ante D. Leandro y los amigos de la familia, las apariencias de un gran disimulo sirvieron de base favorable á Ricardo y á Marieta para acreditar cada cual su discreción.

XXXVI

Ya la real gracia había llegado á Orihuela nombrando á Ricardo subteniente del provincial de infantería de Valencia; ya ufano lucía su marcial uniforme desechando para todo uso sus trages de paisano, y disfrutaba con alegre holganza el mes de licencia que en la órden se le concedía, antes de incorporarse á las filas de su batallón, residente en aquella época en Segorbe.

En el ínterin se le pasaban todas las horas del día fuera de casa, frecuentando el casino ó visitando amigos y conocidos, ó dedicando largos ratos á escuchar de labios de las jovencuelas con quienes se trataba, lisonjeros plácemes y corteses adulaciones por sus deslumbradoras insignias.

D. Leandro no cabía en su pellejo de contento, el agraciado miraba con altivéz y casi con mengua á los camaradas que en breve tenía que dejar en la ciudad, y Marieta deploraba en silencio la realización de sus pronósticos, mientras Leticia demostró quedar fascinada con el marcial continente de su vecino.

Era el único aliciente que le faltaba para engreirse con su amistad y reproducir las asechanzas persistentes de su coquetismo.

Hacía días que apenas pisaba aquella la casa de Don

Leandro, y si bien con tal suceso Marieta descansaba de sus satíricas bromas y malévolas persecución, en cambio le desazonaba observar que Ricardo no pasaba una sola vez por la puerta de su casa, que no mirase á los balcones ó entrase en ella á saludarla.

Continuas quejas se originaron entre los hermanos por semejantes atenciones, y ya las protestas conque Ricardo procuraba desvirtuar las quimeras de Marieta no alcanzaban á persuadirla ni á evitar que recelase del retraimiento que adoptó Leticia, dejando de acompañarla por las tardes en sus horas de trabajo.

Apesar de las excusas conque disculpaba sus ausencias, como no es tan fácil desvanecer los celos que se filtran en el corazón, Marieta espiaba con finjida indiferencia los saludos, las palabras y aun las miradas con que aquella ligera amiga seguía provocando á su hermano en parajes públicos.

Nada pasaba inadvertido para su suspiciosa, pero cuanto más aumentaban sus sospechas, más reprimía la demostración de sus temores.

Una noche en que ambas familias salieron juntas sin acompañarlas D. Leandro, á efectuar algunas compras en las tiendas de comercio de la calle Mayor, Marieta, que respetuosamente daba su brazo á la mamá de Leticia, demostraba estar iracunda ó irritada porque no podía escuchar la conversación muy animada, que á algunos pasos de distancia sigilosamente sostenía Ricardo con su vecina.

Unicamente podía observar que cuando más formales se hacían los ademanes de Ricardo, más provocativa risa excitaban sus palabras en Leticia.

Y aquel continuo reír veía que exasperaba á Ricardo y que entusiasmaba á su amiga, quien con signos negativos demostraba no convencerse ante las razones que aquel le exponía.

Desconociendo el asunto que trataban con tanta insistencia en aquella noche, y temerosa de que se ocupasen de ella ó sospechando que con impune audacia pretendiera burlarse de su persona ante Ricardo, deseaba con curiosa indignación averiguarlo á todo trance.

A su regreso, y una vez cerca de la casa de Leticia, Marieta se desprendió violentamente de la señora que cojida de su brazo le retenía su andar, y al situarse, casi de un salto, detrás de su hermano, creyó oír al vuelo esta frase, que interpretó como terminación de alguna cita combinada.

—A las doce todos duermen.

Concluyó de convencerle en su suposición la sonrisa maliciosa de Leticia, mas forzada y espresiva desde que se apercibió de la repentina presencia de Marieta, de la cual no pudo prevenir á Ricardo de otro modo para cambiar de conversación, que exclamando con insinuante vehemencia:

—Está bien; y así concluyó el cuento.

Pensó Marieta que estas palabras pronunciadas con precipitación por Leticia, habian de servir para obligar á que Ricardo notase su llegada, pero mas sobrecogido el carácter de este en las ocasiones críticas que el de su desenvuelta interlocutora, en vez de corresponder con su serenidad, conturbose al ver á su hermana á su lado, y cual niño que es sorprendido en reprehensible disblura, se internó presurosamente avergonzado en el portal de su casa, esperando la llegada de Marieta para no dejarla subir la escalera á solas.

Llegó esta á poco rato bastante inmutada, despues de sostener con audáz altivéz su airado gesto, correspondiendo así á la provocativa sonrisa de su vecina, de quien se despidió con marcada seriedad, contribuyendo á abreviar tan violenta escena la impaciencia con que la mamá

de Leticia, estraña á la provocación que ambas soste-
nían, manifestó por penetrar en su casa rendida de can-
sancio.

Cuando Marieta se incorporó á Ricardo en el portal,
detúvole antes de que pretendiera rehuir su conversa-
ción, preguntándole con fingida calma:

—¿Qué cuento es el que acabaste de contar á Leti-
cia cuando me acerqué á vosotros?

Confuso Ricardo con aquella pregunta, que no sabia
de qué manera satisfacer, respondió á su hermana con
indecisión, dirigiéndose lentamente á la escalera seguido
de ella.

—¿Cuento?... No recuerdo haber contado ningun
cuento.

—O historia, que es lo mismo, porque Leticia lo ha
dicho.

—Pues no recuerdo, podrá ser alguna broma suya.

—¡Flacos olvidos tienes, cuando debisteis tratar de
brujas!

—¿Por qué me dices esto?

—Porque salen ellas despues de las doce, cuando to-
dos duermen.

—Vaya una alusión importante para que te preocu-
pen las horas.

—Mucho podrá serlo cuando te falta confianza para
referirme lo que habeis hablado.

—Asuntos indiferentes para pasar el tiempo.

—Así deba ser, porque de otro modo no se hubiese
reido ella tanto.

—¿Te inspira celos hasta la risa de Leticia?

—No; ni tampoco cuando tu seriedad se la provoca.

—Pues entónces ¿á qué machacar tanto?

—Por si pudiera desimpresionarte de tu turbación.

—No divagues porque ya me cansa tu susceptibilidad.

—Lo creo, y por esto respeto tus excusas.

Al propio tiempo que Marieta sin conseguir indagar nada ponía término con su última frase á la cuestión entablada con Ricardo, llegaron ambos al piso principal, en cuya puerta de entrada se separaron, dirigiendo aquella severa mirada al hombre que le escatimaba la confianza de sus pensamientos.

Por muy despreocupada que sea la mujer, nunca puede ver con calma las reservas que sorprende en el hombre á quien ama.

Ella podrá sufrir, sabrá disimular ó engañar, segun su carácter, pero no tolerará que la dejen agobiada con sus sospechas, porque así arraigan los celos con mas amargura en el corazón.

Y los celos no atormentan solo con su impaciencia, sirven de aguijón á las ideas que los enjendran, esclareciéndolas ó confundiéndolas á su antojo, mientras el ánimo no descansa hasta que logra satisfacer su curiosidad.

Con tal zozobra, dejó Ricardo intranquila á Marieta aquella noche, sin cuidarse de despedirla con cortés atención.

XXXVII

Lóbrega y encapotada por gruesas nubes, que ocultaban la luz centelleante de las estrellas, estaba la noche en que los hechos de nuestra narración continúan.

La larga calle de San Agustín, donde moraban nuestros protagonistas, tenía sus escasos reverberos apagados después de las once, contribuyendo con su densa oscuridad á que no se pudieran distinguir á corta distancia ni aun los perros vagabundos que la cruzaban olfateando las basuras del arroyo, en busca de algún desperdicio abandonado.

El sereno de la calle, con su farol escondido bajo su manta, y su carabina abandonada á un lado, permanecía sentado en las gradillas de la inmediata iglesia, sin recelo de que otra cosa le interrumpiera su sueño, más que las campanas de la torre cercana, para hacerle cantar de quince en quince minutos, con voz gangosa la reverente salutación de "Ave María Purísima," á la que por variar de tono seguía anunciando con estentóreo falsete la hora oportuna.

Más que vigilante de un distrito, pudiera distinguírsele por centinela nocturno de la Iglesia en que hacía interminables sus paradas.

Los altos edificios que forman la calle solían tener

después de las diez en otoño é invierno cerradas todas sus puertas y balcones, resultando así más sombría en noches como aquella, que la luna no prodigaba su claridad.

Los apresurados pasos de algún trasnochador resonaban de tarde en tarde en las aceras con más ó ménos sorda repetición, según la distancia que recorría su eco.

Algún ahullido de los hambrientos perros resonaba en el espacio, y á lo léjos se perdía en son lastimero como quejido de la angustia que salía de su vientre vacío.

Para la mayor parte de los vecinos pasaban inadvertidas estas interrupciones, que alteraban la quietud y el silencio general de la ciudad desde las horas de media noche, menos para algunos individuos de la casa de Don Leandro, que contra su costumbre seguían despiertos en aquella hora.

La luz interior de la habitación de Ricardo se destacaba en el edificio de enfrente con clara intensidad, por ser la única puerta de balcón que en toda la calle se veía abierta.

Sin embargo, aunque sin luz que lo delatase, tampoco estaba cerrado el balcón del cuarto de Marieta, en cuyo dintel se encontraba arrebujaada, contemplando la claridad del piso bajo y la sombra del cuerpo de Ricardo cuando cambiaba sus movimientos, como si pasease por la habitación con impaciencia.

Olvidando sin duda Marieta las correrías nocturnas de su infancia, en las que con tanta fatiga tuvo que ganar su pan, permanecía ansiosa y asustadiza ante cualquiera leve rumor que se apercibía en la calle.

Después de cenar con aparente tranquilidad, se había retirado á su cuarto, y en vez de desnudarse para dormir, cuidóse de cambiar su vestido de paseo por otro

traje más holgado y sencillo, y de desatar las hebras de su cabello, descuidándolas sobre la espalda como abundosa madeja de seda negra.

Terminados estos preparativos, apagó súbitamente la lamparilla del dormitorio que le sirvió para aligerar su tocado, y abriendo con cautela las puertas de su balcón, sentóse en el mismo lugar, en que permanecía inmóvil, taciturna y abrumada por dolorosa emoción.

A través de su tersa frente, despejada con aquel peinado, aparecían en toda su extensión los surcos de esa tristeza, que la reflexión pesada convierte en aburrimiento, cuando algún temor, importunando los pensamientos, anuda el corazón y enturbia los ojos.

De sus hermosas pestañas se desprendían de vez en cuando gruesas lágrimas, como puras gotas de agua mal contenidas en su manantial, las cuales se enjugaba con un pañuelo que sostenía en la mano.

Los suspiros frecuentes, que en su oprimida garganta sofocaba, hacían latir con violencia su seno, en el cual se perdía alguna que otra de aquellas lágrimas para hacer más ardiente la intensidad del pesar que le atormentaba.

A la vez gran impaciencia la detenía allí con su mirada fija en la movable sombra de su hermano, distrayéndose solo de su extática contemplación para aomar su cabeza fuera del balcón, como si esperase á alguien que tardaba, ó le interesara espiar la soledad de la calle.

En su memoria revolvía con persistente repetición una á una las palabras que al retirarse aquella noche le había contestado Ricardo sin acallar sus quejas, y le afligía ver confirmada la sospecha que en su celoso ánimo se había forjado.

Nunca Ricardo tenía abierto el balcón de su sala ni

solía pasear por ella en altas horas de la noche, lo cual probaba á Marieta que aquella frase cogida al vuelo, de que á las doce todos dormían, no era el fin de un cuento inventado, sino el principio de una funesta realidad que iba á presenciar.

Y ella, que temía ser la víctima expuesta á la veleidada de su hermano y á las exigencias de una amiga coqueta, ansiosa por salir de dudas, tampoco dormía y aguardaba á que aquella luz se apagase, aquellos paseos cesaran, ó la escena, para mayor sufrimiento, cambiase con la presencia de Leticia.

La incertidumbre de lo que pudiera sobrevenir, la impaciencia con que contaba los minutos, el temor de que se confirmara el desengaño que alentaban sus recelos, le hacían interminables las horas, más cruel su abatimiento y más insufrible la frialdad de la noche.

Ya el impasible sereno había cantado con soñolienta torpeza las doce, poco despues las doce y cuarto y sin embargo todo continuaba sin alteración, nadie daba señales de abandonar el sitio que ocupaba.

Muy cerca de las doce y media, vió Marieta reflejar otra luz sobre la pared de enfrente, que correspondía á la casa de Leticia, y era que esta, para cerciorarse de que Ricardo la esperaba, acabó por abrir su balcón.

Como si tales luces sirviesen de señal convenida para acudir Ricardo y Leticia á su cita, inmediatamente que brilló la última, se apagaron ambas, dejando la calle por completo á oscuras.

Cuidadosos movimientos dejáronse apercebir en uno y otro balcón, los cuales permitieron comprender á Marieta, que la hora fatal de su desengaño, había por fin llegado.

Poseida de gran indignación, en aquel momento estuvo á punto de hacer estallar su emoción irascible, con-

venciéndose de la infidelidad de Ricardo, pero el interés de saciar su curiosidad la contuvo, afortunadamente, en los límites de su prudencia, y reprimiendo el aliento, reclinó su cabeza sobre el banco inmediato de una maceta, que allí tenía, para así prestar toda su atención, y ejercer más vigilancia.

Mientras tanto, dióle Ricardo sus buenas noches á Leticia y la preguntó seguidamente con impaciencia:

—¿Qué me contestas por fin á lo que antes te dije?

—Que tus palabras deben oírse siempre como se oye llover.

—¿Aún sigues bromeando? ¿Acaso me crees capaz de engañarte?

—No avanzo tanto, pero os es tan fácil á los hombres decir que amais, que vuestras declaraciones deben recibirse con cautela.

—Pero no destruyendo la esperanza.

—Mis esperanzas, Ricardo, valen tanto, que solo debo concederlas á cambio de méritos que las superen.

—¿Esquiva te haces?

—No, prudente, hasta que las pruebas que yo estime imponer me satisfagan.

—Si por cuestión de pruebas estás indecisa, á tu arbitrio quedo esclavizado.

—Gracias por tu amabilidad, pero no me atrevo, Ricardo. Me lo impide un gran recelo que me inquieta.

—¿Cual?

—El de la desconfianza.

—¿Porqué en breve voy á partir de la ciudad?

—No. Eso para mí no serviría de obstáculo siempre que tu corazón supiera desde lejos, latir exclusivamente por mí.

—Desde luego puedes confiar que así sucederá.

—No lo creo, exclamó Leticia sonriendo. No te será

posible, Ricardo, porque cuando otro cariño os ha preocupado á los hombres alguna vez, es muy fácil reproducir con los recuerdos los antiguos impulsos. Ya ves con cuanta precaución debe mirarse el primer arrepentimiento para no servir de víctima en el segundo.

—Acabáras de una vez con tus celos infundados.

—¿Celos yo, antes de aceptar tu amor?

—Llamo celos, á esa prevención que duda de la sinceridad de mis palabras.

—Sobrados motivos tengo, porque bien has demostrado amar de veras á Marieta.

La aludida que desde que empezó el anterior diálogo sentía correr por todo su cuerpo fría conturbación nerviosa, al oír pronunciar su nombre, vióse acometida por tan violento temblor, que tuvo necesidad de asegurarse en su asiento para no caer desfallecida al suelo.

Muy ageno Ricardo á que la despreciada amante pudiera estar enterándose de su conducta traidora, continuó con desembarazo la conversación que interesaba á Leticia.

—Confiesa que si yo la amara, no solicitaria ahora tu amor.

—Bien pudieras buscar en nueva pasión algun motivo para hacer mas llevadero el desencanto que por fin has tenido con esa hermana llovida del cielo.

Leticia acentuó con burlesco sarcasmo sus últimas palabras, que resonaron dolorosamente en el atribulado corazón de Marieta.

—Pero no te he dicho repetidas veces que le declaré mi amor por no aburrirme en el campo ¿es que no quieres convencerte?

—Ya sé que de allí nació; pero tampoco me negarás que os amais todavía.

—Cuidado que eres terca ¿por qué piensas así?

—Porque el día de su santo le regalaste una sortija, y aún bailaste con ella?

—No pasó de ser todo una atención propia del día.

—Y del interés que inspira la mujer á quien se ama.

—No seas tan cruel con tus sátiras.

—¿Es que te enoja mi franqueza?

—No cabe, Leticia, que contigo me enoje, pero por vez última te pido que no des importancia á lo que ha pasado como mero pasatiempo. Considera lo sucedido como ensayo para aprender á amarte.

—Si no te conociera, diría que te propones poner á prueba mi candidéz, como te has burlado de la ambición de Marieta ¿pues qué, el amor necesita ensayos?

—Interpreta cual deseo mi sentido. Ya sé que para amarte basta someter al ardimiento de tus ojos la tranquilidad del corazón, pero he querido asegurarme de que te amaba de veras, poniendo á prueba mi cariño con Marieta.

—Candorosa disculpa. Deja por Dios que me ria.

Leticia, para mortificar á Ricardo, soltó finjida carcajada, que sin hacerle mella, heló de espasmo á la paciente Marieta.

—Rie cuanto quieras, interrumpió Ricardo, pero bien debió desconfiar Marieta de que nuestras relaciones pudieran seguir adelante, porque de temer era que papá no las hubiera consentido cuando se hubiese enterado.

—Mal lo demuestra, porque esta misma noche me ha provocado con insolente mirada. Si no hubiese respetado mi educación, le arranco los ojos, pero.... dèjese que la cabra tire al monte... Yo la desprecio.

—No te preocupe su carácter, porque ya conoces que con génio y figura se llega hasta la sepultura.

—Pues conociendo tú esto mismo, no sé qué dichas podías esperar de ella. ¡Esceleste papel hubieras hecho enlazando tu apellido con el de... *una cualquiera!*

Marieta ya no quiso oír mas insultos, ya no pudo seguir sufriendo allí con mas calma, volvió airada su cabeza como para increpar á la insolente amiga, que apelaba á su humilde orfandad, destruyéndole las ilusiones mas queridas de su alma.

Intentó apostrofar la perfidia de Leticia y la crueldad de su hermano, pero torpe la lengua, áspera y seca la garganta, en el acceso de su indignación reprimida, no pudo hacer mas que temblequear convulsamente con sus lábios; no pudo hablar.

Movió sus brazos con ademan provocativo sin reparar cuan ineficaces eran sus señas amenazadoras en la oscuridad que reinaba; y desalentada levantose con debil vacilación, arrastró sus pies algunos pasos mas allá, apoyándose á tientas en la pared, hasta que tropezando en una butaca dejó caer el cuerpo en su asiento cual muñeco inerte.

El balcón por donde penetraba el helado cierzo de la noche seguía abierto, y sin embargo le faltaba aire, en aquel momento se ahogaba.

Profundos suspiros exhalaba sin interrupción su pecho y llevaban su cabeza de acá para allá con violenta fatiga, cual si enloquecida luchara con los furores de la desesperación.

Su angustia la acongojaba mas y mas por no poder hablar, hasta que por fin copioso llanto afluyó á sus ojos desencajados y descargó la enorme amargura que desvanecía su pobre espíritu.

Continuó largo rato llorando sin consuelo enmudecida en aquella abandonada actitud, mientras Ricardo solici-

taba indignamente el amor de su esquivo vecina, la cual continuó complaciéndose en exasperar su deseo para lograr con mas seguridad envolverlo en sus redes seductoras.

XXXVIII

Los primeros albores de aquella madrugada sorprendieron todavía á Marieta recostada en su butaca con los brazos abandonados fuera del asiento y con los ojos escaldados de tanto llorar, aniquiladas las fuerzas del cuerpo y sin alientos siquiera para reflexionar en lo estéril que es el decaimiento del espíritu si se le abandona á la crudeza del pesar que le abruma.

Aturdida por la ruda impresión de su desengaño parecía haber perdido la razón y la memoria, de la misma manera que tan de pronto había enmudecido.

Apenas recordaba nada, puede asegurarse también que en nada pensaba, por más que su mirada incierta divagaba en la oscuridad del cuarto, cual si con avidez buscara algo que le interesara, que la arrancara del foco de los sentimientos y le obligara á volver á la realidad de las ideas.

Sufría y no se daba razón del sufrimiento, lloraba y sus lágrimas no aligeraban la pena de su corazón; servían solo para enturbiar más sus hermosos ojos, faltos de sensibilidad, faltos de esa luz misteriosa que sabe arrancar de las tinieblas destellos luminosos para presentar claras las situaciones al espíritu cuando solloza privado de reflexión y de consuelo.

No desesperada; pero sí violentísima en su crítica inacción pretendió maquinalmente levantarse, y al intentar sus piernas flaqueando no pudieron sostener el equilibrio del cuerpo, que se desplomó cual pesada estatua despedida por su desnivelado pedestal.

Allí permaneció tendida soportando la dureza del suelo y la frialdad que por el balcón entraba, sin respirar apenas, casi suspensa la circulación de la sangre y sin acción para levantarse, hasta que una fuerte risa sardónica contrajo sus labios y conmovió con violencia su seno, dejando escapar algunos agudos suspiros de su alma que por fortuna nadie escuchó.

La infeliz temblaba toda convulsiva, sentía frío y calor y á la vez lloraba.

Pero ya este llanto mitigaba la fatiga sensible de su corazón, ya la abundancia de sus lágrimas despejaban su cabeza, suavizaban la respiración y calmaban las oscilaciones de su oprimido pecho.

Empezaba á conocer la intensidad de su dolor y pretendia coordinar sus ideas buscando en su propio desorden el consuelo que necesitaba para volver á la vida, á la vida que creia perder en aquel momento.

Pugnó por levantarse, y apoyándose en una de sus sillas, se acercó á la mesita de su estudio para encender la lamparilla, que procuró apagar á media noche para no descubrir su desvelo.

La oscuridad en que había permanecido indiferente hasta entonces le causaba miedo, y ya ansiaba la luz, mucha luz para distinguir mejor la intensidad de su desgracia.

Acercóse vacilante al balcón, y sin fijar su mirada en la blanquecina claridad que anuncia en el horizonte la llegada del crepúsculo, cerró despacio sus puertas por que la luz oscilaba, y ella sentía frío, intenso frío que

contraía sus miembros y le hacía estar acobardada por un miedo que en tales circunstancias no se sabe definir.

El miedo que influye en las grandes desgracias de la vida, para hacérsola más desabrida, cuando ellas mismas cohiben los estímulos de la resignación.

Encerrada así se postró devotamente de rodillas ante la modesta imágen de su antigua patrona la Virgen del Remedio, que se destacaba en sencillo cuadro para verlarle su sueño y enternecida exclamó con profunda veneración:

— ¡Madre de los cielos! no me desampares tú ahora.

Inclinó su cabeza y extendió sus brazos, cruzando las manos sobre la cama que no estaba aun desecha, y cual si mentalmente continuara su ruego permaneció absorta algunos segundos en reverente actitud, sollozando con igual angustia, pero ansiando con mas confianza los poderosos consuelos del Cielo.

Encontróse poco despues, sinó consolada, algo más reanimada ya para reflexionar y decidir lo que en tan críticas circunstancias debía, naturalmente, aconsejarle su razón, y abandonando aquel recogimiento piadoso, se dirigió á ocupar de nuevo su butaca.

Miróse antes, accidentalmente, al espejo de su tocador y emocionada ella misma de la expresión aflictiva que se reflejaba en su semblante, separó los desordenados cabellos que caían sobre su frente, y quiso retroceder pero careció de resolución.

Una pequeña fotografía de Ricardo, enclavada en un ángulo del espejo, formando simétrico orden con otra de igual tamaño de D. Leandro, que ocupaba la esquina opuesta, la retuvo allí y ante aquel retrato que le sonreía con dulzura, su corazón no pudo contener los efluvios de su pesar, su memoria no pudo evitar el tropel de recuerdos que le abrumaban.

¿Cómo Ricardo á quien siempre creía de bondadoso carácter, la trataba entonces con tanta crueldad?..... ¿Porqué mintió tan desvergonzadamente?..... ¿A qué obedecía engañarla con tal perfidia?.....

No le hubiese ella descubierto nunca las secretas inclinaciones de su corazón, si espontáneamente él no la hubiese buscado; no le hubiera confesado su amor, la pasión misma que ahora indignamente ridiculizaba, ni sin oírle prestar un solemne juramento se hubiera atrevido á considerarle más que como hermano.

¡Era antes tan feliz ella con su fraternal cariño con sus misteriosas simpatías, que su candidez creía no necesitar más que los recuerdos de su infancia, la gratitud de sus atenciones, la satisfacción de verle y hablarle para considerarse dichosa en su presencia!

Pero desde que Ricardo la exigió con insistencia el juramento de amarle mientras viviera, á raíz de las promesas que tan envidiable ternura engendraron, había concebido en su imaginación ilusiones halagadoras de una felicidad desconocida é incomprensible, había acariciado otros anhelos, sentía en su propio pecho vehementes conmociones de dulces deseos y de ansiosa ambición, egoistas en absoluto por él y solo para él.

Y esas ilusiones concebidas y desarrolladas al amparo de una sólida confianza le habían servido de estímulo para considerar, exclusivamente suyo, el cariño de Ricardo, como el corazón de ella no latía yá más que por él.

De repente esas gratas ilusiones tan soñadas como apetecidas, le sonríen aún; pero perturban su tranquilidad al pretender otra mujer sondear los misterios de su corazón, al ver que de ellos se recela cual si fuesen culpables y que se acechan, se persiguen y con saña inícuca se destruyen, emponzoñándolos en un momento dado. Matándole las esperanzas con un terrible desengaño.

¿Qué debía hacer en situación tan violenta? No lo sabía.

Si atendiera á los impulsos que dimanaban de sus reflexiones, alternando de recuerdo en recuerdo, de duda en duda, sus ideas vagas, su memoria sin concierto era capáz de envolverla en delirante obcecación, que por saciar el despecho de su venganza la indujera hasta un fin siniestro.

Tal indignación le inspiraba en sus ideas la felonía de Ricardo, la pérfida amistad de Leticia, inconcebible únicamente cuando el sentido común se perturba.

Si por el contrario se dejaba impresionar de la ternura de su corazón, suaves suposiciones la engañaban, porque como en su pecho no cabía otro afecto que el de Ricardo, todo estímulo extraño que contrariara su ideal, le resultaba repulsivo é inconcebible, aún á pesar de la funesta realidad presenciada.

Se le resistía creer en lo que había oído, por mas que las frases las conservaba impresas en su memoria.

Había experimentado con cuanta crueldad la injuriaba aquel horas antes, achacándole una intención especuladora, y por lo tanto perversa, cuando los puros impulsos de su alma no los movía otro interés que la ambición noble de reconcentrar en su pecho el corazón de Ricardo para hacerle feliz, en íntimo consorcio con su ternura apasionada.

Y cuando impelida por su natural desengaño se fijaba en el dolor y en el vacío que su presencia aporta, no se atrevía á culparle, más bien le inspiraba compasión, considerándole todavía con inconsecuencia infantil, repriminando exclusivamente á la audáz vecina que sacrificaba su sueño, y á su parecer, el decoro, por arrebatarle un cariño nacido en su infancia desgraciada, robustecido con sus desvelos, santificado por la postrera reco-

mendación de su madre providencial, y mirado como respetuoso misterio.

Mientras así divagaba preocupada, sus ojos encendidos sin pestañear, contemplaban con doloroso ánimo el retrato risueño de Ricardo, cuya sonrisa juvenil penetraba en su pecho como sarcasmo insultante á su desvelo infortunado.

Al separar de aquella cartulina su mirada, volvió á ver perfectamente reflejadas en el cristal del espejo las huellas de su sufrimiento que, como todo dolor íntimo que emana del alma, cuanto mas intensas son sus emociones, mas realzan á veces la hermosura del afligido semblante que las soporta.

Si Ricardo hubiera tenido ocasión de sorprenderla en aquel instante mas hermosa que nunca á causa de la expresión de tristeza y dolor hubiera sentido en su conciencia perdonables remordimientos, que hubieran llenado de consuelo el atribulado espíritu de su desgraciada hermana, porque ciegamente le amaba.

Pero se encontraba sola, mientras Ricardo tranquilo dormía en su habitación, é inspirada sin duda por un arranque de su orfandad insultada, dirigióse á la mesa de su estudio, sentóse con descuido en silla que violentamente colocó delante de ella, y tomando con trémula mano una pluma, empezó á escribir rápidamente sobre una cuartilla de papel, á la vez que con el pañuelo que sostenía en la otra, se enjugaba las lágrimas que por sus encendidas mejillas corrían.

Alguna vez, como muy fatigada, tenía que dejar la pluma, y pensativa, reclinaba su cuerpo sobre el respaldo de la silla para volver á seguir el rumbo de sus ideas con fácil vacilación interrumpidas.

Por fin, despues de garabatear su firma, cesó de escribir; y cubriendo sus ojos con ambas manos, quedó por un instante entregada á su acerbo sentimiento.

De repente cesó tambien de llorar, tomó con resolución el papel escrito, y con remiso acento, lo leyó para revisar su contenido.

Aquel papel decia así:

“Ricardo; nunca sospeché que mi crédulo corazón te
“sirviera de juguete. Como antes lo hubiera previsto,
“nada me hubiese interesado tu última conversación con
“Leticia. Desgraciadamente la oí desde mi balcón para
“conocer la perfidia que cabe en tu alma. Puedes amar
“á Leticia desde hoy, porque es de mas ilustre cuna que
“yo, es mas rica, mas galante y mas hermosa....

“¡Que ella te haga feliz!... pero nunca juegues con su
“amor como has ofendido el mio, porque no tendrá tan-
“ta dignidad para decirte en caso igual como yo te lo di-
“go. Ricardo, solo á Dios amo ya.—*Marieta.*”

Seguidamente dobló el papel, cubriéndolo con un sobre, que cerró, abrió la puerta de su cuarto, de puntillas bajó al otro piso, echó la carta por bajo de la puerta de Ricardo, y con suma lijereza volvió á su habitación, porque se encontraba calenturienta.

No la despechaban los celos, era la crueldad del engaño lo que hacia arder sus sienes; la primera ilusión perdida y el insulto hecho á su credulidad candorosa era lo que desgraciadamente tenía que llorar Marieta, lo que destrozaba su abatido corazón.

XXXIX

Cuando algunas horas despues salió de su habitación D. Leandro, estrañó no encontrar á sus hijos, que solian esperarle en su despacho, para felicitarle los buenos dias antes de concurrir juntos al desayuno.

Al propio tiempo censuraban las criadas que aún no hubiesen despertado los señoritos apesar de la hora avanzada.

Las saetas del reloj de pared que sobre larga caja de pino pintado ocupaba un hueco de la galería inmediata señalaban las ocho y media.

Acercose D. Leandro primero al cuarto de su hijo para despertarle ya, si aun dormia, á la vez que este con fruncido ceño oyendo los pasos y la voz de su padre se apresuró á abrir la puerta para salir á su encuentro.

Acababa Ricardo de leer la carta de Marieta y su humor no estaba en aquella ocasión para demostrar satisfacciones.

—¿Y Marieta? Le preguntó don Leandro sin tener presente que su hijo no habia madrugado.

—Yo que sé, si me levanto ahora. Por la cocina andará, replicó Ricardo amostazado como si le hubiera molestado la sencilla interrogación de su padre.

Este, despreciando el acento conque Ricardo le habia

contestado, llamó por dos veces á su hija desde aquel sitio, y como nadie respondiera á su voz, subió presurosamente la escalera que comunicaba con el segundo piso.

La puerta de la habitación de Marieta permanecía con sus dos hojas cerradas, pero luego que D. Leandro dió una palmada sobre uno de los tableros, la puerta cedió á su empuje y quedó entreabierta.

Repitió su llamamiento nombrándola distintas veces, pero un silencio profundo correspondió á su aviso.

Entonces resolvió entrar, y poseido de gran sorpresa quedó por un instante irresoluto ante el desorden que veían sus ojos.

Una silla frente á la mesa de estudio, cual si al descuido de levantarse hubiera caído á sus pies, algunas cuartillas de papel de cartas y varios sobres esparcidos sobre el tapete, una pluma con tinta seca encima del libro de sus oraciones abierto, y la lamparilla de dormir chisporroteando y humeando todavía los últimos fulgores de su agonía.

Mas allá la butaca estorbando en el centro del cuarto ocupada con alguna ropa de su uso, y por el suelo diseminadas otras prendas de vestir, como si se hubiesen arrojado al desnudarse desde la cama con desidioso tino.

En el lecho pudorosamente cubierta yacía la paciente Marieta con respiración fatigosa y violenta, y su rostro encendido por la calentura, sumida en profundo sopor, con los ojos completamente cerrados, sus brazos abandonados al lado de su cuerpo y su suelta cabellera enmarañada sobre la almohada.

Volvióla á llamar D. Leandro moviéndole con su mano la cabeza que ardía, pero todo fué inútil; porque su cuerpo parecía poseido de completa parálisis.

Emocionado al verla así, corrió presurosamente á la galería y comenzó á dar voces y disposiciones para que Ricardo y la servidumbre acudieran en auxilio de la enferma.

Inmediatamente salieron dos criados en busca del facultativo de la casa, quien á los pocos minutos se presentó en ella, reconoció á Marieta, y declarando su diagnóstico de congestión cerebral, dejó recetados algunos medicamentos, despues de recomendar mucho silencio y esmerada asistencia.

Ricardo fué de los primeros que acudieron al llamamiento de su padre, y al penetrar en la habitación, procuró disimular el desagradable efecto que le ocasionó aquel desórden de ropas y muebles.

Desde luego comprendió la noche horrible que Marieta debió pasar por culpa de su imprudencia, y al acercarse á la cama temeroso de que la paciente se fijara en su persona, reprimió la emoción que su insensible estado le causó.

Estrechóle una mano, y al pasarle con suavidad la otra por su frente, cubierta de copioso sudor, doloroso gesto asomó á los lábios de Marieta, como si pesadéz insoportable abrumara su cabeza.

Sin abrir sus ojos, viéronse mover sus órbitas con inquietud, intentando, en vano, levantar sus párpados, y una lágrima ardorosa asomó entre ellos, la cual, aseadamente, secó Ricardo con su pañuelo.

Su conciencia intranquila le acusaba en aquel momento como único culpable de aquella desgracia, y contemplando la angustia con que su hermana respiraba, las contracciones nerviosas que asomaban á sus lábios secos y amoratados, despues de exhalar algún débil gemido, su voluble corazón llegó á conmoverse y sentir no hubiesen mediado esplicaciones con Marieta.

Ya que ella todo lo había oído, deploraba en su interior que tan á lo vivo le hubiera llegado la conversación sostenida con Leticia, y mejor hubiese preferido soportar cualquiera venganza innoble por su parte, á encontrarla en aquella situación peligrosa.

Si posible le fuera, la hubiese querido curar instantáneamente, para calmar la aflictiva preocupación de su padre, que paseaba impaciente por la habitación, esperando que llegaran las medicinas recetadas por el doctor.

Mientras D. Leandro, sumamente afectado con aquella dolencia repentina, demostraba su solicitud paternal, Ricardo permaneció junto al lecho, acordándose de la terrible enfermedad de su madre, y espionando en silencio la impremeditación de su liviana conducta.

Debía forzosamente espiarla ante aquella víctima sacrificada á su ligero capricho, lo mismo, si en verdad era, que se había capsado ya de Marieta, ó como si amándola aún, creyó poder burlar impunemente á Leticia, expresándole una pasión que por ella no pudiera sentir.

Lo cierto es, que debía á su hermana inextinguible cariño, casi tanto como le tuvo á su madre, porque ella le corregía afablemente sus faltas, se desvelaba por inculcarle sus virtuosos consejos, sufrió por él muchos sinsabores, y juiciosa, correspondía con dignidad al amor que entrambos se habían jurado.

Pero esta misma discreción, unida á las naturales reservas de su candidéz, se caracterizaban en Marieta, cuando trataba á Ricardo con una respetuosa circunspección modesta y séria, que comparada con la vivacidad de Leticia, alegre y provocativa le hacía parecer fria y parada, cuando más enardecimiento debiera expresar su corazón.

No era tal su índole ing-núa, es que poseyendo un gran dominio en su alma sabía refrenar sus impulsos,

acallar la impaciencia de sus estímulos y reconcentrar con natural recato en su interior sus satisfacciones y pesares.

Sin duda esta delicadeza excesiva que tan benigna impresión ejercía en las secretas ternuras del corazón de Marieta, no supo considerarla Ricardo como velo pudoroso de la pasión que por él sentía y como imán de sus propias virtudes, sino como insulsa condición de un temperamento frío.

A cierta edad, las exterioridades provocativas de la mujer, nos alucinan y seducen más que los tímidos efluvios de la pudorosa sencillez del alma, cuando no se sabe distinguir en ella la naturalidad de sus misteriosos atractivos.

Obcecado, pues, por su limitada reflexión, Ricardo pareció dejarse seducir de Leticia, provocando con su imprudencia la grave enfermedad que puso en peligro la vida de su hermana.

XL

Algunos días mas duró la enfermedad de Marieta, presentando crisis distintas de cierta solución, que hacian temer un desenlace funesto, y minaban su naturaleza con dolores agudos en sus sienes, violentas convulsiones, vértigos turbulentos y delirios frenéticos.

La alta temperatura de su fiebre, que le abrasaba todo su cuerpo, le ensordeció sus oidos y le cegó su vista, impidiéndole conocer á las personas que la asistian y menos oír lo que á su lado se le hablaba.

Afortunadamente, en el desvarío de sus delirios, no llegó á declarar el disgusto que motivó el repentino quebrantamiento de su salud, no dejó traslucir el desencanto de su corazón, sirviéndole de tema contumaz la quimera ridícula de que se encontraba descalza y que Ricardo le habia dado diez reales para comprarse unos zapatos, los cuales pretendía quitarle Leticia.

Obcecada su imaginación con tan pueril fantasía se exasperaba, y enfurecida, pedía auxilio á Ricardo para rescatar de manos de Leticia sus bonitos zapatos.

Cuando transida de pena en sus anhelantes pesadillas, suponía que Ricardo no acudía á su llamamiento, imploraba á voces la ayuda de D. Leandro, de D.^a Virtudes y de cuantos nombres queridos afluián á su cerebro estraviado.

Ricardo temblaba cada vez que la oía pronunciar su nombre, recelando que llegase á descubrir ante su padre la pasión oculta de su ánimo.

Azorábase cuando le alentaban para contestar á las preguntas vagas de la delirante, y aunque como todos, procuraba tranquilizarla, desvaneciendo sus temores, cualquiera gestión resultaba inútil, porque en aquel estado no era posible le viese ni reconociera su voz.

Atribuyó D. Leandro aquella quimera al recuerdo de la caritativa acción que su hijo practicó noblemente en la infancia, socorriendo á Marieta con el dinero que sus padres le habían facilitado para comprar un juguete deseado con gran empeño.

Así lo explicaba á todo el mundo, así lo llegó á creer su propio hijo para mitigar las zozobras de su conciencia, pero el padre José que diariamente visitaba á Marieta, observando alguna intranquilidad en Ricardo, y el olvido de Leticia en aquella tribulación que á todos los amigos de la familia interesaba y afligía, sin discordar de la opinión de D. Leandro, creyó descubrir en la tenacidad de la enferma algun pesar oculto, provocado por reciente y grave contratiempo.

No pudo convencerse á los primeros momentos de tal suposición, pero no le cupo ya duda alguna cuando cierta tarde al ir á visitar á Marieta, vió á Ricardo cruzado de brazos en el balcón de Leticia, acompañándola galante con entretenida conversación, mientras su hermana cerca de allí padecía.

Esta vecina veleidosa, para eludir sus visitas á la enferma, se escusó desde el primer día con que se encontraba tambien achacosa de salud y no podía salir de casa, supliendo la falta de sus ausencias con algun recado atento que pasaba á nombre de su madre.

Para frecuentar otras relaciones y galantear en el

balcón con Ricardo no se encontraba con la salud tan delicada como para probar el interés de la amistad á una vecina enferma.

Por lo visto, la madre de Leticia, que tan solícita estuvo cuando la muerte de D.^a Virtudes, no consideró á Marieta digna de los mismos desvelos que prodigó entonces á su difunta amiga, aunque posteriormente continuaron con ella las relaciones sociales sin notoria interrupción.

Estrañó en verdad D. Leandro semejante retraimiento, y al quejarse de su sensible indiferencia al padre José, encontró esta ocasión oportuna para aconsejar que ambas amigas no se vieran, mientras la gravedad del estado de Marieta no cambiase, puesto que la animosidad maniática de su delirio, sin motivo conocido, recaía sobre el nombre de Leticia, y aprobó también que Ricardo dejara de presentarse en la estancia, porque como de un día á otro debía marchar á su destino, convenía que no se despidiera de su hermana ni nadie la enterara de su partida, mientras su cabeza con mas vigor no pudiera resistir cualquiera emoción desagradable.

Por aquel entonces no pudo preocupar á D. Leandro la idea de que el primer amor de Marieta, tan vilmente ultrajado, fuera la causa de su trastorno cerebral, porque continuó ignorando el interés con que se amaban sus hijos.

El mismo médico que la visitaba atribuía aquella dolencia á una evolución crítica en la sangre de la enferma, para quien seguía prescribiendo esmerados cuidados y las mismas precauciones que acertadamente habia advertido el padre José.

En tal forma se sucedieron algunos dias mas, llegando entretanto á iniciarse algun ligero alivio en Marieta, mientras el termino de la licencia de Ricardo llegó, obli-

gándole á salir para su destino sin despedirse de su hermana ni encontrar oportunidad en que pudiera disculpar su conducta.

Su marcha, llevada á efecto por fin, resultó así mas dolorosa para D. Leandro, quien desde el momento en que se ausentó su hijo encontró un vacío inmenso en su corazón y el aislamiento absoluto que le pronosticó Marieta.

XLI

Cuando la enferma entró en el periodo de su convalecencia, empezaron á preocuparle las causas que le retenían en cama desfallecida, y aunque con memoria vaga consiguió coordinar los recuerdos que motivaron su desengaño lamentable.

Frecuentemente veía á su lado el rostro abatido de D. Leandro, en el cual se reflejaban los indicios de un pesar oculto, disimulado por el empeño de aparentar satisfacción tranquila con la solicitud de sus atenciones.

Aquel pesar existía realmente, lacerando su pecho desde la ausencia de su hijo, sin aminorar su intensidad las cartas espresivas que comenzó á recibir, en las cuales le daba cuenta de las impresiones que le causaban la nueva vida en población desconocida y las amistades alegres que se disputaban su familiaridad y simpatías.

Con la presencia melancólica de D. Leandro contrastaba el semblante bondadoso del padre José, observador risueño y solícito siempre por animar á la enferma en los adelantos de su mejoría.

Fuera de estas dos personas y de la servidumbre doméstica que la cuidaba, apenas si entraban otros amigos en la estancia de la enferma á enterarse por su salud.

Apesar de aislamiento tan absoluto, Marieta extrañaba no recibir visita de la familia de Leticia ni ver entrar una sola vez á Ricardo en su cuarto, y como no se le ocurrió sospechar que hubiese podido salir ya para su destino sin despedirse de ella, preocupada con sus anteriores sucesos, temió que se hubiera descubierto por indiscreción propia el disgusto que reservaba con sus sufrimientos.

Coadyuvaba á tal idea no poder adivinar los motivos que contribuían á entristecer el semblante de Don Leandro, sombrío y preocupado cual nunca.

Ansiaba de veras conocerlos para acallar su incertidumbre, pero tampoco contaba con otro recurso que la confianza del padre José, y no pudiendo jamás encontrarse á solas con él durante sus visitas, como carecía de otros medios, no se atrevió á precipitar los anhelos de su curiosidad ni aun preguntándole por Ricardo.

Deseaba comunicar de una vez á este fiel confidente, los percances ocurridos desde el día de su santo, la resolución secreta que para su consuelo halagaba en su ánimo, sometiéndola á sus consejos y dirección, pero cuando más posible le parecía confiar su pensamiento, dificultades más imprevistas se lo impedían.

Y mientras tanto, su cabeza sumamente débil aun, devaneaba con el temor de esponerse á otro disgusto nuevo, si D. Leandro, informado del amor que sentía por Ricardo, la reconvenía, ó llegaba á adoptar alguna resolución extrema que la perjudicara.

En uno de los primeros días de su mejoría, cuando para recuperar las fuerzas perdidas empezó á levantarse Marieta, se encontraba casualmente á solas en su habitación, porque D. Leandro hubo de salir de casa á evacuar una disposición urgente de sus negocios agrícolas.

Fastidiada y aburrida porque ni aún podía leer, pen-

saba en la conveniencia de que llegase en aquellos momentos propicios el padre José, cuando éste, siguiendo la costumbre de sus visitas, se presentó sonriente en la puerta de la habitación, cual si lo hubieran llamado con oportunidad.

Su entrada inundó de alegría el rostro pálido de Marieta, quien alargando su mano temblorosa á su buen amigo, besó la de este respetuosamente, diciendo con ansiedad.

—Padre mio. ¡Cuánto deseaba la venida de usted, ahora!

—¿Porqué tienes ese interés hoy?

—Porque necesito conferenciar con V. á solas.

—A tu padre encontré cuando venía yo aquí, y me rogó te acompañara en su ausencia, para no precipitar sus quehaceres. A solas, pues, estamos, ¿qué quieres decirme?, prosiguió el sacerdote, ínterin dejaba su manto y sombrero sobre una silla, y aproximando otra, frente á la convaleciente, se rellanaba en ella con familiar confianza.

—¡Ay, padre! ¡Cuánto y cuánto sufre mi espíritu! desde que manifesté á V. el cariño que tengo á Ricardo, exclamó Marieta, estremando su abatimiento.

—Lo he supuesto, aunque tú nada me has dicho todavía.

—¿Me decís que lo habeis supuesto por no declararme que Ricardo ó papá os han enterado de mis disgustos?

—No hay tal. Con ninguno de ellos he hablado sobre ese particular.

—¿De veras? ¿nada sospecha ni sabe el papá? Pues entónces ¿porqué le encuentro tan pensativo y triste? Me acobarda averiguar lo que haya sucedido en estos dias.

— Quizás siga abatido por las malas noches que le ha ocasionado tu enfermedad; porque lo cierto es, hija mía, que has estado muy grave y tu razón muy perturbada. Creíamos todos que si nó concluía tu vida, perdías el juicio.

— ¿Tanto desatino he dicho en mis delirios? ¡Dios mio! ¡Cómo habré comprometido los secretos de mi corazón!

— Nada de esto: por fortuna no te has alucinado más que con majaderías pueriles.

— Y el ingrato de Ricardo, ¿por qué no entra á verme? ¿Tan convencido está de su infamia?

Ricardo te ha asistido como todos durante tu gravedad, pero ahora no puede acompañarte.

— ¿Se lo impide esa vecina malvada?

— No prosigas con tus juicios temerarios. ¿No recuerdas que Ricardo debía partir á su destino en época fija?

— Sí. ¿Y ha tenido valor para abandonarme en este estado? ¡Qué cruel desengaño!

— Fué imposible prolongar su marcha un día más, y cuando no podías experimentar ninguna emoción desagradable, espiró el plazo de su licencia. Entonces su padre y yo dispusimos su partida, conviniendo enterarte cuando tu ánimo, con más alientos, pudiera recibir la noticia.

— ¡Válgame Dios, cuanta ingratitud! ¡El cielo le perdone su infamia!

— Aclárame yá tus exclamaciones misteriosas ¿Qué ha pasado entre vosotros? Háblame sin alterarte con entera confianza, exclamó el padre José esperando con mayor ansiedad otros breves momentos la revelación de Marieta.

Esta permaneció silenciosa enjugando con su pañue-

lo algunas lágrimas, que afluyeron á sus ojos cual expresión sentimental de sus recuerdos.

Luego con acento emocionado, pero sin afectación refirió la historia minuciosa de todas sus impresiones, desde el día en que confió al consejero de su conciencia la pasión que en su pecho ocultaba por Ricardo, las gestiones astutas de su rival para grangearse la preferencia de su vecino, la pueril conducta de su hermano, la exasperación que le ocasionaba cada suceso de los conocidos, y el efecto deplorable que en su cerebro había causado la convicción de su desengaño.

Mientras refería su historia, Marieta gemía, no despechada, sino con desconsuelo natural, los insultos que había oído aquella noche en el balcón, la burla que Ricardo y Leticia hicieron de su candidez, y la pérdida de sus primeras esperanzas.

El padre José la obligaba á tomar algunos sorbos de agua azucarada que suavizasen la respiración de sus secas fauces, y á descansar de vez en cuando en su relación, para que sus emociones no la fatigaran demasiado.

Cuando terminó de hablar, con el recuerdo de la carta dirigida á Ricardo, Marieta, dando ámplio desahogo á su pecho, exclamó sollozando:

— Ya conoce V. la causa de mis males. ¿No hay para perder el juicio, si es que Dios lo quiere disponer de mi vida?

— ¿Cómo es esto, Marieta? ¿Recibes desesperada las pruebas que Dios te envía? ¿Tan pronto has olvidado mis consejos?

— No cabe que un desengaño tan cruel sea obra de Dios.

— Nunca me habrás oído decir semejante desatino; lo que te afirmo es que Dios pone á prueba los méritos

de nuestra virtud, consintiendo que nos agobie todo género de males para acrisolar el temple de nuestra alma. ¿Así practicas tú la resignación que por amor debes á Dios?

Ensimismada Marieta con la amargura de sus ideas, calló ante la reconvención prudente del padre José, á quien poco después volvió á interrogar con ansiedad:

—¿Sabeis padre si la ama todavía? ¿Conoceis cómo se ha depedido de Leticia?

—Nada de esto sé, ni creo que te corresponda averiguarlo, porque cuando una mujer despidе á un hombre con la dignidad que lo has hecho tú, no debe acordarse más del pasado.

—Es verdad; le he dicho que puede amarla libremente, y que yo amaré solo á Dios en la tierra, reflexionó con marcado sentimiento Marieta.

—Vale más que pienses así, porque entre los muchos beneficios que le debes, no es el ménos importante el restablecimiento de tu salud.

—Tiene V. razón; ¿pero no escribe?

—Sí; á su padre ha escrito ya dos cartas anunciando su llegada é ingreso en el batallón.

—¿Y pregunta por mí?

—Naturalmente, aunque en él no quede más que vuestra antigua intimidad fraternal, ¿cómo no hacerlo, cuando te ha dejado en cama sin conocimiento?

—Dice V. bien; Ricardo no debe interesarse de otra manera por mí, después de haber emponzoñado mi corazón.

—Ni tu dignidad puede aconsejarte que extremes tanto tu pesar, por aquello que no es más que un aviso del Cielo dado á tu inexperiencia.

—¿Y para qué puede servirme ya ese aviso tan cruel?

—¡Ocurrente salida! para dar ménos importancia á las pasiones de la juventud, y no confiar ciegamente en las promesas de otro hombre.

—¿De otro hombre, padre? ¿pues qué, es posible que en mi corazón quepa otro afecto igual al que Ricardo me inspiró? ¿Creeis que me sea posible olvidarlo? Nunca. Si Ricardo, que ha conocido á fondo la sinceridad de mi amor, lo ha burlado inícuamente, ¿qué debo esperar ya de los otros hombres á quienes no conozco, ni consentiré que me preocupen?

Sonriendo con incrédula reflexión, prosiguió el padre José:

—Cuando las tribulaciones acongojan el ánimo, no olvides, hija mia, que gravitan sobre la razón, desorientan y perturban los pensamientos que debieran regularizar la conformidad para nuestras desgracias, haciéndolas así menos meritorias á los ojos de Dios. En este estado de confusión te encuentras hoy y no debes considerar ninguno de tus propósitos como resolución dictada por la esperiencia sinó provocada por el despecho. Ahora únicamente te conviene desvanecer las quimeras de tu desengaño atendiendo con preferencia á tu salud porque cuando te encuentres con mayores fuerzas reflexionarás con mas serenidad y podrás estimar entonces la poquedad de tu espíritu.

—No creais que me falta la reflexión. Recuerdo perfectamente los disgustos sufridos y por eso mismo me he propuesto no amar mas que á Dios en el resto de mis dias.

—Suspende afirmar tanto tus proyectos porque las circunstancias pudieran con el tiempo falseártelos y sin la madurez que ellos exigen revelarían hoy el desaliento censurable de tu alma: la pérdida de la esperanza divina.

—No consentis siquiera que deposite en vos las impresiones amargas de mi desengaño?

—Muy al contrario y ojalá mis consejos te consuelen, pero no quisiera que por ahora te preocupase otro asunto que el restablecimiento de tu salud y las atenciones de que tan acreedor es tu padre.

Al llegar la conversación á este punto fué subitamente interrumpida con la presencia de D. Leandro que regresaba despues de evacuar felizmente sus asuntos.

De pié todavia observó que Marieta tenia enrojecidos sus ojos cual si los hubiese restregado para secar sus lágrimas, y dirigiéndose á ella preguntole con amabilidad.

—¿Porque has llorado? ¿Te encuentras peor?

Turbose Marieta sin saber á penas qué contestación dar á las preguntas que se le dirigían; pero comprendiendo el sacerdote amigo su crítica cortedad se apresuró á replicar.

—Justo es su sentimiento porque deplora la partida de Ricardo sin haberse despedido de ella.

—Te faltaba el tiempo para darle malas noticias, exclamó D. Leandro apesadumbrado y ocupando despues una silla junto á Marieta prosiguió con entonación mas afable. Ya sabias que espiró el plazo de su licencia cuando la calentura te consumía, y no hubo otro remedio que dejarlo, ir pero si vieras ¡que contento escribe! ¡cuánto le prueba su nueva vida! Vamos, como si nada hubiera sentido la salida de su casa. Ya leerás sus cartas cuando estés mas animada.

Creyó D. Leandro disimular de esta manera el sentimiento que con tal motivo ocultaba en su corazón y consolar á la vez á su hija, sin adivinar que cada frase articulada por sus labios resonaba en su pecho como ruido golpe que se lo quebrantaba.

Bien hubiera preferido Marieta seguir á solas con su íntimo confidente, mejor que haber oído espresarse á su padre con tal despreocupación, que contrastaba con su aspecto melancólico, pero mal impresionada con aquellas noticias, inconcebibles para su corazón apasionado, y temiendo comprometer sus juicios alegó pesadéz de cabeza y cansancio para volver á ocupar de nuevo su lecho.

Dejáronla descansar á solas ambos interlocutores, suponiendo D. Leandro que la indiscreción de D. José habia contribuido al desaliento que manifestaba Marieta en aquella ocasión.

XLII

Lentamente pudo Marieta vigorizar su cabeza y coordinar sus reflexiones á medida que las fuerzas perdidas recobraron con el alivio de sus padecimientos su antigua vitalidad.

Los buenos alimentos y los higiénicos cuidados que le preceptuaron devolvieron por fin la robustez al cuerpo, mientras el tiempo y la cordura modificaron las exageraciones del sentimentalismo á que se entregó durante el periodo de su convalecencia.

Sentía en su corazón, cual estímulo inevitable, la necesidad de amar para expandir las emociones que en la primera época de la juventud impresionan agradablemente, como transformación sobrenatural de nuestro ser que fascina y seduce al entrar de lleno en el periodo de los placeres de la vida, y al encontrarse contrariada en sus primeras ilusiones con el proceder insensato de Ricardo, llegó á suponer que el amor, según la naturaleza humana, era solo ficción mentida de su femenil fantasía.

Creó que en su pecho no debía cobijar ya jamás ninguna otra pasión igual, porque los otros hombres debieran ser más falaces aún que Ricardo, á quien desde la

infancia amó con sencillo anhelo, y obcecada con semejante preocupación absurda decayó en la manía de considerar con indiferencia á los demás jóvenes que hubieranla podido elegir para su amor.

Retirada casi en absoluto desde su enfermedad de toda distracción pública, y aficionada á los deberes domésticos, entregóse con su cumplimiento asídúo á la práctica de devociones piadosas que para alivio de sus pesares estableció, adoptando un retraimiento impropio á su edad para con aquellas antiguas relaciones amistosas que creyó pudieran distraerla ó apartarla del propósito que había hecho de no amar después de Ricardo á otro hombre.

Alentada con las exhortaciones del padre José, é instruida con la lectura mística de algunos libros piadosos que ilustraron su imaginación en el útil desprecio de las pasiones terrenales, á la vez que impresionada con las ideas sublimes que emanan del conocimiento del amor divino, se propuso cambiar las inclinaciones de su ánimo trocando en firme energía la languidez de su espíritu, en resuelta actitud las indecisiones de su voluntad y en vivísima complacencia la ternura enfermiza que con los desengaños recientes lastimó su corazón.

Y con incitamiento tan provechoso perdonó sin violentar su conciencia las travesuras de Leticia y la conducta inconsecuente de Ricardo, proponiéndose no acordarse de él más que para corresponder al agradecimiento fraternal que le debía por haber contribuido al amparo de su orfandad en sus primeros años.

Así se preparó para poder leer en lo sucesivo sin revelar su sentimiento oculto las cartas que dirigía á Don Leandro, habituándose á conversar acerca de las noticias que en ella le comunicaba, é insensiblemente consiguió trocar el interés de sus pesares por los tiernos cui-

dados que en su viudez necesitaba su padre adoptivo para hacerle menos sensible con su esmero cariñoso la ausencia de Ricardo.

Cuando la resignación cristiana nos alienta en nuestras contrariedades y desgracias, el alma envuelta en suave aureola de consuelos y esperanzas, consigue convertir sus impulsos mezquitos en resoluciones sublimes, que solo corresponden á naturalezas privilegiadas que han sabido conservar su candor primitivo.

Con esta cualidad bella, nunca olvidada por Marieta, siguió algún tiempo abrigando en su mente la intención de retirarse á un claustro, en cuya soledad misteriosa confiaba encontrar el olvido absoluto de sus recuerdos, y las expansiones pacíficas que necesitaba su corazón apasionado para considerarse feliz.

Pero esta idea, aunque concebida á raíz de sus desengaños, á nadie quiso confiarla todavía como última resolución irrevocable, ni aun al director de su conciencia, porque temía luchar en oposición abierta con Don Leandro, y quizás retraerla las condiciones que el padre José quisiera imponerla para probar su vocación.

Sin embargo, el aliciente de sus impresiones por su propia vehemencia combatidas, le avivaba cada vez más su secreto empeño; las cartas indiferentes de Ricardo le probaban la necesidad de corresponder de igual manera á su ingratitud, creyendo con el olvido forzado dejar completamente libre su corazón, cuando el recuerdo pertinaz de su afecto y sentimientos la demostraban que los verdaderos consuelos que su alma necesitaba no debía esperarlos de los hombres, sino únicamente de Dios.

Para comenzar á desenvolver el ideal que con este motivo empezó á acariciar su espíritu, una tarde en que D. Leandro, después de comer tuvo precisión de salir al campo por breves horas, Marieta, decidida ya á no dila-

tar más sus propósitos, invitó con recado atento al padre José á que la visitase sin demora para conferenciar sobre un asunto importante.

No dejó de extrañar al Sacerdote aquel llamamiento urgente, cuando por la mañana, después de escuchar en el tribunal de la penitencia á su hija espiritual, nada le había prevenido que revelara la necesidad de semejante entrevista ni se explicaba tampoco porque no le daba tiempo á conferenciar por la noche en la hora de la tertulia.

Y como el padre José procuraba mirar con solicitud extremada todos los asuntos de la familia de D. Leandro, anticipó sus rezos respectivos, aceleró sus quehaceres y poco después de las cuatro llamaba á la puerta de la casa de su amigo, ignorando que estuviera en aquella ocasión ausente.

La criada misma que pocas horas antes le había buscado, franqueó la entrada y le enteró de que estaba sola en casa la señorita Marieta esperándole en su habitación.

Despertóse con este aviso su curiosidad, subiendo con ligereza la escalera, y penetró en el cuarto de Marieta, quien al escuchar las pisadas que resonaban en la galería inmediata abandonó la ocupación que entretenía sus manos, y esperó en pié con la puerta abierta y semblante risueño al amigo condescendiente en quien acostumbraba depositar sus secretos íntimos.

Apenas Marieta se encontró frente al padre José, ofreciéndole asiento junto al balcón, el cual ocupó aquel con su habitual confianza para mitigar el cansancio de su llegada.

Acto continuo sentóse Marieta á distancia respetuosa sin revelar el objeto de aquella entrevista, pero manifestando rubor y timidez en sus ojos y emoción risueña

en sus labios, cual realce nuevo de su modestia natural, que revelaba en sus menores detalles la apacible tranquilidad de su espíritu candoroso.

Sin embargo temia hablar ante la presencia de su respetable amigo, y el silencio que guardaba, sin saber como empezar su confidencia, le sostenia las agitaciones de su pecho.

El padre José que la contempló breves momentos con curiosidad, interrumpió aquella muda escena diciéndole.

—Contenta te encuentro y me satisface ¿Me llamas para comunicarme alguna buena nueva?

—Si señor, como que necesito de vuestro auxilio para ser feliz, contestó Marieta sin atreverse á levantar su vista del suelo.

—No te escasearé mi consejo y ayuda si verdaderamente puedo labrar tu felicidad.

—De vos depende allanarme todos los obstáculos.

—No puedo adivinar en qué cifras tal dicha, replicó el sacerdote encogiéndose de hombros.

—En saciar el amor de mi alma con quien no pueda jamás serle ingrato, exclamó Marieta sonrojando sus mejillas con la vehemencia con que articuló esta frase.

—¿Apasionada de nuevo? interrogó con asombro el padre vicario ¿y tan pronto?

—¿Y tan tarde? debierais decir, porque si yo hubiese amado antes á quien mi pecho adora no hubiera llegado á lamentar el desengaño que puso en peligro mi vida.

—¿Cuándo has notado ese nuevo enardecimiento de tu pecho?

—Cuando mayor angustia me ocasionaban los pesares de mi alma.

—¿Influyeron acaso algo en tu curación sus impulsos?

— Quién lo duda, como que solo á Él debo la vida.

— ¿Le consideras, pues, digno de tu cariño?

— Necesito amarle con acendrado y ardiente afecto por gratitud y por deber.

— Conozca yo su nombre y veré si acertaste en tu elección.

— ¿Será posible que no la adivineis?

— No es fácil, porque durante tu enfermedad no te han visitado otras personas mas que D. Leandro, Ricardo, el médico y yo, y bien conoces las circunstancias que concurren en cada uno de nosotros para sospechar de ellos.

Al escuchar Marieta esta satisfacción sostuvo su mirada investigadora con aire observador en el Vicario por si entonces trataba de ocultarle el sentido verdadero de sus palabras; pero no descubriendo en su grave semblante ningun síntoma de disimulo se atrevió á franqueársele diciendo.

— Recordareis, padre, que cuando escribí á Ricardo poniendo término á nuestro amor le ofrecí no amar en lo sucesivo más que á Dios. La conducta ingrata del hombre á quien he amado, el desengaño que he experimentado acariciando aquella ilusión, la salud resentida desde mi enfermedad última, los recuerdos que en esta casa avivan mis penas ocultas, la posición crítica que ocupo en ella me obligan á adoptar la resolución de salir del seno de esta familia bienhechora y dedicar por completo mis pensamientos, mis afectos y mis obras á Dios.

— No me parece mal. Esto mismo todos en la tierra tenemos deber de hacerlo para adquirir su gracia divina, y en este hogar virtuoso, mejor que en otra parte, puedes efectuarlo sin que nadie te lo impida.

— Pero es que yo quiero entregarle mi corazón para

siempre, y deseo que convenzais á papá, que por el momento ignora mi pensamiento, para que me consienta tomar el hábito de agustina en vuestra santa casa y desde luego dispongan Vds. los preparativos que se requieran para hacerme esposa del Señor.

—Has hecho perfectamente en llamarme ahora que estamos á solas, para declararte sin rebozo que no esperaba oír de tí semejante desvarío.

—¿Por qué calificais tan duramente, padre, mi vocación? interrogó sorprendida Marieta, ante la réplica resuelta del padre José.

—Y si continúas hablándome de este asunto, me convencerás de que tu cabeza no está lejos de perder su tino.

—¿Calificais de locura los propósitos más virtuosos de mi vida?

—¡Cómo he de calificar las exageraciones de tu sentimentalismo, cuando veo que las interpretas por evocación sobrenatural del Cielo! ¡Crees tener libre tu voluntad cuando revelas tenerla esclavizada al pensamiento de Ricardo!

—¿Porque os expresais así, padre?

—Porque pretendes buscar tu sosiego en el retiro de la religión y no puedes soportar los recuerdos que te rodean en esta casa. Quieres sofocar en el silencio de un cláustro las trascendencias de un desengaño mundano, cuando suspiras y te aflige recordarlo aquí. Ponderas tus padecimientos, porque la misma pasión de tu ánimo ofusca la razón, y supones que los impulsos deleznable de tu amor contrariado son inspiraciones que te elevan con resolución firme á los anhelos del amor divino. Desecha, María, desecha tu pensamiento impensado y calma ese espíritu intranquilo por el quebranto que sufren tus femeniles ternuras.

— ¿Pero creéis, padre mio, que amo á Ricardo como antes porque estos sitios me lo recuerdan y en sus escritos me confirma su ingratitude? No lo creáis; demasiado sé que mientras viva en esta casa no he de poder menos de recordarle en todo lugar y en todas las ocasiones.... Que la indiferencia con que me considera en sus cartas, no ha de influir menos en la aridez de mis recuerdos dolorosos tambien lo conozco, pero voz secreta alienta mi alma, me estimula á la abnegación y me invita al sacrificio de un perfecto desprecio para deleitarme en la fidelidad del amor divino.

— Ilusión mística que cree desprenderse de los afectos terrenales ¡cómo te ciega, hija mía! ¿Pues que se puede llegar al claustro con los sentidos alucinados por la imagen de ningún mortal? ¿El sacrificio de las esposas del Señor, consiste solo en ofrecerle las esperanzas que en el mundo se pierden? ¿El pensamiento que se concibe en un momento de indignación, es jamás comparable al ardor que purifica é inflama el alma para las luchas y pruebas del amor divino? ¿La resolución aturdida que procede de la inquietud del ánimo, la ves tú tan firme y constante como para perpetuar los juramentos y las renunciaciones que se hacen al pié del altar? ¿Ves allí tu porvenir circunscrito á seguir vida oscura en la estrechez de un recinto sagrado? ¡Ay! María, los cariños de la naturaleza son menos estériles que las aspiraciones de las esperanzas beatíficas; y apesar de la mortificación, de la abstinencia y de los sufrimientos, es fácil desfallecer en la contienda que el alma continuamente ha de arrosar mientras en la vida pretenda encumbrarse hasta Dios. A tí te bastaría recordar á Ricardo, para exponer tu profesión á un cruel remordimiento, irreparable desde el instante en que para siempre pronunciaras los votos sagrados.

—Es que todo cuanto me decís lo he meditado despacio, y confío en que Dios no me negará su apoyo para someter mis pensamientos á su voluntad. Es que creo vencer las tentaciones que de mi pasado renazcan y triunfar de las seducciones terrenales.

—Voluble despecho te alienta ahora por la importancia que desde su principio diste á la contrariedad de tu pasión, y aunque creas que ese propósito satisface los anhelos y calma las inquietudes de tu corazón, ni yo debo apoyar tu pensamiento, ni puedo ayudarte en una empresa árdua que sin preveer sus trascendencias aumenta la amargura de tu pesar y te haga desgraciada para siempre. Procura en esta casa someter tus inclinaciones á la esperiencia del mundo, que no conoces, y cuando me hayas probado que no relajas el amor divino con la vehemencia y frivolidades de los amores humanos, entonces yo te aconsejaré lo que crea conveniente para tu salvación; mientras tanto no vuelvas á hablar de tal empeño ni con él provoques un disgusto á tu padre.

—Y no veis que aquí solo puedo encontrar luchas estériles y recuerdos mortificantes oyendo hablar de Ricardo continuamente y viendo sufrir á papá por su ausencia.

—Original es tu abnegación y cómoda tu piedad, cuando te impacientan tan suaves pruebas, y no pudiendo sufrirlas ahora que tu voluntad es libre, ¿crees poder soportarlas en la soledad así que las congojas de los recuerdos se hagan más amargas turbando la paz de la conciencia? Calla por Dios, María, y sigue mis consejos meditándolos mucho. No vuelvas á preocuparte de este asunto hasta que yo reconozca en tí el don sobrenatural y gratuito de una vocación irrevocable.

Después que el padre José repitió esta disposición con la energía demasiado severa de que revistió su auto-

ridad espiritual, durante la anterior entrevista, para sondear el ánimo de Marieta, abandonó su asiento y despidióse de ella cortésmente, dejándola envuelta en grave confusión de ideas que nunca pudo preveer resultaran de aquella consulta.



XLIII

Desde la tarde en que Marieta se encontró contrariada con la oposición que el padre José sostuvo para que desistiera de tomar el hábito en el convento de San Sebastián, intensa melancolía se apoderó de su alma, viendo fallidas las esperanzas de su primer amor y entorpecido, si por completo no negado, el apoyo que confiaba encontrar fácilmente en la protección de su padre espiritual.

La severidad con que el Sacerdote espuso sus observaciones le arredró en los primeros momentos, pero reflexionando con más madurez reconoció Marieta luego las verdades esplicitas que en su provecho le hubo explicado para no dejarla comprometida en una resolución desventurada.

Aprovechando aquellas ocasiones en que podía permanecer retirada en su cuarto, siguió ejercitando los estímulos de su vocación, puestos á prueba con sus recuerdos más apasionados y con la necesidad de sosegar las zozobras del ánimo al amparo de sus deprecaciones piadosas.

Desde entonces, pues, apeló con más asiduidad á todo género de prácticas devotas, rehuyó las sencillas

distracciones sociales que disfrutaba anteriormente, y entusiasmada con las lecturas apasionadas de Santa Teresa, en vez de la alegría íntima que de sus sentencias se deduce, arrobando el espíritu y elevando la mente hácia el ideal sublime que se anhela con la piedad sincera, aflicción constante la acompañaba en sus oraciones apesar del enardecimiento que creía encontrar en la contemplación del amor divino.

Y es que Marieta, desentendiéndose de la porfía que entablan las pasiones naturales cuando intempestivamente se ahogan, creía sofocar con facilidad la suya en su pecho, sin menoscabar las simpatías que continuaba inspirándole Ricardo.

Engañando así su convicción dudosa, disimulaba el efecto desagradable que le ocasionaran las palabras de D. Leandro cuando apelaba á las cartas de Ricardo, hablaba de las esperanzas que hacíanle concebir los adelantos de su carrera, y recordaba con júbilo sus antiguas travesuras.

Ambos sufrían con aquella separación, pero Marieta hacía padecer más su ánimo por la necesidad que la obligaba á ocultar en familia su afecto contrariado, y la intención que mantenía de olvidarlo, escudándose en su misticismo.

Considerando armonizable el desprendimiento de sus propósitos con los atractivos de sus ilusiones perdidas, llevaba en su seno cubiertos, cual severo escapulario, la fotografía de Ricardo y el seco clavel que recibió como recompensa á la primera confianza que conmovió su ternura.

Mientras así obraba Marieta, el padre José, simulando indiferencia, atendía al silencio obediente que le había impuesto, observaba el régimen de sus prácticas piadosas, la asistencia cotidiana á los templos, y el reti-

ro que voluntariamente se impuso, llegando á confiar que si en absoluto no había olvidado todavía á Ricardo, por lo ménos arraigaban en su alma los estímulos de una vocación verdadera, que concluirían por extinguir aquel cariño.

Por su parte, D. Leandro, solícito como nunca por complacer á Marieta, deploraba verla desde su última enfermedad entregada á cierto abandono incomprensible, que la retraía de toda animación social, y no sabiendo á qué atribuir aquel cambio desde la hora de su convalecencia, aplicóselo á su modo como arraigado resabio de su última congestión cerebral.

Distintas veces pretendió disuadirla de que continuase con tal sistema de vida, halagándola con gustos capaces de satisfacer la vanidad de cualquiera otra joven aficionada á las galas y adorno de sus encantos, estimulándola así para que saliese con él de paseo á participar de otras distracciones, y allanándole su confianza para esplayar el ánimo de la melancolía que se traslucía en su semblante, pero todas sus gestiones le resultaron ineficaces, impidiéndole descubrir los motivos ocultos que la colocaban en aquella situación excepcional.

Procuró consultar con su amigo el vicario, pero encerrado éste en una reserva profunda, no le dió á conocer el amor y desaire de Ricardo, ni los pensamientos que Marieta acariciaba para ofrecer sus afectos á Dios, continuando el afligido padre privado de la presencia de su hijo y de la antigua alegría de Marieta, que era el consuelo más estimable que le quedaba á su alrededor.

Por consejo del padre José y disposición del médico, Marieta, que adquirió por breve temporada una palidez y descascamiento corpóreo algo alarmante, se vió obligada á trasladarse al campo con frecuencia para respirar la pureza de sus aires y usar de largos paseos, que

por fortuna devolvieron su antiguo apetito y robustecieron las fuerzas debilitadas con su inconveniente retiro y quietud.

Tan visible variación, que agradeció su naturaleza, dió á entender al padre José que no podía convenir á Marieta la reclusión perpétua que deseaba, y D. Leandro se convenció de que á todo trance debía imponer alegres distracciones á su hija para disipar aquella tristeza inconcebible.

A todas partes tuvo que asistir por fin para no contradecirle, pero como ocurre á determinados temperamentos, que no hay imposición humana que pueda abstraerlos de las tendencias persistentes en que se colocan los ánimos, en apariencia cumplía con presentarse donde su padre la ordenaba, mientras su mente y su corazón divagaban por otras regiones distintas.

Sin embargo, Marieta llegó á recobrar por completo algún tiempo después su salud amenazada.

D. Leandro volvió á adquirir su tranquilidad perdida, demostrándose más deferente con su hija, y el padre José tuvo nuevas ocasiones para seguir creyendo que el corazón de su amiga debía ser grata ofrenda á Dios.

XLIV

Luego que en este estado se sucedieron algunos meses sin ocurrir nada notable que narrar, una mañana primaveral de Abril se encontraba Marieta sentada en el balcón de su cuarto resguardándose del sol bajo oscura cortina de crudillo azul y cosiendo unos manteles de mesa cuando viose favorecida con la presencia de D. Leandro.

No tenia este costumbre de acompañarla en aquellas horas, porque dedicaba las de la mañana, desde que concluía su almuerzo, al despacho de los asuntos de escritorio para activar los negocios de su labor fuera de casa.

Apesar de la afabilidad que se reflejaba en su rostro no dejó Marieta de estrañar la visita inesperada de su padre y mucho mas cuando viéndole entornar la puerta y sentarse junto á la mesa de estudio le oyó decir balbuciente.

—Deja, Maria, tu costura ahora, porque deseo hablarte de un asunto que nos interesa.

Levantóse algo preocupada Marieta al oír la forma respetuosa que usaba con ella su padre, quizás por vez primera en la vida, recelando dura reprensión si es que por desgracia se había enterado de su disgusto con Ri-

cardo ó del empeño que abrigaba de retirarse á un convento.

Despues de dejar la almohadilla de su trabajo en el suelo, como lugar aunque impropio mas inmediato á su comodidad, abandonó el balcón, y aproximando su silla al lado de la de su padre esperó con las manos cruzadas y su vista modestamente recogida á que le dirigiese de nuevo la palabra.

D. Leandro miró con atención á Marieta como si pretendiera interpretar las impresiones que cruzaron por su mente antes de desenvolver su pensamiento que espresó así.

—Conoces, Maria, el gran afecto que desde la infancia te tenemos aquí todos, el desabrimiento en que me dejó la muerte prematura de mamá, y el vacío que noto en esta casa desde que nuestro Ricardo la abandonó, viviendo sin mas goces que tu consuelo, ni mas expansiones que las que te sujere tu cariño filial, casi aburrido en mi soledad que se me haría insoportable si por tí no fuera. No he querido volver á casarme cuando eráis mas pequeños y yo mas jóven, porque no hubiera sido fácil encontrar otra Virtudes para mí ni para vosotros. Si realmente fueras mi hija no me arredraria que te casaras con otro hombre, porque de mi lado no habia de consentir yo que se separara el nuevo matrimonio, y bien acompañado haría comun vuestra dicha y la de vuestros hijos; pero las gentes saben que no lo eres y la mordáz malicia pudiera cebarse en mancillar nuestra honra si seguimos viviendo así...

Encontrando Marieta en las palabras precedentes ocasión oportuna á la vez para declarar su resolución religiosa, sin preveer el alcance que pudieran tener los preámbulos de D. Leandro, le interrumpió con vehemencia diciendo.

— Tal temor no preocupe á V., papá, porque estoy dispuesta á remediarlo.

— ¿De que manera?

— Saliendo yo de casa por doloroso que me sea.

— Nunca, hija mia, lo consentiré. Me has interrumpido sin conocer el objeto que aquí me trae y te suplico escuches con mas atención. Eres buena y discreta, hacendosa y querida por Ricardo, como buen hermano de quien no hay que esperar se enoje, y al comunicarle mi proyecto estoy convencido que lo aprobará, porque él no puede desear mas que el que yo asegure tu felicidad.

Breve pausa que hizo su padre para entornar de nuevo la puerta que abrió una ligera ráfaga de aire, puso en tortura á Marieta, la cual ansiaba conocer el término de las frases anteriores.

— Si, no hay duda que lo aprobará, repitió reflexionando D. Leandro, despues de ocupar nuevamente su asiento, porque yo le haré comprender la conveniencia que redundará para todos si tu aceptas mi mano, ya que á mi edad se encuentra árido el corazón.

Violento sacudimiento de sorpresa, cual rápida convulsión nerviosa sintió Marieta en todos sus miembros, quien fijando la vista atónita en D. Leandro, aturdida en sus ideas y sonrojada pudorosamente, quedó sin acción en su lengua para contestarle.

Turbose al recordar la gratitud y el respeto que le merecía, y nada supo decirle; pero exhalando profundo suspiro, que recogió con su pañuelo, sin poder contener su sentimiento, cubrió sus ojos con ambas manos para llorar ámpliamente.

Don Leandro que la contemplaba cariñoso en aquel descorsuelo, la dejó llorar, considerando natural su desahogo, aunque solo fuese por la sorpresa que debió causarle su declaración estemporánea, y procuró calmarla diciéndole:

— Ya ves que no he usado el lenguaje de una pasión censurable ni juvenil para manifestarte mi propósito. A mi edad no caben otras expresiones que las formales y sinceras que corresponden á mi estado y se merecen tus cualidades. Mezquina es la recompensa que te ofrezco para premiar tu modestia, tus desvelos cariñosos y la buena memoria que has sabido guardar siempre de mi esposa. Le ofrecí antes de morir no abandonarte, y hoy que te lo pruebo, conociendo desde el cielo la sanidad de mis intenciones, no dudo que ha de pedir á Dios que las bendiga.

Mientras así se espresó D. Leandro, bastante conmovido, se apoderó de una mano de Marieta, que retuvo cariñosamente sin oposición entre las suyas, cual lazo espresivo de mútuo consuelo.

Marieta no dejaba de sollozar en aquel lance apurado que le oprimía el corazón, y del cual no acertaba á salir. Sostenía su mente preocupada con la imágen y desengaño de Ricardo, con el ofrecimiento que á Dios pretendía hacer de su virginidad, con los recuerdos inolvidables de su infancia y con el temor de disgustar á aquel protector á quien debía la regeneración de su alma. Todo su pasado afluyó á su memoria en confuso desórden; en todo pensaba menos en la necesidad de contestar á su padre.

Al sentir oprimida su mano por el arranque cariñoso de D. Leandro, rápida corriente de temór penetró en sus venas hasta el corazón, y recrudesciendo su angustia murmuró á media voz:

— ¡Dios mio, Dios mio! ¡Qué tribulación!

— Vamos; no llores así, María, exclamó D. Leandro, pues no parece sino que te hayan ofendido mis palabras. Ya comprendo que para cualquiera jóven pudorosa, cuando como tú nunca ha escuchado proposiciones de

amor, mi forma atrevida y seria no es la mas adecuada para convencerla aunque conmueva las fibras de su corazón. No te exijo una contestación imprevista, ni quiero imponerme á tu voluntad, que puede libremente resolver aquello que mas le convenga. El asunto es árduo y necesita meditarse con la madurez que lo he pensado yo antes de hablarte. Tu reciente melancolía me ha decidido á revelar un pensamiento que me importuna desde la salida de Ricardo, mas bien por tu honra que por mi provecho. Aunque mi conveniencia requiera una solución favorable, hay que armonizarla con tu conformidad espontánea y rechazarla si nó la apruebas. Reflexiona, pues, con calma algunos dias, y si me aceptas sin repugnancia, podrás servirme de consuelo en mis últimos años.

Acto continuo levantóse de su silla como para dejar á Marieta entregada á sus reflexiones, pero conociendo esta la intención de su padre, arrojóse á sus brazos con vehemente congoja.

— Os debo lo que soy, exclamó afectadísima en aquella actitud solicitante, y obligada he de estar toda mi vida á corresponder á vuestra caridad; pero por el nombre de D.^a Virtudes os suplico que no penseis en mí, porque profanaríamos su memoria respetable. Dios que penetra en los corazones sabe cuánto y de qué manera os amo, cómo os considero y cuán obligada he de estar para sacrificarme por vuestra dicha; pero no destrozéis mi pecho exigiéndole una pasión que os haría desgraciado.

— ¿Pues qué, María, amas á alguien?

— No, señor; apenas sé amar á Dios, replicó con resolución Marieta desprendiéndose de los brazos de Don Leandro, con cuyo motivo añadió éste:

— Pues si tan libre tienes tu voluntad, no te enoje mi exigencia. Piensa con sensatez sin precipitar tu de-

terminación y acertarás en ella. Desecha la preocupación que te infunden los recuerdos de mamá, porque había de bendecirnos desde el Cielo al ver que unidos veláramos por Ricardo.

Seguidamente más emocionado por el sentimiento inferido á su hija, que por el interés que le despertara su belleza afligida, se retirò D. Leandro del cuarto de Marieta, dejándola sumida en nueva pena que jamás pudo esperar.

Así que volvió á encontrarse sola, se apresuró á cerrar la puerta, para que nadie le importunara, calmò su ansiedad, recostada en su butaca, exhalando profundos suspiros y entregóse á sentidas reflexiones.

—¿Cómo eludiría el compromiso grave en que la colocaba su padre? Ella que tanto sacrificio había obligado á hacer para adquirir su educación y sustento, cual hija predilecta de la familia, tenía que corresponder demostrando una ingratitud que realmente no existía en su pecho para no aumentar mayores disgustos en la casa. ¡Ni aún libertad podía tener para declarar los impedimentos que esclavizaban su corazón! ¿Cómo tenerla, si había amado á Ricardo, y D. Leandro lo ignoraba?

Le había amado como única y exclusiva inclinación de su alma, entregándole su pensamiento y su ternura, y no amaría á otro hombre jamás, aunque le ofreciera juntos los tesoros de la tierra, porque el amor cuando enjendra por vez primera en corazón spasionado, profundiza tanto sus raices, que no hay voluntad poderosa que las arranque ni nuevo jugo que las corrompa.

Si el proceder ingrato de Ricardo había desvanecido su ilusión, si las esperanzas de una dicha imaginaria se disiparon en un momento de cruel desengaño, aquella perfidia por mucho que doliera no podía consentirle escuchar otras protestas afectuosas y asentir á otros juramentos.

Si veleidosas resultaron las frases primeras que sedujeron dulcemente su alma y falaces las seguridades que destruyeron su infantil candor, al experimentar una vez en la vida aquellos peligros, no debía exponerse á sucumbir en otros lazos que perpetuaran sus remordimientos.

Bien comprendía que la ingratitud mortificadora á nadie autoriza á ser ingrato, sinó á perdonar la ofensa que se recibe pidiendo á Dios por el infeliz ofensor.

Y el perdón lo había replegado en su pecho como joya valiosa de la sinceridad de sus virtudes; y sus oraciones las elevaba al Cielo con más ahinco, acompañadas de recuerdos sensibles que ofrecía en expiación de sus faltas.

Así se explicaba que renunciase á toda afección terrenal y se propusiera amar solo á Dios, cuya bondad infinita no era posible que despreciara la rectitud de sus pensamientos ni la expansión amarga de sus penas.

El suceso que acababa de ocurrirle con D. Leandro, la colocaba en situación tan violenta, que desde luego no veía otro medio para salir de ella, que sacrificar su corazón y su felicidad.

—¿Cómo? ¿Accediendo á las proposiciones que acababa de oír para corresponder á un cariño compasivo, engendrado en la infancia al estímulo de un impulso meritório? ¿Entregándose á la voluntad de D. Leandro en unión inseparable, sin amor, sin entusiasmo y sin ilusión?..... Imposible, porque la sombra de D.^a Virtudes, le reclamaría indignada sus derechos; Ricardo, ofendido, no debería consentirlo, y humillada con justas censuras, roería en su conciencia el desprecio y la crueldad de sus remordimientos.

¿Y debía dejar abandonado á una vejéz desgraciada á su padre, después de tantas pruebas desinteresadas

conque le había justificado su cariño? ¡Ay! el destino no dictaba otro remedio para cubrir la honra que D. Leandro consideró amenazada por la calumnia maldiciente.

Tampoco podía confiar en el arrepentimiento de Ricardo para esperar su vuelta, cuando partió con indiferencia de su lado sin explicarle su conducta ni escribirle una sola vez. ¿No seguiría ilusionado con el amor de Leticia y acaso se consideraría feliz con ella? ¿Sería de esperar que aunque regresará algún día al seno de la familia recordase su antigua pasión de otra manera que cual juvenil pasatiempo de su veleidá y capricho? ¿No le había oído por sí mismo decir que su padre nunca consentiría su amor? ¿A qué pues recordar ilusiones creadas por su sola candidéz para que desde luego sirvieran de mentidas esperanzas que quebrantaran su salud.

No. Ya no debía pensar en Ricardo con otro reconocimiento que para corresponder á su antiguo afecto fraternal, implorando de Dios su prospera fortuna.

Y al despedirse de aquel hogar benéfico ¿volvería á buscar á sus pobres padres que la abandonaron en la niñez y olvidaron de tal manera que todos ignoraban su paradero y destino? ¿Como había de volver á su lado cuando Dios la hizo huérfana para ampararla con su protección inagotable, con el amor de su Providencia?

Con tales y otras distintas reflexiones Marieta, dispuesta á interrumpir el silencio que le impuso el padre José, resolvió verle cuanto antes para enterarle de su situación anomala y pedirle con empeño su amparo en la comunidad que regentaba.

Convenciéndolo pondría término de una vez á las angustias de su espíritu y velaría por la felicidad de sus padres y de sus bienhechores.

XLV

Después de la comida de aquel día que fué breve y silenciosa á consecuencia de la preocupación que distraía á D. Leandro y á Marieta, dispuso aquel que le ensillaran su caballo para visitar las afueras de la ciudad, retirándose su hija á su habitación no á proseguir sus quehaceres, mas bien á espiar desde el balcón la salida de su padre.

Así que aquel desapareció por la última esquina de la calle de San Agustín, siguiendo el camino tortuoso y pintoresco de Cartajena, llamó Marieta á su criada é hizo comer con presteza para que la acompañara á evacuar un asunto urgente.

Vistiose entre tanto con sencillez, adornó su muñeca con su rosario cual si fuera á visitar algún templo, no olvidó el libro de sus devociones y acompañada por la criada salió de casa dirigiendo sus pasos presurosamente á la de la Vicaría de San Sebastián, sin revelar el objeto que se proponía.

Un anciano de cabello encanecido y escaso, de semblante apergaminado y bondadosa mirada, acción perezosa y vacilante andar, vestido con remendado traje de paño burdo, color café, estaba sentado en rústica silla

de álamo afirmada en el último escalón de la puerta principal, secando al sol su pañuelo de algodón estampado en oscuros colores que tenía estendido sobre sus rodillas.

A su lado un manojo suelto de mimbres blancos y un canastillo á medio tejer, acreditaban que el buen viejo apesar de sus años rehuía de la ociosidad como vicio nocivo á la salud.

Dirigióse á el Marieta, pues lo conocia como sacristan de la iglesia, mandadero de las monjas y portero de la casa de la Vicaría, preguntándole si era posible ver en aquella hora al padre José.

Con lentitud quejumbrosa se levantó de su silla el interpelado apoyándose en nudoso báculo, y sin cuidarse de conocer quien le hablaba ni saludar con su raída monterilla, contestó con acento premioso.

— Ahora me enteraré, porque si nó está descansando, puede que haya empezado ya su rezo.

Y volviendo sus espaldas encorvadas por el peso de los años, subió lentamente la escalera desgastada que independiente á todo otro departamento de aquel edificio conducía á las habitaciones del capellán.

Mientras tanto ambas mujeres ejercitaron su paciencia aguardando en pié el regreso del cachazudo mandadero en el desmantelado zaguán del convento.

Al cabo de una regular espera asomó de nuevo el calmoso portero, no hablando palabra hasta que volvió á encontrarse frente á Marieta, á quien sin dirigirle la mirada díjole:

— Suba V., que aún no empezó sus horas.

— Espérame aquí, porque quizás tenga que confesar, advirtió Marieta á su criada en voz alta, la cual no necesitó otro aviso para acomodarse de cuclillas en el umbral de la portería acompañando á aquel descolorido es-cuerzo.

Marieta subió sola y ligera á la casa de la Vicaría, cuya puerta halló franca, y sin necesidad de atravesar por ningún corredor, encontróse al final de la escalera en una espaciosa estancia alumbrada por dos grandes ventanas que servía de despacho, vivienda y sala al padre capellán.

Sentado en ámplia poltrona antigua de nogal, con asiento y respaldo de bruñido cuero enclavado con gruesos bronce labrados, se encontraba el padre José envuelto en largo balandrán abotonado y cubierta la cabeza con puntiagudo gorro de seda negra.

Apoyando sus brazos en la mesa de estudio revuelta de libros y papeles, se encontraba liando los cigarrillos que pudiera necesitar en aquella tarde, los cuales recogía esmeradamente en su tabaquera de acebuche pulimentado.

En cuanto Marieta asomó en el claro de la puerta de entrada, el padre José frunció su entrecejo y dilató su frente demostrándole la estrañeza que le causaba aquella visita inusitada.

Suspendió en el acto su ocupación entretenida, poniéndose en pié, ofreció á su lado una de las modestas y pocas sillas de madera barnizada con asiento de anea que decoraban la sala, y movido por curiosidad manifiesta, preguntóle:

— Qué te sucede que vienes aquí á estas horas?

Sonrojada Marieta ó al menos encendidos los colores de sus mejillas por la agitación conque subió la escalera y el motivo que allí le gu'aba, contestó ocupando su asiento:

— Vengo á deciros, aunque falte á vuestra prohibición, que no puedo continuar un momento más en casa, y que ha llegado la hora de que dispongais retirarme á este convento.

—Niña: ¿qué incidente renueva tu impaciencia?

—¿Nada ha consultado papá con V. antes de hablarme?

—Ignoro si tuviera asuntos que confiar á mi consejo.

—Parece extraño.

—¿Dudas acaso, niña, de mi sinceridad?

—Nada de eso, pero ¿cómo no he de extrañar que sin decir á V. nada se haya atrevido á declararme hoy su amor?

—¡Su amor! ¿qué dices, chiquilla? exclamó estupefacto el padre José; ¿estás en tu cabál juicio? Vamos, que no es tan viejo como para que se le hayan agotado las pasiones, ni tampoco podía buscar mejor compañera; ya ves como hace justicia á tus buenas cualidades. ¿Y qué le contestaste?

—¿Qué había de contestarle? que nunca debió pensar en semejante asunto, porque profanaríamos la memoria respetable de D.^a Virtudes, replicó Marieta con disgusto, replegando su mirada sobre la cubierta del libro que sostenía en sus manos.

—Bien dicho, añadió el sacerdote haciendo sonar los nudillos de sus dedos con seco golpe sobre los lisos brazos de su poltrona. Aunque ambos estais exentos de impedimento, pero ¿cómo hizo el diablo que se apasionase de tí?

—No me lo ha dicho. Unicamente sé que sostiene ese pensamiento desde que se fué Ricardo, y ahora me declaró su propósito para evitar que preocupase á las gentes nuestra familiaridad.

—¡Aaah! pues no debes ofenderte, hija mia, porque tu padre, á quien considero incapáz de concebir ninguna pasión villana, te ha demostrado en este acto cuánto estima tu honra, cuánto vales á sus ojos, y con qué interés mira tu porvenir. Debes estarle agradecidísima.

—Lo estoy, y cualquiera sacrificio haría por corresponder á sus beneficios, pero ya conoce que no amo mas que á Dios.

—¿Te escurriste con tu quimera de ser monja?

—Tampoco me atreví á disgustarle descubriéndole mi propósito.

—No me parece mal, porque así puedes elegir mejor el estado que te convenga. Ahora con tu buen juicio pide á Dios que te aconseje si te quiere casada ó religiosa.

—¡Qué cosas decís, padre!

—Espedita tienes la elección; ¿quién sabe si Dios te destina para ser una Santa Mónica?

—No nos chanceemos, que mi ánimo no está para bromas.

—No me chanceo; como te aconsejé en su día, te recomiendo ahora que no precipites tus propósitos. Consulta á solas con tu conciencia la gratitud que debes á D. Leandro, la necesidad que tiene de tus cuidados, el cariño respetuoso que te ha demostrado siempre y los peligros que puedes correr saliendo de su tutela.

—Lamento el compromiso en que me ha colocado su franqueza, pero ¿creéis que yo pueda amar á nadie como he amado á Ricardo? Y aunque nada me hubiera ocurrido con él ¿existiría en mí valor para abrogarme los derechos de mi difunta protectora? No cabe ni pensar en ello. Lo único que yo deseo es salir de aquel benéfico hogar antes que la calumnia lo manche. A lo que yo vengo dispuesta es á renunciar á todo lo del mundo ofreciendo á Dios mi corazón, ya que la experiencia me ha enseñado lo volubles que son los afectos de la tierra.

—Y continúas con tu empeño sin desprender de tu alma el recuerdo de Ricardo? Arriesgada es la determinación que has adoptado, y hoy que tu padre se propone

asegurar tu porvenir, deberías con mayor motivo experimentar tu vocación con otras pruebas.

— No recordemos á Ricardo como no sea para pedir al Cielo que lo colme de bienes, y ya que él despertó en mi alma los impulsos de mi primer amor, que ese afecto desgraciado eleve mis ternuras en raptó místico á Dios, y para El solo sirvan los triunfos de mi abnegación.

— Si tan enardecido sientes el espíritu y tan animada te encuentras, no contrariaré abiertamente tu voluntad, pero te convendría seguir un consejo que me propongo darte.

— Lo seguiré con tal que no me obligue V. á continuar viviendo en casa.

— A ella te vuelves luego que hablemos, y confiada en la caballerosidad de D. Leandro esperas á que yo le revele esta noche tu decisión de ser religiosa. Nada temas. Tampoco quisiera que esclavizases tu porvenir á un voto perpétuo en que tras un remordimiento tardío pudieras encontrar en el retiro del claustro duros y frios los hierros de tu reja, árida la oración é intolerable la penitencia; y entonces, hija mia, la desesperación reemplazaría al dulce sosiego que anhelas. ¿Por qué ya que tantas ternuras reconcentras en tu pecho no las compartes con los desgraciados y con Dios haciéndote hermana de la Caridad?

— No conozco esa orden, padre, ni aquí hay casa.

— Institución, hija mia, es creada para aquellas mujeres que ávidas de amor convierten sus ternuras en aspiraciones angélicas de virtud inagotable y poseídas de un enardecimiento sobrenatural no solo menosprecian las cosas de la vida, cual si permanecieran reclusas en un convento, esclavas de su austeridad en medio de los vaivenes sociales, si que también cuidan del anciano, ilustran al ignorante, auxilian al estraviado, cuidan del en-

fermo, y con valor heroico se esparcen por la tierra en busca de sacrificios que ofrecer, desgracias que consolar y lágrimas que recoger para el Amor Divino.

—¿Y me admitirán en esa institución desde luego?

—Yo cuidaré de escribir y de facilitarte la entrada, porque tu edad está dentro del periodo que se requiere. Puedes ejercitar tu postulación en los seis primeros meses de entrada, y después, cuando tomes el hábito, practicar en los hospitales á que te destinen los oficios de la caridad, para lo cual te conceden cinco años de noviciado, pudiéndose perpetuar también los votos de tu profesión con renovaciones anuales. Así, como flaquee algún día tu propósito, podrás salir de la congregación cuando te convenga.

Marieta quedó reflexiva algunos instantes, los mismos que guardó silencio el sacerdote para sospechar que no resultarían estériles las indicaciones de su consejo.

—Dios me dará fuerzas para hacer meritorios mis trabajos. Con tal de que yo pueda ofrecerle así mi amor seguiré, el consejo de V., contestó con resolución Marieta disponiéndose á retirarse.

—Prepare V. lo necesario, sin que el papá se entere, prosiguió luego que se puso en pié, y nos evitaremos la cruel despedida.

—Al contrario, hija mia, no daré niugun paso sin que antes él lo conozca, ni consentiré que salgas de la casa sin su autorización. Ve tranquila, que si tienes prudencia todo se allanará, replicó el sacerdote levantándose para despedir á su ahijada.

—En V. confio, padre.

—No, hija, en la voluntad de Dios.

Seguidamente Marieta, mas confiada despues de aquella larga consulta y con semblante risueño, salió de

la Vicaría haciéndose acompañar por su criada al templo de Nuestra Señora de Monserrat, situado en el arrabal Roig, para darle gracias por el apoyo que acababa de adquirir en su confesor.

La alegría que se apoderó de su alma le complacía tanto, que postrada ante la hermosa imagen de la Madre de los desgraciados se consideró consolada y permaneció largo rato absorta en seráfica recreación.



XLVI

Los aparatos atmosféricos de una noche nublada y revuelta impidieron que á la hora de costumbre asistiesen en aquel mismo día á casa de D. Leandro sus amigos contertulios, cuyo número desde la enfermedad de Marieta habia disminuido notablemente.

El padre Payá fué el único que sin temer á la tormenta se consideró bajo propio techo en el de su antiguo amigo, por cuanto provisto de gran paraguas acudió antes de la hora señalada para la reunión.

En vez de dirigirse á la sala de estrado como acostumbraba, hizo llamar á D. Leandro á su despacho así que llegó, y á puerta cerrada permanecieron conferenciando ambos sobre materia que aunque no oída por el narrador ha de ser fácil adivinarla á los lectores.

Entretanto Marieta permaneció retirada y sola en la pieza principal, dedicándose á la lectura de pequeño libro piadoso, el cual ocultaba en su bolsillo cada vez que creia oir movimiento de pasos en el corredor ó que llamaban á la cancela de la casa.

Al cabo de larga impaciencia en aquella soledad, entregada unas veces á su lectura, recelosa otras de que ejercieran en su padre impresión de enojo las esplicaciones que le diese su amigo acerca de sus propósitos,

oyó abrir la puerta del despacho y temió la obligaran á comparecer en aquel momento ante ellos para contrariarle su propósito.

Confiaba en que el padre José no se marcharía sin despedirse de ella facilitándole ocasión para conocer el resultado de aquella conferencia, pero contra su deseo le oyó bajar las escaleras algun tiempo despues, saludar á D. Leandro y cerrar la cancela sin otra detención.

Semejante contrariedad le impresionó desagradablemente, porque no se sentía con ánimo resuelto para arrostrar frente á frente la oposición que su padre pretendiera imponerle, ni adivinaba si conseguiría destruir las razones que el cariño le sugiriese para impedirle la salida de aquella morada.

Poco despues, D. Leandro se presentó ante Marieta bastante abatido y con los ojos inflamados cual si agudo pesar abrumara su alma, apesar de las lágrimas vertidas en su desahogo.

Marieta quedose turbada en cuanto le vió cerrar la puerta, evitando así que las criadas saciasen su curiosidad, y como privada de acción aun para ofrecer asiento á su padre, cuidose solo de elevar su espíritu al Cielo en demanda de las fuerzas è inspiración que en aquel trance creyó necesitar.

Colocando una silla junto á su hija, exclamó D. Leandro enternecido.

— ¿Conque tu tambien decides abandonarme al fin de m's dias?

— Ya sabeis papá que Dios dispone de nuestros corazones.

— Respeto sus designios por acerbos que me resulten, pero lamento que no hayas usado antes mas confianza conmigo.

— Jamás he tenido valor para disgustaros.

— Pero has sabido ocultarme la pena que Ricardo te ha ocasionado inspirándote una pasión que no sentía y cuyo desenlace te obliga á sacrificar ahora las esperanzas más risueñas de tu juventud.

—Perdonadme, papá, exclamó Marieta, sobrecogida por la revelación de D. Leandro, que demostraba estar enterado de todo su pasado. Ya que nada ignorais, perdonadme si el respeto que os debo me ha hecho ocultaros los secretos íntimos de mi cariño. Dispusisteis que amara á Ricardo como hermano y así le quise, pero un día más tarde me miró de distinta manera que no pude impedir, me dominó con su ternura, y exigiéndome un juramento al que no le falté, se apoderó insensiblemente de mi corazón, para burlarle con el desengaño que otra mujer le aconsejó.

—Ahora me explíco el retraimiento de Leticia y de su madre, tu enfermedad, tu tristeza y la repugnancia conque me has oído esta mañana.

—No culpeis por Dios á Ricardo de nada ya, porque es ageno á la resolución que he formado de ofrecer á Dios mis votos.

—Pero no puedes disculparle de la desgracia que me reporta privándome de tu cariño y dejándome á merced de los achaques de la edad.

—Es que yo aunque pensase de otro modo, no puedo amaros más que como hija agradecida, nunca cual D.^a Virtudes os amó, porque los recuerdos de su memoria sofocarían nuestras expansiones.

—Ni yo he pretendido satisfacer en tí una pasión liviana que corrompiera la candidéz de nuestro afecto.

—Pero me pedisteis mi mano y con ella había de sacrificar indudablemente mi corazón que ya tenía ofrecido á Dios.

—Y á Dios puedes tenerlo dedicado sin separarnos,

porque únicamente me propuse defender tu honra de la maledicencia pública, asegurándote un porvenir mas halagüeño.

— No os preocupe mi porvenir, porque desde que nació bien conoceis que no me abandona la Providencia, á la cual tanto debo por vuestra caridad.

—Y por las bondades especiales de tu alma que el nécio de Ricardo no ha sabido apreciar. Si al menos me hubieras advertido cuando aquel amor empezó, yo hubiera impedido que sirviera de juguete á su veleidad. Nada puedo hacer ahora en tu favor, porque las inclinaciones del corazón, nacen por sus propios impulsos y no se imponen; pero si consintieras quedarte á mi lado, quizás con mi influencia acallases algún dia los deseos que disimulas.

—¿Mis deseos? papá; pues si estos los conoceis ya por el padre José. Creedme; ningún otro estímulo me alienta más que consagrarme á Dios.

—Pudieras tranquilamente hacerlo en esta casa, sin agravar el desaliento de tus esperanzas.

—Ninguna me conviene cifrar en las cosas del mundo.

—Revelas despecho expresándote así, sin considerar que eres demasiado jóven para sacrificar tus ilusiones.

—Ya que con tanta indulgencia me contradecís, permitidme os diga que cuando me desengañé de Ricardo, me propuse á nadie amar más que á Dios.

—Ofrecimiento impremeditado con el cual justificas no tener libre el ánimo, porque aún te obcecán los vestigios de tu pasión contrariada. Si reflexionaras que cualquiera otro hombre te puede hacer tanto ó más feliz la vida, no te sacrificarías agobiada por tus recuerdos dolorosos.

—Comprenderéis que no debo pensar en otro hombre, y aunque no ódio á Ricardo, le amo hoy únicamente.

te para estarle reconocido como á V., y pedir siempre á Dios por su ventura.

— ¡Válgate Dios! hija mia, nunca esperaba de tí tanto despego como manifiestas con esa tenacidad inescusable. ¿No conoces que en cada palabra tuya descubres más amargura que piedad? ¿No ves que más bien desahogas tu sentimiento oculto que justificas tu vocación? Reflexiona por lo menos que nuestros desengaños no deben conducirnos á determinaciones aventuradas, porque á raíz de una ilusión que se pierda, renacen otras nuevas, y solo así se comprenden los consuelos de la vida.

Nada contestó Marieta á estas palabras, cuya vista sostenía clavada en el suelo, cual si en ellas reflexionara, mientras su padre pensativo tambien, en la manera de conseguir convencerla mejor, la miraba compasivamente.

Enmudecidos ambos en tal actitud que se les hacia violenta, con su sentimiento uniforme y disparidad de propósitos, hubieran seguido mas tiempo, á no insistir de nuevo D. Leandro con esta pregunta:

— Por fin, María, te parece prudente que suspendamos tu desigño hasta que lo conozca Ricardo?

— Imposible, papá, ¿qué os proponéis con semejante prueba? ¿Recrudecer mas mi disgusto? exclamó Marieta alarmada: ni intentarlo. Ricardo no debe conocer mi resolución hasta que sea cumplida, porque el olvido ha de haber estinguido su afecto, como ha marchitado mis ilusiones.

— Y si yo contribuyese á hacerlas renacer, ya que no me consideras digno de tu cariño.

— No insistais en atormentarme, porque no sabeis cómo sufro.

— Pues considera por un momento cuánto no sufriré yo el día en que tambien me abandones.

Os queda mejor cariño que el mio, el de Ricardo que nunca os faltará.

—¿Y los cuidados que mi vejèz reclame? ¿y la asistencia para mis enfermedades á quién la deberé sin tenerte á tí?

—Para entónces cuidará Ricardo de favoreceros con otra hija mas digna que yo, cuyos méritos dulcificarán vuestra soledad.

—Cruel estás, hija mia, con tus soluciones, que me parezca injustas.

—No, papá, eso jamás. Si algun recuerdo del mundo me ha de acompañar en el claustro mientras viva, es el que me inspira el cariño intenso que os profeso. Si algun sentimiento me ha de angustiar es el de abandonaros; pero yo pediré á Dios por la salud vuestra y por las fuerzas de ánimo que necesitamos todos.

Marieta terminó esta frase reprimiendo sus sollozos, que revelaban la lucha pertináz que en su pecho sostenía con sus tiernos afectos.

Conmovióse D. Leandro al contemplar las emociones afflictivas de su hija, y poseido de igual sentimiento murmuró:

—No pretendo importunarte mas. Tu sacrificio nos alcanzará á todos... Te dejaré, pues, en libertad para que sigas tu inspiración, pero no olvides que si algun día te arrepintieras, en mis brazos encontrarás siempre el consuelo de tu padre.

Marieta, angustiada por las tristes ideas de su porvenir, levantóse de su asiento al ver á D. Leandro en pié, y abriéndole sus brazos, exclamó agradecida:

—¡Cuán bueno sois papá! Hasta en esto condescendeis contra vuestra voluntad. ¡Dios mio! que Ricardo no os haga desgraciado!

Don Leandro, abatido por la emoción que le ahoga-

ba, permitió que Marieta le tomara su mano y la besase, correspondiendo á su vez con otro beso cariñoso que estampó con respeto en su cabeza, oprimiéndola sobre su atribulado corazón.

XLVII

No esperaba Marieta que despues de esquivar el ofrecimiento de matrimonio que por la mañana le hizo su padre, concluyesen tan pacíficamente las escenas de aquel día, y que, conociendo ya la antigua pasión que le habia inspirado su hijo Ricardo, mas bien se hubiese mostrado dispuesto á favorecerla, que le ocasionara malquerencia.

Si algo D. Leandro lamentó en sus reflexiones, fué que aquel tierno afecto hubiese servido de entretenimiento pasajero á las veleidades de su hijo, porque se oponia al propósito que de antiguo acariciaba sin demostrable empeño de concretar su felicidad al cariño y goce de su familia, é invalidaba también las últimas disposiciones de D.^a Virtudes.

A cualquier recurso hubiese podido apelar para impedir que Marieta continuara en su obstinación mística, si D. Leandro fuera de otro temperamento ménos condescendiente y benévolo, pero dominado por el cariño filial, no se atrevió á disgustarla, conformándose en sacrificar mejor su interés propio y la expansión de sus afectos, que obligarla á que permaneciese bajo su tutela con la menor violencia.

De acuerdo con el padre José, le aconsejó que obtase por ingresar en la congregación de las hermanas de la caridad, más bien que cubrir su cabeza con el velo de otra profesión perpétua, cuya austeridad le pudiera provocar tardío arrepentimiento.

Al propio tiempo, sin que Marieta se enterara escribió D. Leandro á su hijo, desentendiéndose de que conocía la antigua inclinación de sus amores, y expresándole únicamente los recelos que le asaltaban por el aislamiento en que iba á quedar desde el instante en que Marieta adoptara la vida religiosa.

Sea que Ricardo hubiese sofocado por completo su antigua pasión, sea que no le conviniera manifestarla á su padre por entónces, ó que el respeto natural de hijo le impidiese informarle de sus inclinaciones íntimas, lo cierto es que en sus cartas se demostró poco ménos que indiferente, concretándose á deplorar que la resolución de su hermana cooperase á hacer más críticas las circunstancias de su viudéz.

Nada escribió directamente á Marieta, apesar de la importancia de aquella noticia, ni demostración extraordinaria de cariño se permitió usar en sus escritos cuando contestó á D. Leandro, ciñéndose á expresar con naturalidad, cual lo sentía, el afecto fraternal que desde su ausencia venía manifestando.

Tampoco llegó á insistir en una oposición abierta que hubiera convenido á su padre para intentar con más empeño disuadirla de su vocación.

Creyó más oportuno Ricardo demostrar que se conformaba con la voluntad de Marieta, como otra de tantas disposiciones supremas que los hombres en ningún caso deben ni pueden contrariar.

Con tal proceder, injustificable en Ricardo, se convenció D. Leandro, lamentándose en verdad de que su

hijo no amaba á Marieta, y decidió no renovar por sí las ilusiones que extinguieron aquella pasión, ni remover los obstáculos que la contrariaron.

Así se sucedieron algunos dias en discusiones estériles, repitiendo D. Leandro sus consejos, sin lograr persuadir á Marieta, ni ejercer en su ánimo la menor alteración en las reflexiones persuasivas que renovó el padre José, valiéndose de su familiaridad é influencia espiritual.

Por fin, convencidos ambos de sus gestiones inútiles y de la voluntad irrevocable de la jóven, dispusieron los preparativos indispensables para solicitar su admisión en calidad de *postulanta* en una de las casas españolas de noviciado, y llenadas las formalidades que la importancia del nuevo estado requería, vió Marieta cumplido su anhelo, recibiendo después de algunos meses la orden de ingreso en la congregación de las hermanas de la Caridad.

Acompañada por D. Leandro y el padre José, salió en su hora de la casa en que había vivido ocho años al amparo de una familia virtuosísima y caritativa, abandonando sus comodidades y sus gustos, despreciando sus ilusiones con la renuncia de los afectos de aquellos seres queridos y de las amistades de antiguo creadas, para entregar su cuerpo á la mortificación y trabajo, su mente á la oración, y las tiernas expansiones de su alma al amor divino y consuelo de los hijos desgraciados de Dios.

Triste y penoso fué el largo viaje que D. Leandro tuvo necesidad de emprender para depositar á su hija en la casa de noviciado, angustiosa su despedida, que provocó terrible desaliento en el ánimo de Marieta, pero más doloroso se le hizo su regreso después de confiarla á sus nuevas madres, y volver acompañado del padre José

á su población para arrostrar en su casa otra vida, cual nunca, aislada, y mayor aburrimiento donde hasta entonces los consuelos de sus hijos, los recuerdos de su esposa y las virtudes de su familia le habían llenado siempre de envidiable renombre.

XLVIII

Dos años siguieron á los sucesos anteriores sin acontecer en tal periodo de nuestra historia hechos que merezcan especial mención.

El verano de 1854 fué para Alicante, adonde debemos volver enlazando nuestro relato, fucundo en sucesos de bien distinta índole, que recordamos por dar algun descanso á los protagonistas de nuestro drama y no relegar al olvido nuestras juveniles memorias.

Cuando los hijos de aquella población laboriosa no pensaban mas que en el progreso material de sus mejoras, y su atención permanecía fija en el impulso creciente que se daba á las obras de su puerto y á las de su via ferrea, esperanza bien fundada de su engrandecimiento posterior, vino á sorprenderles el alzamiento político de Manzanares, que mereció allí las mismas simpatías que se notaron en los demás pueblos de España.

Hasta mediados de Julio los liberales de la capital, aunque alentados con las noticias que de todas partes les llegaban, apenas se atrevieron á secundar las órdenes superiores que les prescribían alzarse contra las autoridades constituidas, por temor de servir para continuar el catálogo de las víctimas que sucumbieron en el año de 1844.

Por fin, despues de mucha perplejidad y de inútiles precauciones de las autoridades locales, el 17 de dicho mes, desde las primeras horas de su mañana, empezaron á formarse grupos de gente ociosa en las calles y plazas mas céntricas, donde en voz alta se leían las proclamas que contra el ministerio del Conde de San Luis acababan de recibirse de Valencia y de Barcelona.

La agitación de los iniciados en el triunfo de los generales que se habian sublevado en Madrid, veinte dias antes, se trasmitió bien pronto á aquellas clases del pueblo que con facilidad se entusiasman al oír el grito simpático de Viva la libertad.

Estimulada la multitud con la presencia de algunos personajes caracterizados de antiguo por su consecuencia en el partido progresista, corrió entusiasmada á los gobiernos civil y militar, obligando á huir precipitadamente á la primera autoridad política, y consiguiendo que la segunda como garantia para el buen orden se constituyera en jefe del pronunciamiento.

Con este primer resultado satisfactorio, la tranquilidad pública no se alteró un solo instante, los resentimientos y enconos políticos se olvidaron, sin apelar á venganzas reprobables, y las medidas de disciplina y subordinación se adoptaron sin encontrar obstáculo en las tropas que custodiaban los cuarteles y fortalezas, ni aun en los paisanos de ideas mas contrarias al movimiento.

Como en tales casos suele acontecer, al triunfo pacífico siguió el regocijo general. Se desplegaron las banderas de la antigua milicia popular, y por ellas guiada se satisfizo la muchedumbre con victorearlas y pasearlas por distintas calles á los acordes del himno de Riego.

Pero apesar de llevarse á cabo el alzamiento de Ali-

cante con las simpatías casi unánimes de todas las clases sociales, y de fraternizar el pueblo con las tropas de la guarnición sin resistencia alguna, un incidente funesto vino á entristecer las expansiones de los sublevados y á cubrir de luto su entusiasmo.

Trabajaban en aquel día mas de cuatro mil operarios en la fábrica nacional de tabacos, y al llegar al establecimiento la noticia de que el pueblo alicantino se habia sublevado, la alarma cundió entre aquellas mujeres impresionables, quienes temiendo por la vida de sus esposos, hijos y hermanos, suspendieron sus labores y abandonaron sus talleres para librarles de los riesgos en que pudieran lanzarse.

Con el afán de salir todas á la vez de sus departamentos, se agolparon en confuso tropel á la puerta del piso principal, y empujadas unas por otras, derribaron el antepecho de la escalera, cayendo muchas de aquellas desgraciadas al pátio del establecimiento desde una altura considerable.

Algunas quedaron muertas en el acto, otras recibieron graves contusiones, y el pánico se apoderó de las demás infelices, que no podían contener la impaciencia de las que, sin conocer la catástrofe, seguían empujándolas y precipitándolas sobre los cadáveres de sus compañeras.

Los esfuerzos enérgicos de los soldados que formaban la guardia, el arrojo de los empleados y de los dependientes de la fábrica, consiguieron dominar el tumulto, y á viva fuerza evitar mayores desgracias.

Cuando en el interior de la población se conoció la catástrofe, gran número de sublevados desistieron de seguir formando parte de aquella manifestación, y corrieron al lugar de la desgracia á inquirir si entre las mujeres de sus familias tenían que llorar alguna víctima.

Desde entónces, el entusiasmo que entre las gentes había tomado gran incremento, perdió su importancia, y el pesar general de aquel noble pueblo reemplazó á las sencillas expansiones que alegremente gozaban por el triunfo de sus ideas políticas.

El Ayuntamiento fué destituido y reemplazado por una junta provisional de gobierno, presidida por la autoridad militar, á cuyo lado figuraron como vocales personas honradas y de arraigo en su totalidad, cuyos nombres sirvieron de garantía al buen orden y tranquilidad del vecindario.

Reconocidos por la Reina los hechos consumados en todas las poblaciones de España, y confiadas las riendas del Gobierno al Duque de la Victoria en 2 de Agosto, la junta provisional de Alicante fué confirmada en sus atribuciones y sancionadas las medidas radicales que respecto á la capital y su provincia había estado libremente adoptando desde el primer dia.

Poco después, en la ciudad no quedaban otros vestigios de aquellos sucesos que el luto en varias familias pobres, el entusiasmo de algunos milicianos que deseaban ocasión para lucir sus uniformes, y el relevo de las tropas de la guarnición, que fueron reemplazadas por los destacamentos que de Valencia llegaron.

XLIX

Después de estos sucesos históricos, Alicante no recobró inmediatamente su actividad comercial, á causa de las noticias alarmantes que le llegaban de distintos puertos de la península, los cuales se hallaban invadidos del cólera morbo.

Las operaciones mercantiles se paralizaron allí también con este contratiempo, el trabajo empezó á escasear en el puerto y en las obras públicas, y el desaliento de las clases jornaleras se dejó sentir más intensamente con el temor de que fueran insuficientes las precauciones sanitarias que regían, si llegaba á contagiarse la población.

Los recelos precursores á toda calamidad pública, que alarmaban á los alicantinos por la experiencia triste de antiguos recuerdos, fueron desgraciadamente confirmados el 10 de Agosto, cuando apesar del interés que se tuvo en ocultar al principio la verdad del hecho, se aseguró que el primer caso de aquella enfermedad terrible, acababa de ocurrir en un forastero desconocido.

Entre los conocimientos científicos de los médicos de la localidad no figuraba más que como hipótesis el estudio de que los miasmas mefíticos del cólera provinieran de las aguas, y se atribuían sus causas epidémicas á la

corrupción de la atmósfera, impotente para combatirla con los recursos rutinarios de antiguo conocidos.

Con tal fundamento, el vulgo esparció sus absurdas nociones, recordó los tristes ejemplos de otras épocas, y atribuyó distintas culpabilidades á la presencia del mal, que en breve iba á devastar horriblemente la población.

Quien supuso que la llegada de un vapor de Marsella habia aportado con el cargamento de sus bodegas la enfermedad que infestaba aquel puerto, quien lo aplicaba al alijo de un contrabando, que en las noches anteriores se habia desembarcado en la costa inmediata, y aún habia quien aseguraba que el único paciente invadido en aquellos momentos, llegó enfermo la víspera de población súcia, creyendo suficiente aislarlo para atajar el contagio.

Lo cierto es que apesar de ser trasladado el enfermo al lazareto que con carácter provisional se estableció en la fábrica de fundición "La Británica," la epidemia tuvo que declararse oficialmente el día quince, porque contra todas las medidas y las mas previsoras precauciones que adoptaron las autoridades locales se estendió con rapiéz sorprendente por distintos barrios de la capital.

El desarrollo que desde aquel día adquirió la enfermedad fué tan intenso, sus progresos tan temibles, que no solo se cebaba en las gentes necesitadas de comodidades, las cuales se esmeraban poco en su alimentación, sino que indistintamente eligió víctimas entre las personas que se sometieron á un riguroso sistema higiénico y disfrutaban de los mejores cuidados domésticos, llegando á resultar ineficaces los esfuerzos que discurrían los médicos para calmar el pánico que se apoderó de todo el vecindario.

El puerto vióse súbitamente abandonado por las embarcaciones mercantes, cual si temieran arrostrar un naufragio imprevisto en la tranquilidad de sus aguas, y los vecinos de los pueblos inmediatos dejaron de afluir á la capital para evacuar sus asuntos cotidianos.

De esta manera repentina viéronse interrumpidas las comunicaciones de la ciudad, quedando completamente aislada desde los primeros días en que no le fué posible ocultar los peligros de su salud pública.

En breves horas los hombres de negocios despidieron á sus dependientes, las clases acomodadas cerraron sus casas, las industrias suspendieron sus trabajos, el comercio abandonó sus intereses, y la emigración se hizo tan extensiva y precipitada que apenas quedaron diez mil almas en su recinto.

Todas las familias que conservaban alguna economía ó carecían de ánimo para esperar resignados los designios de la Providencia, alzaron sus hogares y se diseminaron á la ventura por diversos pueblos de la provincia, donde no esperaban tropezar con tan obstinada resistencia como encontraron en los cordones sanitarios, que rigurosamente estableció cada localidad limítrofe para impedir que los fugitivos atravesaran sus términos.

Si los resignados vecinos que en la ciudad quedaron, sufrieron terribles días de prueba, no dejaron de ser innumerables las fatigas y las incomodidades que los emigrantes arrostraron hasta llegar á punto hospitalario.

Desde entónces empezó á ofrecer la ciudad, antes alegre y animada, un cuadro de desolación, cuyos sombríos colores, impresos aún en nuestra memoria, estremece recordarlos.

Sutil neblina se extendió sobre el vasto horizonte que abarca el casco de la población y su bahía, cual crepón fúnebre que lo velara, sin impedir que los rayos

abrasadores de un sol rojizo conservasen el calor escesoivo de aquella canícula bochornosa durante todo el triste periodo en que pareció ser condenada la ciudad á espiar la justicia del Cielo.

Por sus calles y plazas solitarias, apenas circulaba ningun carruaje que no infundiera con su velóz carrera y con su interior cubierto, la sospecha de algun apremiante auxilio ó de algun servicio funesto.

Las campanas de las parroquias se hicieron enmudecer para administrar los sacramentos, y se prohibió que doblasen por los difuntos. ¡Eran ya tantos los que sucumbían, que hubiera sido menester que no interrumpieran día y noche su fúnebre clamoreo!

Los pocos sacerdotes que, comprendiendo su ministerio sagrado, no abandonaron la población, permanecieron incansables, sacrificándose á toda ventura por los infelices feligreses que reclamaban sus consuelos y sus auxilios espirituales.

Solos y sin ostentación de ninguna insignia, llevaban ocultas bajo sus manteos las materias de los últimos sacramentos, para no alarmar á los transeuntes.

Comunmente eran entre estos los más visibles los médicos y practicantes que tuvieron abnegación para consagrarse al servicio permanente de los enfermos, los infatigables enterradores y sus ayudantes, las mujeres mercenarias que vencían toda aprensión, estimuladas por el interés del lucro y los audáces mozos que prestaban su asistencia en las casas contagiadas á merced de fabulosas compensaciones.

No era difícil encontrar también día y noche algún padre afligido, alguna viuda desconsolada ó algunos huérfanos desheredados, que con la ansiedad en su pecho y lágrimas en sus macilentos semblantes corrían desalados en busca de algún auxilio perentorio para sus sé-

res queridos. ¡Cuántas veces aquel no se encontraba!
¡Cuántas y cuántas llegaba tarde á causa de la escasez
de recursos y por el desórden que regía en todas las dis-
posiciones gubernativas!

A más de la mitad llegó el número de las personas
invadidas de las diez mil que no pudieron abandonarsus
hogares, y ante tal estrago era imposible que las autori-
dades pudieran preveer y remediar tanta desgracia,
cuando la mayor parte de los funcionarios públicos, del
clero y varios médicos acobardados por su falta de ánimo,
habían huido amenazados por el pavor de sus pri-
meras impresiones.

Cuando en tales días se cruzaban por las calles per-
sonas conocidas temían hablarse, preguntar por sus fami-
lias y escudriñar los sucesos del día, porque después que-
daban los espíritus más abatidos con las violentas impre-
siones que se confiaban.

No era de estrañar, pues, ver pasar silenciosos y con
distracción inusitada á los amigos queridos que carecían
de serenidad para saludarse.

En toda la ciudad apenas se veía trabajar en otros
talleres que los de aquellos carpinteros que se dedicaron
á fabricar toscas cajas mortuorias, y aún contra esta in-
dustria reclamaron los vecinos inmediatos que no po-
dían descansar con el seco y continuo martilleo de su
obra.

Los almacenes cerrados ó con sus existencias de
pescado salado estancadas despedían un olor nauseabun-
do, insoportable aún á largas distancias, que contribuía
á corromper con sus miasmas fétidos el calmoso aire que
se respiraba.

Algunas noches se improvisaban en las calles hogue-
ras de trastos y esteras viejas, confiando que sus sinie-
tras llamaradas y sus espesas columnas de humo habían
de purificar la atmósfera y disipar la epidemia. 41

Pueril remedio que sirvió de única distracción á los despreocupados y de juego á la gente menuda, á quien nada amedrenta ni aun las circunstancias calamitosas en que vivían.

Los ánimos de los sufridos habitantes desfallecieron con más motivo desde que el número diario de los muertos llegó á exceder de ciento, porque se afirmaba con exactitud que las cifras oficiales se disminuían en más de una mitad para no provocar las alarmas del vecindario.

La verdad es que ya no era posible consentir los enterramientos particulares por el número considerable de defunciones, y que sin distinción de fortuna todos los cadáveres se destinaban á las grandes zanjas que diariamente se abrían en el cementerio.

Las familias tenían el consuelo de poder cuidar á los enfermos en sus hogares, sin que les obligasen á trasladarlos á la Británica, porque toda la ciudad y sus afueras estaban convertidas en un lazareto inmenso; pero cuando alguno sucumbía debía conservarse el cadáver hasta por la noche que en carros descubiertos lo recogían sin distinción, y hacinados, cual leños secos unos sobre otros, los trasladaban á la última morada.

La poca ventilación de muchas viviendas obligaba á los vecinos á abandonar las casas en cuanto ocurría una defunción ó tenían que soportar hasta la noche el cuidado de los cadáveres, en aquella ocasión muy peligrosos para el contagio.

El sistema era de lo más horroroso y repugnante que el abandono y la penuria del pueblo podía consentir, porque los carros que se embargaron para trasportar los muertos se dirigían por conductores maldicientes y sayones de aspecto siniestro que ninguna noción conocían del respeto que deben inspirar los difuntos, y lo mis-

mo cargaban sobre sus espaldas los cadáveres que se sentaban sobre ellos para ir montados, fumando con cinismo durante la travesía.

En ciertos momentos parecia que la ciudad estaba desamparada de Dios y condenada á convertirse en un vasto cementerio, viendo sucumbir de la noche á la mañana familias enteras.

A medida que los estragos del contagio tomaban vuelo, los servicios sanitarios se atendian con mayor descuido, por falta de personas idóneas que se arriesgaran á desempeñarlos, apesar de hacerles lucrativas ofertas, porque la aprensión y el miedo abatieron los ánimos mas denodados.

Y como si no fuera bastante para entristecer al pueblo tanta desgracia, las privaciones y las necesidades se aumentaron con la carestía fabulosa que adquirieron los artículos de consumo mas apremiante.

Cada día veíase cerrar una nueva tienda de comestibles por haber agotado sus géneros ó por deplorar alguna desgracia sus vendedores, y la animada plaza del mercado público continuaba desprovista y desierta á toda hora.

Ningun hortelano ni abastecedor de los que concurrían antes de los pueblos inmediatos se atrevía á llevar auxilios á la población, no por temor al contagio únicamente, sino por la dificultad de regresar despues á su comarca, donde sabía que no le habian de admitir.

Los rudos pescadores, avezados á las tormentas y riesgos del mar, veian mas peligrosos los embates del cólera que los de las olas, y preferían permanecer inactivos en el rincón de sus casas, mejor que abandonar una sola noche á sus familias para adquirir el pescado que luego nadie les habia de comprar.

Los mozos de los almacenes cerrados, los obreros

de todas las artes y oficios se presentaban en público vagabundos, macilentos y casi estenuados por el hambre, que ya se sentía en la población, pero resignados en su triste suerte sin atreverse á plantear remedios repulsivos que mitigaran su miseria con deshonra.

Increible parecía encontrar tanta abnegación, tanta virtud en personas de limitadas luces que nunca habian conocido el hambre, porque gracias à su continuo trabajo y à la prosperidad del comercio, siempre habian sostenido à sus familias con holgura.

Pero llegó un día mas aciago que los anteriores en que no se vendió carne, las harinas se habian agotado, el pan no se encontraba en ningun horno, y la nieve que era el único refrigerio que se recetaba para calmar los ardores angustiosos de los enfermos moribundos, faltaba en toda la ciudad. Hasta entónces no se apoderó la desesperación de aquellas gentes de virtud estóica que tanto sufrimiento pudieron resistir.

La calma faltó por algunos momentos, el pueblo empezó à meditar planes siniestros, censuró la impotencia de las autoridades, recriminó el egoismo de los que emigraron olvidando su pobreza, ambicionó las riquezas que debia haber escondidas en los edificios cerrados, y desconfiando hasta de la clemencia del Cielo, se divulgaron con la mayor desesperación las amenazas de un conflicto inmediato, provocado por los horrores de la miseria.

Algunas horas de más duración en estado tan aflictivo y à las causas del luto general, se hubieran añadido las escenas horrosas del saqueo, de la profanación y del asesinato.

Por fin amaneció uno de los últimos días de Agosto en que mayor angustia se sentía, y la llegada de Don Trino Maria Gonzalez de Quijano, nombrado gobernador de la provincia, alentó los ánimos pusilánimes, cuan-

do mayores desastres se anunciaban, y contuvo la audacia de los instigadores mas envalentonados con su miseria.

Desde los primeros momentos el pueblo deseó encontrar en él una autoridad enérgica que fuese la esperanza de su salvación, pero Dios, compadecido ya de tanto sufrimiento hizo mas enviando en aquel héroe el Angel tutelar de su gran misericordia, para consuelo y remedio de sus numeros males.

Con enérgicas y acertadas medidas reanimó los espíritus abatidos y cuidó de que el pueblo de nada careciese.

Al dia siguiente de su llegada, mandó abrir en el término improrrogable de veinticuatro horas los establecimientos públicos, las tiendas de comestibles y los almacenes cerrados. Bajo las penas mas severas fijó tasa á los artículos de primera necesidad para reducir los precios exhorbitantes que la avaricia de los espendedores habia establecido, surtió el mercado de los artículos de primera necesidad, obligó el regreso de los sacerdotes, funcionarios públicos y médicos que habian abandonado sus deberes, levantó los cordones sanitarios que aislaban la ciudad y organizó los servicios facultativos y religiosos que el vecindario necesitaba.

Para atender á tanta miseria como el pueblo sentía, estimuló la caridad de las familias acaudaladas que emigraron en los primeros momentos, y consiguió recaudar fondos para satisfacer el hambre de los braceros desocupados.

Por sí estos méritos no fuesen suficientes para granjearse la estimación de los alicantinos, dispuso rogativas á la veneranda efigie de la Santa Faz, con procesión imponente en que hasta los corazones mas empedernidos lloraban, organizó distracciones públicas que distra-

geran las penas del pueblo, y haciendo caso omiso de la política se dedicó con caridad ardiente á socorrer á los desvalidos, asistiendo personalmente á los enfermos que vivian en situación precaria.

Dando ejemplo de abnegación les prodigaba por sí mismo los remedios necesarios, ayudó á sacar los cadáveres de los lechos que encontraba abandonados en las casas, recogía y amparaba los huérfanos que habian perdido en aquella triste campaña á sus padres y deudos, y no satisfecho en prodigar las obras de su caridad inagotable á los habitantes de la capital, visitó é hizo iguales sacrificios en los pueblos de la provincia, que fueron á la vez infestados del contagio, sin reparar en sus distancias, sin acobardarle las penalidades de su misión providencial.

Por esto veinticuatro dias despues de tomar posesión de su mando, rendido á tanta fatiga y agotadas sus fuerzas físicas y morales sucumbió tambien víctima de su generosidad, siendo de las últimas que Alicante registró en los anales de aquella calamidad tremenda.

Por esto Alicante y su provincia le erigieron magestuoso mausoleo en una plaza pública, el Ayun'amiento prohió á su hija, y conserva sus cenizas con tanta estima como en el corazón de sus hijos el recuerdo de su nombre inolvidable.

L

En uno de aquellos días de mayor ansiedad para Alicante, llegaron, accidentalmente de tránsito para las Baleares, ocho hijas de San Vicente de Paul, quienes establecieron su alojamiento en el hospital de San Juan de Dios, esperando la llegada de cualquiera buque de vapor que las condujera á su destino.

Las circunstancias escepcionales porque atravesaba la población hízolas aguardar mas días de los reglamentados para el itinerario de los correos, por la rigidéz de las cuarentenas que se imponían en aquellas islas á las procedencias de la península, y por los entorpecimientos con que en toda época aciaga tropiezan los despachos marítimos.

Cuatro de estas respetables señoras se conocia por su edad que llevaban ya algunos años de servicio en su asociación, mientras las otras cuatro mas jóvenes revelaban en la frescura de sus mejillas y encogimiento de sus modales las señales de una juventud lozana dedicada aún al noviciado de sus reglas.

Todas ellas se distinguian en las atenciones mas insignificantes de su educación, demostrando recato esmerado, dulzura en sus sentimientos, afabilidad cristiana en sus palabras, candidez de espíritu en sus reflexiones y privilegiadas dotes de virtud.

Sumisas todas ellas á las órdenes de la que representaba tener más edad, desde que llegaron á aquella casa de padecimientos, para no vagar en ociosidad fastidiosa, ofreciéronse á prestar sus servicios en el interior del establecimiento, y se dedicaron voluntariamente á la asistencia y consuelo de los pobres enfermos.

Justificaban con su oportuna actividad y esmero, que estaban bien aleccionadas en el cuidado de los pobres pacientes, y que conocían perfectamente el estado de sus ánimos abatidos, por cuanto desde los primeros momentos prodigaron á cada cual los consuelos adecuados á su triste situación y los remedios prescritos para alivio de sus dolencias.

Al visitar las enfermerías, estableciéronse en cada sala, por parejas compuestas de una novicia y de una profesa, quedando al cuidado de cada religiosa el ala respectiva que formaban las dos hileras de camas, en cuyo centro quedaba libre, anchuroso espacio para atravesar por los dormitorios.

En una pequeña sala lateral, que llamaremos de San José, por no recordar su nombre propio, había doce camas de hierro, modestamente compuestas y numeradas, que ocupaban otras tantas pobres mujeres, sufriendo distintas dolencias graves.

Sobre tablillas de pino, barnizadas en negro color, como para servir de pizarra, y colgadas en la pared, al lado de cada cama, estaban prescritas las disposiciones últimas que el facultativo recetó en su visita matinal para inteligencia de los enfermeros.

La hermana profesa empezó á visitar los números impares que figuraban á la derecha de la puerta de entrada, mientras la joven novicia, sin necesidad de indicación alguna, se dirigió á las enfermas que yacían en las camas pares, del lado opuesto.

Después de convencerse por las pizarras, que los números 2 y 4, nada debían tomar en aquella hora, pasó á la del 6, cuya cubierta de cama arregló con esmerada limpieza y sirviendo un pequeño sorbo de agua, que solicitó la enferma, se ocupó en medicinar á los otros números.

Al llegar á la cama número 12, última de las que eligió para su cuidado, observó que apesar de la cruz que figuraba en la tablilla, señal funesta de desahucio, nadie la vigilaba, y la infeliz, que era una ciega, vieja y desfigurada por los vendajes que cubrían la gangrena de su rostro, horriblemente inflamado, se deshacía en violentas convulsiones que debatían su cuerpo y estremecían la cama.

Su respiración tardía, fuerte y ansiosa, demostraba con su ronco resuello el cansancio de su pecho quebrantado, y la inquietud de su espíritu abatido.

Algunas frases confusas, repetidas inconscientemente en voz baja, revelaban la vehemencia del delirio, y la vaguedad de sus pensamientos incoherentes.

La ropa de su cama, arrollada por el cuerpo, apenas podía servirle de abrigo, porque con los sacudimientos rápidos de su estado convulsivo, la replegaba, y volvía á desprenderse de ella con violencia, dejando asomar sus piés hinchados y fríos y la parte inferior de sus piernas amoratadas.

Podía asegurarse que aquella desdichada no tenía conciencia ya de la intensidad de sus padecimientos, y que la naturaleza material era la que exclusivamente obraba y conmovía sus nervios.

La asistente novicia que sabemos se llamaba Sor Consuelo, jóven morena de bondadoso semblante y dulce expresión, quedó por un momento con sus centelleantes ojos fijos en la cruz de la tablilla, mientras oraba por la

enferma, y contemplando reflexiva la corrupción miserable del cuerpo humano, aseó con cuidado las ropas que cubrían el lecho, abrigó sus desnudos brazos, despues de besarlos con religioso respeto, y salió de la estancia en busca de la asistenta mercenaria que debía vigilarla.

No pudo menos de compadecerse de aquella infeliz al ver el abandono en que la dejaban despues del desahucio facultativo.

En la casa de su noviciado no había aprendido á considerar con tal descuido los enfermos en su situación más desesperada, porque es cuando mejor obligadas se veían las hermanas á prodigarles su caridad.

Sentada en una galería inmediata, dormitaba con abandono la sirvienta en silla reclinada sobre la pared, cuando sor Consuelo consiguió encontrarla.

—¿Sabeis si ha de servirse algo al número 12? preguntó con interés Sor Consuelo despertando á la enfermera.

—Nada. A esa dejadla, que acabará esta noche, murmuró la sirvienta desperezando su cuerpo, y restregando con los puños sus ojos, mientras bostezaba con igual desembarazo que si conferenciase sobre otro asunto trivial, ó tratara con compañera de la misma ralea.

—¿Estando tan convulsa, por qué no la velais?

—Porque nada tengo que servirle hasta que el médico lo disponga.

¿Quién es? porque apenas se le vé el rostro.

— Una mendiga que pedía por las calles.

—¿Mucho que está enferma?

—Cinco meses que está aquí pudriéndonos.

—¿Sabeis si ha confesado?

—Anoche se le administraron los sacramentos en una hora que tuvo de lucidéz.

—¿Y el médico á qué hora vuelve?

—No tardará en hacer la visita de la tarde; pero no os preocupeis tanto de esa ciega, porque apenas llegará á la madrugada.

—¡Pobrecilla! pues si mi superiora lo consiente, la velaré yo esta noche.

Sor Consuelo, después de estas palabras, se separó de aquella mujer estrafalaria, disimulando la repugnancia con que la había escuchado, y se dirigió en busca de su superiora, de quien sin dificultad obtuvo autorización para velar por los enfermos que acababa de asistir.

Con igual complacencia para las demás religiosas, se les dió á todas la orden de velar por los pobres, que poco antes habían tomado á su cuidado.

Algo más tarde la campana del establecimiento anunció con tres toques breves y sonoros la visita del médico que estaba de guardia.

A esta señal, todas las hermanas que se habían comprometido á velar aquella noche, se dirigieron presurosas á las enfermerías para enterarse de las prescripciones facultativas, en unión de los sirvientes y asistentes que se encontraban de servicio en aquel día.

El médico empezó su visita por la conocida sala de San José, recorriendo primero las camas de los números impares, tomando el pulso á los enfermos, examinando á la lijera las crisis de sus males, prodigándoles alguna que otra palabra afectuosa, y renovando sus prescripciones en determinadas tablillas, mientras pasando de largo por otras, como vulgarmente se dice, dejaba permanentes sus órdenes anteriores.

De igual manera se giró la visita á los números pares de la sala, acompañando al médico Sor Consuelo y Rita la enfermera.

Al llegar á la cama núm. 12, después de pulsar el doctor á la pobre paciente, murmuró en voz baja:

—Aumenta la temperatura general, y la fiebre la consume. Seguir humedeciéndole los lábios con nieve si siente sed, pero nada más, porque no tardará en experimentar la última crisis.

—¿No ha de tomar nada? preguntó Sor Consuelo con afabilidad.

—¡Qué ha de tomar! si desde las nueve no puede tragar ya, interrumpió Rita con aspereza.

—Y los paños de la cara, aunque se le sequen, no se los hemos de renovar? prosiguió la novicia, desdeñando la ingerencia de la criada.

—No conviene variarlos ni curarle las llagas mientras continúe en la actual excitación, replicó el médico, separándose ya de aquel sitio para pasar á otro departamento.

—¡Habrà que vigilarla mucho, doctor, porque no se tranquiliza un momento! volvió á insistir la novicia, sin mostrarse sentida por el acento indiferente con que se le contestaba.

—Asistidla con cuidado si deseais, pero dentro de breves horas ya notareis cómo se le calman sus convulsiones; y dirigiéndose á Rita, prosiguió el facultativo con resolución de despedida. Tomad nota de sus parientes, si se despeja un poco, para enviarles mañana la cédula de defunción.

Rita asintió con un ligero movimiento de cabeza á las instrucciones del doctor, y salió tras de él cuando á continuación abandonó aquel aposento.

Sor Consuelo y la otra hermana saludaron respetuosamente desde la puerta, pidieron dos sillas á las criadas, y así que se las facilitaron sentáronse en ellas, ocupando cada cual el extremo opuesto de la sala.

Sacaron silenciosas de sus largas faltriqueras unos libros de devoción, y con recogimiento se entregaron

ambas á sus oraciones, mientras vigilaban à las enfermas.

Aquellas almas perfectas no sabian tener libre un momento la imaginación ni proporcionarse descansos frívolos.

LI

Al oscurecer de aquel mismo día sonaron, según costumbre, en la iglesia inmediata de Nuestra Señora de la Misericordia, las campanadas que anunciaron el toque de oraciones.

Ambas hermanas de la caridad, impulsadas por igual propósito, doblaron sus rodillas al oír aquel aviso cristiano y en voz alta recitaron la salutación angélica, como para estimular que orasen los enfermos con ellas.

Levantáronse después de cumplir con esta piadosa costumbre, y á la exígua luz de un reverbero acristalado, que sostenido por largo cordel, colgaba en el centro del techo, sirvieron á los enfermos respectivos el caldo y las medicinas recetadas.

Luego volvieron á ocupar sus asientos en la misma actitud recogida que habían permanecido hasta entonces continuando sus meditaciones piadosas.

Sor Consuelo, que no perdía de vista la cama número 12, notó alguna quietud en la paciente y se acercó á observar el cambio favorable que empezaba á iniciarse, tras aquel largo periodo de agitación continua.

Cuidadosamente ordenó las ropas de la cama y pulsó con atención á la enferma.

El calor excesivo, como observó el Doctor, aumentaba en aquella desgraciada y tambien los violentos latidos de su pulso repercutían con los sonidos broncos del estertor de su respiración fétida y ansiosa.

—¡Ay Faz divina! exclamó la enferma con gemido agonizante, cual si en aquel momento crítico empezara á sentir la agudeza de sus dolores.

Eran estas las primeras palabras que Sor Consuelo le habia oido pronunciar desde que permaneciò á su lado.

—¿Quereis algo, buena hermana? preguntó con cariñosa solicitud la novicia.

—Tengo mucha sed.

—Esperad con Dios un poco. Voy á traer os que beber.

Sor Consuelo salió de la estancia y volvió á ella prontamente, trayendo en un plato dos pedacitos de cristalina nieve.

Usando de todas las precauciones que el deforme estado del rostro de la enferma requería, aplicó uno de ellos á sus hinchados lábios, á cuyo calor se derretía el agua que chupaba con ardorosa avidéz y grato consuelo.

Sin interrumpir sus sorbos vehementes, cuando ya concluyó con el primer terrón, la enferma con mayor ansiedad pidió mas nieve.

—Descansad un poco, hermana, que aquí os reservo otro pedacito para mas tarde.

—Rita mas, que me abraso, exclamó con impaciencia la enferma.

—Vamos, tomad el último, pero no pidais despues otro, porque puede dañaros, contestó con voz mas alta la novicia prodigando con igual caridad el segundo refrigerio.

—¿No sois Rita? preguntó con estrañeza la enferma cuando sintió refrescadas sus fauces.

— No; pero estoy encargada de asistirlos esta noche.

— ¿Quién es V. que no la conozco?

— Una hermana vuestra, religiosa de San Vicente de Paul.

— No puedo ver á V. ¿Como la llaman?

— Consuelo.

— Dios premie á V. su caridad, contestó la enferma, guardando silencio acto continuo, como si los esfuerzos del anterior diálogo la hubieran fatigado demasiado.

La novicia recordó entonces el encargo que á la sirvienta hizo el médico antes de salir del aposento, y deseando aprovechar la oportunidad de aquellos instantes de lucidez, preguntó con caritativa ternura:

— ¿Os sentís mejor, hermanita?

— No. No puedo ya con mis sufrimientos.

— No os desalenteis, que Dios os dará la salud que os convenga, prosiguió con empeño la amable guardiana. ¿Cómo os llamais?

— Dolores, tartamudeó con voz apagada la enferma.

Al oír este nombre la novicia se inmutó, perdiendo de repente el envidiable color rosado de sus mejillas, y continuó con interés más asiduo preguntando.

— ¿Teneis familia?

— Creo que nó.

— ¿Dónde vivias?

— En la Montañeta.

— ¿Sois soltera?

— Viuda.

— ¿Y vuestro esposo cómo se llamaba?

— Vicente.

Semejante nombre aterró á Sor Consuelo, haciéndola retroceder del lugar que ocupaba, y al sentir flaquear sus piernas, enmudeció, temiendo indagar más pormenores.

Sin poder coordinar las ideas que afluyeron á su cabeza, dejóse caer en la silla inmediata, mientras la enferma con gran fatiga suspiraba.

Después de ansiosa pausa, durante la cual los ojos de la novicia no se separaron del rostro cubierto de la paciente, Sor Consuelo, en cuyo semblante fluctuaban las impresiones de su asombro con las incertidumbres de la zozobra que la conmovía, aproximó su silla más cerca de la cama, accediendo á la insinuación que la enferma le hizo con su mano temblorosa.

— ¿Qué deseais? preguntó la novicia, aumentando su sorpresa.

— Hacer á V. un encargo, si me jura cumplirlo.

La voz de la enferma apenas se dejaba oír. Sor Consuelo tuvo que inclinar su cuerpo sobre el de aquella desgraciada, y aplicar el oído junto á sus lábios para escuchar mejor el asunto que se proponía confiar á su discreción.

Esforzando con amargura sus palabras, y respirando con ansiedad más marcada, prosiguió Dolores.

— Sola estoy en el mundo..... Mi marido murió en presidio espiando la venta que hizo de mi hija, como yo la purgo ahora en mi soledad y con mis remordimientos..... El dinero que recibió de unos señores que se la llevaron lejos, sirvió para emborracharse, asesinó á un amigo, y lo sentenciaron á cadena..... Ya no volví á verle más ni á saber de mi hija Marieta..... Doy á V. el mismo encargo que al capellán de esta casa..... búsquela y pídanle que me perdone..... Si vive, estará en Orihuela, sirviendo en la casa de unos señores que estuvieron aquí en el año del sitio..... Bien me castiga Dios no permitiéndome sus últimos consuelos.....

La religiosa oyó esta declaración con sofocante angustia, y reprimió los sollozos que conmovían su pecho

por no agravar la situación desesperada de la paciente.

Levantóse como pudo, perturbada, sin replicar palabra, pero con los ojos anegados en lágrimas abundantes.

Lágrimas que, desgraciadamente, no pudo ver la enferma, porque quizás hubieran sido tan estimadas como el perdón que imploraba.

Sor Consuelo se apoyó maquinalmente en la silla para no caer desfallecida al suelo; quiso hablar algo, pero prefirió ahogar sus impulsos para no descubrir la emoción violenta que la angustiaba.

Dolores volvió á murmurar algunas frases, que no pudo comprender la novicia.

—¿Qué decís? interrogó la hermana con más abatimiento y confusión que interés.

—Que me perdone mi hija..... repitió Dolores con afanoso esfuerzo. Dadme agua..... que me ahogo.....

Sor Consuelo se desentendió del último ruego de la enferma y abrazándose á su cuerpo, exclamó con sentimiento apasionado.

—No os preocupe vuestra hija; ella bendice á toda hora la buena suerte que le deparásteis desde niña. Tranquilizáos, que sabe rogar por V.

—¿Porqué me decís esto? ¿la conoceis acaso?.....

La novicia titubeó ante estas preguntas que no esperaba, pero atendiendo á la gravedad de la paciente replicó con vehemencia.

—No; pero bendicidla de corazón para que Dios acepte sus oraciones.

—Sí; yo bendigo á mi Marieta, murmuró Dolores con acento mas tranquilo.

Sor Consuelo cayó desfallecida de rodillas en aquel momento supremo, comprimió con sus manos la derecha de la paciente, que encontró sudorosa y sumamente hela-

da, y la llevó á sus lábios para besarla con apasionado entusiasmo.

Los besos de la novicia resonaron en la estancia cual violentas expansiones amorosas, sin ocasionar la mas ligera sensación en la enferma.

Sus lágrimas ardientes se confundieron con el sudor frio que empezaba á cubrir las carnes hinchadas de aquel cuerpo inerte.

— ¡Ay! me abraso... ¡agua por Dios!...

La exclamación de angustia conque Dolores espresó esta vez su deseo, penetró en el corazón de la religiosa con doloroso ímpetu que reanimó sus fuerzas abatidas.

Levantose de repente poseida de febril aturdimiento, y con la velocidad de su impaciente anhelo salió de la sala en busca del agua que con tanto afán suplicaba la enferma.

Debió de haberle llevado nieve como la vez anterior para refrigerar sus lábios y humedecer su lengua, pero con torpeza inconsciente pidió al cocinero un caldo tibio.

Así que la novicia tuvo el plato con la taza en su mano quedose inmóvil sin saber que resolución adoptar. Entonces observó su distracción atolondrada y dejó sobre la mesa aquel servicio, proveyéndose de un vaso con agua que estaba inmediato y en el cual aun no se habia fijado.

Al volver de nuevo al lado de la enferma encontrose con el sacerdote, que estaba de pié junto al lecho, encomendando á Dios el alma de la pobre tia Dolores.

Las ansias de la muerte no podian acentuarse bien en los perfiles de aquel semblante, envuelto hasta media faz con repugnantes vendajes, pero el frio se generalizó en todo su cuerpo; espuma asquerosa asomó á sus

lábios lánguidamente entre abiertos; la respiración perdió paulatinamente su regularidad; las fuerzas se extinguieron imprimiendo rigidez violenta á sus miembros; y la infeliz viuda dejó de padecer, exhalando el último suspiro á semejanza de forzado resuello.

— Cuando Sor Consuelo llegó con el vaso de agua, la otra hermana que se habia arrodillado á los piés de la cama para orar por la moribunda, se levantó del suelo y retirando el plato de sus manos dijóle.

— Llegas tarde. Roguemos juntas por esta desgraciada.

Sor Consuelo se abalanzó á la cama, abrazó violentamente el cuerpo inerte de Dolores, y desconsolada, exclamó sollozando con amargura:

— ¡Dios eterno, recibe su alma en tu seno!

— ¡Hermana querida! no tanto fervor por esta infeliz, que aun nos rodean muchos desgraciados, interrumpió la profesa proponiéndose arrancar á la novicia de aquella actitud dolorosa.

— ¡Dejad que abrace á mi madre! repitió Sor Consuelo exasperada y rechazando las consideraciones prudentes de la religiosa.

— ¡¡Su madre!! murmuraron con gran sorpresa á la vez el sacerdote que continuaba en pié, la hermana de la caridad y las sirvientas del establecimiento que concurrieron para desocupar aquella cama.

Marieta que no era otra que la novicia Sor Consuelo, seguía desfallecida regando con lágrimas acerbos el cadaver de su madre desgraciada.

Los asistentes respetaron por algunos momentos la espresión de aquel dolor intenso é imprevisto para todos, y arrodillándose ante el lecho recitaron breve sufragio por el alma de la acogida que acababa de espirar.

Cuando vieron que Marieta convulsa y con loca vehemencia pretendió desatar los vendajes que cubrían el semblante de Dolores, sin duda para contemplarlo mejor, el Capellan y Rita que estaban mas próximos á ella se opusieron tenázmente y á viva fuerza separaron á Sor Consuelo de aquel sitio.

Si hubiera conseguido su objeto, la novicia, víctima de su anhelo cariñoso, hubiese experimentado horrorosa emoción al ver tan desfiguradas y roidas por el mal las facciones de su madre.

Lleváronse al cabo de repetidos esfuerzos de aquella fúnebre sala, convulsa y privada de sentido.

Obligáronla á acostarse en la habitación que habian preparado para las hermanas, sirviéronle algunos sorbos de tisana calmante, y dejando su sosiego al cuidado de otra compañera novicia, salieron todos á continuar desempeñando sus caritativos deberes.

Cuando la hermana profesa regresó al departamento de San José, tres hombres con sus brazos desnudos sacaban de allí el cadáver de la tía Dolores envuelto en las propias ropas de su lecho.

Algunos minutos despues, otra cama limpia y bien compuesta se preparaba por Rita en el mismo lugar que ocupó la anterior, para esperar vacia á otra paciente é impedir que quedara ningun vestigio de la escena triste que acababa de ocurrir.

LII

Dos días tuvo que sufrir Sor Consuelo recogida en cama las consecuencias de la impresión terrible que le ocasionara el encuentro inesperado de su madre.

Poseída de gran aflicción, no podía desechar de su memoria los recuerdos del tiempo pasado, la miseria de su infancia, la gratitud que debía á la familia de Don Leandro, el fin desgraciado de su padre y los remordimientos que acababa de heredar de su madre, cuando conoció las luchas postreras de su conciencia.

Dolíale no haber atendido en su prosperidad á las necesidades de su familia, porque deber ineludible tuvo de haberlas remediado; pero el recuerdo de las condiciones censurables que concurrieron para rechazarla de su regazo, desvanecieron sus escrúpulos, considerándose vendida por el vil dinero, aunque amparada por la caridad de sus protectores.

Si repetidas veces en el trascurso de su vida se habia acordado de sus padres, aunque nada hizo por mejorarles su miserable condición, se consideraba sin voluntad propia al lado de nueva familia, y no le acusaba tampoco la memoria de guardarles resentimiento por haber especulado á costa de su porvenir.

Quizás los hubiese recriminado con disculpable fundamento, si la Providencia no le hubiera sido tan propicia siempre, y al recordar sus favores entónces, bien lloraba no haber implorado mejor agradecida el perdón de su madre.

Sintió de todas verás no haberle prodigado mayores consuelos, dándose á conocer para que por lo menos no hubiera ignorado que no estaba tan abandonada en el hospital, como se habia lamentado, y que hubiese sabido que su hija, la misma Marieta, á quien bendijo en su última hora, era la que la velaba y la atendió en su mortal agonía por designios incompresibles del Cielo.

Pero el temor de contribuir con la declaración de su presencia á agravar los padecimientos de aquella enfermedad horrorosa, y el deseo de evitarle el disgusto consiguiente á no poder conocerla por su ceguera, la convencieron al fin de cuan prudente manera habia procedido con su reserva, consiguiendo tranquilizar algun tanto las quimeras de su ánimo atribulado.

Compadecidas las demás compañeras de la triste historia que les contó de su vida, prodigáronle esmerados cuidados en su asistencia, para que tras aquel pesar íntimo no espusiese su salud á mayores quebrantos en circunstancias tan peligrosas como se atravesaban en la ciudad con el contagio.

Mientras la calamidad pública respetó el hospital, las hermanas de la Caridad permanecieron retiradas bajo sus muros, cuidando las dolencias diversas que afligian á sus enfermos, pero así que se presentaron entre ellos algunos casos, sin abandonar por esto el servicio interno, no dejaron de salir por la población para evacuar sus asuntos urgentes é informarse de la marcha de los sucesos que entorpecian su viaje.

El aspecto solitario de sus calles, los encuentros con-

tíuos de personas con semblantes impresionados por la ansiedad, el abatimiento ó el dolor, eran para ellas pruebas inequívocas de que el mal se ensañaba en su desarrollo progresivo.

Ya apenas había quien se prestara á auxiliar á los enfermos, ni aun ofreciendo recompensas exorbitantes, porque ante los peligros de arriesgar la vida, se acallaron muchas codicias desalmadas, que consideraron de útil expeculación los sufrimientos del prógimo.

La voz pública atribuía gran número de defunciones al descuido con que se asistía á los invadidos, al pánico que de ellos mismos se apoderaba viéndose abandonados de sus deudos y amigos, y á la inoportunidad y abuso de los remedios caseros que sin discreción se aplicaban por el vulgo en forma impropcedente á todos los casos.

Se aseguraba que en ciertos barrios la mortandad se cebaba más que en otros cuarteles, porque no había quien aseara las casas, quien proveyese de víveres y de agua á sus moradores, y que aun los vecinos más caritativos, impulsados por el egoismo de la conservación, mudaban de vivienda en cuanto veían enfermo á algun individuo de su familia, á quien dejaban expuesto á la crueldad de sus sufrimientos y á los furores de una desesperación horrible.

También en puntos céntricos se señalaban calles como la del Santo Cristo, en que los estragos de la epidemia no habían respetado un solo edificio ni á ninguno de sus vivientes, cobardando para transitar por ellas á los pusilánimes vecinos que vivían en sus cercañías.

Familias enteras se veían sucumbir en breves horas, y ante tanto desastre las autoridades, que luchaban con la insuficiencia de los servicios, carencia de recursos y con el incremento del contagio, apelaron á buscar fieles

asistentes en los establecimientos benéficos de la capital, para acallar la ansiedad pública y evitar mayores males.

Apenas eran suficientes las guardias de enfermeros que se organizaron y establecieron en determinados sitios céntricos, y cuando los vecinos las encontraban desiertas, desesperados acudían en demanda de auxilios al hospital y á otras caritativas fundaciones, de donde no siempre salían complacidos.

Y entre tanto los dias pasaban para todos con mayores angustias, los vapores que debían hacer escala en aquel puerto sùcio no llegaban á sus aguas, y las hijas de San Vicente de Paul se resignaban á esperar las disposiciones de la Providencia.

Cinco dias después de la muerte de la tia Dolores, y muy cerca de las ocho de la mañana, entró en el hospital un miliciano, cansado y bañado en sudor, buscando algún enfermero vacante, de quien pudiera disponer para asistir á un militar que acababa de perder á su asistente, y desde la madrugada se encontraba también contagiado, sin tener quien le cuidara.

Pertenecía el mensajero á un cuerpo de guardia de nacionales que se había establecido en el cuartel del Cármen, y después de haber acudido inútilmente buscando auxilios á la Colegiata, á las casas consistoriales y á otros diversos puntos, se había decidido á llegar hasta el hospital para conseguir su objeto.

Desgraciadamente los enfermeros, criados y practicantes de aquel puesto estaban también ocupados todos en varios domicilios de su distrito, y no había quien pudiese atenderle.

El hombre exasperado refunfuñaba y se dolía de la escasez de servicios que notaba en todas partes, censurando las disposiciones gubernativas y las exigencias de

los médicos, que recomendaban las casas que debían con preferencia ser atendidas, mientras en la generalidad de las moradas pobres los cadáveres detenidos infestaban el vecindario.

Las quejas del miliciano se dirigían al portero y á un practicante del establecimiento, quienes se escusaban de acompañarle por no descuidar la asistencia permanente de los acogidos.

Ciertas frases inconvenientes, con que el aburrido miliciano desahogó su enojo, promovieron acalorada reyerta con el practicante, quien por espíritu de simpatía disculpaba la imparcialidad y los sacrificios de los médicos en aquellos días aciagos.

Las voces de uno y de otro resonaron en los corredores, escitando la curiosidad de algunos empleados, que asomaron á las puertas de sus departamentos para conocer las causas que interrumpían el silencio acostumbrado del hospital.

Entre las varias personas, acudió también la superiora de las hermanas, y al enterarse de la pretensión de aquel hombre preguntole.

—¿Porque no llevais al hospital militar á ese enfermo?

—Porque no está en disposición de moverle, contestó el miliciano.

—Avisad que le envíen otros asistentes del cuartel.

—¿Qué saben esos de cólera? y además el gobernador militar se opone á que salga ningun soldado de los cuarteles.

—Ved, pues, si en otros asilos hay ya algun enfermero descansando.

—Es inútil. He corrido todos los puntos sin esperanza de encontrar vigilantes hasta la noche. ¿Si nó hubiese sido por esto habria llegado yo hasta aquí? replicó con marcado desenfado el jóven miliciano.

La religiosa quedó por un momento reflexionando los peligros que podía correr aquel enfermo, hermano por el infortunio de los que ella cuidaba en aquella casa, y dirigiéndose al desconocido antes de retirarse á su departamento le dijo.

—Esperad un poco.

Así que la monja llegó á su habitación reunió á su alrededor á sus congregadas, y con afable solicitud les manifestó la necesidad de que una de las presentes la acompañara á asistir á un invadido del cólera que no tenia ningun deudo que le atendiera.

—No quiero obligar á ninguna de Vds., continuó observando la animación que impulsaba á sus hijas, y así la mas resuelta puede ofrecérseme.

Todas á la vez exigieron compartir con su superiora el peligro á que queria esponerse.

— A V. Sor Encarnación, la necesito aqui para que dirija la comunidad durante mi ausencia, añadió dirigiéndose á una profesora respetable que tenia á su lado.

La aludida inclinó su cabeza en señal de obediencia sin replicar palabra.

—Tu, Consuelo, estas muy debil aun para arriesgarte á servicios extraordinarios.

—No lo crea V. Madre, me encuentro muy fuerte para todo trabajo, contestó con resolución la novicia.

—Te veo pálida y no debo consentir que mi imprudencia perjudique tu salud.

—Nada de eso, con el ejercicio verá V. como me repongo.

Sor Consuelo espresaba con la vivacidad de sus ojos el afán que en su pecho ardía por ser la elegida.

La superiora, creyendo observar alguna aficción en Sor Consuelo porque le contrariara su deseo, mirándola como madre condescendiente, replicó:

— No quiero disgustarte. Ea, vente y que Dios nos ayude.

La novicia sonrió como niña consentida que satisface su capricho, y no necesitó que le repitiesen la indicación para colocarse ufana al lado de su directora, por ser la preferida.

En la vida íntima de las comunidades se cobijan también las presunciones á semejanza de los desvanecimientos del mundo, pero con la diferencia notable que aquellas son impulsadas por el estímulo que las religiosas sienten en su espíritu por perfeccionarle á prueba de cualquiera sacrificio.

Una alegría emanada del Cielo inundó el corazón de Sor Consuelo porque iba á ejercitar su caridad, el amor inmenso de su pecho en enfermo desconocido que le representaba á su amante Jesucristo.

La fé creyente de su alma le inspiró sin duda en aquella ocasión para seguir los impulsos del ardimiento piadoso que la alentaba como nunca á sacrificarse por el prójimo.

No la impelía otra pretensión para considerarse tan satisfecha; no sabía adonde iba, pero no dudaba de que la Providencia la escogía mejor que á sus dignas compañeras.

Al llegar ambas hermanas á la portería del hospital, en la cual el miliciano con más conformidad esperaba, la superiora exclamó:

—Guiadnos á casa de ese desgraciado; nosotras le cuidaremos.

Y acompañadas de aquel desconocido bajaron por la calle de la Parroquia á internarse en el recinto comprendido por los muros derruidos de la ciudad.

LIII

Desde la pequeña plazoleta del Cármen parte una pendiente travesía angosta que desemboca en la calle de Nuestra Señora de Belén.

La situación de aquella calleja, poco soleada, conservaba constantemente la humedad de su piso, y no era de las que mejores condiciones higiénicas prestaban á sus modestos edificios durante la época que nos ocupa.

En la parte alta de la vía citada existía una casita de dos pisos, de humilde aspecto, cuya única puerta, por estar siempre entornada, hacía lóbrego el reducido zaguán.

Las apariencias exteriores prevenían desde luego á hacer sospechar de que el vecino que la habitase no debiera estar muy sobrado de recursos ó por lo menos que atendía poco á las exigencias del lujo para su comodidad.

Ante la puerta de esta casa hicieron alto nuestras dos religiosas, acompañadas del servicial miliciano, que les franqueó el paso sin necesidad de sonar la anilla de hierro que servía de aldabón, bastándole únicamente empujar la hoja entreabierta para penetrar en el portal.

Profundo silencio correspondió al chirrido de sus

goznes, cual si fuera de los edificios abandonados por el pavor de la muerte.

Guiadas por su acompañante subieron recelosas una oscura escalera de caracol estrecha, que terminaba en un angosto pasadizo, á cuyo extremo figuraba la puerta que servía de entrada á las habitaciones del piso principal.

Reclinado sobre el dintel aguardaba con impaciencia otro miliciano la llegada de su compañero, por cuanto al verle subir exclamó reconviniéndole:

—Gracias á Dios que has llegado: temí que no volviesses.

—Si tú hubieras corrido lo que yo, camarada, aún no hubieses despachado. La suerte mia ha sido que en el hospital he tropezado con este par de ángeles, que si no me vuelvo de vacío.

—Vamos, deja que entren, añadió el que acababa de hablar empujando hácia adentro al otro compañero corpulento, que con su presencia interceptaba el paso.

Entraron desde luego todos en una reducida estancia alumbrada por la débil claridad del balcón entornado que daba á la calle, en cuyo interior no se veían más muebles que media docena de sillas vulgares, pero nuevas, y una pequeña mesa de pino, cuyo tablero, cubierto con humilde tapete de percal, se encontraba lleno de periódicos revueltos con algún libro descuidado.

Ningún cuadro decoraba las paredes, y de sus clavos únicamente pendían esparcidas como en tenducho de baratillo las charreteras, correas, sable y demás prendas del uniforme de un capitán de infantería.

—Has encendido fuego en la cocina? preguntó el que venía de la calle.

—¡No, que esperaríá á que tú vinieses! Ya he conseguido cortarle los calambres, frotándole con un cepillo

las piernas hasta que se le han levantado vejigas. Ahora parece que el vómito se le ha detenido desde que le calmaron las convulsiones, y le he puesto en la cama unas botellas de agua caliente para promoverle el sudor. ¿No me ves como estoy? repitió el que hablaba enseñando su uniforme desabrochado, suelto el correa de sus armas y sudada la frente como prueba de su trabajosa asistencia.

— ¿Y que ha tomado?

— Lo que encontré á mano, una copa de rom.

— ¿El médico militar no vino todavía?

— Aquí no se ha acercado nadie, todo lo he hecho yo, replicó el miliciano engreído con la relación de sus disposiciones.

— ¡Y eso que apuntaron el parte!..... Oye, vuelve tú ahora á la casa de la ciudad, y te traes un médico de las orejas, para que estas señoras sepan qué se han de hacer. Yo me quedaré aquí por si tienen que disponer algún recado.

— ¿Dónde está el enfermo? preguntó la superiora, que así cómo Sor Consuelo, permanecieron calladas y de pié hasta entónces.

— En esa alcoba descansa, y el muerto en el cuarto de atrás, replicó el guardia que se estaba aseando y abrochando el correa, para salir á cumplimentar la instrucción de su camarada.

La alcoba á que se referían, era un cuarto prolongado, oscuro, poco mayor que la salita en que estaban, y privado de toda ventilación, por falta de correspondencia con otro departamento inmediato.

A pesar de la temperatura sofocante en que por la estrechez del aposento se tenía al enfermo sin poder explicarnos la conveniencia, el miliciano que lo cuidó había entornado su puerta acristalada.

Cuando la superiora llegó á abrirla, apenas podía distinguirse nada del interior de aquella habitación; tal era la oscuridad que dominaba en su recinto.

El nauseabundo olor de los vómitos anteriores, retuvo á las religiosas antes de entrar en la alcoba, por cuya causa obligaron al miliciano á que abriera el balcón para ventilar el piso.

Entónces la superiora que se colocó delante del catre que servía de cama, pudo ver las huellas del sentimiento, de espanto y languidez que se reflejaban en la fisonomía varonil, pero abatida del enfermo, cuando poseído aún de asfixiante congoja acababa de entrar en el periodo crítico, que había de decidir de su curación ó de su muerte.

Todo dependía de la reacción que por medio del sudor experimentase.

Sus facciones deprimidas, sus ojos hundidos y abiertos con horrible expresión de pavor, contrastaban con el gesto lastimero que en sus lábios había quedado impreso, despues de los dolores agudos que acompañaron á sus convulsiones y calambres.

En aquel estado deplorable, el paciente, jóven capitán de robusta complexión y simpático rostro, inspiró desde luego interés vivísimo á la madre superiora, compadecida de su aislamiento, quien inclinada sobre su cuerpo, lo observaba con atenta caridad, prodigándole consejos consoladores y frases afectuosas para fortalecerle en su sufrimiento y esperanzarle en su alivio.

Nada de esto debió oír el enfermo, por cuanto ningún movimiento de curiosidad ni de extrañeza manifestó al colocarse las religiosas en su presencia.

La novicia que permanecía oculta detrás de su madre con la vista recogida en el suelo, no pudo ver el semblante del enfermo hasta que pasó á cumplir la inmediata orden de su superiora, que le dijo:

—Trae, Consuelo, el capote que cuelga en esa percha, y le abrigaremos más.

Sor Consuelo obedeció sin distraerse, y al desplegar el capote delante de la cama del colérico para arroparle, sus ojos aunque candorosos siempre apasionados, se cruzaron con la mirada vacilante del desgraciado militar.

Un grito de espanto exhalado por la novicia, siguió á aquella inesperada impresión, llenando de sorpresa á la superiora y al miliciano, mientras el paciente, con avidez imbecil, no separaba sus ojos de ella.

Acercóse desesperada al lecho, se abrazó al enfermo sin cohartarle la presencia de sus asombrados testigos, y afectada por una súbita emoción apasionada, casi delirante, exclamó con gran congoja.

—¡Ricardo, Ricardo!..... ¡Hermano de mi alma!..... ¿Cómo estás aquí?..... ¿Qué tienes?... ¿Qué necesitas?... Dímelo que yo vengo á salvar tu vida..... Háblame por Dios y no me mires así.....

Copioso llanto interrumpió las preguntas vehementes de Sor Consuelo, quien no recibió la contestación que ansiaba porque el enfermo padecía momentáneo síncope que le oprimía el corazón.

—¡Dios mio! ¿No me conoce?..... prosiguió aturdida Consuelo ante aquella postración. Mirame por Dios..... No soy Consuelo, soy tu hermana Marieta..... la que tanto te ha querido en esta vida... Ricardo, háblame por compasión, que Dios me envía á sacrificarme por tí...

Viendo Marieta que sus lamentos no conmovían al paciente, impulsada por febril amargura arrojose en brazos de su superiora, esclamando:

—Madre mía, mi hermano se muere y yo no puedo resistir esta doble pena. Salvádmelo é imponedme el sacrificio que queráis.

—Tranquilízate Consuelo, porque así nada podemos

hacer por él. Tus voces le aturden, tus lágrimas han de afligirle y tu presencia puede perjudicarle. Retírate y déjalo á mi cuidado.

—Perdonadme, Madre, si os contrario. Yo no meseparo de Ricardo en este estado. Si Dios dispone de su vida se la entregará en mis brazos.

—¡Desgraciada! ¿así te espresas sin respetar el hábito santo que vistes? interrumpió cariñosamente la superiora.

—¡Madre mia! si es mi hermano.

—¿Tu hermano? Si la caridad te inspirase esa vehemencia no flaquearía tanto tu corazón.

—Por su culpa visto esta toca.

—Lo sospecho, hija mia, porque pronto has olvidado los desengaños antiguos.

—¿No veis que la Providencia me ha traído aquí?

La superiora se desprendió repentinamente de Marieta sin contestarle, para interpretar el movimiento repetido de los lábios del enfermo, quien escitado por ardorosa sed pedía maquinalmente agua con voz casi estinguída.

—Traed nieve de cualquiera parte, volando, amigo mio, que vamos á salvarle, se adelantó á ordeñar Marieta antes que su superiora pudiera adoptar otra disposición.

Compadecido el miliciano de la aflicción y ansiedad de la novicia, salió de la casa, volviendo poco despues con un gran terrón de nieve en la mano.

Entre tanto regresó su camarada con el médico, quien dictó su régimen á la superiora, asegurando que si los vómitos no se repetían y la reacción continuaba con saludable sudor, la crisis debía considerarse salvada.

Consuelo, mejor animada al oír el pronóstico facultativo, limpió la nieve y sirvió con solicitud fraternal

dos pequeños pedazos al enfermo, quien con ahinco pretendía comerla para apagar el ardor mortificante de su estómago.

Nada de cuanto le rodeaba llegó á estrañar, preocupándole únicamente la frescura reparadora que sentía en su boca, con la cual mitigó algo sus febriles ansias.

Abrigáronle luego ambas religiosas con todas las ropas que encontraron á mano, renovándole las botellas de agua caliente y habiendo vuelto á su guardia los milicianos, sentáronse junto á la cabecera del lecho para vigilar los accidentes que pudiera presentar la enfermedad en aquella naturaleza quebrantada.

LIV

Después de seis horas de cuidados asiduos y de un silencio riguroso en que las religiosas permanecieron vigilando al enfermo, y rogando á Dios por su restablecimiento, empezó aquel á presentar síntomas nuevos, que así como despertaron la ansiedad de la novicia alentaron la confianza de la superiora.

La agitación continua de su pecho empezó á ceder, la alteración rígida de su fisonomía suavizó paulatinamente sus huellas, la flexión convulsiva de sus dedos disminuyó, la coloración violada de su piel palideció á medida que su pulso adquiría más vigor y que en su frente asomaron las gotas precursoras de un benéfico sudor general.

Sor Consuelo, entregada á profundas meditaciones no perdía de vista al enfermo, por más que tenía necesidad de ocultar su rostro con su toca para obedecer á su superiora, porque no quería esponerle á una violenta impresión que le motivara cualquiera retroceso desagradable.

Pero como la inquietud y la impaciencia con que Marieta prestaba su servicio no le permitían permanecer indiferente á nada, en cuanto observó el primer su-

dor, espontáneamente lo secó con su propio pañuelo, que estendió por el rostro de Ricardo exclamando:

— ¡Ay, madre, cómo suda!

La superiora dirigióla severa mirada de reconvención por la desobediencia que demostraba en aquel día.

Algo mas tarde, el paciente, reanimado, pidió nieve con que humedecer su boca, la cual dejó de dársele para no interrumpir el curso de su reacción; pero ya cuando el sudor fué tan copioso que llegó á empapar las ropas que le cubrian, y que su cuerpo rendido empezaba á desear algun descanso, la superiora salió de la alcoba en busca de un pedazo que se guardaba encima de la mesa.

La novicia no pudo ceder á la tentación de mirar de frente á Ricardo, y aprovechando el momento en que su directora estaba en la sala, volvió á recojer con su pañuelo el sudor abundante de su frente.

Ricardo inclinó un poco su cabeza para demostrar su agradecimiento á aquella religiosa caritativa, que así se interesaba por su alivio, y al sorprender el perfil de sus facciones, quedóse con la vista fija, contemplándola como si aquel conjunto evocara á su memoria gratos recuerdos.

Sospechó Consuelo que Ricardo pretendía conocerla, y para eludir sus propias imprudencias, levantóse de la silla que ocupaba y salió del dormitorio.

Mientras la superiora permitía á Ricardo chupar la nieve que aplicaba á sus lábios, notando aquel la salida de la otra religiosa, preguntó con curiosidad.

— ¿Quién es esta monja, señora?

— Una hija de San Vicente de Paul, contestó la superiora.

— ¿Cómo le llaman?

— Consuelo.

— Quisiera conocerla.

—Ahora está ocupada; despues cuando vuelva, replicó con voz sonora la madre para que Sor Consuelo pudiera evitar de nuevo su presencia.

Ricardo se conformó, no sin demostrar con un gesto repulsivo la contrariedad de su deseo.

A media tarde, en la visita que el médico repitió, no temió asegurar que el enfermo se salvaba, pero que convenía no abandonar sus cuidados para conservar la abundante traspiración de sus humores.

La superiora ofreció que ambas hermanas le velarían para no descuidar un momento su asistencia.

Despues de servirle una taza de té que coció la novicia en el fogón, Ricardo se entregó á un sueño dulce y tranquilo, que reparó su debilidad y cansancio.

Fa vorecida por la oscuridad de la puesta del sol, Consuelo entró de nuevo en la alcoba, y la superiora le consintió ocupar su asiento mientras el enfermo durmiese, pero cuando antes de media noche los sepultureros que se llevaron el cadáver del asistente con sus rudos pasos y voces imprudentes alteraron el silencio de la casa, el enfermo despertó azorado, cual si algun peligro le pronosticara aquel movimiento.

Incorporose en la cama con actitud recelosa, sin poder evitarlo ambas religiosas, quienes se abalanzaron sobre él para impedir que se arrojara del catre, como demostraba intentarlo.

—De buena he escapado, exclamó Ricardo, exhalando despues vehemente suspiro.

—¿Qué teneis? le preguntó con sorpresa la superiora.

—¿Ignorais que se llevan á los enfermos confundidos en los carros con los cadáveres?

—¿Estais soñando? ¿quién os ha contado semejante patraña?

—¿Pero no habeis oído, señora, las voces y pisadas de los *sacamuertos*.

—Ea, tranquilizaos, que vuestro largo descanso os ha hecho delirar.

—No, no deliro. Yo bien he oído pisadas fuertes en el corredor.

Al propio tiempo, el carro que cargó con el cadáver del asistente partió de la casa, y apesar de las precauciones que las autoridades impusieron para evitar que el lúgubre movimiento de sus ruedas alarmara á las familias, dejóse oír su sordo ruido desde la alcoba de Ricardo, quien prosiguió azorado y tembloroso.

—¿Y ahora no oís retemblar el piso? Si no es por Vds. me llevan.

Esta preocupación de Ricardo no era tan imaginaria; algún fundamento tenía con las voces que se divulgaron por la ciudad de haber confundido precipitadamente entre los muertos algunos enfermos abatidos por largos síncope.

Viendo Consuelo que Ricardo seguía sobresaltado y caviloso con su alarma y temiendo que redundara en su empeoramiento, ya que no podía conocerla por la confusa claridad de la luz del velón que ardía en la sala, cuyo reflejo escasamente penetraba en la alcoba, se aventuró á hablarle para cambiar sus impresiones.

—¡Ricardo! díjole Marieta con imperioso acento de confianza; acuéstate y abrígate, porque de lo contrario te abandonamos.

El aludido miró de frente á Marieta; pero no pudiendo reconocer en aquella oscuridad los detalles de su fisonomía, exclamó conmovido:

—Conozco en tu voz la de mi buena María, pero trae luz que te vea.

La superiora, disgustada por aquel arranque impre-

meditado, colocó el humilde velón sobre la mesita de noche que había junto al catre, mientras la novicia sonrojada vertía algunas lágrimas de ternurá, expresión consoladora que necesitaban sus antiguos pesares.

Ricardo también se afligió, y contemplaba con timidez á Marieta, sin atreverse á hablarla.

¡Le inspiró tanto respeto su hermana querida con aquel traje tosco, con aquel velo humilde, símbolo del sacrificio de sus pasiones, que temía dirigirle la palabra, por no mortificar su alma candorosa!

¡Se decían tanto á la vez ambos hermanos con aquel conmovedor silencio, después de larga ausencia, que, comprendiéndolo así la superiora, suavizó su enojo, adivinando desde luego que en ellos no se había extinguido el gérmen de antigua pasión!

Esta bondadosa señora, apesar de su carácter y respetabilidad, tampoco quiso interrumpir aquella mútua expansión, porque necesitaba estudiar á fondo las inclinaciones de su *postulanta*.

—¡María! á tí te debo la vida; ofreciéndotela ahora puedo solo corresponderte, prorrumpió Ricardo, mezclando sus frases con sus sollozos.

—Calla, exclamó Marieta dejándose estrechar su mano por Ricardo; no ofendas á Dios en el estado que te encuentras, no profanes el hábito santo que visto.

—No me interrumpas, María. No he podido verte después de la enfermedad que tuviste, dejando en mi pecho áspera desazón, que tu clemencia únicamente puede mitigar.

—Deja de evocar los recuerdos de mi desengaño, que no deben perturbar mi olvido.

—Por Dios, María, no me hables con esquivo desdén, porque mi pesar ha sido tan intenso como la gratitud que te debo, acudiendo á mi auxilio.

—Agradece á la Providencia nuestros desvelos, no á nosotras, que somos sus siervas.

—No persistas con tal desvío, porque tú no puedes ser religiosa.

—Bien véis que mi corazón es ya de Aquel que nunca se complace en aniquilarlo.

—Endurecida tienes el alma, eludiendo tu perdón para no concederme una frase de consuelo.

—Te equivocas. Si te guardara enemistad no velaría por tu salud, ni vestiría este sayal como antes no hubiese perdonado las ofensas del mundo, olvidándolas.

—Pero tú no puedes dudar de que nuestro cariño, apesar de las veleidades de la juventud, se hizo inquebrantable con una promesa sagrada.

—Deliras por lo visto, olvidando tus juramentos posteriores.

—Ninguna inconstancia puede romper el lazo que nuestra buena madre unió antes de su muerte. ¿Has olvidado que enlazó nuestras manos como ahora las tenemos, y que nos bendijo en su última hora? ¿No recuerdas que nos recomendó amarnos?

Marieta se desprendió violentamente de la mano de Ricardo, y afectada ante aquel recuerdo inolvidable, repitió:

—¡Calla, por Dios! Calla, Ricardo, y ya que la has nombrado, roguemos para que interceda por tu salud.

—¿Y luego? María.

—Luego cuida de purificar tu conciencia, replicó con severidad la novicia.

Arrodillose junto al lecho del enfermo y con apasionada expresión elevó sus suplicas al Cielo, por el descanso de D.^a Virtudes, por la salud de Ricardo y por el sosiego que su pecho necesitaba en aquel trance comprometido.

La madre superiora acompañó á la novicia en sus oraciones, y cuando ambas las terminaron sirvieron nuevos cocimientos á Ricardo, obligándole á que no hablase mas para que no retrocediese en su alivio.

Cerca de la madrugada volvió á dormirse el enfermo con mas necesidad, con mayor inacción, recobrando el calor natural de su cuerpo á fuerza de repetidos sudores.

LV

Mientras el enfermo recuperaba su salud con sueño tan profundo y sosegado, la madre superiora llamó aparte á Sor Consuelo y en voz baja, para no despertarle ni contribuir á que se apercibiera de su consejo, le dijo:

—Aprovecha este momento y escribe á su padre que venga.

—¿Para qué, madre, si está mejor?

— Para que tenga el gusto de abrazarle y se encargue de tí.

—¿Qué decís? exclamó con asombro Marieta.

—Hija, apesar de tus bondades tu no puedes continuar el noviciado.

—¿Por qué?

— Porque te espones á un arrepentimiento irreparable.

— Pero, madre, por Dios, si nada ha salido de mi boca que pueda esperanzarle.

¡Ay hija! qué mayor esperanza le has de dar te niéndole entregado el corazón? ¿No ves que la esperiencia distingue bien á mi edad las flaquezas de las pasiones y conoce las contrariedades de la vida? Tu has amado á Ricardo y por causas que ignoro suspendisteis esas relaciones que la Providencia acaba de reanudar. Has

venido á mi lado buscando sanar en la religión los pesares de tu desengaño, y Dios que te distingue con sus favores ha puesto hoy el remedio á los males de tu alma entregándote arrepentido al mismo hombre á quien no puedes negar que has querido mucho. No desoigas, pues, mi consejo, escribe á su padre que venga, reflexiona en la dureza del sacrificio que te impondrías equivocando tu vocación, piensa que puedes ser y hacer feliz á ese joven y si alguna vez te acuerdas de esta pobre vieja rogarás por mi alma diciendo. ¡Qué bien hice en creerla!

La novicia ruborizada estrechó afectuosamente las manos de su superiora, cual si hubiera interpretado fielmente sus pensamientos, sin atreverse á levantar los ojos del suelo ni contradecirla.

Reflexionaba en aquel momento Marieta con mas discreción, que de su mente, en verdad, nunca habia podido desechar por completo el recuerdo de Ricardo, el cual utilizaba para rogar por él todos los días y que sentia el escozor de su pena como estímulo para perdonarle su ingratitud.

Pero esto que venia considerándolo hasta entonces cual el flujo de la caridad ardiente que se necesita para los esponsales divinos, recordando la distracción de sus oraciones, el cansancio que le causaban algunas prácticas religiosas y la estrañeza del alma en su soledad y meditaciones comenzó á dudar de la validéz de sus propósitos, vigilados siempre por la idea permanente de su antigua afección.

No era el cariño que por Ricardo sentía, igual al que profesaba á las demás personas queridas, y si aquel le probaba haber concluido con Leticia, le juraba con mas fé corresponder á la fidelidad que ella le conservaba, y si insistia pretendiendo su corazón ¿que habia de hacer?... Seguir á ciegas el consejo de su superiora.

Mientras cabizbaja reflexionaba a í Marieta, la profesora la contemplaba sonriente y casi adivirándole los pensamientos que fluctuaban en su cerebro.

— Vamos, obedéceme, Consuelo, que aún estás bajo mi dirección, repitió la religiosa incitando á Marieta á que se levantara de su asiento.

La jóven permaneció indecisa hasta que su directora repitió con mayor empeño.

— Si no escribes tú, lo haré yo con mas claridad.

Entónces la novicia escribió á D. Leandro breve carta, refiriendo la enfermedad de Ricardo, y aconsejándole que se pusiera en camino seguidamente para atender á su convalecencia.

Nada creyó oportuno mencionar acerca del consejo de su superiora, pero sí le participó su encuentro providencial y la vigilia de aquella noche en que habia mejorado notablemente Ricardo.

Cuando algunos instantes despues salió el sol de nuevo para entristecer mas á los hijos de aquella población desgraciada, despertó Ricardo, encontrándose agradablemente acompañado de ambas enfermeras, que le felicitaron por la tranquilidad de su descanso y notable alivio.

Despejada algun tanto su cabeza, hizo el enfermo aproximar á Marieta á su cama, y reclamando la atención de la superiora, le dijo:

— Quiero hablarte ahora que me encuentro fuerte, como debí de haberlo hecho antes de separarme de tu lado, si causas que no ignoras no me lo hubieran impedido. Jamés he querido darte esplicaciones por escrito, porque no sé si mi padre consentiría que te eligiese por esposa; pero hoy que Dios nos ha reunido otra vez y que te debo la vida, quiero que le escribas para que venga y conozca mi deseo. Dudo que tengas vocación verdadera

para ser religiosa, y pretendo, María, que medites sobre tu situación delicada. Yo nunca he dejado de amarte, porque aun la conversación que sorprendiste con Leticia no fué natural franqueza de un voluble afecto que obligara á olvidarte: fué mi empeño de confundir sus burlas, haciéndole creer que la amaba para despreciarla con mayor desdén, y así lo he conseguido en cuanto sa- lí de Orihuela. Creiste con motivo sobrado que jugué con tu corazón, porque quise entretener á Leticia y divertir- me á costa de su audax coquetería; pero si tu me has guardado algun cariño despues, yo en secreto he corres- pondido á tu fidelidad no pensando en otra mujer desde que me dejaste mas libre.

Algo cansado Ricardo, suspendió su razonamiento por breve pausa, durante la cual sus ojos continuaron sin pestañear, contemplando apasionadamente la aten- ción ruborosa con que le escuchaba su hermana.

Poco despues insistió Ricardo:

— Las palabras que has oido, María, no son menti- das ni exageradas, y si en ellas crees, no te avergüence renovar tu primer juramento ante esta señora que re- presenta á nuestra madre.

Marieta guardaba silencio, porque la emoción que en su pecho le ocasionaban las palabras de Ricardo opri- mia su garganta y enmudecia su lengua.

La superiora, que tambien observaba como la timi- déz pudorosa de la novicia luchaba con los impulsos ve- hementes de su corazón, intervino diciendo al enf- rmo.

— Sabeis que María está bajo mi tutela, y usted mis- mo, dándome el nombre de madre, me obliga á que vigi- le mas por ella. De lo que he oido, deduzco que las velei- dades de la juventud quebrantaron la confianza de un afecto antiguo, pero como á nuestro lado María ha apren- dido á amar mejor, sacrificándose por los pobres en ho-

nor de Dios, creo que para acceder ella á vuestro ruego, debierais probarle que nunca la habeis olvidado.

Ricardo, con mano convulsa, sacó precipitadamente de su pecho un pequeño medallón, en el cual guardaba las fotografías de D.^a Virtudes y de Marieta.

—¿Creeis, señora, que si no la quisiera, su retrato estaría siempre junto á mi corazón?

Una impresión de afable alegría se reflejó en el semblante de Marieta al oír la pregunta apasionada de su hermano.

Miróle con mas insistencia, con mayor ternura, y aunque sus lábios permanecian enmudecidos, sus ojos vivaces despedían los destellos de su juvenil entusiasmo.

Por fin observando la ansiedad con que Ricardo manifestaba exigirle una contestación decisiva, dijóle sonriendo cual si la perspectiva de su felicidad la animase.

—Cálmate, Ricardo. Ya he escrito á papá y cuando venga dispondrá de nosotros segun sé que deseaba.

La superiora conmovida ante aquella resolución, estrechó la mano de Ricardo y dió un abrazo á la hija que así renunciaba á llamarse Sor Consuelo.

EPILOGO.

Un mes despues de estos sucesos la salud pública cambió de aspecto y Alicante recobró su acostumbrada confianza y actividad.

A la caída de la tarde de uno de los días últimos de Septiembre, las siete compañeras de Marieta se embarcaban en un vapor con rumbo á las islas Baleares á practicar sus obras de caridad en los asilos benéficos de su capital.

Ricardo, en este intervalo, habia solicitado su retiro, y restablecido por completo de sus padecimientos, volvió de nuevo á ocuparse en Orihuela de los negocios de su padre.

Marieta completamente dichosa á su lado, se afanaba en los preparativos de su boda, que llegó á celebrarse con gran modestia á fines de Octubre, por respeto al luto reciente que llevaba por su pobre Madre.

No asistió á ella la familia de Leticia, porque despues de casarse esta con su amigo Valerito habían trasladado todos su domicilio á Murcia.

D. Leandro recuperó al lado de sus hijos, que idolatraban en él, su antigua alegría y su afición á los placeres del campo.

Sin embargo, en las temporadas que pasaba en sus

casetas, encontraba un vacío á su lado porque le faltaba su amigo inseparable, el padre José, quien había fallecido un año antes, y con tan triste motivo no tenía con quien consultar sus árduas dudas ni con quien reñir sus peones de ajedrez.

FIN.



ERRATAS MÁS NOTABLES

Página	Línea.	Dice.	Léase.
24	28	de la mano,	de las manos
32	12	les	las.
64	4	temorosa	temerosa
65	18	piéy	pié y
75	1	que les habia servido	que habia servido
79	26	fuuesto	funesto
136	13	sin aproximarse	vió aproximarse
138	3	sorpresa	torpeza
142	29	acompañeré	acompañaré
171	5	no le comprometiese	no la comprometiese
172	26	que	quien
230	11	seguirian	requerian
252	16	hubiera	hubiese
259	2	cierta	incierta
263	23	á enterarse	á interesarse
325	9	números	numerosos





